Librería de Porrua Hnos.
Reloj y Donceles.—México
Núm. K. 714
Casillero 304

Philadelphia
New Orleans, etc

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

PRESENTED BY
PROF. CHARLES A. KOFOID AND
MRS. PRUDENCE W. KOFOID

# CARTAS

SOBRE

# LA AMERICA,

POR

X. MARMIER.

---

Traducidas para el Universal.

## TOMO I.

MEXICO:

Imprenta del Universal, calle de Cadena núm. 13

C-4959-98

CARTAS

SOBRE

# LA AMERICA.

E27
M35
v.1

Romantico habilidad
para identificarse con
todas las formas de
vida
lit = Inconformidad
Su tema es la literatura y
lo literario
animar los objetos inanimados
con una vida propia elemental

# CARTAS
# SOBRE AMÈRICA.

---

## CANADA.—ESTADOS-UNIDOS.—HABANA.—RIO DE LA PLATA.

### I.

Partida.—La capilla de Honfleur.—La habitacion de un rey.—Emigrados alemanes.—El entre-puente.—El embajador fugitivo.—Un sermon y una escena de duelo.—Escenas marítimas.—Llegada á Nueva-York.

Adios. Parto de nuevo. Dignaos acordaros de mí. En otro tiempo mi aficion á los viajes templaba en algun modo la tristeza que me oca-

sionaba una despedida. En otro tiempo, jamas me embarcaba sin esclamar: ¡Cuán grande es el mundo! Y soñaba mil aventuras estraordinarias acaecidas en el mar, y millares de peligros notables; y mas que eso aún, lo confieso, meditaba algun descubrimiento grande, como los que han hecho los célebres navegantes. Cada uno tiene, así como el tio de Tristan Shandy, su ideal ó su quimera. Yo tambien he tenido el mio, y eran los viajes. El ingrato me ha abandonado, ya y en vano para detenerlo en su carrera le he dirijido como Schiller, tiernas súplicas:

"So willst du treulos von mir scheiden."

Ha desaparecido, yo no sé donde, con los hermosos años de primavera y juventud que él se ha llevado en las puntas de sus alas. Y si ahora se digna aún de vez en cuando volver á mí, conozco que solo debo considerar sus raras apariciones como las visitas que un hombre que se respeta hace á sus antigos amigos, por mera condescendencia. Ademas, observo tambien que ya no es el mismo, y que como yo, tambien ha envejecido. Ya no le tengo á mi lado para que me acompañe con su mágico poder, y sin embargo, parto de nuevo. Cuando contemplo con lánguidos ojos el buque que debe llevarme lejos, me digo á mí mismo, que indudablemente debo pertenecer á esa legion de locos de que nos habla Byron:

"Every fool describes in these bright days,
his wondrous journey to some foreing court,
and spawns his quarto, and demands your praise (1).'

Ha pasado ya aquel tiempo en que se consideraba como una empresa audaz el atravesar el Occéano, y en que podia uno envanecerse por haber viajado en las regiones trasatlánticas. Tres siglos han pasado desde que Cristóbal Colon, esa gran gloria de una nueva era, se embarcó en el pequeño puerto de Palos, para ir, animado por su fé, y confiando en su destino, en busca del imperio del Cathay y otras maravillosas regiones descritas por Marco Polo. Desde esa época, el globo se ha recorrido y esplotado en todos sentidos: españoles é ingleses, franceses y portugueses, todos los pueblos se han lanzado con ardor en esa cruzada, que les prometia, no las santas reliquias del cristianismo, como las que predicaba Pedro el ermitaño; sino los descubrimientos científicos, las riquezas de otro mundo, los templos de las columnas de oro, los intereses materiales. A cada nacion le ha tocado, en esa empresa colosal, su parte en los combates y en los honores; y semejante al reino del Evangelio, donde se promete que los humildes triunfarán, mas de un buque pequeño

(1) En estos tiempos de luz, no hay necio que no describa su viaje maravilloso á una corte estranjera, y que no imprima su tomo en cuarto, y que no pida vuestros elogios.

ha obtenido en su arriesgada travesía, un éxito que le han envidiado los navíos de los reyes. Ahora desde el polo del Norte al polo del Sur, no existe un solo punto que no esté señalado y marcado por los navegantes, ó al menos citado por los geógrafos. La pluma de Daniel de Foë no pudiera ya crear un nuevo Robinson, sin que indicara exactamente la latitud de su isla; y el inagotable Alejandro Dumas no puede engañarnos ya, hablándonos de su isla de Monte-Cristo Si el mar, que en su potencia suprema, acepta sin curarse de ellas todas las orgullosas tentativas del hombre; si el mar donde todo se borra, conservara en sus móviles ondas los vestigios de todos los buques que le han atravesado, se veria como uno de los fértiles campos de la Beauce, surcado en todas direcciones por un activo arado.

En menos del tiempo que antiguamente se gastaba para ir en coche de Lyon á Paris, ándanse ahora, envueltos en el torbellino de humo de un buque de vapor, miles de leguas. Os embarcais por la mañana en un vapor que sale de Liverpool, y asistiendo todos los dias á opíparas comidas, y todas las noches á espléndidas libaciones, en menos de dos semanas llegais á una de las playas del Nuevo Mundo, y pasais de lo *confortable* de una fonda inglesa, á la prodigalidad de una americana, sin que vuestros ojos hayan visto apagado un solo instante, durante la travesía, el fuego de una abundante cocina, y

sin que hayan dejado de vaciarse continuamente botellas de vino de Burdeos y de Wuiskey.

"Sin embargo, dice Madama de Staël, que todo es solemne en un viage que empieza en el Occeano." Esa mar tan bella y tranquila, vista desde el puerto; esa mar que acaricia suavemente con sus azuladas aguas los costados del buque; esa mar, con sus dulces murmullos, os invita á que, como el pescador de Goëthe, os confieis á sus sábanas de espuma, á sus límpidas ondas; empero de ese mar inconstante, de esa falsa sirena, conócense ya los engaños, los caprichos y los furores. Hoy la veis á vuestros piés, ya inmóvil como una esclava, ya sonriendoos como una amante; mañana quizás se elevará con una furia implacable aplastándoos contra un escollo.

A la orilla del muelle y á lo largo de la muralla de piedra del Havre, un gran número de espectadores estan reunidos para ver la salida del inmenso buque americano que va todos los meses á Nueva-York. La mayor parte de ellos son llevados allí por su curiosidad, otros arrastrados por un interes material, pues han comprometido una parte de sus fondos en el cargamento, y otros guiados por sus sentimientos de amoe ó amistad á los que deben alejarse de su lado.

En el momento en que el buque, remolcado por un vapor, deja la playa, donde ha recibido su carga, para lanzarse en la mar, cámbiansr millares de saludos entre los que parten y los

que se quedan: cuando ya la voz se pierde entre el ruido de las maniobras, los pañuelos y los sombreros que se agitan en el aire llevan de una parte á otra, como un telégrafo eléctrico, el último saludo, el último adios. Mas de un corazon de esos que se creian con fuerzas para resistir á las emociones que nos causa un lejano viaje, se sintió dominar profundamente por la tristeza. Muchos son los pasageros que volviendo la cabeza hácia las playas que acaban de dejar sienten rodar por sus mejillas las lágrimas que no pueden contener y que quisieran ocultar. En estos momentos de despedida, en estos momentos terribles, millares de ensueños que un momento antes alhagaban nuestra imaginacion, se desvanecen al recordar lo pasado y al meditar lo venidero. Comprendemos entonces que nos hemos dejado seducir por la ambicion que nos hace acometer una nueva empresa, ó por los deseos de entregarnos á un nuevo estudio, y de contemplar otros horizontes. Hemos querido marchar y escapar á los tiernos cuidados de una madre, y á las indulgentes observaciones de un amigo. Cuando nos vemos ya sobre el buque y en medio del Occeano sin límites, entónces, ¡ay! recordamos los lugares en que hemos vivido y que abandonamos. Entónces nuestra imaginacion nos representa aquella casa que amueblamos segun nuestro capricho, aquella casa en donde sabiamos que debiamos encontrar todos los dias, todas las horas, una sonrisa al entrar en

ella, y un agradable entretenimiento. ¡Oh! entónces pensamos en los séres que amamos: quién sabe cuándo volverémos á verles y cómo les hallarémos!

La ausencia es una especie de muerte temporal, y tal vez una eterna muerte. El olvido crece sobre los huellas del que se vá, como crece tambien sobre las losas de un sepulcro. Sea cual fuere la esperanza que alimenta el viajero, es difícil que á su regreso no la vea cruelmente engañada. O bien uno de los anillos de que se compone el círculo que rodeaba su existencia se habrá roto, ó bien ese mismo anillo, habrá cambiado el lugar que ocupaba en el círculo, de un modo asaz sensible para el pobre que regresa.

Estando presente, hubiérale sido tal vez posible evitar ese cambio, ó al menos, prepararse para cuando se verificara: pero ausente, debe saberle luego de golpe, para verse cruelmente herido y amargamente desengañado.

Mientras qne me abandono á estas reflexiones, el buque sale de la rada y se avanza orgulloso hácia el centro del mar. Poco tiempo despues, las casas del Havre desaparecen á nuestros ojos, ocultadas por las olas. Todos los pasajeros tienden aún la vista hácia la ciudad que se pierde en el espacio.

Yo, que nunca he tenido capitales para sembrarlos entre los surcos de esa ciudad comercial, y que solo he encontrado allí el saludo de

costumbre, que hallamos en todas partes, y la sonrisa estereotipada que acompaña siempre al fondista mientras nos presenta su cuenta, yo solo dejo de mirar con avidez los últimos ángulos de sus murallas. En cambio, mientras la tierra se distingue entre las olas, con las cuales se confunde insensiblemente, mis ojos se fijan sobre las fugitivas cimas de los cerros de Honfleur.

Sobre la loma de Houfleur hay una capilla consagrada á Nuestra Señora de la Gracia, á la patrona de los marineros, á la Santa vírgen nombrada en la letanía. *Stella maris*, estrella del mar, estrella mas resplandeciente para las almas piadosas, en la hora del peligro, que aquella que los suecos esmaltan en su decoracion de *Nosdtierna*, inscribiéndola esta divisa: *Nescit occasum* (desconoce la caida). Ningun arquitecto, protejido por el consejo de obras se ha dedicado á hacer de esa capilla una obra del arte; ningun Froment Murice (1) le ha adornado con una de sus preciosas joyas; ningun pintor de la escuela imperial ó de la escuela romántica ha depuesto allí uno de sus célebres cuadros presentados en la esposicion. Su entrada es muy humilde, muy humilde es tambien su nave. Algunas imágenes toscamente pintadas son los únicos adornos que cuelgan de sus paredes, algunos candelabros de

---

(1) Un célebre joyero de Paris.

madera dorada, son los únicos que arden en su altar. Pero cada una de aquellas sencillas pinturas que representan un buque batido por las olas, es el *ex voto* de un corazon reconocido, y cada uno de sus candelabros se vé continuamente lleno de cirios cuyas llamas se elevan hácia el santuario de la Madre de Dios, como un símbolo del ardor religioso de las almas conmovidas que la imploran en sus angustias, ó la dan las gracias en su dicha.

El dia en que visité esa capilla, era un dia de fiesta. Desde la ciudad de Honfleur, desde el fresco pueblo de Ingarville, desde diferentes cabañas, llegaban allá los peregrinos en número considerable, se arrodillaban debajo de la bóveda, y bajo el pórtico; asistian con devocion á la misa, luego se esparcian por el prado que está contiguo á la iglesia, y se sentaban en grupos al pié de los árboles, entre ese mar cuyas tempestades conoce cada uno de ellos y esa modesta copilla donde cada uno de ellos deposita su confianza. Hay en todas las cosas que tienen relacion con el mar, ya en la serenidad de su calma suprema, ya en el furor de sus tempestades, una sublime poesía; poesía que comprenden profundamente los marineros y pescadores, y que es el objeto de su conversacion en todas sus horas de solaz, que está mezclada en todas sus tradiciones y costumbres religiosas, mucho mas que en los ditirambos de los salones. Cada vez que he vuelto á encontrar la espresion de esa poesía, ya en la proa de un buque escuchando

atento la conversacion de los marineros, ya en alguna de esas capillas veneradas por los marinos, me he dicho: Aquí está la verdad, y me he conmovido profundamente.

Contemplando algunos dias despues, desde lo alto del buque americano, las colinas de Honfleur, acordéme de aquellas sencillas gentes que iban allí á invocar el socorro de aquel que gobierna las aguas, hace soplar al viento ó aplaca su furor, y que segun las palabras del salmista, cambia en calma la tempestad.

Acordéme tambien de una habitacion que visité en esas mismas colinas, no lejos de la capilla de la Vírgen, una habitacion construida en un sitio encantador y con un gusto admirable, por una familia que en otro tiempo ejercia allí la mas noble hospitalidad. En una noche de invierno, dos hombres y una muger, vestidos muy sencillamente, se presentaron á la puerta de esa habitacion, ocupada entonces únicamente por el jardinero, y pidieron, en nombre del propietario, M. de P..... el permiso para pasar allí algunos dias. La muger del jardinero, que fué quien los recibió, se conmovió al verles. Estaban empapados de agua, helados de frio, y no tenian mas vestidos que los puestos. La jardinera se apresuró á encender lumbre, les calentó ropa blanca, y les preparó la cena. Obraba así impulsada únicamente por su buen corazon, y sin preguntarse por qué se sentia tan profundamente conmovida; parecíale, segun me ha contado ella misma, que debia

tratar con el mas profundo respeto á unos huéspedes llegados de un modo tan inesperado y con tan aparente modestia. Su marido estaba ausente á la sazon; en cuanto le oyó entrar, voló á su encuentro y le contó lo que habia ocurrido, participándole al mismo tiempo las conjeturas qu ella se formaba.

La noticia de la revolucion de Febrero habia llegado ya hasta allí, y podia hacer suponer á esas buenas gentes toda clase de incidentes estraordinarios. El marido llevó un haz de leña á la habitacion en que estaban los viajeros, examinóles escrupulosamente, y luego, tomando á su muger de la mano, y conduciéndola al salon, donde estaban los retratos del rey y de la reina: "Mira, la dijo, son ellos mismos." En efecto, era ese rey que durante diez y ocho años, habia hecho prosperar tanto á la Francia; era esa reina que tanto se habia hecho admirar y bendecir por sus virtudes: acompañábales á entrambos en su fuga el valiente y leal militar; el general Dumas. Al saber los augustos fugitivos que su secreto habia sido descubierto, supieron tambien que podian fiarse sin temor ninguno de aquellos á quienes habian pedido un asilo. El honrado jardinero Racine, ofreció á los proscritos su adhesion, poniéndose respetuosamente á sus órdenes. Su esposa y su hija se afanaron en servirles del mejor modo posible.

Todos los dias lavàba la escasa ropa blanca que habian traido, deciame esa buena muger

Muy á menudo conversaba con la reina, y el corazon se me parte al recordar cuán buena era, cuán resignada estaba, y el santo fervor con que dirijía al cielo sus oraciones. Al oir relatar lo que habia sucedido en Paris, temblé por mi hijo que estaba allí, y del cual no recibia noticia ninguna.

Un dia en que entregada á mi dolor lloraba por mi hijo: "¡Pobre madre! me dijo la reina, yo tambien tengo motivos para llorar amargamente! (1)

Dos dias despues de su entrada en esa morada, el rey fué á Trouville, esperando encontrar allí un buque que le condujera á Inglaterra. Pero su visita allí le hizo reconocer por algunos de esos seres indignos, que se gozan en insultar á un poder que ya no existe, y en perseguir cobardemente el infortunio: viése pues obligado á volver á su oculto retiro. Dos dias mas se pasaron antes que sus fieles servidores le procurasen una barca, que con la reina le llevó al Havre, donde, en una noche oscura y fria, pasó algunas

---

(1) La reina, que en sus desgracias se acuerda de todos aquellos de quienes ha recibido la mas pequeña prueba de adhesion, no ha olvidado á la familia del jardinero de Honfleur. Un dia, en Claremont, le hablé de mi visita á la casa de M. de P.... "¡Oh! díjome la reina, habeis visto á la señora Racine. Cuán buena ha sido con nosotros!

horas en la muralla esperando al *Express*, que le llevó por fin á las playas británicas.

Cuando yo visité esa habitacion, fué en un dia hermoso y agradable. El sol brillaba sin que la mas ligera nube oscureciera el firmamento; los pájaros cantaban alegremente entre las verdes ramas, y al ver las matas de flores que por todas partes coronaban aquel delicioso jardin, cu yas calles hermosas, con su piso de arena, estaban rodeadas de verde yerba y en declive hácia la playa, hubiérase dicho que la casa, el parque y la sierra acababan de prepararse con un cuidado lleno de esmero, para festejar la cercana llegada de sus propietarios.

Empero esos propietarios, que antes iban allá todos los veranos, donde obsequiaban á sus amigos, están muy lejos ahora, y los nobles huéspedes que encontraron allí un lugar donde descansar algunos dias despues de una horrorosa tempestad, estan condenados á vivir en una tierra estranjera.

¡Dichosos aquellos que al alejarse del suelo natal no hacen mas que imponerse un destierro voluntario, y que podrán cuando les plazca, volver á tomar el camino que jamas se olvida, porque él nos lleva al hogar doméstico, á la cuna de nuestros hijos, á la tumba de nuestros padres, junto á los cuales deseamos morir!

Pero volvamos á nuestro buque, el cual me recordaba las mil incomodidades que he sufrido en mis otros viajes por mar: aguaceros y ráfa-

gas, el movimiento continuo, ya de babor á estribor, ya de proa á popa, y mas que eso, aquellos dias interminables con sus noches de insomnio, y todos los mil contratiempos que acompañan siempre una travesia. Sin embargo, este buque me ofrecia alguna novedad, pues en él veia representadas en miniatura, las costumbres del país que iba á reconocer.

Nuestra tripulacion se componia de veinte y cuatro marineros, y pertenecian á tres ó cuatro naciones diferentes: americanos, holandeses y franceses; sin embargo se entendian unos á otros. El estraño dialecto de los marineros se compone de mil diferentes frases de todas las lenguas europeas, y muchos de esos hombres sirvieran á un pintor de fisonomias escéntricas, tal como Cooper, como un curioso objeto de análisis.

No como nuestros marineros pertenecen á tal ó cual puerto, ó están comprometidos para esta ó aquella empresa. Para ellos, su patria es la mar, sus hogares domésticos son los buques en que se embarcan. De este, en el que han hecho uno ó mas viajes, pasan á otro con la misma facilidad con que el tártaro abandona los desiertos donde se han agotado ya las frugales comidas que en él hallara, para trasladar á otra parte su tienda nómada. Postillones del Océano, su oficio es ir y venir, izar y plegar las velas, cargar y descargar las mercancías, en todos los lugares, en todos los puertos, y en cualquiera latitud. Su carácter independiente no les permite engan-

charse al servicio de una nacion, ó de una compañía de comercio por un tiempo indeterminado. Solo se enganchan para un viaje, concluido el cual, y cobrado su salario, están á la disposicion del primer armador que quiere pagarles. Desde las heladas regiones del Norte, parten de un dia para otro para las Indias, de éstas á las Américas. Con tal que les alimenten bien, y les paguen lo justo, la diferencia de los climas les es del todo indiferente. Reconcentrando su vida entera entre las járcias de babor y estribor, ¿qué mas les dá un buque que otro? Al fin y al cabo todos se parecen.

Durante el viaje, divertíame muchas veces, con uno de esos marineros, de origen francés, el cual con su patilla algo cana y su chaqueta de un color amarillo claro, pareciase á una vaca marina. La pátria y el parentesco eran para él dos cosas de las cuales apenas conservaba en su memoria un ligero recuerdo; creia haber nacido en Landerneau, pero no estaba seguro de ello. Embarcado como grumete á la edad de diez años, no habia vuelto á saber jamas de su familia en los cuarenta que hacia que estaba separado de ella.

Creyendo que sus padre habian muerto ya, ni siquiera se acordaba de ellos. Hablaba de sus viajes como hablaria un francés de una escursion de Paris á San German. Habia doblado seis veces el cabo de Hornos y siete ú ocho el de Buena Esperanza. Habia ido, en Groenlandia, á la pes-

ca de la ballena, y en Ceylan á la de las perlas. Recordaba que una vez habia tenido mucho frio en el estrecho de Bering, y que otra vez en Java, no sabia qué hacerse para preservarse de los ardientes rayos del sol. Los temporales con que habia luchado, las averías de que habia sido testigo, las velas y mástiles que habia visto romper por el viento, eran para él cosas indignas de mencionarse. En una noche en que el cielo estaba cubierto de negras nubes, señal manifiesta de un ventarron, y próximos ya á cruzar la línea equinoccial, preguntéle si creia que al dia siguiente estallaria una tempestad.

Sin contestarme una sola palabra, echó sobre mí una mirada llena del mas sublime desden. Esa mirada queria decir sin duda: ¡Pobre viajero de agua dulce! ¡una tempestad! ¡como si debiéramos temer las tempestades!

Los marineros maniobraban á un tiempo, cantando con voz gutural ciertas canciones, cuyos meláncolicos acentos tenian un no sé qué de encantador. Uno de ellos entonaba la melodía marítima, y los otros repetian en coro tirando de las cuerdas; y las velas y cordajes, que se movian á cada tiron, parecia que con sus movimientos llevaban el compás de aquella música estraña. Imaginábame á veces que las piedras con que Anfion construia las ciudades, movíanse de esta manera al son de los acordes de su lira. Muchísimas veces, esos estraños cantos no tienen ningun sentido, no son mas que pala-

bras sonoras, coordinadas por reglas de armonía. Pero otras veces los marineros improvisan una especie de balada, en la que esplican los placeres ó contratiempos de su navegacion.

El dia despues de nuestra salida del puerto y despues de un altercado habido entre algunos de ellos y el teniente, cantaban á toda voz y muy distintamente un refran en el que decian: "El capitan es muy bueno, pero el teniente no vale nada." Un hecho semejante no dá muy buena idea de la disciplina de bordo; pero ya es sabido que en los buques mercantes jamas es muy severa.

El nuestro pertenecia á una compañía de Nueva-York, la cual, sin meter tanto ruido como, nosotros en nuestros proyectos, para formar una linea trasatlántica, estableció el servicio de correos, la cual les produce pingües rentas; el año último, les dejó en limpio la suma de 150,000 ps. Aquel en que iba yo y en el que traté de escribir á pesar de sus movimientos debidos al viento noroeste, estaba dividido en dos partes como la sociedad americana, la cual no admite en sus medidas de especulacion mas que dos clases, la rica y la pobre. En una parte van los felices á quienes su buena fortuna permite pagar 120 ps.; en la otra los pasageros que pagan solo 12.

La primera categoría componíase á escepcion de dos ó tres, de un gran número de personas tan fastidiosas, que apenas me traté con ellas,

La segunda fué el objeto de toda mi atencion durante el viaje.

Formaban esta un número de doscientos cuarenta alemanes emigrados, hombres y mugeres, ancianos y niños, agricultores y trabajadores; los unos abandonaban su pais natal para ir á ejercer su oficio en un pais lejano; los otros veíanse obligados á dejar aquel mismo pais, por haber tomado una parte demasiado activa en las últimas insurrecciones de Alemania.

La antigua Europa, ha agotado ya los alimentos que brotarán de su seno, y en lugar de la substancia saludable que debiera dar á sus hijos, solo produce, en los esfuerzos de su indigencia, y en el parasismo de su dolor, sabias corrosivas y gérmenes pestilenciales.

Lástima causa contemplar esa aglomeracion de gentes pobres, condenadas á toda clase de privaciones y abandonadas al descuido con que se las trata durante la travesía, si las comparamos con los viajeros de primera clase, que desde lo alto de la popa los dominan, como veían dominadas hace poco tiempo sus pobres habitaciones por las opulentas de los banqueros, y el pueblo en que vivian, por el castillo feudal. Cuatro veces por dia una campana llama á los viajeros de primera clase para sentarse á una mesa poco atractiva, es verdad, pues se compone en su mayor parte de salsas americanas, pero sí, abundantemente servida. Si está bueno el tiempo, hay un puente bastante espacioso don-

de pasearse; si llueve, un magnífico salon donde ponerse al abrigo de la intemperie. Cada pasagero tiene un hermoso camarote, bien amueblado, y al vibrar una campanilla, tiene á su servicio dos ó tres criados.

Al lado de todas estas comodidades, los doscientos cuarenta alemanes emigrados, están tendidos unos en la casucha de los perros, otros debajo de las jaulas gallineras, y un gran número de ellos á los piés de las vacas que tienen su establo en el entre-puente. Treinta jergones colocados sobre las tablas y otros treinta encima de éstos, á una distancia de dos piés, hé aquí sus únicas camas. Cada jergon debe contener cuatro personas, hombres ó mugeres, no le hace. El puritanismo americano, cuyos escrúpulos no le permitirian interrumpir el silencio é inmovilidad de sus domingos, no ha pensado en examinar á lo que debe conducir una aglomeracion semejante de individuos de todas edades y de los dos sexos. A derecha é izquierda de las camas, cada uno coloca como puede su baúl, sus provisiones ó sus chismes de cocina, pues la administracion no les dá mas que agua y fuego; ellos mismos deben proveerse de lo necesario para su subsistencia.

Calcúlese qué espectáculo debe ofrecer un grupo semejante en un temporal, cuando los gritos de las mujeres medio enfermas y de los asustados niños, se mezclan con los silbidos de los vientos, y el ruido de las olas, y cuando el

mareo se apodera con todas sus fuerzas de la mayor parte de ellos. Hasta en un dia de calma, repugna bajar á esas sombrías cavidades. La luz apenas penetra hasta sus dos estremos. Es preciso avanzar poco menos que gateando al través de una multitud de sacos y cajas, sobre un piso húmedo y fangoso donde están tendidos aquellos infelices que medio enfermos, cansados, de estar sobre el jergon, se sienten harto débiles para salir de aquel antro de dolores. Fuera de allí, aquellos infelices no tienen mas lugar para gozar de la luz del sol que el reducido espacio encerrado entre el palo mayor y el palo de mesana, estrechado aún por una doble línea de carriles y una parte de la carga. Por la mañana véseles agruparse al rededor de dos fogones, únicos qne se les conceden, disputándose un lugar donde colocar un sarten ó una cafetera, y luego llevarse su almuerzo, medio crudo aún, por no exasperar á los que esperan con impaciencia que les llegue su turno para hacer lo mismo.

Dificil es persuadirse de que una compañía á la que tan grandes beneficios producen esos buques, una compañia de americanos, que tanto se jactan de conocer la Biblia y que tanto hablan de la filantropía, dejen con tal indiferencia que exista tanto descuido en esos buques, donde se dá un trato mil veces peor del que dá un gobierno á sus presidarios, á un gran número de gentes que no han cometido otro crímen que

el de no tener el suficiente número de pesos para el becerro de oro, la gran deidad de los Estados-Unidos.

Debo advertir que el capitan hacia cuanto podia para remediar en lo posible la cruel situacion de esos pobres pasageros. Todos los dias y diferentes veces iba á enterarse entre ellos, de sus necesidades, oia las quejas que le dirijian, y conducia á su esposa al lecho de los enfermos para que les diera alguna tisana saludable. En esos momentos, la compasion que le inspiraban aquellos infelices reflejaba en su semblante de un modo muy notable, y animaba su austero rostro de marino. De todas las parábolas del Evangelio, la mas bella de todas es la del samaritano, y de todas las virtudes, sin duda la que mas ennoblece el corazon del hombre es la caridad.

Despues de una impertinente série de vientos del noroeste, que nos hizo rudamente bailar en el canal de la Mancha, vimos aparecer poco á poco sobre el puente una gran parte de la colonia emigrada, que durante el capeo del buque se mantuvo escondida en su tenebroso refugio. Los primeros que salieron fueron los mas robustos, luego los niños, ávidos de movimiento, y detras de estos las mugeres. Colocábanse en hileras sobre los mástiles de repuesto que habia á bordo, y sobre las cajas esparcidas aquí y allí en los costados del buque, y conversaban entre ellos, como si estuvieran sentados á la sombra

de un frutal de las verdes llanuras de Sajonia ó de Suabia. En breve su feliz carácter aleman les hizo olvidar las incomodidades que habian pasado durante aquellos dias y las que probablemente debian pasar aún. Formáronse por todas partes animados grupos que se entregaron á los juegos rústicos do su país, y algunos coros de cantores, con un armonioso conjunto y precision de voces entonaron los cantos populares de Alemania. Esas melodías me causaron tanto placer como las que oí otras veces lleno de encanto á orillas del Elba y en las verdes campiñas de la Turingia. Quién pudiera contar los recuerdos que un simple acorde de música presenta á veces á nuestra imaginacion! La gaviota de los mares del Sur no hace brotar con las puntas de sus alas tantas chispas movedizas de las fosfóricas ondas, ni la brisa matinal sacude tantas perlas de rocío de las hojas que ella agita, como tiernos recuerdos que yacen embotados en el fondo de nuestra alma, despierta á veces en nosotros una sola nota.

Al principio de nuestro viaje, el teniente repelia á los pobres pasageros de proa que traspasaban los límites que les estaban destinados; cuando los oímos cantar nos mezclamos con ellos; en nuestra esfera aristocrática dominaba el fastidio, en su estrecha habitacion reinaba la alegría: siempre tenemos motivos en esta vida para recordar la historia del rentista y del zapatero. Los sufrimientos materiales no alteran mas que super-

ficialmente la serenidad de los caracteres tranquilos. Las penas mas punzantes, mas agudas y duraderas, son aquellas que nacen de nuestras pasiones, de nuestro orgullo y de nuestra ambicion. Cuando miraba á uno de esos honrados germanos, soportando sin quejarse la fria atmósfera del Océano, vestido con su sencilla chaqueta, sus pantalones de tela, y sus medias de hilo, comiendo con aire de satisfaccion un pedazo de pan acompañado de un pedacito de queso ó de manteca, riendo alegremente con aquellos que le rodeaban, si bien me sorprendió al alegria y felicidad que parecia gozar en su triste situacion sin embargo, no se me hacia tan estraña, cuando consideraba que su alma no está agitada por las turbulencias que nos lega el gran mundo.

Este hombre, me decia yo, contemplando á uno que parecia estar muy alegre, no se ha sentido herido por el dolor de ver á un rival en su arte, establecerse en el mismo punto donde él estaba establecido, y en el que esperaba medrar. No ha creado, alimentando magníficas esperanzas, una tragedia en cinco actos, que desde muchos años yace sepultada en las catacumbas de un teatro, de donde no saldrá quizas sino por una órden del tribunal. No ha visto brillar continuamente á su vista, en sus esperanzas durante el dia y en sus nocturnos ensueños, una fantástica cruz de honor, solicitada por una muger que se interese por él, y prometida por un alto personaje que le huye de lejos cada vez que

hay una promocion. La idea de inmortalizar su nombre no le atormenta incesante, ya deseando descubrir un nuevo planeta, ó ya señalando un nuevo músculo no conocido aún en el cuerpo de un cuadrúpedo; ó bien encontrando un error en la gramática de los geroglíficos, ó bien demostrando que el famoso Ptolomeo vivió seis meses mas de lo que se creia. Ni la diversidad de los sistemas filosóficos, ni la edad que cuenta el mundo le preocupan, ni tampoco el progreso de la humanidad, ni el porvenir de la república francesa. Faltábale el trabajo en su país natal: le han contado que en América podia ganar fácilmente, no unos cuantos kreutzers por dia, como en su pobre Alemania, sino uno ó dos pesos. Ha echado mano de todos sus recursos para equiparse y pagar su pasaje, y héle aquí ya en camino. *A Dieu vat!* (¡vaya con Dios!) como decian los antiguos marineros franceses en el momento de virar de bordo. La Providencia le ha dotado de una buena salud, fuerza y robustez; con esto puede atravesar valerosamente el Océano, é irse, sin miedo ninguno, á plantar sus reales en América.

Por pocas que fueran las comodidades en que ha vivido cada uno de los emigrados, sean cuales fueren los motivos que les han obligado á espatriarse, cada uno de ellos ofrece una historia que conmueve. A medida que bajamos de las altas rejiones en las que durante tanto tiempo se ha concentrado la invencion de los dramas y de las novelas, y que tocamos las fibras de una

naturaleza humana mas humilde que la de Agamenon, pero mas inquieta y verdadera, debemos sorprendernos al ver la gran cantidad de lágrimas que pueden contener los ojos de los hombres del pueblo.

Entre las mugeres que secontaban en el número de las que estaban en el buque, habia una anciana que vestia el traje de las aldeanas de la selva Negra: á pesar de su edad avanzada, era ágil y fuerte; ella misma arreglaba y cocinaba su pobre comida, y acabadas ya estas operaciones, sentábase sobre un baul, colocaba sobre sus narices unas enormes gafas, leia una página de la Biblia, y luego hacia calceta. Tenia setenta años. Antes de morir decia que queria ver á su hijo, que estaba establecido en América hacia treinta años. Como á él no le era posible emprender el viaje, la buena anciana se decidió un dia á emprenderlo, dejando su tranquilo hogar, su patio y su jardin, para aventurarse en el gran mar, y llevar á su querido hijo su bendicion y la que le legó su padre en el momento de espirar. "¿Pero, díjele yo, al partir os habreis decidido, sin duda, á no volver á ver jamás lo hermosa Alemania, y á concluir vuestros dias al lado de vuestro hijo?" —Eso no, si Dios la quiere, respondióme la anciana, y quiero al contrario regresar á ella. En el pueblo de Neutirche tengo otros hijos que me esperan. Esos hijos, añadió inclinando la cabeza, ya no pertenecen á este mundo, y duermen al lado de su padre en el cementerio; mas ¿qué

dirian, y qué diria tambien mi buen Sépelé con quien he vivido tan feliz, si no iba á descansar á su lado?"

Sobre el puente avanzábase con paso tímido una jóven, estrechando entre sus brazos á un niño que parecia ser su hermano. Buscaba siempre un lugar solitario, y allí permanecia inmóvil y silenciosa. Al principio del viaje, algunos pasajeros y marineros al verla tan separada de los demas, trataron de trabar conversacion con ella, pues la misma soledad en que estaba siempre, dejábales esperar que podrian hacerse sns amigos. Sin parecer ofenderse por sus obsequios, la jóven fijaba en ellos sus ojos, y la espresion de dulzura y dignidad con que animaba su fisonomia bastaba para que todos ellos la respetaran y abandonaran sus pretensiones. Sin embargo, aquella jóven, cuya mirada era tan dulce y tan virginal su rostro, habia sido seducida y abandonada por aquel á quien amaba. El niño que tan tiernamente estrechaba contra su pecho, era su hijo. Cuando se vió tan cruelmente engañada en sus esperanzas de amor, obligada á sufrir los continuos reproches de sus padres, que le echaban en cara su falta, espuesta á los sarcásmos de sus vecinos, no pudo permanecer por mas tiempo en su hermoso pueblo de Stuttgard, y se embarcó para ir á ocultar, al lado de una hermana que tenia en el estado de la Luisiania, su vergüenza y sus pesares. Muchísimas veces, al contemplarla en la soledad que escogia, sen-

tada al pié del palo mayor, recordábame con sus hermosos ojos azules, cuya dulzura se traslucía al través de sus largas pestañas, á la Margarita de Goëthe, entonando su plañidero canto:

"Meine Ruhe ist hin;
Mein Herz ist schover."

Despues de haber permanecido en esta postura durante horas enteras, fijo su pensamiento en la grandeza de su infortunio, permaneciendo indiferente á cuanto la rodeaba, veíasela á veces sonreir melancólicamente, como si un dulce recuerdo hubiese hecho vibrar las cuerdas de su corazon. Entonces descubria la frente de su hijo, fijaba en él su lánguida mirada, y la vista de aquella inocente criatura hacia brillar un rayo de alegría en el triste semblante de la desdichada madre.

Al estremo del entre-puente, dos ex-militares, sentados el uno al lado del otro, conversaban á menudo de sus campañas, que eran muy diferentes las unas de las otras. El primero era un viejo soldado prusiano que habia entrado al servicio de Francia en 1814, y todas las veces que hablaba de las *belles mamselles francaises*, sus ojos despedian aún chispas entre sus blancas pestañas. Esas eran las únicas palabras francesas que el militar habia podido conservar en su memoria. Uno de sus antiguos oficiales, que habia hecho fortuna en el Estado del Ohio, le llamó para que le ayudara á velar sus propieda-

des, y el viejo soldado obedeció á este llamamiento, como obedecia en otro tiempo las órdenes que recibia en el cuartel ó en el campo de batalla. Sin embargo, confesaba, que no sin sentimiento habia abandonado el retiro que habia escogido en un lugar cerca de Erfurht. Consigo llevaba cuanto pudiera recordarle el lugar que dejaba, y entre otros objetos figuraba una jaula de madera con un hermoso mirlo. ¿Y no habeis temido que esta jaula os embarazara, preguntéle yo, ó bien que se os muriera el pájaro por el camino?—Efectivamente, todo esto he temido, me respondió, así es, que me habia resignado ya á abandonarlo: en prueba de eso que le habia confiado á uno de mis vecinos, encargándole el mayor cuidado. Empero el mismo dia de mi partida, al pasar por frente de la casa de mi vecino, el diablo del mirlo se puso á silbar una marcha militar qua yo le habia enseñado, y silbaba de un modo tan encantador, mirándome al mismo tiempo de una manera tan particular que no tuve valor para separarme de él. Le traje, pues, y no me pesa, porque desde que estamos aquí, canta mucho mejor que antes. Todas las mañanas me saluda con el canto del *Alt Feldher.* Por Dios que aquellos que dicen que las bestias no tienen alma, las conocen poco. Yo estoy seguro que este pájaro tiene una, y que me agradece que no le haya dejado entregado á manos estrañas."

El segundo de estos guerreros germanos era

uno de esos jóvenes de elevada estatura y aire marcial, que admiramos hace algun tiempo mi amigo D..... y yo en las calles de Heidelberg. En aquella época caminaba con aire altanero, ceñido el sable y armado con pistolas, mandando una cohorte de soldados, dirijiendo á los nacionales y arreglando con los funcionarios públicos los negocios de la ciudad; era uno de los gefes de los insurrectos. Su poder fué de corta duracion. Se elevó como una nube en un momento de tempestad, y desapareció como la niebla á la luz de las bayonetas prusianas. Pero parece que unia á su ardor belicoso de jóven, la resignacion y la sabia filosofía de un entendimiento reflexivo; el cambio de su fortuna parecia que no le impresionaba muy profundamente. Viajaba resignado con los viajeros del entrepuente, como si no recordara que durante algunos dias, habia sido uno de los soberanos de Baden; pelaba sus patatas y limpiaba su cazuela, como si sus manos no se hubiesen jamas ennoblecido empuñando un sable ó firmando órdenes militares. Pocos dias habian pasado desde nuestro embarque, cuando otra víctima de las revoluciones se nos presentó de un modo singular. Una mañana el teniente del buque, que todo lo registraba escrupulosamente, descubrió debajo de unas tablas un gorro azul. El gorro estaba pegado á una cara redonda como una manzana, colorada como un tomate, espresiva y alegre como la de un estudiante en tiempo de

vacaciones, y adornada de un par de espejuelos que acababan de darle un realce muy particular.

Sorprendióse el teniente al encontrar un pasagero á quien no habia visto aún, y que no estaba inscrito en el rol, y le preguntó cómo habia entrado á bordo; empero el preguntado no sabe ni una palabra del inglés. Leváronle como un *outlaw* al tribunal del capitan, y el pobre estrangero contó su historia de cabo á rabo con un aire tan lleno de franqueza, que no era posible, despues de haberle oido, que se dudara de una sola de sus palabras. Era un oficial impresor; comprometido en una de las últimas insurrecciones, habiase visto obligado á escaparse: corriendo de una parte á otra, dió fin á sus cortos fondos, y á los que algunos amigos suyos le proporcionaran. Hallóse pues sin dinero, sin trabajo y peor que todo eso, perseguido por la justicia. No sabiendo á quién dirijirse y queriendo sus traerse á las pesquisas de la policía, prefirió embarcarse voluntariamente antes de verse deportado por órden de un tribunal.

No siéndole posible pagar su pasage, reunióse á un grupo de curiosos y entró en el buque correo, donde se ocultó lo mejor que pudo con sus cortas provisiones.

Ignoramos todos los pasajeros si alguna otra vez habia salido á respirar el aire libre, ó si alguno de los marineros le ayudó á ocultarse; lo cierto es que no apareció sino en alta mar, y á menos de dirigir espresamente el rumbo á uno

de los puertos de Inglaterra para desembarcarle, no era ya posible dejar de llevarle á la otra parte del Océano. Una confesion semejante debia naturalmente conmover á aquellos que le escucharan, y el capitan, despues de haberle reprendido suavemente, permitióle vivir con sus marineros. Empero el orgulloso impresor no quiso comer de balde, y pidió que le dejasen trabajar; otorgado el permiso, distribuyó el carbon entre los pasageros y ayudó en las maniobras; secundó á los gavieros y cocineros, y pronto se acostumbró á trabajar en aquella casa ambulante como se habia acostumbrado á trabajar en su imprenta. Al entregarle una pequeña suma que reunimos unos cuantos pasageros, le pregunté si contaba en Nueva-York con algunas personas que pudieran protejerle á su llegada. "No, me respondió, pero eso no me inquieta porque tengo un buen oficio. No solamente puedo trabajar como cajista, sino que tambien puedo corregir; buscaré en todas las imprentas, y no dudo que en una ú otra encontraré ocupacion. Si es preciso que componga en inglés, tambien lo haré, aunque con mas trabajo; las letras son las mismas que las nuestras, y están distribuidas del mismo modo en las cajas.

La Providencia es para los pobres mejor de lo que creemos; dotándoles de mucha energia, compensa de este modo su escasez pecuniaria. Cuántos habrá entre nosotros, á popa, pensaba yo que llegaran á los Estados-Unidos provista su car

tera de letras de cambio, y no tendrán tanta confianza con todos sus caudales, como este infeliz trabajador con sus pocos pesos.

Un domingo, toda esa lejion nómada que mereciera ser mas detalladamente descrita, reunióse sobre el puente al rededor de un jóven teólogo de Jena, que iba á empezar en el suelo americano sus funciones de misionero. El tiempo era magnífico y el mar estaba en bonanza. Para dar mas tranquilidad al servicio religioso, el capitan hizo amarrar algunas velas y el buque se balanceaba ligeramente en la superficie de las aguas. Empezó el servicio con el canto de los Salmos, y luego el sacerdote empezó el sermon. Ese sermon no fué por cierto lo que hubiéramos debido esperar y esperamos de él antes de empezarle. No se encontraba en él una sola palabra sobre ese inmenso templo que tenia por pavimento el Océano, por recinto el horizonte sin límites, por luz el sol, por orquesta el murmullo de las ondas y por bóveda el cielo; tampoco oímos una sola palabra, una palabra de consuelo sobre la situacion de tantos infelices que abandonaban las casas en que habian nacido, el suelo en que se habian criado, y la tierra que encerraba las cenizas de sus padres, para ir á un país estrangero en busca de una existencia mejor. El jóven clérigo protestante de Jena pasó por alto todo esto. Ante un cuadro semejante, ante un espectáculo que tantas emociones debia despertar en el fondo de su alma, pronunció con monótona

voz un trivial discurso, estudiado sin duda en una de sus antiguas universidades, y elegido tal voz para hacerse admirar por sus correligionarios con los cuales iba á juntarse en América. No puedo dejar de decir que una ceremonia católica, una simple misa hubiera tenido un carácter mucho mas importante que uno de aquellos oficios en los cuales satisfecho y orgulloso el hombre por haber proclamado el principio del libre exámen, no se humilla ni siquiera ante Dios. Sin embargo, y á despecho de la estraña naturaleza del culto de los reformadores y de la fria arenga del clérigo, aquella reunion de espectadores que juntos elevaban al cielo sus piadosas oraciones desde el puente del buque, era un espectáculo imponente.

La anciana muger de la selva Negra me dijo que la celebracion de aquel domingo nos traeria gran dicha, y casi me persuadí de ello. Despues de su prediccion atravesamos los bancos de Terranova, sin mas inconveniente que una niebla espesa y húmeda, pagando el tributo al equinoccio con cuarenta y ocho horas de ese viento que llaman del Cabo.

Cuando se ha gozado de esa diversion marítima, debe acordarse uno de ella durante muchas semanas y tal vez durante muchos meses. En cuanto empieza á soplar, los buques se quitan muy caballerosamente el sombrero, recojen en señal de sumision armas y bagajes, se despojan completamente de sus velas y le reciben ca-

si tal como están en el puerto durante la carga. Si el fantástico Eolo se presenta con toda su cólera, si ha saltado todos los diques que contenian su legion, muchísimas veces sucede que los navíos se ven obligados á volverse hácia atrás, batidos y espulsados por el huracan, que no les deja resistir ni lo mas mínimo; dichosos aquellos que están ya en plena mar y á una distancia regular de la costa, donde pueden muy fácilmente ir á estrellarse. Si en vez de retroceder por el camino que con tanto trabajo han andado, permanecen capeando, no es sin unos sacudimientos espantosos. Mil jigantescas olas revientan en sus costados, con unos golpes que deben ser muy parecidos á los que las antiguas máquinas de guerra descargaban sobre las murallas. Otras entran al asalto en la ciudadela flotante, inundan el puente con su espuma y se retiran mugiendo aterradoras por las escotillas. Durante esa lucha ardiente, el buque se bambolea como tomado por un vértigo; ya se inclina sobre uno de sus costados, ya se eleva crugiendo para caer sobre el otro; unas veces sumerge la punta de su bauprés en el bramador abismo como si quisiera acabar de una vez con su existencia, y otras elevándose con toda la fuerza que da la indignacion, brinca sobre las olas, como enorgulleciéndose al luchar con ellas.

Ignoro si el gran Salomon viajó mucho por mar, pero ha tenido mucha razon al contar ese modo de viajar entre las cosas que mas difíciles le pa-

recian. *Tria sunt difficiliæ mihi: viam aquilae in coelo, viam colubri super petram, viam navis in medio mari.*

Imponente espectáculo es el de una tempestad en las montañas, donde rueda el alud estrepitosamente, donde crujen los árboles rasgados por el rayo, y donde se precipitan los torrentes de cascadá en cascada hasta que inundan los valles; pero la lucha del hombre con el mar en un desierto de àgua, el espectáculo de los elementos desencadenados que mujen furiosos, braman y silban por todos lados amenazando tragarse la débil construccion en la que están refugiadas tantas existencias, cuando esa obra del hombre no tiene otro medio de defensa que un timon y algunas velas, inutilizado ya todo esto por la fuerza del huracan, ¡oh! entonces es mucho mas imponente, mucho mas horroroso el espectáculo.

¡Cuántas emociones despiertan en el fondo del corazon, al contemplar la terrible hermosura del mar! Sin ser Fausto ó Manfredo, esperiméntase á veces un gozo estraño, una especie de alegría salvaje al sentirse arrastrado al compás del lúgubre sonido de una ráfaga violenta, y por las olas que espuman como un brioso corcel. Otras veces nace en nosotros como un orgullo sombrío al representarnos el peligro de la tempestad mas eminente de lo que es en realidad, pensando en que uno lo desafía con bastante estoicismo y en que en esas horas de peligro hemos esperimentado ciertas emociones desconocidas por la ma-

yor parte de los hombres. Pero despues, al contemplar esas olas, cuya violencia ninguna fuerza humana pudiera vencer, al mirar esas negras nubes, corriendo con el viento en un cielo encapotado, en ese desierto de agua encerrado en un círculo de hierro, siéntese uno de repente dominado por una idea mas humilde y mas cristiana, y nos inclinamos, convencidos de nuestra debilidad, ante la imágen de lo infinito.

Esa furiosa tempestad obligónos mas tarde á presenciar una triste ceremonia, el entierro de un niño. El mareo por sí solo no mata, pero cuando se agrega á otra enfermedad, ayuda poderosamente á la muerte. Cuando nos embarcamos, aquel pobre niño, hijo de un infeliz trabajador de Wurtemberg, estaba ya peligrosamente enfermo. Las fatigas del viaje y la miseria que reinaba entre los pasageros del entrepuente acabaron con él. Pocos dias antes de morir y agitado por la calentura, decia una tarde á su madre: "Conozco que la América está muy lejos, y que yo me quedaré en el camino. El aire es sofocante y el sol me abrasa; empero allá á lo lejos veo el Neckar hermoso y risueño, el cual me invita á bañarme en sus frescas aguas. Abreme la puerta del jardin, déjame ir al puente, déjame descansar en el Neckar."

Algunos dias despues de su delirio, las aguas del Océano se abrieron para recibirle en su seno y otorgarle en él una tumba. Un marinero le envolvió en un pedazo de vela, y le ató luego

á una tabla: rodéabale un gran número de pasageros observando silenciosos tan triste operacion: el clérigo murmuró una oracion, y la tabla se hundió en las aguas. Sus desdichados padres lloraban en el entre-puente, y todos nosotros respetamos su dolor comprendiendo cuán verdadero debia ser. Perder en el mar un ser á quién amamos, es perderle dos veces: cuando le perdemos en otra parte, nos parece que no estamos separados de él por una distancia tan inmensa. En esa amarga memoria de la muerte, de la cual nos habla la Biblia, consuélanos un tanto el poder enterrar al lado nuestro á aquel que nos fué tan caro. visitar el cementerio en que descansa, y remover y cultivar la tierra que le cubre, para que su sepultura esté cubierta de flores. Las mugeres del pais de los Natchez creian aspirar en las flores el alma de sus hijos; las mugeres turcas, inclinando en su dolor el cuerpo hácia un sepulcro, creen que el espíritu de aquel que lloran, enternecido por su recuerdo y sus lágrimas, despierta de su letargo para solazarse con sus oraciones. Los cristianos consideramos como un símbolo de la resurrecion, en la que tenemos fé, y como una imágen de la vida eterna, que es nuestra esperanza, las plantas que crecen en un sepulcro y las rosas que sobre él se deshojan al soplo de la brisa; mas ¡ay! en la desapiadada tumba del mar se pierden esos tiernos cuidados que consuelan un tanto nuestras penas.

Ni siquiera el buque detiene su rápido curso

durante la fúnebre ceremonia. La misma ola que le empuja en su carrera, envuelve en sus pliegues el cadáver que le abandonan.

En un momento se abre al peso del ataúd, y en un momento vuelve á cerrarse, sin que en su superficie quede un solo vestigio que indique que acaba de engullirse una víctima humana.

Si el corazon tiene, como yo lo creo, su brújula y su aguja de iman, ni esa brújula ni esa aguja revelaran á la desdichada madre el lugar en que yace su hijo.

Esa muerte impresionó profundamente á una gran parte de nuestros viajeros enfermos, y como en la monotonía de un viaje náutico, todas las impresiones buenas ó malas que se reciben llegan á un alto punto de exajeracion; quizás eso solo hubiera bastado para acabar de abatir á aquellos caracteres debilitados por una larga incomodidad. Por fortuna, el viento, despues de haberse mostrado tan opuesto á que pudiéramos anclar en buen camino, sopló favorablemente, y gracias á las buenas cualidades de la fragata *Havre*, que habia merecido el renombre de velera, por sus buenas cualidades, franqueamos en dos dias un largo espacio, atravezamos con la rapidez de los pájaros, los Georg's Banks y nos pusimos en paralelo con Long Island.

Un grito de triunfo resonó desde lo alto de las gaviotas. ¡Tierra! ¡Tierra! A este grito todo el mundo se precipito sobre el puente quién con un anteojo en la mano, quién con unos ge-

melos, en busca de un horizonte distinguible únicamente á los ojos del ejercitado marino. Sin embargo era la tierra, la tierra que iba á reponernos de todas las incomodidades de una travesía de treinta y cinco dias, la tierra que saludamos como si hubiésemos perdido ya toda esperanza de volver á verla y que saludamos con el mismo entusiasmo con que la saludaron los compañeros de Cristobal Colón.

Al dia siguiente, un bote, rasgando las olas con una ligereza igual á la del vuelo de la golondrina, trajo á bordo un piloto que nos entregó algunos periódicos americanos en los que busqué con avidez las noticias de Francia que debian haber traido los vapores de Liverpool. Pero en vano recorrí sus columnar: no encontré en ellas mas que tres grandes páginas de anuncios; una en que se daban largas noticias de las elecciones de Filadelfia y del polvo de oro del rio Sacramento y nada mas; ni una sola palabra de Francia. Solté desconsolado el diario de las manos.

Tres horas despues, un vapor vino á socorrer nuestra impaciencia. Ya entonces podiamos reirnos del viento y de la marejada. El *Hércules* nos remolcaba con todas las fuerzas de su gigantesca máquina. Luego nos vimos en la vasta bahía de Nueva-York; tan vasta, que pudiera contener todas las flotas del mundo; despues entramos en el rio Hudson, y entonces se acabaron las fatigas y privaciones del viaje.

Ante el magnífico cuadro que se presentaba á nuestros ojos todo lo olvidamos; en una parte se estendia la linea azulada de Long Island, en la otra veíamos las verdes colinas y bosques de New-Jersey; á derecha é izquierda se elevaban magníficas casas de campo, hermosos pabellones y habitaciones rústicas, sobre el rio navegaban una gran cantidad de barcos de todos tamaños, y vapores dirigiéndose á Europa, á las Indias ó á las Antillas; delante de nosotros veiamos los campanarios, los techos, los muelles inmensos, las legiones de navíos de Nueva-York.

Nuestros pasajeros del entre-puente, encerrados durante cinco semanas eternas, como los negros Congos en la bodega de un barco negrero, saltaban y corrian por el puente, dábanse las manos con tal alegría, que causaba satisfaccion el verles, sobre todo acordándose uno de cuanto habian sufrido; su aspecto me infundió de antemano un verdadero cariño hácia esa tierra de América que tanta alegría inspiraba antes de pisar sus playas.

## II.

De Nueva-York á Albany.—El vapor.—Aspecto del Hudson.—Roberto Fulton.—Costumbres americanas.—Fisonomia del yankee.

---

Durante el intervalo que ha mediado desde mi primer artículo, habreis hecho segun presumo, queridas lectoras mias, vuestras escursiones de verano; de las cuales habreis regresado ya. Habreis querido, segun vuestras elegantes costumbres parisienses, pasar algunas semanas á orillas de esas playas murmuradoras llamadas playas del mar; luego habreis visitado la Suiza, las orillas del Rhin con Schiller ó Goëthe, los dos poéticos compañeros de viaje que no abandonais al recorrer esos poéticos paises. Actualmente regresais, huyendo de las nieblas de Octubre, á vuestro nido de invierno semejantes á las friolen-

tas golondrinas. Donde vosotras estais supongo que es actualmente medio dia. Supongo asimismo que están abiertas vuestras persianas, que vuestras camareras os han presentado ya los periódicos y que al recorrerlos vuestra vista, os preguntais cuál de nuestros grandes políticos será el elejido para la presidencia por la asamblea, y cuáles para las secretarías; si nuestro gobierno prohibirá la representacion de la *Toma de Roma*, y si asistireis á una reunion á que estais invitadas, ó si pasareis la noche en vuestro retrete, religiosas mundanas, encerradas entre la biblioteca y vuestro piano.

Mientras pesais en la balanza de vuestra imaginacion tan graves cuestiones, yo me levanto en mi hotel de Nueva-York, oyendo las vibraciones de la campana de la iglesia de la Trinidad, que está dando las siete. Si bien es cierto que esta ciudad del Nuevo-Mundo se lisonjea de estar mas adelantada que el viejo por sus progresos industriales, está por su longitud en retardo, respecto á él, de cinco horas. Quizás se debe á esto el que esté continuamente en vela. Es cierto que aquí á la mitad del dia la mayor parte de los habitantes han hecho mas trabajo que los de Paris en uno entero.

El sol, que no está obligado á llevar tanta vivacidad en sus movimientos; el sol, que no tiene fondo ninguno en la banca del Ohio, ni siembras de algodon en la Carolina, asómase lentamente sobre los cerros de Brooklyn como un meritorio

de ministerio cansado de empezar el mismo oficio todas las mañanas y gratuitamente. Dos vapores que no han tenido la paciencia de esperarle han partido ya para Albany. En Nueva-York no debe nunca temerse la falta de locomotores; á todos horas se les encuentra para él punto que se necesitan. El muelle del rio del Norte está inundado de torbellinos de humo. Los israelitas no tenian mas que una columna de fuego que les guiara paso á paso en el Desierto; aquí las hay á centenares que os conducen por todas direcciones. ¿Buscais una que os lleve contra la corriente del Hudson? Héla allá, que brilla á los piés de un buque colosal en el que se lee en grandes letras de oro: *The New-World* (El Nuevo Mundo). Al entrar á bordo os interrumpirán el paso una nube de pasajeros. Como no hay mas que unos sesenta vapores que vayan de Nueva-York á Albany, sin contar aquellos que se encuentran en los puntos intermedios, es fácil de concebir, conocida la escasez que hay, que los vapores estén siempre atestados de gente, el *New World* lo está en ambos pisos.

Es preciso que diga de paso, que los vapores americanos que navegan en los rios ó en los lagos, son unas verdaderas casas divididas en tres pisos. En el primero hay el comedor y el despacho, en el segundo un salon para hombres y otro para mugeres; en el tercero una galería con un techo sostenido por una columnata. Los hay que tienen ademas, en el segundo piso, un an-

cho balcon circular. Los hay cuyo techo está construido no de vidrios semejantes á los de nuestros corredores, sino de vidrios de todos colores como los que vemos en las ventanas de las iglesias. Todos están espléndidamente adornados.

El amor del lujo es, á no dudarlo, uno de los hijos mas imperiosos de la civilizacion, y los americanos, que en su puritanismo democrático no se atreverian á tener nuestros magníficos carruajes, ni nuestros criados con librea, se desquitan de esas privaciones con el lujo de sus casas y de sus vapores.

En este pais las mejores sedas de Lyon y los mas ricos damascos adornan los salones, donde brilla el oro por todas partes y cuyos suelos están cubiertos de magníficos tapices. Las recámaras están tan minuciosamente arregladas, que nada dejarian que desear á nuestras mas escrupulosas *lionnes*. Vénse ademas, en algunas de estas casas, otras dos habitaciones que pueden presentarse como dos modelos de elegancia y buen gusto. Nada falta en ellas para que sean unos retretes tales como los describe Balzac; blandos tapices, puerta secreta, un magnífico sofá, hermosos jarros de porcelana, todo se encuentra allí. Llaman á estas habitaciones *weddig rooms*. Su nombre indica á qué estan destinadas. Resérvanse para las recien casadas, que, al salir de la iglesia, sienten deseos de ocultarse á las miradas importunas, é ir á entregarse á sus dulces

ensueños y ricas ilusiones. Felices aquellos que pueden conducir allí á la muger que aman, murmurando en voz baja estos versos de Moore:

"Come over the sea
Come, maiden, with me."

Si esta rápida pintura ha podido daros una idea de la magnificencia de esos vapores repupublicanos, ¿creeis qué, escepto algunos camarotes, no hay en ellos ni primeras ni segundas clases? No, todos los pasageros son *iguales* ante el despacho del capitan, y el emigrado mas escaso de recursos, y el trabajador mas pobremente vestido, se pasean con toda lib ertad por esos salones, sobre esos tapices, así como el negociante que posee millones. El único que puede gozar de algun privilegio, es aquel que puede bajar al comedor y sentarse á una mesa, donde hay un librito que contiene muchas cosas en sus escasas páginas; el memorandum de Brillat-Savarin, el poema de los cafés ingleses, en fin; y ya que debemos llamar á todas las cosas por su verdadero nombre, diremos que lo que ese libro es el que llamamos la carta palabra adoptada del francés por varias idiomas, modificada empero segun las producciones y costumbres de cada pais.

Hecha ya lo mejor que he podido la descrip. cion de esa habitacion flotante donde voy á instalarme, no os inquieteis ya por mí, si es que

os dignais acordaros alguna vez de vuestro fugitivo amigo. Héme ya, andando, y gracias doy á la invencion de la galería en la que puedo pasearme de un estremo á otro, y desde la cual puedo contemplar el paisaje de los dos lados del rio. Detras de nosotros, las iglesias y las casas de ladrillos de los ricos barrios de Nueva-York desaparecen rápidamente. Pero á nuestra derecha vemos aún las casas en construccion, y los hornos de los arrabales. verdadera ciudad de Vulcaño, donde continuamente se elevan de sus chimeneas espesas nubes de humo de carbon de piedra: donde el acero chilla en el agua que le templa, donde se funde el hierro, se le aguza, se le redondea, se le trabaja en todas formas; donde millares de trabajadores construyen á martillazos las enormes máquinas que en breve dominaran las olas de los dos Océanos. A nuestra izquierda vémos otro cuadro mas tranquilo y melancólico, las colinas de Nuw-Jersey cubiertas de árboles amarillos y medio secados ya por el otoño. En ninguna parte habia visto yo tantos colores diferentes en un mismo bosque, en ninguna parte las hojas de las encinas tienen ese color de escarlata del coral, ó de los racimos de los árboles de Judea. Junto á nosotros pasan y cruzan sin interrupcion, chalupas cuyas dos velas se parecen á las tendidas alas de un pájaro, vapores de transporte, almacenes ambulantes llenos de ganados y productos agrícolas; fragatas mercantes mas cargadas aún que los vapo-

res, y barcas de pescadores: hácia la playa, á orillas del mismo rio, donde tantos buques se ven, un locomotor arrastra silbando con fuerza unos treinta wagones sobre un ferro-carril que rivalizará con todos los vapores. En Francia no conocemos aún un número tal de máquinas y medios de transporte. Pero tampoco viajamos mucho. Nos gustan las escursiones á pocas leguas de distancia, y mas que eso los perezosos paseos que damos por los Bulevares, y acabados los cuales regresamos á nuestro hogar. El americano es el pueblo mas nómada que existe; mas que el tártaro de los bosques y prados, mas que el beduino del desierto, á todas horas está dispuesto á abandonar la tienda en que habita. Si la mas pequeña esperanza de una ganancia le sonrie, si desde el Norte al Sur entrevé una especulacion productiva, coje su maleta, diríjese al primer embarcadero, pasa de un vapor á un camino de hierro, de éste á un carruaje, entra en una fonda, vuelve luego á ponerse en camino, y solo regresa á su hogar despues de haber andado centenares de leguas, y dispuesto á volver á empezar pasados algunos dias. Esas naturalezas dotadas de una actividad fibrosa, necesitan sin cesar nuevos alimentos, semejantes á los verdaderos jugadores que solo viven cuando doblan sus albures. Véisle á uno de ellos que acaba de adquirir una fortuna inmensa en una especulacion, y esto os hará creer quizá que va á realizar su capital y retirarse á una habitacion tran-

quila, vivir como un propietario, y plantar árboles, construir un jardin y contemplar tranquilamente, desde el puerto en que está abrigado, á aquellos que aspiran á una dicha igual, y que están aún entregados á las tempestades del mar del comercio.

Pues os engañais si tal creeis: el americano desconoce ó desprecia el voluptuoso *far niente* de la existencia del propietario. Está en el mundo para hacer circular los pesos y billetes de banco, y rodar perpetuamente sobre la montáña de la industria, su roca de Sísifo, aun cuando esa roca al caer le aplaste baje su peso. Ese mismo millon que habrá ganado en un tiempo de fortuna, en una compra de algodones, en un viaje hecho á las Indias ó á la China, vereis que le coloca entero para especular en una fábrica de máquinas, ó en un cargamento de espejos para los nabás de Calcuta. Hace poco tiempo véiaísle soñar continuamente en los terrenos de los Estados del Sur, calculaba sobre posesiones de terreno que nunca habia visto, como pensaban en otro tiempo los holandeses en tulipas que no existian, véisle ahora echar sus cálculos sobre California y el Canadá. ¿Dónde acabará la sed de empresas? Dios lo sabe. Cuando las olas del mar se secarán en sus profundos estanques, cuando la tierra se hundiera á sus plantas, entonces no me admirara ver que durante el naufragio de la naturaleza descubriera un nuevo elemento para reunir cifras y caldear metales.

Decir que semejante potencia de facultades comerciales y tales costumbres constituyen lo llamamos una nacion amable, fuera un absurdo, y no os deseo por cierto que vivais entre ella; yo no creo que imprima jamas en mi corazon uno de esos tiernos recuerdos que en él dejaron profundamente grabados los pueblos de Alemania y Escandinavia, y diré tambien los turcos, que son muy buenos. Pero quiero continuar hablando de estos orgullosos americanos. En este momento, tengo de delante mí el aspecto de una naturaleza que me distrae de ellos, y bendigo mil y mil veces este aspecto. Este es en uno de los lados del Hudson, una línea de rocas de color de granito cortadas en punta como las murallas de una ciudadela, sobre las cuales hay un gran número de arbustos que con sus ramas amarillas, brillan á los rayos del sol como una corona de oro. Del otro lado veo una colina ondeante, sembrada de alegres casitas. De cuando en cuando se distingue en el fondo de una ensenada una cabaña de madera, y al contemplarla, medita uno en la dicha que nos parece debe encerrarse en ella. Mas allá de este primer estrecho, entramos en una doble barrera de elevadas colinas, llamadas las Higlands. Sobre una de esas solitarias y salvajes colinas véese la fachada de Westpoint, escuela militar y politécnica del pais. ¿Por qué el gobierno americano habrá mandado construir á la distancia de quince leguas de Nueva-York, y en paraje semejan-

te el único establecimiento nacional de los Estados-Unidos? Si me encontrase en Alemania ó en Suecia, creeria que escogieron este lugar inspirados por el poético pensamiento de instalar á los profesores y discípulos de ese instituto, lejos del ruido y del movimiento de los negocios y en el silencio de una austera naturaleza; pero como conozco á los buenos habitantes de Nueva-York, supongo que no han tenido semejante idea, y solo la aridez de los terrenos de Westpoint, que poco dejaban esperar, les decidió á dotar con ellos la ciencia.

Despues de una corta detencion al pié de la escuela y de las baterías de Westpoint, el vapor se detiene succesivamente delante de muchas poblaciones cuyo rápido progreso afirma la prosperidad de esta parte de la América. La ciudad de Newbourg, fundada en 1789 por algunos emigrados del Palatinado cuenta actualmente en su estadística nueve mil quinientas almas; Pougkeepsie era antes un lugar habitado por los indios, y ahora es una poblacion que posee centenares de barcos de vela; gran número de vapores y doce mil habitantes; Castkill, construido á orillas de una ancha hahía, la alegre y pequeña ciudad de Hudson y un número inmenso de pueblos y cabañas se encuentran continuamente, y no copio sus nombres porque no quiero que me acuseis de escribir la *Guia de los viajeros.*

Hace doscientos cuarenta años que el piloto inglés Hudson, al servicio de la compañía holan-

desa, descubrió este magnífico rio, cuyo nombre lleva ahora. Desde Terra-Nova, llegó el 3 de Setiembre de 1609 á la costa de New Jersey, y se avanzó desde allí hasta la isla en donde se eleva ahora la ciudad de Nueva-York. Todas estas playas estaban habitadas por tribus de indios ignorantes, salvajes, hostíles los unos á los otros, y los que recibieron sin embargo cariñosamente á los europeos, sin presumirse que aquellos á quienes vendiesen sus frutos y las pieles de sus ganados y animales salvajes, acabarian por echarles de sus hogares y de su tierra natal.

"Al remontar el rio, dice el ilustre navegante entré en una cabaña muy hábilmente construida con cortezas de árboles y habitada por un gefe indio. En ella ví por el suelo una porcion de maiz y de habas y por sus alrededores habia unos montones de esos mismos granos, tan inmensos, que se hubieran cargado con ellos tres navios. Una vez dentro de la cabaña, trajéronnos unos banquillos para sentarnos, y alimentos, en unos platos de madera artísticamente trabajados; luego dos de los indios salieron armados de sus flechas en busca de caza y á poco volvieron con unos pichones, víctimas de su buena puntería. No contentos con ofrecernos todo esto, degollaron un perro, y le desollaron con unas conchas marinas."

Hace cuarenta y dos años que el hombre de génio, el gran Roberto Fulton, cuyo inmenso descubrimiento no encontró al principio mas que

lo que han encontrado otros tantos hombres de génio, burlas y escépticos, lanzó su primer vapor en este grande rio. No comprendido por Napoleon, aun cuando éste distinguia fácilmente á los hombres de talento, rechazado por los sábios como un insensato, porque á estos les cuesta mucho admitir lo quellos no han descubierto ó puesto en práctica, vínose á América, alimentando con obstinacion en su seno un pensamiento en el que tenia tanta fé, pensamiento que debia conquistar al mundo entero. Despues de un año de inútiles tentativas para encontrar quien apoyara sus proyectos, logró por fin que Mr. Livingston se asociara con él para poner en práctica sus trabajos. Nada justificaba aún sus audaces designios, y es preciso leer su correspondencia para conocer las luchas con que debia combatir al empezar su obra.

"En Nueva-York, dice, unos miraban mi empresa con el mas frio desden; otros la consideraban un sueño. Mis propios amigos, al escuchar con benévola paciencia las esplicaciones que yo les daba, mostrábanse frios é incrédulos. Casi todas las mañanas pasaba por el astillero en donde se construia mi vapor y veia allí centenares de ociosos, preguntándose unos á otros qué buque era aquel de tan nuevas formas. Todos hablaban de él con el mas soberano desprecio, burlábanse de mí al calcular los inmensos gastos que iba á ocasionarme la empresa, y divertíanse riéndose de *la locura de Fulton*. Ni una sola vez

siquiera al detenerme junto á esos crueles habladores oí una sola observacion capaz de animarme, ni una sola palabra que resonara grata á mis oidos.

"Llegó por fin el dia decisivo, el dia del ensayo. Invité á mis amigos á entrar á bordo del vapor. Varios de ellos acudieron á la cita, pero yo conocia que solo acudian por compromiso, temiendo ser testigos de mi humillacion. Yo tenia por mi parte motivos para dudar del buen éxito. La máquina era nueva, estaba mal construida, hecha en su mayor parte por hombres que no conocian un trabajo de esta especie. Llegado el momento en que el vapor debia de empezar á andar, reuniéronse mis amigos en el puente. En todas sus miradas leia un funesto presagio, y casi me arrepentí de haber esperado tanto, y á tanto haberme atrevido. Dióse sin embargo la señal, y el buque se meneó, y luego se detuvo y permaneció inmóvil. Los murmullos sucedieron al silencio profundo que hasta entonces habia reinado.—Ya lo habia yo previsto decia el uno, es un error.—Es un sueño, añadia otro, y un sueño peligroso; quisiera estar ya fuera de aquí. Acerquéme á ellos y les dije que acababa de descubrir la causa de aquella repentina inmovilidad del buque, rogándoles esperaran media hora mas, pasada la cual, si no obtenia los buenos resultados que esperaba, si no lograba salir bien en mi empresa, la abandonaria por siempre. Bajé junto al maquinista y

ajusté una pieza mal colocada. El vapor se puso en movimiento y anduvo. Dejamos la rada de Nueva-York, franqueamos los Highlands y llegamos á Albany (1)."

¿Qué diria el capitan Hudson, si en este mismo lugar en que un indio le sirviera en una cabaña de cortezas, carne de perro cocido, viera ahora los espléndidos edificios, los ricos almacenes y opulentas casas de Nueva-York; y que diria Fulton si supiera hasta qué punto ha llegado su descubrimiento?

Hay ciertos goces que ni estan mencionados en los Vedas (2) ni en las mitologías griega y romana, ni en el Edda escandinavo, ni en el Co-

---

(1) Al esplicar este ensayo de Fulton no debe olvidarse que á uno de nuestros compatriotas, al marqués de Jouffroy, pertenece el honor de haber sido el primero que aplicó el vapor á la navegacion. En 1782, el señor de Jouffroy, construyó en Lyon un vapor de cuarenta metros de longitud y cinco de latitud. Este vapor sirvió durante quince meses en el Saona. (Tratado de las máquinas de vapor por M. Tredgold. pag. 54.

[*Nota del autor.*]

El autor se ha dejado arrastrar en esta nota por el espíritu de nacionalidad, pues hoy está ya fuera de duda que el inventor del vapor fué el español Blasco de Garay.

(*Nota del traductor*)

(2) Libro sagrado entre las naciones del Indostan. que creen que su legislador Brama lo ha recibido de la misma mano de Dios.

ran, y que quisiera yo contar entre el número de aquellos que prometen á los justos en las bea titudes del otro mundo. ¿Por qué no admitirles en las esperanzas de la vida futura? ¿Por qué no creer que las almas de aquellos que noble, útil y caritativamente han empleado en esta tier ra sus tesoros y sus pensamientos, encontrarán en otras regiones mas tranquilas y puras la recompensa de sus esfuerzos y el fruto de sus obras? Sí, grato es creer que Shakspeare, Rafael y Mozart gozan del triunfo de su ingenio; que Cristobal Colon se complace viendo á los pueblos del mundo navegar en los mares que él les reveló, y que Roberto Fulton contempla los torbellinos de vapor cuya fuerza ha descubierto; grato es creer tambien que aquellos que pertenecen á una esfera mas humilde, un alma que habrá cifrado toda su gloria en amar y sentirse amada, en hacer el bien que habrá podido, gozará la dicha de ver perpetuado su nombre en un fiel recuerdo y fructificar el gérmen de sus buenos pensamientos en los honrados corazones!

Mientras que hablo así con vosotras, amadas lectoras mias, como si estuviera sentado en un sillon al lado de la chimenea (¡Porqué no estoy aún allí!), olvido este comedor que os he descrito ya, la carta impresa en papel vitela, los criados que nos sirven vestidos con su chaqueta y delantal blanco, como los de nuestros restoranes de Paris. Esta es una de las felicidades del vapor que mis compañeros de viaje no han olvida-

do. Muchos de ellos permanecieron en este salon mucho tiempo cuando nos embarcamos, y vuelven ya á entrar en él. Si mal no me acuerdo, Brillat Savarin ha sido quien, en una de las páginas de su axioma ha dicho: "Fuera de Paris se come, pero solo en Paris se sabe comer." Si hubiese visto este país, hubiera dicho: Aquí no se come, se devora.

Esta palabra apenas puede espresar la idea. Para comprender mejor lo que pretendo esplicar, recordad lo que habeis leido en Buffon, en el artículo *Sollo y Tiburon.*

Quizás así podreis formaros una idea de la voracidad del americano. Hé aquí las comidas que ordinariamente se hacen en los Estados-Unidos: Entre siete y ocho de la mañana, una campana, un platillo ó instrumento cualquiera ruidoso, llama al almuerzo.

Este se compone de guisados de vaca, lengua salada, patos y pollos, con abundancia de patatas, mantequilla y otras mil cosillas. Los americanos se sientan á la mesa como lobos hambrientos. Sin cuidarse de su vecino, sin observar ninguna de las reglas de política tan natural en las sociedades europeas, cada uno se apodera de lo que está al alcance de su mano, y amalgama en uno ó dos platos, pirámides monstruosas de toda clase de guisados, legumbres y mantequilla. Entonces comienza su acelerado trabajo de manos y dientes, como si tuviera contados los minutos, sin hablar, sin respirar, siguiendo con

ávidos ojos los platos que se alejan de él corriendo de mano en mano, y apoderándose de ellos en cuanto puede cojerlos, para proveerse de nuevo.

Hecha esta primera operacion, enciende un cigarro, va al despacho de vinos, al que llaman *barroom*, bebe de un sorbo un vaso de wisky ó de madera, y luego entra en sus meditaciones aguardando que llegue medio dia. Esta hora está lejos aún, y muchos de ellos no pueden aguardar este intervalo de cuatro horas sin visitar dos ó tres veces el querido barroom, hecho lo cual vuelven á meditar de nuevo. La campana anuncia el *luncheon* que se compone de una sopa, una lata de sardinas, manjares frescos, mantequilla y queso. A las tres una nueva señal les llama á otra colacion, que es la mejor, la mas deseada: les llama á la comida de la cual las dos colaciones no eran mas que un completo prólogo. Por esta vez la mesa está completamente átestada de platos donde se ven asados colosales, salzas llenas de espécies y prodigiosos puddings. El mismo apetito siente cada uno que en el almuerzo, y el mismo silencio que durante aquel guarda cada uno de ellos. No se oyen mas que los chirridos de los cuchillos y tenedores, y el ruido que hacen sus ávidas mandíbulas estrujando los huesos. La prisa que emplean durante esta tercera operacion de dientes es tal, que ni siquiera se toman el trabajo de limpiar el estremo de su cuchillo para llevarlo

al salero ó al pimentero, ó al plato donde está la mantequilla, por la sencilla razon que el uso de la servilleta les exijiria un movimiento que les hiciera perder una parte de su tiempo. Sin embargo, estos mismos hombres se burlan de los turcos, porque no usan ni cucharas ni tenedores. Yo recuerdo muy bien algunas veces que he comido con los turcos, y declaro que éstos eran modelos de limpieza, comparados con aquellos con quienes me he visto obligado á comer en las fondas y vapores americanos.

Concluida la comida el demas tiempo que se pasa es muy largo. Asi es que á eso de las siete oís por cuarta vez dar la señal para que los dichosos viajeros vayan á tomar su taza de té ó café, acompañado de algunas tajadas de venado ó escabeche, despues de lo cual se hacen algunas visitas al baroom.

Al ver á esos hombres negociantes sentarse á la mesa y engullir cargas enteras de géneros calinarios, en menos tiempo del que gasta un español en tomar una jícara de chocolate, podria creerse que los minutos que pasan en el comedor los cuentan como perdidos, y que tienen prisa para volver á su despacho á entregarse de nuevo á sus cálculos y cuentas.

Sin embargo, como al salir del salon despues que ellos, les he vuelto á encontrar casi á todos, inclinado su cuerpo contra el respaldo de una silla, y puestos los piés á la altura de su cabeza, y apoyados en el respaldo de otra, saboreando

tranquilamente el humo de su cigarro, ó mascando una onza de tabaco, he debido persuadirme que su precipitacion no estaba motivada por un urjente negocio, sino que era hija de su voracidad sin igual, que les obliga á hacer de cada comida una especie de *steeple-chase* (1) tras de los patos asados y de los humeantes puddings.

Yo no sé cómo me atrevo á daros todos estos detalles, cuando solo debiera presentaros los mejores puntos de vista y las mas atractivas imágenes. Empero vosotras habeis querido saber, hijas curiosas de Eva, cuáles fueran mis viajes en diferentes paises y cuál la impresion que me causaria la república americana; puesto que he empezado ya, dejad que continúe.

Algunos viajeros que se encuentran aquí muy impertinentes, y que escriben sin embargo con una pluma muy benéfica, atribuyen la fria taciturnidad de los americanos á sus cálculos comerciales ó á sus negocios políticos. Creo yo, que sin ser injustos con ellos, podriamos muchas veces atribuir esa frialdad, á la operacion de sus facultades dijestivas, las cuales están sometidas á pruebas tan duras cuatro veces por dia, y necesitan muy á menudo en su ayuda el empleo de la *soda water*, y casi siempre la ácida y repugnante masticacion del tabaco.

Lo cierto es que el americano es en general

---

(1) Carrera de caballos sobre terreno quebrado.

mucho mas silencioso que el turco. Hay ademas entre ellos esta diferencia; el turco, sentado sobre una estera, con su chaqueta de seda, su larga barba, y su ancho turbante, guarda una postura noble é indolente, ó altamente meditabunda, y se fisonomía dulce y tranquila admira al estranjero que la observa; el americano, al contrario, guarda un silencio sombrío é inquieto, seco y brusco. Tiene puntiagudo el rostro, y sus movimientos son rápidos y angulosos.

Su descanso en nada se parece al feliz abandono de los hombres de Oriente; ó al de los europeos del Sur; ni es el *kief* de los primeros, ni la siesta de los segundos; es una especie de postracion, agitada de vez en cuando por un movimiento fibroso y su andar es una marcha rápida. *Where is nature is beauty* ha dicho un poeta; pero donde reina la naturaleza humana reina la fealdad. Entre todos los animales esparcidos sobre la tierra, el hombre es indudablemente uno de los mas feos. Por supuesto que al hablar del hombre, hablo *del hombre;* creacion como de bos quejo que Dios completó y perfeccionó despues creando á la muger. El hombre es á la muger lo que es un trabajo tosco á uno hecho con arte y concluido por un hábil cincel. Sentado este principio, añadiré que de todos los hombres que pertenecen al mundo civilizado, el mas feo de todos es el americano. Imaginaos ver una estatua delgada, seca, con unos piés de una dimension colosal, con un sombrero caido sobre el cogote,

el pelo lácio, con un carrillo hinchado, no por una fluxion de muelas, sino por una bola de tabaco que masca desde la mañana hasta la noche, con una casaca negra cuyos faldones son muy puntiagudos, la camisa en desórden, los guantes como los de un gendarme, el pantalon sin formas, y toda esto imaginado tendreis el verdadero retrato de un yankee de sangre pura.

Es inútil que busqueis en su rostro esa brillante pupila que anuncia un pensamiento inspirado, ni una de esas sonrisas en las que se refleja un alma cariñosa. Nada de eso encontrareis, porque su rostro es frio como una máscara ó como una médalla.

Quisiera tener á mi ladò á mi amigo A.... con todas sus esperiencias hechas sobre la fascinacion de la mirada.

Estoy seguro que los ojos mas penetrantes se resbalarian de estas efigies de monedas como una flecha de madera sobre una plancha de acero. Millares de veces he intentado en mi curiosidad de viajero, exaltar esas cifras ambulantes y devoradoras, á las que dan el nombre de americanos; he probado trabar con ellos una conversacion agradable y conseguir de sus señorías financieras una de esas esplicaciones que en Francia y en todas las demas partes da á un estranjero un hijo del país. Casi siempre han rechazado mis temerarias intenciones, como se recibe en una fortaleza á un temerario que intenta asaltarla. Hace un momento que, despues de

haber estudiado los diversos grupos que están junto á mí, me acerqué á un yankee que contempleba casi estasiado las orillas del Hudson. Me acerqué á él y le pregunté con mucha política, con demasiada, quizás, si la ciudad que se distinguia al horizonte era Albany. Volvió la cara, me contempló silenciosamente de los piés á la cabeza, y murmuró entre dientes estos dos monosílabos: *No, sir*, y se fué dejándome plantado y enterado.

Con una flema, al lado de la cual la inglesa es jovial, el americano es sin embargo curioso como un salvaje del tiempo antiguo; y si bien no he podido conseguir que fijaran en mí la atencion para sacar de ellos algunos pormenores acerca de los lugares que atravesamos, la han fijado en cambio sobre los objetos que llevo encima. Uno de ellos me ha tomado sin cumplimiento ninguno la cadena del relox, la ha dado mil vueltas y revueltas entre sus dedos sucios, y luego, satisfecho de su examen, se ha alejado sin pronunciar una sola palabra.

Otro que estaba sentado á mi lado, me dijo: *You have á pariser hat.* (Lleva V. un sombrero parisiense) Y sin ceremonia ninguna se apoderó de él, dobló los resortes, lo enseñó á uno de los que estaban á su lado, lo observaron entrambos por todas partes y luego me lo devolvió. Cuando pagué la comida tuve la desgracia de sacar mi *portamo-nedas.* Un americano se enamora de él, saca de su faltriquera un enorme bolsillo de

punto de media y me propone un cambio. ¿Qué podia hacer mas que reirme á sus barbas? Oculté el objeto deseado por él y me persiguió con una obstinacion endemoniada, y para librarme de él, me ví obligado á soltarle un d.... á la moda americana, y solo así dejó de importunarme. Para concluir con tantas impertinencias comerciales, coloqué mi sombrero en la sombrerera, caléme el casquete, oculté mi bolsillo, abrochéme el chaleco para que no pudieran ver mi alfiler, y gracias á todas estas precauciones pude pasearme y sentarme sin que volvieran á importunarme con sus estúpidas observaciones.

He aquí la exacta relacion de una de mis impresiones de viaje en América. Actualmente los americanos tienen el derecho de decirme: Es verdad que nosotros somos poco políticos; no tratamos de ser amables, ni corteses, y confesamos que el estranjero que vive entre nosotros debe admirarse de nuestra frialdad. Empero nosotros desdeñamos como muy frívolas las costumbres elegantes de la sociedad europea, y tenemos una audacia emprendedora y una rapidez de accion que debe admirar la Europa.

Si tomais por punto de observacion el lugar en donde estamos, vereis que en cuarenta años hemos llenado de vapores y buques de toda especie este antes desierto Hudson, hemos poblado sus orillas, trocado sus cabañas en ricas ciudades, construido puertos y canales, y ferro-carriles, y en fin, hemos esparcido la vida en estas

cercanias, el movimiento y la prosperidad comercial. Enfrente de nosotros está Albany: en el siglo VII no era mas que una fortaleza, ahora es una poblacion que cuenta con cuarenta y dos mil almas, y allá abajo teneis la metrópoli comercial de Nueva-York, la primera del mundo despues de Liverpool. Nada iguala el impulso de nuestra actividad y lo atrevido de nuestras concepciones. Lo que en Francia combinais sin resultado durante años enteros, lo que discutis largamente en la tribuna, lo hacemos nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Dentro de dos meses lanzaremos una línea de vapores que irán al Havre, y otra que irá á la Inglaterra. Del mismo modo esplotamos ya la Alemania por el puerto de Bremen, las Antillas ya el Océano Pacífico. No existe en el mundo una sola de sus partes donde no flote la bandera americana. ¿Cuántos proyectos no se han hecho en Europa para abrir el istmo de Panamá? La Inglaterra y la Francia han mandado allí ingenieros, que han escrito largas observaciones, que han sido examinadas por el consejo de ministros, sometidas á mil comisiones, y que se han visto por fin sepultadas en los papeles de una chancillería. En Nueva-York, dos ó tres comerciantes formaron una asociacion, la cual decidió en pocos dias que en el istmo de Panamá se construiria un camino de hierro, y dicho y hecho. Los trabajadores están ya sobre el terreno, dentro de un año la locomotiva de los Estados-Unidos unirá los dos mares,

Todo esto lo conozco yo, é inclino la cabeza ante esta potencia del género humano, aplicada á las maravillas de la industria, pero, ¡oh yankees! el Evangelio ha dicho: "El hombre no vive solo con pan, el corazon y el espíritu tienen otras necesidades." A menos que nuestro espíritu sea absorvido por los movimientos de una máquina de alta presion, y que nuestro corazon se cambie en un papel de moneda, tendremos siempre agradables ensueños, pensamientos de arte y poesía, goces de la vida social y deliciosas afecciones que no se podrán remplazar con todos los esfuerzos de vuestro carácter, ni con todas las ventajas de vuestros trabajos.

## III.

De Albany á Montréal.—El camino de hierro *igualitario*—Troy.—Un domingo en los Estados-Unidos—El canal de Whitehall.—Aspecto de la comarca.—Las literas del vapor.—Whitehall.—El lago Champlain.

---

Ya recordareis, amables lectoras, cuántas veces, en una de esas paradojas con las cuales jugais como un muchacho á la raqueta, me habeis llamado aristócrata. Si merezco esta acusacion y si serlo es un pecado, estad persuadidas de que lo expío actualmente, no con una afliccion voluntaria de algunas horas, sino con una penitencia que se multiplica todos los dias.

No pasa un solo instante en el que, ó todo lo que me ha seducido en esta vida terrestre todo

lo que insensiblemente se ha infiltrado en mi corazon, en mis sentidos; el amor á las letras y á las artes, las agradables y apasionadas conversaciones de una sociedad amable, las distinciones del lujo, y las maneras elegantes que reinan en vuestras, casas no lo vea desaparecer completamete, atropellado por un contacto grosero, ó manchado por un soplo profano.

Vuelvo á tomar mi relacion de viaje y á escribir, os lo prometo, sin ódio y sin pasion. Algunas veces me digo á mí mismo, como para justificar á la América de las impresiones desagradables que siento en ella, que hago mal en pedirla lo que no puede darme, y que debiera observarla bajo el punto de vista que ofrecen sus costumbres. Pero para juzgarla, ¿puedo despojarme de mi naturaleza de europeo, ni ahogar mis predilectos pensamientos en el vapor de las calderas, y renegar de las ideas del viejo mundo para revestir al nuevo con su Sambenito? No, deseo ser justo con él y rendir homenaje á cada una de sus raras cualidades. Lo que me hace sufrir l econtraste que existe entre sus costumbres y las nuestras, os lo esplicaré minuciosamente, como un naturalista os irian escribiendo la grandeza del espectáculo que á sus ojos se ofreciera, las yerbas pestilentes y los animales dañinos que se le presentaran á cada paso.

He querido ver á Albany, capital del Estado de Nueva-York, ciudad magnífica, segun dicen los

americanos, que usan generalmente los superlativos hablando de su país. En esta ciudad no he visto, sin embargo, mas que almacenes y tiendas llenas de mercaderías, puestas en desórden, edificios públicos, construidos de mármol, es verdad, pero de los cuales se avergonzarian nuestros mas medianos arquitectos. En uno de ellos hay una biblioteca nacional. ¡Pero qué biblioteca! ¡conteine diez mil volúmenes! Yo creo que en cualquiera de nuestras poblaciones medianas las tenemos mucho mejores.

Como no tenia ni fardos de algodon ni madera del Canadá que vender, pronto me fastidié atravesando aquellas calles, cuya rectitud es muy monótona, despues de haber contemplado las fachadas de ladrillo de sus *storehouses* (almacenes) y los árboles de sus plazas. Dejé la ciudad y por el camino de hierro me fuí á Troy. ¡Ah! hé aquí el camino de hierro *igualitario*, un camino de hierro cómodo. Todo el mundo entra á él en confusion, sin que debais antes escojer vuestro lugar, porque no hay diferencia de asientos. Siéntanse los viajeros en unos bancos largos y estrechos, en unos coches muy parecidos á los omnibus. Puede suceder que de cuando en cuando, algunos de los que se sientan á vuestro lado se hayan lavado las manos, y no escupan á vuestros piés mas que cada dos minutos; pero fácil es tambien que os encontreis encajonado entre dos compañeros de viaje, que bien conocereis que no han hecho, como los de Jor-

ge Sand, su viaje al rededor de la Francia vestidos de hermosas blusas artísticas. Hé aquí precisamente lo que me sucedió! Pasaré por alto ciertos pormenores, que, á la verdad, no fuese muy agradables. Diré únicamente, que aun cuando la mayor parte de mis vecinos iban bien vestidos, ignoraban completamente el uso del pañuelo. Durante este viaje, que si bien no fué muy largo, me pareció eterno, pensaba yo en que me hubiera gustado ver junto á mí á uno de nuestros apóstoles del año de 1848, ministro ó comisario del virtuoso gobierno de febrero, para que gozara de ese dulce perfume de la república. Creo yo que se volviera mucho mas aristócrata que los aristócratas á quienes durante quince años habrá hecho tan encarnizada guerra, con la gluma ó con la palabra.

Ya estoy de Troy y por desgracia entro hoy en esta ciudad un domingo. No ignoro ya lo que es este santo dia en los Estados-Unidos: Quisiera volverme, empero la augusta libertad americana no me lo permite; es preciso, de buen ó mal grado, que uno se conforme á las leyes puritanas. Habreis sin duda leido algo sobre la América, y sobre los domingos, empero quiero terrible haceros una esplicacion exacta de un dia de estos. Pues bien imaginaos ver un dia de lluvia acompañado de su inseperable proverbio: "Fastidioso como un dia de lluvia." Añadid á esto todas las impertinencias que pueden pesar sobre la vida humana; el humo de vuestra chi-

menea invadiendo vuestro cuarto; el viento que penetra hasta la médula de vuestros huesos, entrando por las mal ajustadas maderas de vuestras puertas; imaginaos oir á los piés de vuestra ventana un órgano de Berberia, que os despedaza los tímpanos, y que al levantaros para cerrar la ventana, derramais un tintero sobre vuestro precioso album, al mismò tiempo que un criado hace caer, con el plumero con que intenta limpiarlo, un hermoso vaso de Venecia; ó bien ver entrar en vuestra habitacion á un importuno en el mismo momento en que os levantabais para dar la órden de que no dejaran entrar ninguna visita; ó bien saber que un amigo á quien recibis con placer, se ha vuelto, á causa de un recado equívoco de vuestra criada, ó que esperais con impaciencia una carta que no llega, ó que recibis una que no esperabais y que destruye un proyecto que os proponias llevar á cabo; imaginaos, ademas, todo aquello que puede con un repiqueteo continuo irritar vuestros nervios, con todo aquello que bastaria para fatigar la resignacion mas santa, y apenas tendréis una idea de la insipidez y monotonía de un domingo que nunca acaba. Ni una sola tienda encontrais abierta, ningun movimiento veis en las calles, ni un coche os embaraza el paso. Alguna vez que otra veis únicamente algun intrépido estrangero ó algun ciudadano á quien sus asuntos obligan á salir, pegándose á las paredes de las casas como una sombra fugitiva.

Las ciudades parecen invadidas por la peste ó aletargadas por un sortilegio en el sueño de los sietedurmientes.

En el interior de las casas el silencio es, si cabe, mas grande, y mas grande la inmovilidad. El piano está cerrado, la música prohibida. En el templo se permite y es laudable unir su voz al canto de los salmos; pero concluido el oficio, nadie se atreveria, sin causar un grande escándalo á entonar en su casa un himno religioso. ¡Estraño despotismo en un pueblo que se aclama el mas libre del mundo! ¡Estraño modo de entender la Biblia, de la cual pretenden que dimana la conducta que observan! La Biblia nos muestra á todas horas á los Israelitas, á los profetas y á los reyes, elevando su voz al trono del Señor, ya para cantar sus bondades, ya para implorar su misericordia. En ella no vemos inscrito ningun mandamiento que nos diga que solo á tal ó cual hora debemos celebrar su grandeza, y que durante el tiempo que resta se nos prohibe tocar el címbalo ó el salterio. Los católicos no han alterado de este modo el dogma divino; nuestras iglesias están abiertas á todas horas y á cualquiera momento podemos postrarnos en ellas, ya rebozando el pecho alegría, ya con el corazon lacerado por el dolor. Los protestantes han juzgado mas sábio no abrir su templo mas que una vez por semana y emplear los demas dias en los negocios.

Creereis tal vez que al imponer un enmudeci-

miento tan grande, una inaccion tan general á esta penitencia del domingo, han querido, como los hombres del Siglo XVII, como los puritanos de Cromwell, entregarse á sus meditaciones para absorverse en el estudio de los libros santos; os engañais si tal es vuestra idea. Hay en efecto algunas familias que siguen este ejemplo, que leen libros piadosos acompañados de austeros comentarios. Pero aquel que sole viera en la ley del domingo la imperiosa manifestacion de un sentimiento religioso, se engañaria completamente. Esta ley ha sido dictada por un cálculo material; la hipocresía la sostiene. Varios americanos me lo han confesado.

"Estamos tan ocupados durante seis dias, me han dicho, que necesitamos uno para descansar, y no podriamos descansar completamente si al cerrar nuestra tienda viéramos abierta la de nuestro vecino. Por no mortificarnos viendo una competencia en accion, obligamos á que cada uno suspenda sus trabajos durante veinticuatro horas: sea judío ó mahometano, deista ó atéo, nos es indiferente; la religion es lo de menos. Lo que importa es que podamos dejar de trabajar durante un dia, sin que nos persiga la idea de que uno de nuestros rivales de industria trabaja y nos roba de este modo una parte de las ganancias que hubiéramos podido realizar."

En la fonda de Troy habia unos cincuenta individuos paseándose de arriba á bajo del salon, ó tendiéndose á lo largo sobre dos sillas, mascan-

do tabaco, fumando y escupiendo. Ninguno de ellos tenia en la mano un libro, y segun sus ocupaciones lo demostraban, ninguno se entregaba á esos pensamientos sublimes que son el pasto del alma. Un propagador, miembro tal vez de alguna sociedad bíblica, dejó sobre el mostrador del café un gran número de ejemplares de una obra en la que se recomienda mucho, en nombre de los profetas y apóstoles, la lectura de la santa Escritura. Muchos de ellos no miraron siquiera las entregas; otros las tomaron y despues de haber leido algunas líneas, las volvieron á colocar donde estaban. Yo solo he leido una de ellas.

En la mesa, sin embargo, me he convencido de la privacion que sufren en ella los americanos. No han bebido mas que agua. He pedido vino y me han contestado que no lo sirven hoy. Entonces me he dicho á mí mismo, que sin duda me encontraba en el seno de una sociedad tal como las predicaba el reverendo Matthieu; es decir, una sociedad de temperancia, y he hecho como los demas, me he acogido al agua, que es muy buena en América y la sirven siempre con nieve.

Despues de la comida y mientras estaba aún entregado á mis cálculos sobre los bienes que deben producir los sermones del reverendo Matthieu, y la poderosa influencia que su doctrina debe ejercer en las clases trabajadoras, vi que mis sóbrios compañeros de mesa bajaron al bar-

room uno tras del otro, y bebieron de un sorbo mas de un vaso de wiskey, de brandy ó vino de Oporto. Si esta costumbre no merece el nombre de salvaje ó el de hipócrita, no se cuál merecerá.

Para ser justos con ellos, diré, que despues de sus copiosas libaciones, han vuelto á guardar su silencio y su posicion horizontal sobre las sillas, y se han fastidiado muy devotamente hasta la noche.

Afortunadamente el domingo llega ya á su término. Creo que, segun las reglas del calendario, este dia se compondrá como los demas, de veinticuatro horas, pero al parecer tiene lo menos doble cantidad.

Despiértome á los rayos del sol de otoño que colorea las aguas del Hudson y las colinas de Troy, y el cual dá alguna animacion á las calles y al puerto, tan callados ayer. Un camino de hierro conduce en tres horas de aquí á Whitehall; la esperiencia que tengo de esos caminos me impide tomar éste, y voy á embarcarme en el canal que reune el Hudson con el lago Champlain, en una barca cubierta que anda con mucha lentitud; del mismo modo que los *treckhits* de la flemática Holanda. En ella no sentiré probablemente las alegres emociones que me hizo sentir el vapor de Meaux, pero en cambio me dejará ver, de paso todo este país que es magnífico.

Esta barca está llena de mercaderías y de pa-

sajeros. Yo no sé qué especie de locomotivas debieran inventarse para que en los Estados-Unidos no atrajeran á sí á los viajeros; tal es la aficion que los americanos tienen á los viajes. En el salon no se vé un asiento vacío; gracias á un gran rollo de cuerdas que hay sobre el puente, puedo sentarme y leer. El aire que se respira es agradable, el cielo puro, risueña y hermosa la naturaleza; el libro que tengo en la mano me interesa, y parece que nadie se dispone á interrumpirme; esto es cuanto me basta para estar verdaderamente bien.

De ambos lados del canal se estienden hermosas llanuras cubiertas de árboles frondosos, cabañas, casas de madera, pintadas algunas de ellas y tan elegantemente construidas como las que se ven en las ciudades de Suécia y de Noruega; las otras mas sencillas, se parecen á los *loghouses* de los primeros colonos. A la derecha y á algunos centenares de pasos de nosotros, corre el Mohawk, rápido é impetuoso, mugiendo y luchando contra las grandes rocas que le interrumpen el curso, rodeando aquí y allí algunos árboles, como el Saona, y algunas pequeñas islas, que en verano deben presentarse á los ojos del viajero cubiertas de hermosas flores. Un poco mas allá, ese mismo rio cae en cascada desde lo alto de un dique de rocas, y luego estiende en la llanura sus aguas azules y transparentes como un cristal.

Nos paramos muy á menudo ante las cabañas

de los hombres encargados de abrir y cerrar las esclusas, sobre cuyas puertas está escrito con grandes letras: *Groceryes* [Comestibles].

Estos almacenes de comestibles se reducen á algunos panes de sebo, unas cuantas libras de azúcar y café. Pero sobre el mostrador brillan algunas botellas de vidrio, que llaman mucho la atencion de mis compañeros de viaje, y del capitan de la barca, que es un americano muy alto y flaco, algo moroso, pero menos indolente que sus compatriotas. A veces son tan largas las paradas que hacemos frente de esas botellas que me preguntó, si antes de seguir su camino intenta el capitan acabar con los tesoros báquicos que encierra la taberna. Sin embargo, se determina á resistir á las tentaciones, enjúgase los labios con la manga de la chaqueta, dá un latigazo á los caballos, á quienes hace expiar su pereza, y salta de un brinco á la barca.

A cada paso varia el paisaje. Tan pronto se ven terrenos bajos en los que pace un gran número de ganado, como elevados terrenos desde los cuales el Mohawk se precipita espumando, para encontrarse aprisionado por la industria americana, que le obliga, como á un esclavo, á dar vueltas á las ruedas de los molinos y de las máquinas de serrar madera; ya se nos presentan algunas colinas formando un anfiteatro, surcadas por el arado y en las cuales se ven algunos hermosos jardines, ya las líneas vaporosas, las cimas dentelladas de las *Green Mountanes*, llama-

das por otro nombre las montañas del Estado deVermont, que se estienden del lado del Canadá, y algunas de las cuales se elevan á la altura de cuatro mil piés.

Muy á menudo me recuerda este país el aspecto de los cerros del Franco-Condado, con sus habitaciones solitarias, sus bosques y sus prados, lo único que no veo aquí son los frondosos abetos; irguiendo sus altas cimas, tampoco veo brillar á lo alto de esos poblados bosques, la cruz de la Iglesia católica, ni oigo brillar la armoniosa y plañidera campana que llama á sus ovejas. Reina un grande silencio en estas montañas; silencio interrumpido solo de vez en cuando por los martillos de una fragua, ó por las ruedas de una máquina. No se oye el solo trino de un pájaro. Me han dicho que en los Estados-Unidos hay menos pájaros sedentarios que en otras partes, y lo creo muy posible. Esos pobres animalillos no podrán sin duda soportar el ruido de las locomotivas, que interrumpirá continuamente sus conciertos, ni los torbellinos de humo de las máquinas de vapor que cubren la atmósfera; huyen lejos de este pais industrioso, y emigran á otras regiones, donde puedan construir tranquilamente sus nidos, y cantar sus amores entre las frescas ramas.

Con mi libro en la mano y contemplando la naturaleza, este saludable bálsamo de los corazones, he pasado un dia muy agradable en el canal de Whitehall, sin creer que debia pasar

tambien la noche en él. Al anochecer el cielo se ha cubierto de nubes y ha llovido mucho. Me ha sido forzoso entrar en la cámara, que no tendrá mas que unos treinta piés de longitud sobre diez de latitud, y donde hay unos cuarenta pasageros obligados á pasar la noche en ella. ¿De qué modo podrán arreglarse cuarenta camas en un espacio tan reducido?. Hé aquí un problema cuya solucion haria calcular á mas de un matemático. En América se ha resuelto inmediatamente, y vais á ver de qué manera. Dentro de la barca hay algunas tablas que, tendidas á lo largo de la cubierta, durante el dia, parecen formar parte de la carga. Por la noche se las levanta y por medio de unas cuerdas y algunos ganchos se las coloca una sobre otra formando dos ó tres pisos, segun exijen las necesidades del momento. Un criado coloca una manta sobre las tablas y un saco representando una almohada, y ya está todo arreglado. No esperaba yo ver construir en el centro de la barca tantas literas, y á medida que iban saliendo nuevas tablas crecia mi admiracion. Parecíame ver al tentador de Pedro Schlemil, sacando de sus bolsillos un telescopio, una tienda de campaña, capaz de contener una docena de personas, y una carroza tirada por cuatro caballos. Una vez dispuestas así las camas, cada uno escoje la suya. Hubiera preferido yo pasar la noche leyendo, pero la mesa, las sillas y los bancos desaparecieron para colocar en su lugar las literas.

Obligado, pues, á escojer una, empecé por preguntarme por cuál de ellas me decidiria. Las mas bajas eran las mas cómodas, pero prometian en cambio un gran número de inconvenientes que no me atrevia á desafiar. Las segundas aunque mas ventiladas, estaban á una altura bastante imponente: decidíme al fin por una de las primeras y aplaudíme el haberla escogido, bien que al principio amenazaba haber sido muy desacertada mi eleccion. El que ocupó la litera que estaba opuesta á la mia, me causó una inquietud, que por fortuna fué de cortos momentos.

Tenia las piernas dirijidas hácia mi litera, y como la suya no guardaba quizás proporcion con su estatura, trató de invadir mis dominios. Mas por su desgracia se habia desnudado al acostarse: como yo me acosté vestido, y ni siquiera me quité las botas, resultó que sus piés se encontraron con los clavos y tacones de ellas y conociendo mi adversario su desventaja, se retiró como un caracol á su concha.

Iba ya á gozar en paz de la eleccion que habia hecho, cuando de repente, un hombre colosal, que al parecer no encontraba otra litera, empezó á escalar la que colgaba sobre mi cabeza. Juzgad cuál sería mi terror. Un cuerpo tan pesado podia muy facilmente romper los mas sólidos resortes. Iba á rogarle que no renovara sus esfuerzos y que aceptara mi litera, cuando ayudado de un sonoro *goddam* logró instalarse en la que deseaba,

Los ganchos y las cuerdas crujieron bajo su peso. Mi temor me inspiró la idea de desertar mi cama, temiendo ser aplastado por un cuerpo humano: sin embargo, las literas aéreas eran mas sólidas de lo que parecian; quedéme pues en la mia, y á cada movimiento que hacia mi elevado vecino, preparábame para echar á correr, pues tenia sobre mi cabeza una nueva espada de Damoels, poco aguda, es cierto, pero de un peso aterrador.

Pensé toda la noche en una pobre habitacion sin tapices ni colgaduras, en la que descansé una noche durante uno de mis viajes; esa habitacion no ténia mas muebles que dos sillas y por cama un jergon. ¡Cuanto hubiera bendecido en este momento al que por medio de la mágia de un *Midsummersnight 'dream* me hubiera presentado aquel cuarto y aquel jergon!

Por fin al amanecer nuestra barca, que durante la noche, y como para hacer mas agradable nuestro sueño, chocó con todas las piedras de las esclusas, llegó al muelle de Whitehall, que está á treinta leguas de la frontera de los Estados-Unidos.

Las calles de esta poblacion son muy cómodas en tiempo de lluvia, pues no están empedradas. Sus casas están construidas sin gusto y son de pobre apariencia. Generalmente se componen de algunas tablas pegadas á unas cuantas vigas, una puerta, cinco ó seis ventanas, y una capa de barniz en su fachada, ya está la casa

hecha. Así como en el Norte de Europa, la llana del albañil no se emplea mas que en los cimientos; los carpinteros se encargan de lo demas. Empero la situacion topográfica del pueblo es muy pintoresca. Una gran parte de sus casas están alineadas á lo largo del canal y del lago, y algunas en la llanura; otras, semejantes á un estudiante travieso, parece que se han escurrido de entre las demas, para establecerse en el alto de una colina escarparda, sobre unas rocas y al pié de unos abetos, desde cuyo punto parece que contemplan á sus tímidas vecinas del valle.

La poblacion no pasa de dos mil almas; sin embargo, cuenta en su seno dos bancos, y dos periódicos, tiene sus vapores en el lago, sus barcas en el canal y algunos carrujes públicos que todos los dias van y vienen del lado de Rutland y del de Boston. Entre estos dos mil habitantes hay unos setecientos católicos, hijos la mayor parte del Canadá, y los cuales, por medio de donativos voluntarios, han construido una pequeña Iglesia bastante hermosa; del mismo modo sostienen su curato. Un jóven que estaba empleado en la fonda, me ha dicho: "Yo pago cinco pesos anuales para el banco y uno para el cura. Ese digno pastor vive actualmente en una casa muy mala, pero tratamos ya de construir una que esté mejor."

Uno de esos enormes vapores que solo se ven en América, sale de aquí todos los dias para

atravesar el lago llamado Champlain, cuyo nombre heredó de ese noble marino francés, el cual fué casi el creador de nuestra colonia del Canadá, y cuya vida fué una continua série de viajes de unas playas del Océano á otras, esplotando atrevido un pais desconocido, luchando continuamente contra las tribus salvajes, las maquinaciones de sus celosos enemigos, y las agitaciones políticas y religiosas de Francia.

Este lago, que está casi á la estremidad de los Estados-Unidos, y que tiene cuarenta y tantas leguas de longitud, recuerda al viajero una de las páginas brillantes de nuestra historia; á pesar de su estension, no es de los mas grandes de América. Por el canal Erie que está en uno de sus estremos, se une al rio Hudson, que conduce á Nueva-York; por el otro estremo se comunica con el Ontario, el Niágara y el lago Superior. Por medio del ferro-carril de San Juan se junta al San Lorenzo, á Montreal, á Quebec y al Labrador.

Por la parte de Whitehall es tortuoso y estrecho; tan estrecho, que nuestro vapor ocupa mas espacio de proa á popa, y admira ver que un buque tan gigantesco se aventure á navegar en esa especie de calle de agua, y doblar sus ángulos en unos lugares que deben ser muy peligrosos, como lo demuestran los cascos de algunos buques varados en sus orillas, así como los esqueletos de los camellos que se encuentran en los

arenales de Egipto prueban cuán largo y penoso es atravesar el cesierto.

Sus bordes estan por esta parte cubiertos de bosques, y entre sus espesos árboles se vée de cuando en cuando una que otra cabaña de leñadores; desde aquí veo á uno de estos, que con el pié sobre el tronco de un árbol y el hacha en la mano, contempla tranquilo las peligrosas maniobras de los marineros.

Un poco mas lejos, el Champlain se ensancha, y sus ondas bañan, por una parte, una vasta superficie sembrada de frondosos árboles, y por la otra, una playa muy corta que está á los piés de desiguales cerros y elevadas montañas.

El vapor interrumpe su curso ya al pié de un embarcadero, ya enfrente de un pueblo.

Sobre una lengua de tierra encerrada entre el lago y el rio Winooski se eleva Burlington, poblacion de cuatro mil quinientas almas, situada en un lugar encantador, entre dos aguas, junto á los bosques, no lejos de las mas elevadas cimas de las Green Mountains y de los picos de la cadena de Addrondaski, que teinen seis mil piés de altura.

A la distancia de veinte y cinco millas está Plattsbourg, cuyas casas se estienden en ambas orillas del Saranac, cerca del punto en que desemboca éste en el lago Champlain. Al llegar aquí, el americano á quien habréis visto pasar horas enteras á vuestro lado sin miraros siquiera y que ha recibido todas vuestras atencio-

nes como un dogo que está de mal humor, anima de repente su metálico rostro, y se os acerca con aire jovial; desea contaros la victoria que los americanos ganaron cerca de esta poblacion en 1814, contra las tropas inglesas, mandadas por el general Macdonough, y os la esplica con tanto enfásis y dandoos tantos por menores, que os obliga á desear que vuelva á entrar en su normal silencio.

Los americanos, así como los rusos, tienen un orgullo nacional que traspasa todos los límites. Ellos no pueden, como el pueblo ruso, hablar de sus antiguas tradiciones; no tienen como él, monumentos antiguos de un carácter venerable, ni tampoco otros modernos de un aspecto grandioso. No han conquistado, como los soldados de Sowaroff y de Alejandro, la reputacion de valientes en los principales campos de batalla de Europa. Tampoco tienen como ellos cantos populares que encierren una poesía tan bella, tan original como la que se lée en las composiciones de Pouschkin y de Gol. Pero á los americanos nada les importa lo que existe en los demas paises. Tienen la dicha de creer que las demas naciones les son inferiores en mucho, y todo lo que el uso perpetuo de los números le ha dejado de imaginacion, lo emplean alegremente para elevar el aéreo edificio de su gloria. Para ellos, la cosa mas insignificante de su historia es un hecho, que por su importancia, debe llamar la atencion del mundo entero. Una ba-

talla en que han cojido una bandera y muerto treinta enemigos, la creen un nuevo Marengo. El nombre de su general Scot merece, segun ellos, pasar á la posteridad, acompañado de una gloria igual á la de César y de Alejandro, y están convencidos de que cada uno de los soldados que tomó parte en la guerra de México, es un pequeño Napoleon. Cuando hablan de su país y de sus progresos, su lengua usual es harto pobre para espresar todo su entusiasmo. Se valen para eso de epítetos retumbantes y estraordinarios, y de términos que nunca Johnson ha admitido en su diccionario. Recuérdame á aquel cicerone italiano, que enseñando á un estranjero un cuadro de Albano, le dijo: *¡Oh! signor questo é un maestro, é un grande pittore, é un pittorissimo.*

He oido de pe á pa la relacion de la batalla de Plattsbourg y al acabarla, el oficial americano satisfecho sin duda de la atencion con que le he escuchado, se ha inclinado; ¡cosa estraña! y si no me equivoco, ha llegado su saludo al estremo de llevar la mano al ala de su sombrero, lo que es aún mucho mas estraño. No teniendo ya otra epopeya homérica que contarme, me ha dejado, al hallarnos en frente de las orillas de Champlain, entregado á mis reflexiones.

Esas orillas iban tomando á mis ojos un aspecto cada vez mas melancólico. La noche tendia sobre ellas su oscuro manto. La luna medio envuelta entre las nubes, lanzaba de cuando en cuando

sobre las aguas algunos de sus rayos que alumbraban fantásticamente el espacio, y luego se escondia dejándolo todo en la mas profunda oscuridad. El cielo encapotado, la tierra que por do quiera se nos presentaba sombría, el gran silencio que reinaba, interrumpido únicamente por las olas y el movimiento de la palanca central ó balanza de la máquina del vapor, monótono, regular como el de la péndula de un relox, todo esto despertaba en mí una de esas profundas y sofocantes emociones en que el corazon, dominado por una tristeza indefinible que le hace estremecer con fuerza, busca como para consolarse un pensamiento religioso, un ensueño de esperanza, ó un recuerdo de amor. Tieck, ha espresado en uno de sus *heder* esta emocion. Contaros lo que espresan sus versos, será contaros lo que esperimento en una fria noche de Otoño pasada en las soledades del lago Champlain.

"En una noche tranquila camina un viajero y el éco de sus pisadas se confunde con el soplo del viento. Camina con paso tímido, suspira, llora é invoca á las estrellas.

"Mi pecho late con violencia, dice; mi corazon respira apenas en estos solitarios lugares, en este desconocido camino. ¿Dónde voy, y en pos de qué? ¿Voy en busca de la dicha? ¿Corro tras el dolor?

"¡Oh estrellas! estais lejos de mí, muy lejos y quisiera comunicaros mis penas!"

Un ruido inesperado y repentino resuena en

sus oidos; la noche se aclara. El corazon del viajero respira mas libremente y se siente reanimado.

"¡Oh hombre! estás lejos y cerca de nosotros, y no estais solo. Ten confianza y vuelve los ojos hácia nuestra luz. Las estrellitas de oro no estarán siempre separadas de tí por una distancia tan inmensa. Estas estrellitas se acuerdan de tí."

Me he retirado á mi *stateroom* pensando en mi amable poeta Tiek, en su canto nocturne y en una estrella que él no ha conocido nunca. Al dispertar por la mañana, nos hallábamos en las fronteras del Canadá, cerca de la isla de las Nueces, ocupada y fortificada por los ingleses, los cuales desde allí, por medio de sus cañones impedirian á derecha é izquierda cualquiera invasion enemiga en el lago. A cuatro leguas de allí está el pueblo llamado San Juan, que tiene tambien sus cuarteles. En cuarenta minutos un ferro-carril me conduce de este punto á la Prairie.

Aqui es preciso que viajeros y equipajes pasen á otro vapor. Ya estamos sobre el San Lorenzo. Piso ya un terreño que estaba inscrito antes en nuestros mapas, en nuestra historia, en la Nueva Francia; al dejar de pertenecernos, no ha dejado por eso de amarnos. Por todas partes oigo hablar francés, y pronunciar ciertos nombres que hacen retroceder mis ideas á dos siglos anteriores.

Mas allá de una magnífica rada, veo elevarse mástiles de grandes embarcaciones, torres, campanarios y cúpulas de edificios. Es la ciudad que en otro tiempo construyeron nuestros padres. Es Montreal.

## IV.

# MONTREAL.

La Francia en el Canadá.—Recuerdos de lo pasado.—Tradiciones de familia.—Emociones gratas.—El valle y el paisaje.—Principios de la colonia francesa.—Las compañías de comercio y el clero.—Division de terrenos.—Derechos de señoría.—Guerras con los indios y con los ingleses.—Capitulacion de Montreal.—Abandono del Canadá.—Progreso de Montreal.—Poblacion.—Movimiento de los partidos.—Literatura y poesía.—Una cancion á la Fuente Clara.

---

Alabado sea Dios! Ya he entrado en Francia; pero no en la nuestra, no en esa donde estais y á la que pudiera decir muy á menudo:

"My heart, as I wander, tures foundly to theu (1)."

Encuentro á mi paso soldados con uniforme

---

(1) Mientras viajo, mi corazon suspira por tí.

colorado á los cuales no quisiéramos ver pasar al pié de nuestras ventanas.

En frente del palacio del gobernador, tremola una bandera que no tiene los mismos colores que la nuestra, y en una plaza se eleva una estatua, la cual no quisiéramos ver erigida entre nosotros; es la estetua de Nelson. Al dirijir los ojos sobre un mapa, observo que entre la situacion de este país y la de aquel que tantas veces he dejado para volver á verle con tanta alegria, media una diferencia de latitud y longitud que me hace reflexionar muy profundamente.

Es muy cierto sin embargo, que me encuentro sobre un terreno de la Francia; sobre esta tierra del Canadá descubierta por Quartier, colonizada por Champlain, convertida por nuestros misioneros, gobernada durante mas de cien años por autoridades francesas, y conquistada por los ingleses despues de una larga lucha en la que cada uno de nuestros soldados cumplió valientemente con su deber, y en la que nuestro ejército, tan fuerte por su valor, fué completamente destrozado por el número de sus adversarios.

Ha pasado ya cerca de un siglo desde que un suceso fatal nos privó de este hermoso y rico país, que por medio de unos lagos muy grandes se une á otra de nuestras posesiones, á las orillas del Mississipí descubiertas por el padre Marquette.

Durante el largo espacio de tiempo que encierra un siglo, la Inglaterra ha mandado acá

sus batallones y sus gobernadores, é introducido una parte de sus leyes y arreglos administrativos. Para regir este país, ha tocado todos los resortes que están en su mano, se ha valido de su industria y de su comercio; ha mandado muchos emigrados igleses é irlandeses, y sin embargo no ha podido *desnacionalizar* la pequeña colonia francesa que se encontraba en el Canadá en la época de la conquista. Esta poblacion ha ido al contrario, aumentando todos los dias. En 1763 no contaba mas que sesenta mil habitantes: actualmente cuenta, en el bajo Canadá, cerca de seiscientos mil, los cuales á pesar de las vicisitudes que ha sufrido el país y á pesar de pertenecer á otro reino, aman la Francia y se enorgullecen de su orígen francés.

Ya lo he dicho, solo se oye hablar aquí nuestro idioma. El criado de la fonda en que vivo, la frutera de la esquina, el cochero que me invita á subir á su coche de alquiler, el abogado, el médico, el propietario, el comerciante, todos hablan el francés, y todo me recuerda aquí, ya por un hecho, ya por una fecha, ya por un monumento público, algun grato recuerdo de la Francia. La gran calle que atraviesa de un estremo á otro la ciudad, se llama de *Notre Dame;* á derecha é izquierda las dos de *Saint Paul y Saint Jacques;* están cortadas por las de *Saint Laurent y Saint François Xavier.* Los ingleses no han bautizado aún mas que dos de ellas; todo lo demas viene de la Francia.

Figuraos ver una de esas plantas á las que una ráfaga de viento roba su semilla para llevarla á una playa lejana, donde germina, crece y produce retoños que se elevan en medio de un monton de plantas estranjeras. De este modo os representaréis la imágen de esta poblacion francesa, tan pequeña ántes, pero tan firme ahora; que ha crecido entre las plantas indígenas, y poco á poco se ha hecho mas fuerte que ellas, conservando como los vasos aromáticos de que nos hablan los antiguos, el perfume de su orígen, el fuego sagrado del hogar natal, bajo el imperio del leopardo británico, bajo las nieblas del régimen inglés.

Cuando este vasto pais fué descubierto, se le dió el nombre de Nueva Francia. Bien pudiera dársele ahora el de Antigua Francia, porque ha guardado, mejor que nosotros sobre las orillas del Sena, al través de todas nuestras conmociones políticas, el culto, las costumbres y las tradiciones de otra época.

En el fondo de los mares del Norte existe una isla poco frecuentada y poco conocida, donde se retiraron, hace como ocho siglos algunos centenares de noruegos para escapar del yugo de un conquistador. Esa isla se ha convertido en santuario de la lengua primitiva y en sagas históricas de la península scandinava. Los islandeses, separados de todo el resto del mundo, hablan aún el mismo idioma y se entretienen con las mismas espediciones aventureras. Lo que

observo en el Canadá, me recuerda aquello que tanto llamaba mi atencion en otro tiempo, estando entre los pescadores de Reykiavik, en las cabañas de Skalholt, con la única diferencia, que los irlandeses han debido, á causa de su aislamiento, guardar sin esfuerzo ninguno todo lo que llevaron en el fondo de su alma cuando su emigracion, y que los canadianos han conservado como un patrimonio, en medio de sus relaciones comerciales con la América, y de su perpetuo contacto con la Inglaterra.

Este medio millon de hijos de la Francia, que se conocen con el nombre de los *habitantes*, profesan el mismo respeto por la religion católica y sus sacerdotes, que se profesaba en tiempo de Luis XIII. En cada poblacion el cura ejerce una influencia muy grande.

El és el guia de las familias, el confidente de los secretos dolores, y el árbitro en las disenciones domésticas. Nadie deja de saludarle al verle pasar, y todos se honran conversando con él. En los dias de fiesta, la iglesia se llena de gente, hombres y mugeres, los cuales asisten devotamente al oficio, y no esperan encontrarse al regresar á sus casas, con una burla filosófica sobre el canto del coro y lo largo del sermon. En varios de mis paseos con algunos abogados ó miembros del parlamento, les he visto, como nuestros honrados habitantes del Franco Condado, descubrirse humildemente cada vez que pa-

san ante una de las cruces que se elevan á orillas del camino.

Al conservar nuestro idioma, han conservado tambien esa elegancia, esa pureza de lenguaje del gran siglo. El pueblo mismo habla con bastante propiedad, y no usan ningun dialecto.

Relatan con gusto las espediciones de nuestros grandes marinos, los animosos viajes de nuestros misioneros, la valiente Odisea de Champlain, y los brillantes combates de que han sido testigos las orillas del San Lorenzo. Estas son las leyendas que se cuentan de aquel enjambre de caballeros que atravesó el Océano con la cruz y la espada; ellas forman el poéma de aquellos piadosos Eneas.

Ademas de tantas tradiciones, cada familia tiene su crónica particular, que guardan cuidadosamente en sus archivos y en su memoria. Cada una de estas familias es de orígen francés mas ó menos directo, y recuerdan ya una ciudad del Norte, ya un pueblo del Sur, y sus hijos aprenden de memoria ese nombre para no olvidarlo jamas. Esta desciende de la Vandée, aquella de la Normandía, y la otra, de las montañas de Jura. En general, cada una de ellas alaba por tradicion las cualidades de la provincia de que desciende, y muy á menudo tienen entre ellos ciertas contiendas hijas de un glorioso amorpropio nacional, pero vuelven luego á reunirse amistosamente bajo el nombre genérico de habitantes, en la misma comunidad francesa, en su orígen.

Un dia visité á uno de esos amables canadianos, en el momento en que acababa de recibir una carta que le causó un gran placer. Ese hombre, que por su honradez y talento se ha creado una feliz posicion entre sus conciudadanos, hacia largo tiempo que sufria una pena bastante aguda. Sabia positivamente que descendia de franceses, pero perdidos los papeles que acreditaban su orígen, y no pudiendo reemplazarlos, ignoraba á qué provincia pertenecian sus antepasados. Un dia, leyendo un periódico francés, encontró un apellido cuya ortografia era exactamente igual á la del suyo. Inmediatamente escribió al que lo llevaba. Era éste un notario de Maus, el cual, pocas semanas despues, le mandó la historia circunstanciada de la vida de uno de sus propios antiguos parientes, quien, en el Siglo XVII, habia salido para la Nueva Francia; mandóle juntamente la genealogía de su familia y los retratos de varios de sus parientes. El buen canadiano leia y releia la genealogía, contemplaba cariñosamente los retratos, y gozábase en alimentar la idea de que un dia visitaria el suelo natal de sus padres, y abrazaria á sus primos de Maus.

No me es fácil esplicar cuántas emociones esperimenté á mi llegada á este país, á este centro de fieles recuerdos de la Francia. Mi rápido viaje entre los americanos me habia literalmente helado el corazon y la lengua. No me atrevia ya á acercarme á uno de esos hombres á quie-

nes puede llamarse osos de mostrador, que respondian á mis preguntas con una especie de gruñido, pues conocia que ninguna simpatía, ningun punto de contacto existia entre los pensamientos mercantiles de esa raza nacida para sumar y multiplicar, y los caprichos de mi pobre naturaleza de viajador. Habia empezado ya á vivir solo entre ellos, y á pesar del horror que me inspira una vida de esta naturaleza, veíame obligado á pesar mio, á entrar en esa clase romántica, y á figurar entre el número de los séres incomprensibles. Pero hé aquí que de repente vuelvo á encontrar la risueña y espresiva fisonomía de la Francia, y sus animados ojos. Al lado de esas cohortes de mecánicos ó mercaderes á quienes oia silbar por toda conversacion, ó murmurar dos ó tres palabras ininteligibles, vuelvo á encontrar hombres francos y joviales quienes al saber la llegada de uno de sus compatriotas vienen á mi encuentro, me buscan antes que yo les busque, me tienden la mano, y me ofrecen sus servicios. Respiro ya mas libremente, pues á la verdad, me creia medio muerto; heme pues resucitado.

Y he resucitado á cuarenta y cinco y medio grados de latitud y setenta y tres y un cuarto de longitud. El hecho es de bastante importancia, y no puedo pasarlo por alto. Al mismo tiempo que os lo citaré, os esplicaré la posicion exacta de Montreal; ademas, deseo haceros una descripcion de esta ciudad, si bien es cierto que en

general, las descripciones de las ciudades, y so bre todo aquellas que yo he escrito, me parecen siempre fastidiosas; empero, segun dicen, es un deber de los viajeros, y quiero llenar los cargos de mi profesion.

Para ayudarme en algo, dignaos estender un mapa de la América Septentrional. Siguiendo sus diversas líneas, encontrareis saliendo del lago de Champlain, y al Este de los Estados-Unidos, una isla rodeada por las olas del Ottavra, que fuera un rio muy importante en Europa, y que en América no es mas que secundario, y por las olas del San Lorenzo, que es uno de los mas caudalosos del mundo. Es la isla de Montreal, que tiene unas once leguas de longitud, sobre dos de latitud por la parte mas estrecha y cinco por la parte mas ancha. Casi en medio de esta isla se eleva una montaña, dividida en dos, como por la cuchilla de un Roldan.

Con vuestra poética imaginacion hareis de estos dos rios, dos rieles de oro y plata, y del suelo que ocupan, un alfiler de esmalte que en su centro habia engastado un diamante. Añadid á eso algunas cinceladas que representen casas magníficas, conventos, iglesias, jardines y bosques, todos los caprichos que nacen en la imaginacion de un artista, y tendreis un cuadro fiel que os represente á Montreal.

Voltaire ha dicho, no recuerdo en cuál de sus libros: "En aquel tiempo se batian por algunas fanegas de nieve." Al escribir esta fraseel rey de

los críticos, trataba muy indignamente un pais que es diez veces mayor que la Francia, y que ofrece inmensos recursos á los que quisieran cultivarle.

Desgraciadamente he venido yo en la peor estacion. No puedo reverdecer esos árboles á quienes el viento de Otoño ha despojado de sus hojas, ni colocar esas aguas, ni llenar de flores esos jardines, ni de trigo esos campos. Sin embargo, bajo las sombras de un cielo de Noviembre en medio de este luto parduzco de la naturaleza, todo este paisaje es aun alegre y bello, y paso horas enteras en lo alto de la montaña, contemplando este ricon del mundo, del cual no tenia mas que una remota idea al salir del Havre. veo desde aquí la larga bahía de S. Lorenzo rodeada por las dos islas de S. Pablo y Sta. Helena al horizonte, las cimas vaporosas de los cerros de S. Cesário, S. Hilario y Santo Tomás (¡siempre nombres de santos!); á mis piés los techos de zink y de hoja de lata de las casas de esa ciudad brillan á los rayor del sol como campos de plata.

La historia de esta ciudad es muy corta, pero es sin embargo mas larga que aquellas de las reinas comerciales de los Estados-Unidos, que empiezan con su reciente fortuna, y ofrece al mismo tiempo más interes para un pecho animado como el vuestro por un noble sentimiento nacional.

En 1535, Jacobo Quartier, el valiente capitan de San Maló, remontó en su segundo viaje el San Lorenzo hasta la isla de Hochelaga (la ac-

tual isla de Montreal). El mismo, y con esa sencillez que es el principal encanto que tienen las antiguas descripciones de los viajeros, escribió su llegada á este lugar, y sus relaciones con los salvajes.

"Llegados, dice él, á dicha Hochelaga, vimos aparecer ante nosotros mas de mil personas, entre hombres, mugeres y niños, los cuales nos recibieron como un padre á sus hijos, mostrando gran alegría; los hombres bailaban por una parte, las mugeres y niños por la otra, hasta que nos trajeron mucho pescado, y pan, hecho de harina de mijo, lo cual echaban todo junto á nuestras barcas como si cayera del aire. Viendo esto el capitan, desembarcó, acompañado de algunos soldados, y tan pronto como estuvo sobre la playa, rodeáronles todos con alegria, y llevaron á sus mugeres y á sus hijos, para que tocasen al capitan y demas, y la fiesta duró mas de media hora. Viendo el capitan la generosidad y buen trato de todos ellos hizo sentar en hileras á todas las mugeres y las dió rosarios de estaño y otros regalos, tambien dió cuchillos á muchos hombres y luego se retiró á las barcas para cenar y pasar allí la noche, durante la cual todo aquel pueblo permaneció á orillas del rio, muy cerca de las barcas, encendiendo hogueras y bailando al rededor de ellas, y gritando continuamente, *aguiaze*, que es una de sus espresiones de paz y alegria.

A su regreso á Francia, Quartier obtuvo va

rias audiencias del rey, y le describió muy vivamente los recursos que de la tierra del Canadá pudieran sacarse. Tal vez creereis que despues de esta segunda esploracion se embarcaron cohortes de colonos para esas nuevas regiones, como se embarcaban los españoles para ir rá las montañas del Perú y de México. Pues no Quartier se vió obligado á confesar que en las orillas de San Lorenzo no habia minas de oro ni de plata, y el suelo francés no estaba aun bassante cultivado para que sus habitantes sintieran la necesidad de ir lejos de él en busca de otros que cultivar. Ademas las guerras de Francisco I, su amor por las artes, y sus galanterías distrajeron su pensamiento de las conquistas que le ofrecia el valiente marino de San Maló.

Pasóse mas de un siglo, durante el cual algunos hombres investidos del título de gobernador, ó de un privilegio de comercio inclusivo en el Canadá, navegaron por estos puntos, deteniánse sin tener en ellos ningun establecimiento, y se llevaban de acá las pieles con que comerciaban.

Lo que no pudieron hacer Roberval con los dos buques que equipó por su cuenta, el marqués de La Roche, con su empleo de teniente general, y Chauvin con su monopolio, el valeroso é inteligente Champlain lo empezó, y la religion lo terminó.

Champlain construyó fuertes en diferentes puntos; sentó las bases de la Colonia, y logró por mediacion del duque de Ventadour, Enrique

de Leví, que le acompañaran para ayudarle al progreso de la empresa, convirtiendo y pacificando á los indios.

En 1627, Richelieu revocó los privilegios de la compañía industrial, que no habia hecho mas que esplotar los productos del Canadá, sin fundar nada en este país, y organizó una sociedad de cien miembros, que se comprometió a una mision mucho mas bella.

Encargábase de transportar al Canadá diez y seis mil hombres entre jornaleros y obreros, todos católicos, alojarles, subvenir á todos los gastos para su subsistencia durante tres años, y darles tierras y trigo para sus siembras; ademas se comprometia á mantener en la colonia, y durante quince años, á tres religiosos.

El rey acordaba á esa sociedad el derecho de nombrar sus jueces, construir fortalezas, fundir cañones y conceder títulos: le daba ademas el privilegio esclusivo del comercio de la peletería, y el derecho de importar y exportar toda clase de mercaderías sin pagar al fisco.

Esa compañía, cuya constitucion alaba mucho el venerable Charlevoix, iba á ponerse en camino, cuando, á causa de la guerra que en 1628 estalló entre la Francia y la Inglaterra, los ingleses invadieron el Canadá y se apoderaron de Quebec, que era en aquella época el punto mas importante. Pero no conociendo los conquistadores todo el valor de estas tierras, las devolvieron sin dificultad, en 1632, por la paz de San

German. Champlain, que habia regresado á Francia, volvió dos años despues al Canadá, comenzó de nuevo sus trabajos, y murió en 1635, dejando un nombre que con justicia veneran los canadianos, y del cual debe estar orgullosa la Francia.

En el verano de 1641, dos pequeñas embarcaciones salieron del puerto de la Rochela. En una de ellas iba un gentilhombre champañés Mr. de Maisonneuve, quien, imbuido por M. Olivier, fundador de San Sulpicio, y ayudado por algunos que se le asociaron, habia organizado, con un objeto religioso, una espedicion al Canadá. Iba acompañado de un sacerdote y veinticinco hombres, entre trabajadores y soldados. En la otra iba una santa jóven, la señorita Mauce de Langres, que renunciaba á todas las ventajas de una elevada posicion en la sociedad, para llevar el ardor de su caridad cristiana entre los salvajes.

Esa emigracion, compuesta en todo de treinta personas, llegó á Quebec en el mes de Agosto. La pequeña y naciente colonia de esa ciudad, probó de detener en su seno á los piadosos viajeros, que hubieran sido para ella un útil refuerzo, porque no se componia mas que de dos á tres cientas almas. Empero M. de Maisonneuve se habia comprometido á ir á Montreal y de todos modos queria ir. En vano le esplicaron los peligros á que se esponia desembarcando con tan poca gente en una isla habitada por un número tan grande

de tríbus de indios. Respondió como un valiente: "No he venido para deliberar, sino para obrar. Aun cuando en Montreal hubiera tantos indios iroqueses como árboles, mi deber y mi honor me obligan á establecer allí una colonia."

Partió y llegó á la costa de Hochelaga, el 14 de Octubre. Construyó cabañas, y una capilla de madera. En el mismo lugar, la señorita Mauce fundó un hospital, la hermana Bourgeois, otra señorita de Troyes, estableció su comunidad de la congregacion de Nuestra Señora, que está consagrada á la educacion gratuita de las niñas.

Algunas tiendas construidas junto á los salvajes en medio del bosque, una capilla á la cual servia de campanario de un árbol que estaba á su lado, una casa de refugio para los enfermos y una casa de educacion para los pobres, tales fueron los elementos de la ciudad de Montreal, cuyo primitivo nombre fué Villa-María.

Bien pronto la pequeña ciudad francesa se vió obligada á fortificarse, para guarecerse de los ataques de los indios. Comenzó por construir una palizada de madera, luego una muralla de quince piés de altura. Protejida ya por ésta, fué ensanchándose y creciendo. Arregló un cambio de comercio con los indios, y organizó sus mercados y ferias. En 1657, el abate Quélus, de la órden de San Sulpicio, erigió un seminario en la villa. Toda la isla se concedió como propiedad á este establecimiento, que fué señor de ella. Otras tierras del Canadá, con el

mismo título y los mismos honores, se concedieran á los oficiales y gentil-hombres.

La revolucion de 1789, destruyó entre nosotros esos títulos de nobleza. La Inglaterra las ha respetado al conquistar el Canadá. Cuando pisamos este antiguo dominio francés, sorpréndenos oir hablar á cada instante de los señores y feudos. Debo dar algunas esplicaciones sobre esto. Esta distribucion de terrenos fué una de las mas sabias medidas tomadas por Colbert; medida que, con algunas modificaciones, pudiera aplicarse muy útilmente en Argélia. Al aceptar la concesion de tal ó cual número de fanegas de terreno, comprometíase el señor, á repartirlas entre cierto número de individuos, que debian labrarlas, construir en ellas sus habitaciones, y ser sus propietarios legítimos, con la condicion de pagar una módica y proporcionada renta á aquel que se las habia concedido. Si bien es cierto que hay señoríos en el Canadá, tambien lo es que no hay ni siervos ni vasallos. Los señores transmiten á su hijo mayor sus títulos y derechos, tienen un banco reservado en la Iglesia; el sacerdote les presenta el agua bendita y les recomienda, así como á su familia, á las oraciones de los fieles, como antiguamente se hacia en Francia. Recibe sus rentas, y ademas de esto, un derecho de venta ó mudanza de cada uno de los lotes del terreno que están en su dominio. Hé aquí cuáles son todos sus privilegios. Cuando el precio de un terreno se au-

menta por los trabajos que en él se hacen, por la construccion de una casa, ó de un establecimiento industrial, claro está que si ese terreno pasa á otras manos por una escritura de venta, los derechos que debe percibir en este caso el señor, son considerables; pero entonces hace un arreglo amistoso con los interesados. De manera, que el seminario, señor de la isla de Montreal, cuyo primitivo derecho es de doce por ciento sobre el precio de cada venta, ha ido reduciendo sucesivamente este precio, y todos los dias lo va disminuyendo de nuevo. Salvo este tributo, que pagan aquí al señor, como lo pagamos nosotros al empadronamiento, el aldeano es libre y nada tiene que envidiar á la constitucion civil de los aldeanos de Francia. Si quiere dejar de ser tributario del señor, pagándole de una vez una suma proporcionada, que no puede aquel rehusar, queda escentó para siempre de pagar contribuciones anuales. Pero como este derecho no ha sido nunca arreglado como una ley general, muchos señores se han negado á rebajarlo en ciertas circustancias. En otro tiempo, en un caso de desavenencia entre el señor y el tributario, se esponia la causa al intendente, que decidia en la cuestion. Actualmente se apela á los tribunales, siguiendo la causa los mismos trámites que en Francia, pues las antiguas costumbres no habian previsto las nuevas cuestiones litigiosas. Los hombres perfectos (en este tiempo de las luces se encuentran por todas par-

tes muchos de estos), los hombres perfectos del Canadá, para acabar de una vez con esas dificultades accidentales, quieren destruir con el azadon y el martillo el edificio señorial, y mas de una vez han resonado ya sus clamores en el seno del parlamento. Es muy probable que no lograrán (ó al menos tardarán algun tiempo), llevar á cabo su demolicion, porque no pudieran, en justicia, despojar á los señores de sus derechos sin indemnizarles, y este es un negocio no pequeño. Es muy probable que se publique pronto una ley que establezca de un modo formal una tarifa sobre el traspaso de las propiedades.

Vuelvo á cojer mi historia de Montreal, que desgraciadamente se mezclará en breve con la historia de Inglaterra, con la que empieza ya á rozarse. Cuando en 1664 se apoderaron los ingleses de la provincia de Nueva-York y de otras posesiones neerlandesas, conocidas con los nombres de Nueva Holanda y Nueva Bélgica, sintieron mucho tener por vecina una colonia francesa, que tenia, como ellos, el atrevimiento de comerciar en pieles y quitarles una parte de sus beneficios. Trataron pues de poner un díque á los progresos de su impertinente rival, é incitaron contra ella á los indios iroqueses, los cuales estaban ya muy enemistados con nosotros, por habernos aliado con sus enemigos los hurones.

Instigados, protejidos y armados por los ingleses, los confederados de las cinco naciones

entraron en nuestras posesiones, persiguieron á nuestros colonos, y algunas veces llegaron á hacer oir sus gritos sanguinarios en las puertas de Montreal. En el tempestuoso Siglo XVII, las potencias europeas estaban muy á menudo en lucha unas contra otras, y desde que estalló la guerra entre la Francia y la Inglaterra, estalló tambien como de rebote en la América del Norte. Los güelfos y gibelinos combatian mas allá del Océano, y sus hijos luchaban con igual ardor en los bosques del Nuevo Mundo. Pero los ingleses no necesitaban ningun pretesto para armarse contra nosotros; el Canadá heria sus intereses, irritaba su orgullo, y el *delenda Carthago* era su divisa.

A pesar de sus esfuerzos y cábalas artificiosas, la colonia francesa que, comprendidos los indios convertidos, no se componia mas que de ocho mil individuos, se sostuvo valientemente. Tan pronto se la veia en el interior de sus murallas defendiéndose valerosamente, como atacando á sus contrarios, á quienes obligó á desear la paz.

Los ingleses estaban ya cansados de sus infructuosas tentativas: los iroqueses humillados, de ver que no podian cortar tantas cabezas como deseaban. La orgullosa república de las cinco naciones se inclinaba ante la espada de la Francia y enviaba embajadores á Montreal. La perfidia de uno de nuestros aliados destruyó empero todos esos proyectos amistosos. Un gefe de los hurones, cuyo nombre indígeno con harto

trabajo podreis pronunciar, llamado Michillimakina, pero mas generalmente conocido con el apodo de Rata, no queria que firmáramos un tratado de alianza con sus enemigos los iroqueses. Para impedir la conclusion de este tratado, se emboscó en el camino por donde debían pasar los enviados, mató á algunos de ellos, hizo prisioneros á otros y declaró que obrando de esta manera, no hacia mas que someterse á las órdenes del gobernador. Entiéndase que despues de esta traicion, todo proyecto de paz quedó para siempre destruido. Los iroqueses volvieron á entrar furiosos en campaña, y tuvieron lugar de una parte y de otra sangrientos combates.

Desde 1690 á 1709, escepto un corto intervalo de armisticio, debido en 1697 al tratado de Ryswick, la colonia canadiana estuvo sin cesar con las armas en la mano. Al fin, diez años de paz repararon un tanto los desastres debidos á esa larga série de ajitaciones y combates. En 1720 la poblacion francesa de Quebec, contaba siete mil almas, y la de Montreal tres mil. El movimiento de navíos que habia en aquella época, testifican su progreso. En 1733 diez y nueve embarcaciones salieron de la rada de Quebec, y se construyeron ocho en los astilleros de la colonia.

Dos años despues empezó de nuevo la guerra bajo el gobierno del marqués de Beauharnais, cuyo carácter altivo hirió mucho á los ingleses. Continuóse bajo la administracion de su sucesor

M. du Quesnes de Menneville, y bajo la del marqués de Vaudreuil de Cavagnal, que fué nuestro último gobernador en el Canadá.

Durante dos años mas continuó sus victorias el ejército francés. Era el último favor que nuestro destino nos concedia, la última aureóla de nuestro poder en el Canadá.

En 1759 Quebec fué tomada por los ingleses. Cuando os hable de esta poblacion, os daré algunos detalles sobre la fatal catástrofe que nos la robó. El valeroso caballero de Leví y el marqués de Vaudreuil se retiraron á Montreal. Viéronse allí cercados por un número de enemigos tan inmenso, que en realidad, toda resistencia era inútil. Capitularon en 7 de Setiembre de 1760.

El tratado de la capitulacion prueba que los ingleses no se creian bastante fuertes para hacer pesar sobre nosotros el *væ victis* de Breno é imponernos las condiciones arbitrarias de un ejército conquistador. El tratado consta de cincuenta y cinco artículos. Voy á citar los principales.

"Los franceses se obligan á deponer las armas y á no volverlas á tomar durante la guerra. En Quebec, donde se embarcarán, recibirán los honores militares. El marqués de Vaudreuil permanecerá con toda libertad en su morada; hasta que se encuentre un buque que pueda llevarle á Francia. Los católicos conservarán el libre ejercicio de su culto. Los sacerdotes y misioneros no podrán ser molestados en sus sa-

gradas funciones: se conservarán estrictamente los privilegios de las comunidades religiosas: los bienes del clero y los derechos señoriales serán respetados. Los particulares conservarán la libre posesion de sus bienes muebles é inmuebles, y los archivos del consejo y de los tribunales permanecerán en la colonia."

Es preciso decir, en honor de Inglaterra, que ella ha conservado fielmente las condiciones del tratado. El clero católico del Canadá es tan poderoso bajo el régimen protestante de la Inglaterra, como lo era bajo el dominio francés; las ceremonias de la Iglesia son tan libres y espléndidas como antes. Las procesiones religiosas se hacen en todas las parroquias con la misma pompa que antiguamente en Francia. En las poblaciones donde hay guarnicion, van escoltadas por piquetes de soldados ingleses vestidos de gran uniforme; por supuesto que los descendientes de los antiguos puritanos y las sociedades bíblicas, claman continuamente contra esas funciones, que dicen ellos ser unos escándalos. Pero el gobierno inglés ha permanecido sordo á todas esas vociferaciones, y ha respetado las antiguas costumbres civíles y eclesiásticas del Canadá. Despues de la conquista, lo único que determinó fué el secuestro de los bienes de los jesuitas: sin embargo, los devolvieron en 1834, accediendo á una peticion de la Colonia, y devolviendo las rentas que habian cobrado desde que tuvo lugar aquel.

En 1763 la conquista del Canadá fué ratificada por el tratado de Paris. En aquella época teniamos un rey que en su triste decrepitud no se curaba de sus intereses ni de la dignidad de la Francia, y así perdimos una posesion que actualmente fuera de un gran precio para nosotros. Mi corazon se indigna al pensar que el tratado que con una sola firma desheradaba á nuestro país de una tierra ilustrada por tantos franceses, de la obra de Quartier y de Champlain, de las instituciones de nuestros religiosos y misioneros, de las llanuras regadas con nuestra sangre, fué firmado quizás con mano ligera y la sonrisa en los lábios, despues de un paseo en el bosque de Versalles, y antes de una cena en compañia de una cortesana. Si este pais debia quitársenos, mas hubiera valido por nuestro honor que lo perdiéramos durante la tempestad de nuestra revolucion, mientras toda nuestra jóven milicia debia volar á la defensa de nuestras fronteras, ó durante las guerras de Napoleon, cuando ese gigante de las batallas jugaba las provincias y los reinos en la Europa, que tomaba él como un tablero de damas.

¡Inútiles duelos! El Canadá ha quedado unido al destino de Inglaterra, y durante mucho tiempo conservará aún los lazos de ese casamiento misterioso, á pesar de que muchos millares de sus habitantes desean anexarse á la América.

Es preciso confesar que en el espacio de ochenta años, la Inglaterra ha contribuido mas á

los progresos materiales de este país, que nosotros durante siglo y medio. Un gran número de colonos ingleses, y sobre todo irlandeses y escoceses, aumentan todos los años estas poblaciones, cultivan estos campos, y construyen cabañas en estas tierras desiertas antes. La industria inglesa ha dado un gran impulso á los canadianos, y los capitales ingleses han vivificado el comercio.

En poco tiempo la pequeña poblacion de Montreal ha llegado á ser una gran ciudad animada y elegante, harto elegante aún para aquel que prefiere los caprichosos arabescos y los románticos caprichos de las antiguas ciudades, á la construccion de calles tiradas á cordel y á la sistemática uniformidad de las reglas modernas. Sus calles son, en su mayor parte, muy rectas, abundantes de casas magníficas y edificios de piedra parduzca, que tienen generalmente en su frontis una grada de unos cuantos escalones, la puerta barnizada, una aldaba de cobre muy pulido, y las persianas verdes. Parécense mucho, escepto en la estension, á las nuevas calles de Lóndres y de Bruselas. Estiéndense sobre una llanura de dos millas de latitud, que desde la base de la montaña, baja hasta la orilla del rio. Esta ciudad, cuyos primeros edificios fueron una capilla y un hospital, no ha desmentido su orígen. En todos sus cuarteles hay establecimientos de beneficencia y de educacion, y por todas partes vénse elevar las puntas de los cam-

panarios. Ademas de esas diversas fundaciones de los cultos, católico, episcopal y presbiteriano, elevánse las dos torres de la nueva Iglesia parroquial, magnífica nave construida sobre un plano de arquitectura gótica. Paréceme que sus proporciones no han sido hábilmente medidas y que sus torres son harto gruesas por su fachada. Empero tal como está, es el mas vasto y magnífico monumento católico que existe en la América septentrional.

Fuera de la ciudad, hay otra ciudad dispersada por toda la longitud de un valle, construida al pié de las colinas, suspendida entre los pliegues de la montaña; ya vénse allí modestas casitas de aldeanos, ya soberbias casas de comerciantes, ó pobres cabañas de jornaleros. Hay un grupo de ellas, sobre la peña llanura de Griffin, en frente de San Lorenzo y del Ottawa, que llevan el poético nombre de Nuestra Señora de las Nieves. Vénse algunas cuya abundancia de columnas y riqueza de galerías admiran; otras, con su techo modesto y frondosos árboles que las rodean, despiertan en vuestra imaginacion mil ideas que os hacen desear vivir tranquilamente en ellas, como dice Biwus, rodeados de nuestros amigos de infancia:

"Among the friends of the early days."

La poblacion de Montreal, que hace ciento treinta años no tenia mas que tres mil almas, cuenta actualmente mas de cincuenta mil, ca-

nadianos franceses en su mayor parte; y los de mas de orígen inglés.

La doss razas rivales, separadas en Europa por el derecho, están juntas y en contínuo contacto: conservan entrambas sus instintos particulares, se inspiran la misma desconfianza, y las mismas antipatías. La una cuenta en su favor, con la autoridad de su bandera y de su gobierno, la otra con la fuerza númerica y sus antiguos derechos de posesion. La raza inglesa es mas activa y mas emprendedora, la francesa mas anclada en el país. Las dos viven sin confundirse, como dos rios que se juntan sin perder el distinto color de sus aguas. Al verles caminar en silencio bajo la misma bandera, y arreglar amistosamente sus negocios, pudiera créerseles sinceros amigos. Pero de una parte existe el orgullo del *torysmo*; de la otra el hogar de la inquieta y ardiente naturaleza francesa. En un instante el hogar arroja chispas, ó el orgullo revienta como un resorte largo tiempo comprimido; entonces se siguen las colisiones, que destruyen en un momento el recuerdo de muchos años de paz.

En 1837, el partido francés enarboló el estandarte de la revolucion, formó en batalla sus soldados y amenazó destruir el régimen británico. Esa funesta esplosion fué violentamente sofocada y cruelmente castigada. Un gran número de los que tomaron parte en ella fueron condenados á muerte; otros á prision; otros al destierro, y los soldados de su magestad británica devastaron las propiedades de los vencidos.

En 1849, el partido tory, que creyó ver un acto de traicion en un bill, por medio del cual el parlamento habia votado una indemnizacion para las víctimas de los estragos de 1837, se amotinó por las calles, insultó al gobernador, rompiendo á pedradas su carruaje, invadió y saqueó las casas de varios ministros y diputados, é incendió el palacio del parlamento.

A causa de esta última revolucion, Lord Elgin salió de Montreal y mandó á los funcionarios públicos que le siguieran á Toronto, donde debe abrirse la próxima sesion del parlamento. Montreal ha sufrido una pérdida considerable y muy difícil de reparar, sobre todo en un país que tiene tan pocas comunicaciones directas con la Europa; esta pérdida, es la de la Biblioteca nacional, destruida completamente por el incendio del parlamento.

Ademas de veinte mil volúmenes de diferentes obras escogidas con esmero, esa biblioteca contenia una coleccion de libros relativos á la América, y en particular al Canadá, anotados, buscados y recogidos en Francia, Inglaterra y Holanda, con mucho trabajo y á un elevado precio.

Era el fruto de diez y ocho años de trabajo y correspondencias, de un hombre que se habia entregado con todo su corazon á esa fundacion patriótica del sábio M. Taribault de Quebec.

Gozábase éste en ver los productos de su noble trabajo; contemplaba con ojos paternales los

tesoros que habia reunido, y advertia los vacios de los estantes que procuraba siempre llenar. Pocos esfuerzos debia hacer ya para ver completa su obra; faltábale solo algunos libros recogidos los cuales hubiera podido pronunciar el *exegi monumentum.* Pero un enjambre de bandidos, mas salvajes que aquellos con quienes combatiamos en otro tiempo, se levantó, encendió sus antorchas devoradoras, y todo lo destruyó. ¡Oh! Schiller, tú lo has dicho: "La cólera del leon es terrible, pero lo es mucho mas la cólera del hombre en el delirio de sus pasiones."

En medio de estas divisiones de partidos, bajo los golpes de esos sacudimientos políticos, que toman un carácter tan grave, los canadianos han continuado tributando inciensos á las Musas. Algunos de ellos he conocido, que se consagran con religiosa paciencia al estudio de sus antiguos anales, y se creen felices cuando, despues de una larga y concienzuda investigacion, llegan á corregir el error de un historiador, ó á rectificar una fecha, ó á confirmar con datos un hecho. Otros he conocido que se entregan con pasion á los dulces goces de la poesía. Como no tienen ni teatros, ni un gran número de lectores que les animen en sus trabajos, ni se aventuren en el dificultoso campo de la tragédia, ni en el vasto espacio de la epopéya. Humildes jardineros del Parnaso, cultivan en su retiro el punzante epigrama, el florido madrigal, ó la llorosa elegía.

Los grandes periódicos de Montreal y de Quebec, que no desdeñan como los nuestros la poesía, adornan muchas veces con sus ramilletes poéticos el ópio de sus polémicas. Un jóven escritor, M. Hutson, ha publicado, bajo el título de *Repertorio de literatura canadiana*, las composiciones en prosa y verso de sus compatriotas. Hay entre ellas algunas obras de un verdadero mérito.

Sin tratar de ofender á esos poetas contra quienes nada deseo decir, confesaré que prefiero á sus estancias hábilmente versificadas, algunas canciones populares que, si bien se olvidan de las reglas mas elementales de la versificacion, tienen un encanto y sencillez admirables.

Una de estas canciones, que empieza:

Detrás de mi padre.....

pertenece al Franco Condado. Sin duda ha sido traida acá por algun galan hijo de las montañas del Jura, y se habrá propagado por su belleza como una planta fecunda.

Otra, que sin duda vino tambien de Francia, es mucho mas notable que la primera. Aun cuando vuestro buen gusto literario os incline á reiros de estos versos, quiero copiarlos.

Una límpida fuente
Un dia visité,
Y al ver su claro arroyo
Bañarme quise en él.
Tiempo hace que te adoro
Jamas te olvidaré.

Al ver su claro arroyo
Bañarme quise en él,
Despues al pié de un árbol
Senteme y descansé.
Tiempo hace &c.

---

Despues al pié de un árbol
Sentéme y descansé.
Un ruiseñor cantaba
En el arbol aquél.
Tiempo hace &c.

---

Un ruiseñor cantaba
En el árbol aquél.
¡Oh! canta, canta alegre,
Canta ruiseñor bien;
Tiempo hace &c.

---

¡Oh! canta, canta alegre,
Canta, ruiseñor bien.
Mas yo que estoy muy triste
Llorar solo podré.
Tiempo hace &c.

---

Mas yo que estoy muy triste
Llorar solo podré.
A mi novia he perdido
He perdido á mi bien.
Tiempo hace &c.

A mi novia he perdido
He perdido á mi bien,
Porque un boton de rosa
Un dia la negué.
Tiempo hace &c.

---

Porque un boton de rosa
Un dia la negué.
¡Ojalá que aún se hallára
La rosa en el vergel.
Tiempo hace &c.

---

¡Ojalá que aún se hallára
La rosa en el vergel,
O que se hubiera muerto
Muy antes de nacer!
Tiempo hace que te adoro,
Jamas te olvidaré.

---

Como veis, no tiene esta cancion, ni poesía ni consonantes; no es mas que una reunion de asonancias ultrajadas por este enemigo de los poetas á quien llaman hiato. Pero esas estrofas primitivas, cantadas con una entonacion puramente campestre, encierran cierta melancolía que penetra hasta el fondo del alma. Cuando siento en el corazon la garra del buitre, esta garra aguda y cruel á la cual estamos tan ámenudo entregados, sin que cadena ninguna nos su-

jete á una de las rocas del Cáucaso, sin haber, como Prometéo, robado el fuego del cielo entonces camino errante por las orillas de rio y repito esta estrofa, que es mi himno de tristeza:

¡Oh! canta, canta alegre,
Canta, ruiseñor, bien,
Mas yo que estoy muy triste
Llorar solo podré.

## V.

## LOS IROQUESES DEL SALTO DE SAN LUIS.

Poesía primitiva.—Antiguos iroqueses.—Su valor y orgullo.—Costumbres actuales.—Pueblo de Caughnawaga.—Marconx el misionero.—Servicio religioso.

Uno de mis mas agradables ensueños de viaje, al entrar en el Canadá, era el de encontrar algunos restos de esas valientes tribus de indios que ocupaban en otro tiempo este inmenso continente de América, y á los cuales los europeos han aniquilado ó repelido hasta el fondo de sus bosques.

Hace doce años que atravesé por segunda vez la Laponia, deteniéndome en cada una de las ca-

bañas de los pescadores lapones, ó en cada uno de los campamentos de lapones nómadas, observando la fisonomía, las costumbres de esas poblaciones repelidas por una raza conquistadora hasta las montañas del Norte, como los indios hácia el desierto.

Hace cuatro años, que, en el camino de Jerusalem al mar Muerto, tenia otro objeto de estudio en un Candido beduino, el cual, mediante cien francos, me escoltaba con una docena de hombres de su pandilla. Hace tres años, que en El-Arisch, en las llanuras de Egipto, y algunos meses mas tarde, en Argél, mas allá de las murallas de Constantina, asistía á los ejercicios ecuestres, á las brillantes evoluciones de los árabes, los valerosos hijos del islamismo, á quienes algunas veces se ha vencido, pero nunca domado.

En este mundo, todas aquellas cosas que salen de los usos de la vida ordinaria, tienen para nosotros un atractivo muy grande. Todo aquello que no ha caido aún bajo el yugo uniforme de nuestras modas y de nuestra educacion, ofrece al espíritu, en cambio de sus nutritivos de costumbre, cierto gusto ácido que nos complacemos en saborear. Todo lo que se mantiene mas ó menos en su estado primitivo, posee ciertas cualidades inherentes á su naturaleza, como los tintes de la luz del crepúsculo, y la limpieza de la corriente de un rio. El niño está dotado de una gracia que pierde el hombre maduro. El árabe tiene

una poesía cuya imágen no hallaremos jamas en el seno de nuestras academias. El circasiano del Cáucaso ha creado sus himnos guerreros, y sus cantos le enardecen mucho mas que á nosotros el de la *Marsellesa*. El lapon y el samoyéde, acurrucados al rededor de sus hogares ó bajo su tienda cubierta de nieve, cuentan tradiciones cosmogónicas ó épicas, mas intrincadas y sorprendentes que los tejidos de sucesos estraordinarios que forjan nuestros romanceros. Los indios de América, tenian en tiempo de nuestros primeros colonos y misioneros, una elocuencia mucho mas brillante que la de los actuales oradores de nuestros parlamentos constitucionales. Yo he querido ver una de esas últimas tribus de indios establecidos en el Canadá. Esta visita me interesaba mucho mas porque, segun lo que habia leido acerca de su fisonomía, sus costumbres y sus primitivas supersticiones, queria (perdonadme esta vanidad) hacer una curiosa comparacion etnográfica entre ellos y mis amigos los lapones. A tres leguas de Montreal, sobre la orilla derecha del rio San Lorenzo, hay un pueblo de iroqueses; nada mas fácil que ir á visitar esa poblacion; ninguna tribu podia ofrecerme mas interés que los restos de esa belicosa raza que fué desgraciadamente nuestra enemiga, y cuyos incesantes ataques tomaron durante un siglo entero un lugar tan grande en los anales de nuestra colonia.

Con el solo nombre de iroqueses se designa

esa poderosa confederacion de cinco naciones, compuesta de mohawks, onneyouths, onontagus, auniegués y tsonnonthonaus. Estendíase sobre el inmenso territorio de las orillas del Ontario, las meridionales del rio San Lorenzo, el lago Chaplain y el Hudson.

Cada nacion estaba subdividida en tres especies de tríbus, conocidas con los nombres de: Osos, Lobos y Tortugas. Cada pueblo formaba una pequeña república particular, gobernada por sus propios gefes. Los asuntos generales se discutian en un gran consejo que se reunia anualmente en Onondega. Reuníanse á veces hasta ochenta *sachems*. Allí se trataban las cuestiones de paz y de guerra, y los interes de cada tríbu se discutian como se hace actualmente en el congreso de los Estados-Unidos. Los historiadores todos están de acuerdo en asegurar que esas reuniones eran tenidas con el mayor órden y una gran solemnidad. Uno de los rasgos mas notables de esa confederacion, era su espíritu de libertad é independencia. Cada tríbu que tomaba parte en la asamblea, se consideraba como soberana, no admitia ningun impuesto estranjero, ni reconocian por señor mas que al grande espíritu. Este mismo principio democrático no dejaba que ninguno de los gefes aceptara una distincion hereditaria. El título de sachem era una recompensa que se concedia al mérito individual, al valor ó á la elocuencia.

El suelo de los Estados-Unidos, parece desti-

nado á no crear mas que repúblicas. En otro tiempo existia la de los indios, ahora la de las diversas razas reunidas bajo el nombre de americanos. Quién sabe si la moderna vale lo que la antigua ó si el congreso de Onondega era mas sábio que el de Washington.

Campeada como hemos dicho, la confederacion iroquesa impedia por todos lados el paso á nuestros primeros soldados. Quizás el valeroso Champlain hubiera podido aliarse con ellos; pero al llegar al Canadá, halló que los indígenas se hacian la guerra, tomó parte con los hurones que le demandaron socorro, y los iroqueses fueron desde entonces sus adversarios; pero los mas temibles que podia encontrar en las vastas regiones que estaba destinado á ocupar con los débiles recursos que la Francia podia confiarle. Los iroqueses, si bien estaban orgullosos de su valor en el campo de batalla, no por eso dejaban de recurrir á su astucia para sorprender á sus enemigos. Alababanse de reunir á la fuerza del leon, la ferocidad del tigre, y la sagacidad de la raposa; llegaron á infundir un terror tan grande en la América septentrional, que á veces, un corto número de ellos bastaba para poner en fuga á una poblacion entera, que al verles echaba á correr gritando despavorida: ¡Los iroqueses! ¡los iroqueses!

Vencidos en los primeros encuentros que tuvo Champlain con ellos, volvieron á aparecer en breve animados de una nueva audacia. En su

principio las armas de fuego de nuestros soldados les aterrorizaron, como los indios del Perú y de México las de los españoles, empero no tardaron en conocer el uso de los fusiles y de los cañones, y se sirvieron hábilmente de esas armas. Secundados por los ingleses y por los holandeses que estaban celosos de nuestros establecimientos en América, acabaron por destruir á sus enemigos, los hurones, y fueron para nosotros una causa perpetua de alarmas y luchas. Llegó por fin un dia en que, despues de haber vencido ó dispersado á las demas tríbus salvajes, fueron vencidos ellos por las fuerzas europeas, que iban en aumento todos los dias. Hé aquí los recuerdos históricos que me acompañaban cuando visité el pueblo conocido por el nombre de Caughnawaga (que significa en indio sobre las corrientes) y á quien hemos llamado nosotros Salto de San Luis. Al ponerme en camino, figurábame yo encontrar en ellos estraños trajes y raras fisonomías; creia ver allí alguna copia viviente de *Ojo-de-Falcon*, *Medias de-Cuero* ú otro de los héroes de Cooper. No me acordaba del tiempo que habia pasado ya, ni de esa especie de piedra pomez llamada civilizacion, que borra tantas costumbres y pule tantas asperezas.

Diré en primer lugar, que sobre el terreno de Caghunawaga, ni he visto al antíguo wigwam, ni tampoco la cabaña de cortezas que tenia; encontré allí una estensa linea de casitas de madera construidas todas por un mismo estilo, y do-

minadas por una hermosa Iglesia que honraria á mas de uuo de nuestros lugares, á orillas de un rio estaban sentadas sobre un banco dos hermosas jóvenes, con el pelo flotante, color aceitunado, y ojos negros, lijeramente elevados por el lado de la sien. Esas son dos salvajes, dije yo adelantándome con mis compañeros de viaje para observarlas mas de cerca. Las dos jóvenes volvieron la cabeza riendo con cierto coquetismo, y una de ellos me dijo: What seek the gentlemau? (¿Qué busca señor?). Las infelices nos hablaban ya el idioma de sus dueños. La lengua de la pérfida Albion nos persigue hasta en el centro de una tríbu iroquesa.

Apartámonos de esas hijas dejeneradas y entramos en el pueblo, que contendrá como unas mil almas; tiene algunas calles regulares, vidrios en todas las ventanas, una aldaba en cada puerta, camas, sillas, muebles europeos en cada casa, y nada, ningun recuerdo de los primitivos tiempos.

Era domingo, la mayor parte de los habitantes vagaban por todas partes con paso perezoso, ó hablaban con sus vecinos desde el umbral de la puerta. Los hombres vestian pantalon de tela y chaqueta. Las mugeres, algo mas fieles á las antiguas costumbres, llevaban pesados collares y grandes aretes; llevaban en las piernas una especie de botin que les tenian hasta las rodillas, una camisola ceñida en su cintura y cerrada por el cuello, y sobre la cabeza una manta de lana que les caia hasta mas abajo de las

espaldas. En vano busqué entre los diferentes grupos formados en las calles, ese tipo descrito por los orimeros misioneros, esas fisonomias kalmukas que con justa razon, segun creo, hacen atribuir un orígen asiático á esas poblaciones americanas. Lo mas característico que he podido encontrar, han sido matas de cabellos lácios y negros; ojos negros cuya forma se parece mucho á la de los chinos, y un color algo parecido al de un limon oscuro, alterado todo esto por una mezcla de sangre estranjera desde hace muchas generaciones. Acompañáronnos á la casa de uno de los mas principales del pueblo, hijo de una salvaje que le legó el sonoro nombre de Ozonhiatchka y de un canadiano de orígen francés, que le dió el de Lormier. Mr. Lormier tiene una hermosa casa de piedra de sillería; en el patio una tienda, en el primer piso un balcon, una gran cocina y una sala donde nos sirvió un buen almuerzo. Usa el chaleco cortado en punta, la levita ajustada al talle y corbata de raso; habla el francés con facilidad y con pureza; de manera qne si fuese á Paris, á nadie le ocurriria aplicarle aquella esclamacion proverbial entre nosotros: ¡Qué iroqueses! Se le tomaria por un buen mercader de provincia.

Pasaba yo de sorpresa en sorpresa, y para aumentar mis decepciones, acordábame al contemplar la poblacion del Salto de San Luis, de lo que habia leido en las *cartas edificantes* ó en otras relaciones de viajes, sobre las costumbres

de los antiguos iroqueses. En otro tiempo, cuando un niño de esta tribu empezaba á andar, su padre le ponia en las manos un arco y unas flechas para que se ejercitase en hacer la guerra á los animales mientras llegaba el tiempo de hacérsela á los hombres. Cuando un iroqués queria casarse, presentábase al padre de la que deseaba por esposa y le dirijia estas simples y enérjicas palabras: "Yo amo á tu hija: ¿quiéres dármela para que las mas pequeñas raices de su corazon se enlacen con el mio de manera que el viento mas fuerte no pueda separarlos?" Cuando el iroqués celebraba los funerales de los guerreros que habian sucumbido en el campo de batalla, esclamaba de este modo. "¡Oh huesos de mis antepasados, que estais suspendidos encima de los vivientes, enseñadnos á vivir y á morir. Vosotros habeis sido valientes y no habeis temido abrir vuestras venas; el dueño de la vida os ha abierto sus brazos y os ha dado una dichosa casa en el otro mundo. La vida es ese color brillante de la serpiente que aparece y desaparece mas pronto que una flecha disparada; es ese arco del cielo que se vé á medio dia sobre las olas del torrente; es la sombra de una nube que pasa. Huesos de mis antepasados, enseñad al guerrero á abrir sus venas, á beber la sangre de la venganza."

En otro tiempo, cuando un gefe iroqués se presentaba á uno de nuestros gobernadores franceses para negociar un tratado de paz y recla-

mar sus prisioneros, le decia. "Oyeme. Yo soy la voz de mi país. He pasado cerca del lugar en que los algonquinos nos destruyeron en la primavera. He precipitado mis pasos estando allí, y he apartado la vista de aquel punto, por no ver la sangre derramada de mis compatriotas, por no ver sus cuerpos estendidos sobre la arena. Ese espectáculo hubiera dispertado mi cólera. He herido con mi pié la tierra, luego he escuchado atento, y he oido la voz de mis abuelos que me decia con ternura:—Calma tu furor, no pienses ya en nosotros, porque ya no podeis arrancarnos de los brazos de la muerte; piensa en los vivos; liberta con la sangre de las batallas á los que están prisioneros. Un hombre vivo vale mucho más que un gran número de hombres que dejaron de existir.—Desde que he oido esta voz, he venido á tu encuentro, para libertar á los que estan en tus manos."

Actualmente el hijo del iroqués en vez de ensayarse en el manejo de un arco, en tirar flechas, ó en blandir el tomawk, corre por las calles detras de los patos. El jóven se casa ahora como cualquiera ciudadano, celebra los funerales de los difuntos sin invocar su valor y los hijos de aquellos que usaban un lenguaje tan orgulloso, al hablar á nuestros ajentes oficiales, se inclinan con respeto ante el sheriff y ante un oficial inglés.

Algunos escasos rasgos propios de su carácter existen únicamente en esa tribu, que les ha

conservado en medio de la transformacion que ha sufrido; su obstinacion en conservar el uso de su idioma, su repugnancia á toda clase de trabajo regular y su horror al servicio doméstico. Entre la raza negra y la de los indios de la América del Norte hay la diferencia, que aquellos se doblan en poco tiempo á las costumbres mas serviles, y no hay ejemplo ninguno que pruebe que uno de éstos se haya puesto á servir de criado. Los trabajos agrícolas le repugnan por la continua atencion que exijen. Los habitantes de Caughnawaga poseen vastos campos muy fáciles de descuajar, y cada uno de ellos tiene junto á su casa un terreno que podria muy fácilmente convertirse en jardin; pero hasta ahora han sido inútiles cuantas observaciones les han hecho sobre este particular. Solo cultivan un poco de maiz, se dedican á la caza y á la pesca, y prefiéren la miseria en la indolencia, al bienestar que procura el trabajo.

Unicamente los misioneros lograron que algunos se dedicaran á los oficios de sastre ó carpintero, y ejercen esos oficios cuando se hallan dispuestos á trabajar, guardando siempre toda su independencia. Las mugeres mas activas se dedican á ciertos trabajos de pieles, hacen pantuflas, estuches, ó cajas que cubren con bordados de granos de color, y que van á vender á las poblaciones vecinas.

Ellas mismas dibujan esos bordados con notable habilidad; poseen ademas el secreto de teñir

con el zumo de ciertas plantas los materiales que emplean en sus obras, dándolas una brillantez estraordinaria.

En la iglesia, empero, he visto una reunion que en nada se parecia á las que se ven en Europa. Aquellos mismos hombres á quienes viera por las calles andar con la cabeza descubierta, iban á oir misa cubriéndose la cabeza con una especie de manta de lana blanca, que les ocultaba la mitad del rostro y las espaldas. Las mugeres tambien usaban lo mismo; las mas ricas y elegantes reemplazaban la manta con un gran paño cuadrado, verde ó negro, adornado de una franja, y fabricado espresamente por los ingleses para esas hermosas salvajes. Los dos sexos forman en la iglesia dos coros separados; y cantan, cada uno á su turno, los salmos, con voz nasal y tan agudos falsetes, que taladran muy desagradablemente los oidos. Los que tienen el honor de tomar parte en ese concierto, se sientan en los bancos; los demas, despues de haber permanecido un momento arrodillados, se sientan al suelo por toda la estension de la nave. Desde la tribuna en que yo estaba, aquella reunion de hombres y mugeres cubiertas con el mismo velo y embozados de un mismo modo, ofrecia á los ojas un curioso espectáculo; parecia una comunidad de penitentes negros y blancos.

Esta tribu de iroqueses se convirtió toda entera hace mas de un siglo y medio, y á pesar de la ambicion de las sociedades bíblicas, el dogma

del protestantismo no ha podido penetrar entre ellos.

El cura de su parróquia, M. Marcoux, está establecido allí hace treinta y siete años. Es el mismo que mandó á M. de Chateaubriand un vocabulario iroqués, que el ilustre autor de los *Mártires* imprimió testualmente en su *Viaje á América*. Desde esa época, M. de Marcoux ha enriquecido considerablemente ese trabajo filológico. Ha hecho un diccionario completo y una gramática razonada de la lengua iroquesa, dos volúmenes in-folio, que probablemente nunca se publicaran, ni se verán ensalzados en ningun periódico, ni analizados por ninguna sociedad científica. Sin embargo, servirán como elemento de instruccion á los jóvenes misioneros, destinados á ejercer su apostolado en estas lejanas regiones, y el humilde sacerdote que ha, palabra por palabra, y tras una larga série de estudios y afanes, compuesto esas dos obras, no espera otra recompensa que esa de su trabajo laborioso.

M. de Marcoux se complace alabando las cualidades de los habitantes del Salto de San Luis, á quines conoce mejor que nadie, y los cuales le respetan en alto grado. Estas pobres gentes, me decia un dia, son de un carácter dócil y afable. Aun cuando por naturaleza son indolentes, cuando quieren, dominan enteramente esta natural inclinacion.

En esta poblacion no hay ninguna escuela es-

tablecidas y á pesar de eso, todos los indios tienen cierta instruccion elemental que falta á muchos de nuestros campesinos. Con una pequeña obra escrita en lengua iroquesa, hecha por los misioneros, y un modelo de escritura, ellos mismos aprenden á leer y á escribir. Aprenden tambien fácilmente un catecismo publicado en su idioma, en Montreal, y observan exactamente las reglas de la religion. Como buen cristiano, he recojido todos estos pormenores. Lo mas positivo es, que á mil cuatro cientas leguas de la Francia, en el Norte de América, creia encontrar una tribu de salvajes, y solo he encontrado una aglomeracion de individuos, que, escepto las especies de pantuflos que calzan, bordados ó no, la manta blanca, y algunos rasgos algo heterogéneos, no se distinguen en lo demas de muchos de nuestros pueblos de Europa.

## VI.

## QUEBEC.

El curso del rio San Lorenzo.—El terraplen de Durham.—Aspecto de la ciudad.—Singulares contrastes.—M. Duberger y M. By.—Primeros recuerdos históricos.—Jacobo Quartier.—Cuestiones de etimología.—Primeros ensayos de colonizacion.—Guerra y desastres.—Heroismo de la desgracia.—Sitio de Quebec.—Wolf y Montealm.—Derrota de la Francia en el Canadá.—Cercanías de Quebec.—Cascadas de Montmorency.—Literatura.—Comercio.

---

Quizás voy á parecer ahora á vuessros ojos como un presuntuoso que se adorna con retazos de ciencia agena; temo que aparezca en vuestros labios al juzgar mi aparente pedantismo, una de esas sonrisas que ocultan en su fondo un dardo epigramático. Sin embargo, fuerza es que mi-

da gravemente ese rió de San Lorenzo, sobre el cual hé viajado unas cien leguas, que os presente una porcion de números, aun cuando nunca les he tenido aficion, y que me son mucho mas desagradables desde que estoy en América.

Sabed pues, si es que no lo sabeis ya, que el San Lorenzo, sobre el cual otras veces me he embarcado, tiene desde su orígen hasta su desembocadura, desde el lago Superior al cabó Chat, dos mil ciento veinte millas de longitud, es decir, unas setecientas diez leguas. En Karamouska, su latitud es de veinte millas; en el cabo Chat, de cuarenta; en el cabo Rosier, donde se confunde con el Océano, sus dos orillas están á treinta leguas la una de la otra. En esa inmensa estension, pasa por diferentes vicisitudes y lleva diferentes nombres, semejante á esos reyes que, al título real juntan el de duque y señor de diferentes principados.

Antes de entrar en el lago Superior, se llama el rio San Luis. Desde allí pasa al lago Huron por el canal de Santa María. Al dejar el lago Huron, toma el título de rio de Santa Clara, y se confunde con el lago de este mismo nombre. Desde este lago, pasa al Erie y se llama el Estrecho. Al salir del lago Erie, camina con el nombre pomposo de Niágara, al lago Ontario. En Kingston se llama el Kataraqui ó el Iroqués, atraviesa el lago San Luis, y en fin, cerca de Montreal, vuelve á llamarse San Luis.

De Montreal á Quebec, ese gran rio, que

por un lado se confunde con todos los lagos que acabo de citaros, y por el Mississipí pasa al golfo de México y por la otra parte á los hielos de Groenlandia, ese gran rio es triste como todas las grandezas de este mundo. No ofrece á los ojos del viajero, para que se distraiga durante su larga travesía, los verdes viñedos, los pintorescos cerros, los castillos del Rhin, enriquecidos de leyendas, ni las antiguas moradas feudales, ni las ricas poblaciones, ni la variedad de las razas del Danúbio. No esta hermoseado como el Rhone, por un bello cielo meridional, ó por una alegre y viva poblacion. Tampoco tiene como los rios del Norte, esos poblados bosques que rodeaban en otro tiempo su grandeza como un velo solemne. Esos bosques han sido zapados por el hacha del leñador, cuadrados todos los árboles en el mismo lugar que adornaron con sus ramas, y con ellos se formaron jangadas que los mismos leñadores condujeron hasta el mar, y que sirvieron para palos de navío y casas para los ingleses. Unicamente se vé de cuando en cuando, á orillas de las tierras que riegan, y como vestigios de su primitivo esplendor, algunos árboles, solitarios cuidados por un propietario celoso.

Alguna que otra vez se vé una larga lineade casas blancas, pequeñas, separadas unas de otras por un cercado, esparcidas sobre la playa como una semilla sembrada por una mano avara, y formando, en un cordon que coje un terreno de

algunas leguas, una ciudad ó un pueblo, reunido tan solo en el momento en que están sus habi tantes en la iglesia.

Muy á menudo, las orillas del San Lorenzo están llanas y áridas, cubiertas tan solo de matas de juncos ó de yerba que la fuerza del viento inclina sobre un costado, obligándolas á despedir ciertos sonidos plañideros, cuya melancolía aumenta aún la tristeza que allí reina. Ni menos se vé como en Holanda, terneras de pelo lustroso y ancho pecho, levantar sus cabezas y mirar con ojo observador á los pasantes; ni como en las *puertas* de la Hungría, saltar los ganados de briosos caballos y salvajes yeguas. Un corto número de vacas de una casta miserable, como las de Islandia, pacen con fatiga entre aquellas plantas húmedas, de las cuales apenas pueden sacar el necesario pasto para su alimento. Algunas bandadas de pájaros pasajeros se detienen un momento sobre esos áridos prados, y vuelven á remontarse y á seguir su camino.

El rio camina lento y regularmente, sin que gire caprichosamente en su cauce, sin jugar como nuestros caprichosos rios de Europa, ya con una pared de rocas, ya con una muralla de árboles. Magestuoso y severo, camina entre sus silenciosas orillas, sin variar sus movimientos, recibiendo sin emocion las numerosas corrientes que se le reunen, enlazando una isla con dos brazos impasibles, y rozándose con igual indiferencia, ó con la arena

de la orilla solitaria, ó con los muelles de una poblacion comercial. Puede comparársele á un robusto y concienzudo trabajador que no piensa mas que en cumplir con su trabajo; á un viejo que desprecia las aventuras de una vida juvenil, ó á un censuatario atrasado que no puede perder tiempo para franquearse del pesado tributo que debe llevar al Océano. En el mes de Noviembre, al ponerse el sol, cuando las precoces nubes del Otoño se estienden sobre esta sombría naturaleza junto con las sombras de la noche, no creo pueda verse una escena mas melancólica, ni un cuadro de un efecto tan imponente y religioso, como el de este gigante de los rios, encerrado entre algunas matas de yerbas, y siguiendo al través del oscuro espacio, con muda obediencia, la línea que Dios le ha trazado.

Pero de repente las llanuras se elevan y se cambian en colinas desiguales y escarpadas, revestidas unas de abetos, sembradas otras de habitaciones agrestes, á las cuales domina un campanario, que sirve de guia á los barqueros. Algunos rios no muy caudalosos se precipitan mugiendo en el gran rio; el uno lleva el nombre ilustre de Jácobo Quartier, por el que pasó en el invierno del año de 1536; otro baja del Cabo Rojo; el de mas allá, que hierve y espumea como si, semejante á lo Geyesers, saliera de las entrañas de un volcan, se llama la Caldera.

En el horizonte se ven, por ambos lados del rio, grupos confusos que parecen levantarse del

centro de las olas para transformarse en una niebla vaporosa. Poco á poco sus formas indistinguibles se dibujan perfectamente. El estranjero las observa sorprendido, y el canadiano las saluda cariñosamente. A la derecha se vé la punta de Levy, á la izquierda el cabo Diamante, dominado por la ciudadela de Quebec, garra del leon de Inglaterra, Gibraltar británico del Nuevo Mundo.

Uno de esos carruajes particulares del Canadá, bautizados con el nombre de *cabs*, caja cuadrada que se bambolea sobre dos ruedas, me condujo rápidamente desde el embarcadero á la fonda de San Jorge. A algunos pasos de allí está el vasto terraplen construido por Lord Durham, al pié de los baluartes, sobre el terreno que ocupaba en otro tiempo, el fuerte de S. Luis. Al llegar, lo primero que visité fué ese hermoso terraplen, y allí permanecí no sé cuántas horas, embebido en uno de esos ensueños durante los cuales no notamos la pérdida del tiempo. Quisiera que estuviérais á mi lado, vosotras que sois tan amantes de las bellezas de la naturaleza, para que contemplárais el inmenso panorama que á mis ojos se ofrece.

No diré como algunos escritores que es el punto de vista mas magnífico del mundo; á pesar de la admiracion que me inspira, no puedo olvidar los que he visto en otros puntos. Sí diré que es uno de los espectáculos que mas admiran, uno de los mas estraordinarios que pueden verse.

Junto á mí, la ciudad, construida sobre un terreno en declive, baja hasta la orilla del rio, siguiendo el curso de las aguas, enlazando en su naturaleza enriquecida con toda especie de colores, los lados de un promontorio, frente del anfiteatro de la punta de Levy, con su abundancia de casas blancas, sus campos y sus bosques. A la izquierda, el gran barranco por medio del cual el rio San Cárlos se junta al San Lorenzo; el risueño pueblo de Beauport, el cual se estiende á lo largo de la colina, como un rosario de nacar, hasta las cascadas de Montmorency; á cierta distancia de allí la isla de Orleans, una isla de siete millas de longitud y cinco de latitud, la cual encierra en su seno cinco hermosas parroquias, y que el rio en su estension abraza como si fuera un grano de arena; en el horizonte, las sombrías orillas del cabo Tormento, primera cadena de montañas salvajes que se estienden hasta las nubes eternas de las regiones polares; y por cualquiera parte que vuelva los ojos, veo el rio calmoso y magnífico, que se va desde aquí, con sus barcas, sus goletas y sus fragatas, á casarse con el mar, como un rey con toda la pompa de su corte.

Pocas ciudades ofrecen como Quebec tan estraños contrastes; esta ciudad de guerra y de comercio está colocada sobre una gran roca, como el nido de un águila; surca con sus navíos las olas del mar; está situada en el continente americano, poblada por una colonia francesa, regida

por el gobierno inglés, y guardada por regimientos de escoceses; es una ciudad de la edad media, por algunas de nuestras antiguas costumbres pero sometida á las modernas instituciones del sistema representativo; es como una ciudad de Europa, por su civilizacion y por su lujo; rózase con los últimos restos de los salvajes y con las montañas desiertas; su situacion es poco mas ó menos la misma de Paris, por su latitud; reune el clima ardiente de los paises meridionales á los rigores de un invierno hiperbóleo; es una ciudad católica y protestante, donde la obra de nuestros misioneros se perpetúa al lado de las fundaciones de las sociedades bíblicas; donde los jesuitas desterrados de nuestro país encuentran un refugio seguro bajo la égida del puritanismo británico.

El mismo contraste existe en la disposicion de las calles y en la estructura de las habitaciones. Quebec está dividida en dos partes; ciudad alta, y baja. En la primera, hay las grandes fondas y las tiendas de lujo, y viven en ella los propietarios y los empleados; en la segunda viven los trabajadores, los comerciantes y los barqueros. Váse de la una á la otra por calles muy estrechas y tortuosas. Bájase del ancho barrio del obispado á sucias callejuelas, llenas de pequeñas casuchas, cuyo esterior da una triste idea de la situacion material de los que en ellas moran. Fuera de las murallas hay vastos arrabales, que prometen prosperar mucho. En el

mes de Mayo de 1845, el arrabal de San Roque fué devorado por un incendio. Un mes despues y en el mismo dia el arrabal de San Juan fué destruido por igual desgracia. Uno y otro fueron enteramente reedificados en menos de tres años.

Con tanta desigualdad en su terreno, su variedad en las casas, y cierta especie de gravedad que reina en toda ella, Quebec me ha recordado mas de una vez el aspecto de una de las antiguas ciudades de Francia ó de Alemania. Los viajeros se distraen en la diferencia de sus calles, y sus habitantes hablan con cierto orgullo de sus antiguos monumentos, de su ciudadela, y sobre todo de sus cercanías. Se complacen sirviendo de guia á los forasteros que quieren visitar unos lugares de los que ellos se envanecen, y cuando les conducen de roca en roca, de barranco en barranco, estudian en el eco de su voz la emocion que esperimentan, y en sus miradas un rayo de entusiasmo. Si no se admira lo que ellos admiran, se les causa un disgusto notable.

A propósito del amor que profesan los habitantes de Quebec á la ciudad donde moran, me han contado una historia que puede reunirse á todas esas historias de *sic vos non vobis* ilustradas por el genio de Virgilio. Uno de ellos, empleado en los trabajos de ingeniero, francés de oríjen, y que se llamaba M. Duberger, se habia apasionado de tal modo por su noble ciudad, que se resolvió á hacer un plano de ella en relieve,

Comenzada la obra, trabajó en ella durante años enteros, con una paciencia notable y una habilidad poco comun. Ni una elevacion de terreno, ni una pared dejaba de ser medida por él y colocada en su correspondiente lugar, con la mas estricta exactitud de un cálculo geométrico. De barrio en barrio, de cuartel en cuartel, de edificio en edificio, llegó á componer en diferentes separaciones que se juntaban por medio de un mecanismo, un Quebec en miniatura, un Quebec completo.

Ese largo y dificil trabajo se habia ya concluido, cuando un capitan inglés, M. By, fué á visitarlo y se admiró al ver la obra. Despues de haber colmado de elogios al ingenioso artista, preguntóle si esperaba sacar el producto que debia darle una pérdida de tantas horas y de tantas vigilias, empleadas en una cosa tan bella. M. Duberger respondió que jamás se le habia ocurrido la idea de especular en un trabajo al que se habia entregado con amor, y que habia continuado con gozo; que no esperaba mas recompensa que ver que sus conciudadanos apreciaban su obra, y poder legarla á su hijo, como un ejemplo de su perseverancia. Pasados algunos dias, M. By volvió á visitarle, y le dijo: "Voy á partir para Inglaterra, y estoy seguro que vuestro plano será considerado de gran valor en Londres. Si quereis confiármele, y permitirme que disponga de él segun vuestros intereses lo exijan, me obligo á obtener para vos, ó

el ascenso que mereceis por vuestro talento, ó bien una remuneracion pecuniaria."

El honrado Duberger, que ni era rico, ni disfrutaba mas que un modesto empleo y tenia hijos que educar, se dejó seducir por aquellas ofertas y las pruebas de interés de que iban acompañadas; envolvió las diferentes partes de que se componia su obra, las confió á su generoso protector y empezó otra construccion mas fácil, pero menos sólida que la que acababa de abandonar, la construccion de mil castillos en el aire.

Mientras vivia entregado á sus ensueños, M. By anunciaba en la capital de la Gran Bretaña que él habia durante la ociosidad de la vida militar, dibujado y compuesto con todos sus detalles, el plano en relieve de Quebec, y con mucha satisfaccion enseñaba las diferentes partes de que se componia, á sus gefes, á los artistas y á los curiosos. Sin embargo, trató de reunir todas esas piezas para formar el conjunto de la ciudad y por desgracia M. By, en la precipitacion de su conquista, habia olvidado aprender el mecanismo inventado por M. Duberger. Pero una vez entrado ya en el camino de la traicion, una perfidia demas no debia detenerle. Escribió, pues, al confiado artista de Quebec, que para obtener el premio que él le habia asegurado de antemano, solo le faltaba poder presentar la obra en su unidad. A vuelta de correo, M. Duberger le contestó dándole una estensa esplicacion, por medio de la cual M. By logró lo que deseaba, é

invitó á todos aquellos que querian visitar su obra y de quienes queria ganar la confianza y proteccion, para que fueran á ver su trabajo. Por esta vez vióse completamente recompensado por su hermosa invencion. Los ingenieros alabaron mucho sus conocimientos matemáticos, y sus gefes le señalaron como á un oficial de un mérito distinguido. Obtuvo inmediatamente un grado superior y otras muchas pruebas de distincion.

Mientras él gozaba de su triunfo, el pobre Duberger se sintió atacado de una parálisis que pronto le condujo á la tumba. Su hijo, que ignoraba lo que pasaba en Londres, no podia reclamar una obra que le era tan indignamente robada. Algunos años mas tarde, M. By volvió al Canadá con el rango de coronel, y fundó á orillas de Ottawa una poblacion que se llama el *Bytown* (pueblo de By).

En la pendiente de las colinas y en la llanura donde se elevan las casas de Quebec, lo que mas me interesaba, lo que deseaba encontrar, eran no hay necesidad de que os lo diga los vestigios de la Francia, las tradiciones de nuestra historia, desde el atrevido Jacobo Quartier, hasta el valiente é infortunado Montcalm.

En 1534, Jacobo Quartier, con dos embarcaciones de sesenta toneladas, esploró los Bancos de Terra-Nova y penetró hasta el golfo de San Lorenzo. En el año siguiente se embarcó de nuevo para las mismas regiones. Esta vez, por la proteccion especial de Francisco I tenia bajo sus

órdenes tres buques, que apenas se atreveria un navegador de nuestros tiempos á confesar que fuesen suyos. El uno era la *Hermitia*, de cien toneladas, la *Pequeña Hermínia*, de sesenta, y el *Emerillon*, de cuarenta. En aquel tiempo se contaba menos que ahora con la fuerza de la carpintería náutica, y un poco mas con la gracia de Dios. Teníanse entonces pequeños astilleros y pobres arsenales, pero antes de embarcarse, tomábase una religiosa precaucion, tal como nos la relata el honrado marino.

"El domingo de Pentecostés, dia seis del mes, desde el comandante hasta el grumete nos confesamos todos, y recibimos todos juntos á Nuestro Criador en la Iglesia catedral de San Malo, despues de lo que, pasamos al coro de dicha Iglesia, donde el reverendo sacerdote Monseñor de San Maló nos dió su episcopal bendicion."

El 8 de Setiembre, Jacobo Quartier, despues que hubo remontado el rio San Lorenzo, hasta la isla de Orleans, llegó á una bahia formada por un rio, á la cual dió el nombre de Santa Cruz.

"Cerca de este lugar, dice él en sus relaciones de viaje, hay un pueblo del que es señor Donnaconna, que en él vive, llamado Stadaconé, que es una tierra muy hermosa y fértil, llena de frondosos árboles, muchos de los cuales son iguales á los de Francia, tales como encinas, olmos, nogales, ciruelos, tejos, cedros, viñas, espinas blancas que dan unos frutos del tamaño de las ciruelas de Damas, y otros árbo-

les, bajo los cuales crece hermoso cáñamo sin sembrarle."

El rio de Santa Cruz, que fué el que escogió Jacobo Quartier para abrigar en él dos de sus embarcaciones, mientras que con el *Emerillon* y algunas falúas se dirijia hácia el Hochelaga, es el que se conoce ahora con el nombre de San Cárlos. Stadaconé ocupaba en aquella época el terreno de uno de los arrabales de Quebec, y el señor Donnaconna era en este país el precursor de la reina Victoria.

Cómo al nombre de Stadaconé le ha sucedido al de Quebec, es una de las cosas dignas de ocupar las veladas de un espíritn ambicioso; es una de esas cuestiones que solo con escojerlas indican que el que se ocupa de ellas es un hombre de raza científica, y cuyo estudio terco puede conducirle triunfante, con una gran lista de dilemas y un amalgama de citas, hasta el seno de la academia de inscripciones y bellas letras. Desde que estoy en el Canadá, no os he dicho ni una sola palabra de su orígen, otro problema que pudiera dar lugar á muy bellos argumentos, y ocupar orgullosamente todas las páginas de un volúmen in folio. ¿Perderé vuestra estimacion si os confieso que no me siento con valor para arriesgarme en tan espinosa materia, y que prefiero al laurel inmortal que pudiera recojer con este trabajo, el estéril placer de contemplar las aguas del San Lorenzo, plateadas por los rayos de la luna?

Sin embargo, y para probaros que no soy tan ignorante como mis confesiones pudieran haceros creer, os diré con mucha brevedad lo que pudiera ocupar muchas páginas.

Con respecto al Canadá, el padre Hennepin y la Potherie, nos cuentan, que habiendo sido unos españoles los primeros que llegaron á estas tierras, al ver sus incultos campos y sus frias montañas, dierónle el nombre de: *Cabo de nada*, y segun nuestra costumbre de alterarlo todo, pronto le llamamos nosotros Canadá. Otros escritores sostienen que este nombre se diriva de la palabra india *Kauata*, que significa: grupos de cabañas. Siéntome inclinado á creer esta última hipótesis, pero otro sábio me deja algunas dudas: el padre Duvreux (Creusius), que se ocupó de nuestra colonia, desde su fundacion, dice: *De etymologia vocis Canada, nihil satis potui comperire* (nada puedo esplicar con bastante exactitud sobre la etimología de la palabra Canadá. El partido mas sábio será seguir este último parecer,

En cuanto á la etimología de la palabra Quebec, La Potherie nos cuenta que, despues de haber pasado la isla de Orleans los marineros de Cartier, al distinguir un cabo muy elevado, esclamaron: *Quel bec ó que bec* (que pico), en su dialecto normando, y que de eso viene el nombre de nuestra antigua capital canadiana.

Charlewix tiene otra opionion, que justifica con detalles topográficos. Quebec, dice él, es-

tá colocado sobre el rio mas navegable del Universo. Pero mas allá de la isla de Orleans, se estrecha de repente de tal modo, que esa estrechez ha hecho dar á ese lugar el nombre de Quebec, que, en lengua algonguina, significa *acortamiento*. Los abennaquis le llaman Quebec, que quiere decir *lo que está cerrado*, porque por la entrada del pequeño rio llamado la Caldera, por donde aquellos salvages iban á Quebec desde el vecindario de la Acádia, la punta de Levy oculta enteramente el caual del Sur, la isla de Orleans, oculta la del Norte, de modo que el puerto de Quebec no parece desde allí mas que una grande bahía.

Ya teneis bastante, me parece, acerca de la formacion de estos dos nombres; concluyo con mi paréntesis erudito, y vuelvo á seguir mi relacion.

El Canadá, del cual Quartier en sus descripciones reveló su estension y recursos, no sirvió en su principio mas que para abastecer de pieles á ciertas sociedades comerciales. Ni un ensayo sério de colonizacion se hizo, y al principio del siglo XVII, abandonáronle para dirijirse hácia las playas mas temperadas de la Acádia (hoy la Nueva Escocia). M. de Monts, getilhombre ordinario de la cámara del rey, habiendo obtenido el privilegio esclusivo del tráfico desde Terra-Nova hasta el grado cincuenta de latitud, equipó, con ayuda de algunos negociantes, cuatro buques, partió con Champlain y con M. de

Poitraincourt, uno de los hijos de esa valerosa nobleza francesa, cuyo blason se formó en los campos de batalla, cuyo nombre se encuentra en todas las épocas, en la historia de nuestras obras memorables.

La flotilla salió del Havre en 1604, costeó la casi isla acadiana hasta la bahía de Fundy, y entró en una vasta hoya rodeada de risueñas colinas. El baron de Poitraincourt obtuvo la concesion de esa rada, y formó en ella un establecimiento, al cual le dió el nombre de Puerto-Real (actualmente Annapolis). De Monts continuó su derrota con Champlain, descubrió el rio San Jnan, y una pequeña isla, á la que dió el nombre de Santa-Cruz, (hoy Boom Island) y fijó en ella su colonia. El cultivo de la tierra, y el comercio de cambio con los indígenas, que recibieron amigablemente á nuestros compatriotas, parecia asegurar el éxito de esa nueva espedicion. Gracias á la inteligencia y actividad de Lescarbot, que dirijia con sus consejos á la colonia, y les animaba con su ejemplo, el establecimiento de Puerto-Real, al cabo de dos años de trabajo, estaba en buen estado y prometia mucho, cuando de repente se sintió herida de dos golpes mortales. Todas las pieles que habian reunido, les fueron robadas por los holandeses. Al mismo tiempo, habiendo los negociantes de San Maló, obtenido la revocacion del privilegio acordado á M. de Monts: fué preciso abandonar una empresa de la cual podian esperar unos resultados muy felices.

Sin embargo, Poitraincourt no era uno de esos hombres que se dejan abatir por un primer contratiempo. De regreso á Francia, se asoció con ricos comerciantes de Dippe, y en 1610 volvió á partir para la Acádia, con artesanos y cultivadores.

El asesinato de Enrique IV volvió á destruir sus esperanzas. Los jesuitas obtuvieron de Conciní, el todo-poderoso ministro de María de Médicis, una órden que mandaba á Poitraincourt admitirles como misioneros en su colonia. Al saber esta noticia los comerciantes protestantes, con quien estaba asociado, rompieron su contrato. Reemplazóles empero la marquesa de Guercheville, que hizo armar á sus costas un buque para los jesuitas, y dió el mando á M. de La Saussaye.

Por nuestra desgracia, Inglaterra, que con mucho dolor veia nuestra conquista del Canadá no estaba dispuesta á ver tranquilamente que conquistáramos la Acádia, y reclamó aquel pais hasta los cuarenta y cinco grados de latitud. A causa de esta pretension, el capitan Argalt, despues de haberse apoderado del pais en que habia desembarcado La Saussaye, y haber hecho prisioneros ó dispersado sus soldados, partió con tres buques y fué á desvastar el establecimiento de Santa Cruz, y despues el de Puerto-Real. Poitraincourt, desanimado con esta última catástrofe, se retiró á Francia, donde le mataron al pié de las murallas de Chateau-Thierry, en tiem-

po de las revueltas que estallaron cuando el casamiento del rey.

Durante este tiempo, Champlain volvió al Canadá. En 1608 construyó la primera habitacion francesa de Quebec; un buque de dos puentes rodeado de fosos, servia á un tiempo de arsenal y de cuartel á los trabajadores y á los soldados. Doce años mas tarde, colocó allí los primeros fundamentos del castillo de San Luis, que era la residencia del gobernador, y que en 1834 fué devorado por un incendio.

En el mismo año, los recoletos, que fueron los primeros misioneros que salieron de Francia para predicar el catolicismo entre los salvajes, construyeron un convento á orillas del rio San Cárlos. El pueblo de Quebec, se componia entonces de cincuenta europeos. Pero tal era el espíritu de devocion en Francia, dice M. Garneau, que distintas órdenes religiosas lograron, por medio de los donativos de los devotos, construir en medio de los bosques del Canadá, que debieron descuajar ellos mismos, vastos establecimientos de educacion y beneficencia, que aun hoy mismo honran al país. La diferencia de caractéres del pueblo inglés y el pueblo francés, se distinguia visiblemente en las regiones americanas, por el contraste de sus instituciones. Mientras nosotros construiamos conventos, los Massachussets construian navíos que debian comerciar con todo el mundo.

Por primera vez se trabajó con bueyes el sue-

lo canadiano, en 1628. Hasta esa época, la mayor parte de nuestros colonos no habian hecho mas que comerciar en pieles.

Pero, ¿qué podia hacer Champlain, con todo su valor y su inteligencia, en el completo abandono en que le dejaba la Francia, en medio de tantos obstáculos que le rodeaban, y entre tantos peligros que sin cesar le amenazaban?

Estalló de nuevo la guerra entre la Francia y la Inglaterra, y mientras que el soberbio Buckingham iba á la Rochela á socorrer á los hugonotes, la Inglaterra lanzaba de un solo golpe diez y ocho embarcaciones contra nuestras posesiones de América. Un calvinista francés, David Kert, de Dieppe, se encargó de tomar Quebec. Llegado á Todoussac (1) escribió á Champlain diciéndole que estaba enterado de las privaciones que sufria su colonia y que, colocado á la entrada del rio, detendria cuantos socorros le mandaran; por cuya razon le aconsejaba que capitulara. Champlain respondió á su carta con tanto orgullo, que, Kert, creyéndole mejor armado, y rico en provisiones, no se atrevió á atacarle.

La pequeña ciudad de Quebec sufria sin embargo una completa escasez. Estaban reducidos sus habitantes á una racion de siete onzas de pan diarias, y en los almacenes no tenian mas de cincuenta libras de pólvora.

---

(1) Está en la desembocadura del Saguenay, en el San Lorenzo.

Un convoy que les llegaba, bajo el mando de un buen oficial, fué capturado por M. de Kert. Ya no debia esperarse otra cosa de Francia durante muchos meses, y era preciso pasar el invierno. Champlain compró pescado á los indios, y envió á las tiendas de los salvajes una parte de sus soldados para que custodiaran los víveres.

El invierno fué crudo y largo, y mucho sufrieron nuestros colonos, pero Champlain sufria como ellos, y les daba el ejemplo de la resignacion. En cuanto la nieve empezó á fundirse, los pobres colonos fueron á los bosques en busca de raices con que satisfacer su hambre. Esperaban buques de Francia, y sus ojos se dirijian continuamente hácia el golfo. Por fin, un dia, la poblacion entera esclamó contenta: Una vela! una vela! *a' sail! a' sail!* Hé ahí el deseado socorro! Hé ahí la bandera de la patria! Hé ahí el fin de tan amargos dolores! Mas; ¡ay! ese estandarte es el de los enemigos! Esos tres navíos que surcan las olas mas allá de la punta de Levy, son los de Kert, que como un buitre hambriento cae sobre su inerme presa.

Toda tentativa de lucha era imposible; fué preciso entregarse. Quebec no tenia mas de cien habitantes. Tan poco conocieron en aquellos tiempos los consejos del rey la importancia del Canadá, que al reclamarlo á los ingleses, Luis XIII obedecia menos á una idea de interes material, que á un sentimiento religioso, al pia-

doso deseo de propagar en estas tierras lejanas la enseñanza del catolicismo. Los ingleses devolvieron Quebec en 1632; Champlain volvió con muchos sacerdotes.

Sobre las pendientes, salvajes aún, del Cabo Diamante, un jesuita, hijo del marqués de Gamache, construyó un colegio; la duquesa de Aiguillon fundó un hospital en el mismo lugar, y una jóven viuda, la señora de la Peltrie, estableció en él un convento de Ursulinas. En Quebec, como en Montreal, nuestra colonizacion se formaba con el oro de las obras de beneficencia.

En 1657, las inmensas regiones señaladas con el nombre de Nueva Francia, se erigieron en vicariato apostólico; tres años despues en obispado. El primer obispo de Quebec fué un hombre de un alto nacimiento y ardiente piedad; M. de Laval Montmorency; fundó éste el seminario de Quebec, dotóle de muchos dominios que compró con sus propios caudales, y le unió á la comunidad de misiones estranjeras de Paris.

No quiero daros todos los pormenores de la historia de nuestra colonia, desde esta época hasta la guerra de los siete años, triste y punible historia de querellas religiosas, de rivalidades de poder, entre los obispos y los gobernantes, y de incesantes luchas contra los indios y los ingleses; triste historia ensalzada sin embargo con altos hechos de armas y brillantes empresas, ilustrada por los viajes de nuestros mi-

sioneros canadianos, que por el Norte, descubrieron Saguenay, y se avanzaron hasta la bahía del Hudson, y por el Sur, fueron por los lagos hasta el valle del Mississipí, y dotaron nuestro país con la magnífica comarca de la Luisiania, que no hemos sabido guardar.

Todas esas batallas en las cuales los habitantes del Canadá suplian con su valor su debilidad numérica, todas esas nuevas esploraciones en las cuales nuestros misioneros tomaban posesion de nuevos dominios, en nombre de la cruz y del rey, irritaban mas y mas á los ingleses, y ardian cada dia en nuevos deseos de tomar ó arruinar nuestra colonia. No les faltaba mas que una ocasion favorable para echarse con las armas en la mano sobre el Canadá; la guerra de 1741 les dió esta ocasion. Esa guerra hizo estallar las comprimidas pasiones de las colonias inglesas de la América, contra los canadianos, pasiones que exaltaron al mismo Franklin, que dijo: "Ningun descanso gozarán nuestras trece colonias, mientras los franceses posean el Canadá." Esa guerra, que sostuvo la Inglaterra con todas sus fuerzas, apenas fué interrumpida en América por el tratado de Aix-la-Chapelle. Bien pronto se revivificó con nuevo ardor; llevó las tropas inglesas á las puertas de Quebec, y les entregó el Canadá.

Antes de llegar á tan fatal conclusion, deteneos un poco observando los sucesos que la han precedido. Vuestro corazon se sentirá lastimado al

considerar cuánto sufrieron nuestros conciudadanos en esa larga lucha, y la heróica constancia que en todos tiempos desplegaron.

No temo decir que la historia de nuestras últimas batallas en el Canadá, es una de las mas gloriosas páginas de nuestros anales militares, y que tal vez nunca se ha visto una poblacion tan escasa sostenerse con tanto valor, durante muchos años, contra tan considerables ejércitos, y ganar tantas victorias.

Para apreciar el valor de los canadianos en las campañas de 1757 y 1758, es preciso esplicar cuáles eran sus recursos y cuáles las fuerzas de sus adversarios. Mientras que para destruir la dominacion de la Francia en América, lord Chatham armaba los mas grandes navíos y reunia en las fronteras del Canadá un ejército de sesenta mil hombres, el ministerio francés recibia con impaciencia los partes de Vaudreuil y de Montcalm, que le pedian los socorros indispensables, y respondia muchas veces á sus frases alarmentes, con frias observaciones. Muy á menudo se quejaba del número crecido de dinero que debia enviar. "En los tiempos ordinarios, decia, el Canadá no costaba á la Francia mas que un millon y doscientas mil libras por año. Desde que se rompieron las hostilidades, los gastos han ido subiendo hasta seis, siete y ocho millones." Y el sabio ministerio se puso á calcular y discutir cada artículo de gastos, y por fin, un dia, y durante los últimos momentos

de crisis, dirijió al gobernador de Quebec esta carta increible:

„Mucho siento deberos manifestar que ningunas tropas de refuerzo debeis esperar ya; ademas de que aumentarian la escasez de los víveres, escasez que harto conoceis ya, es de temer que los ingleses les interceptaran el paso; y como el rey no pudiera mandaros un socorro proporcionado á las fuerzas de los ingleses, todos los esfuerzos que se hicieran aquí, solo servirian para escitar al ministerio de Lóndres á reunir un número mayor que le permitiera guardar siempre la superioridad que ha adquirido en esa parte del continente."

¿Y qué, no os sentis avergonza dos al leer esta carta? ¿Os parece posible que haya podido encontrarse en nuestro orgulloso país un consejo de ministros que la dictara y un secretario de estado para firmarla?

De cuando en cuando y como por favor, se expedian á nuestra colonia uno ó dos buques con algunos centenares de hombres y algunas provisiones. Luego el rey recibia al levantarse á los señores cortesanos cubiertos de bordados, y *madame* de Pompadour oia con benévola sonrisa los versos floridos de M. de Berni.

En vano el mariscal de Belle-Isle insistió para que se hiciera pasar al Canadá un cuerpo de ejército, compuesto en su mayor parte de los gentilhombres que querian defender nuestras posesiones contra los americanos; respondieron á

sus instancias que los medios de transporte eran demasiado caros, y que estaba el tesoro agotado. ¡Vergonzoso tiempo de intrigas de tocador y de corrupcion! El precio que costaban algunas fiestas de Versalles hubiera bastado para dar considerables refuerzos á los batallones que tan valientemente sostenian el honor de nuestra bandera, y quizás para salvar nuestra colonia.

Durante tan indigno abandono, el ejército que debia defender nuestras fronteras y muchos centenares de leguas de terreno contra las fuerzas reunidas de Inglaterra y sus colonias americanas, se componian de tres mil hombres de tropas regulares, de tres mil canadianos y de mil seiscientos á mil ochocientos salvajes, que pertenecian á treinta y dos tríbus diferentes, enemigos de la disciplina y difíciles de gobernar.

Para formar semejante ejército, fué preciso arrancar al artesano de su taller, al jornalero de sus tierras. El trabajo de la tierra, que estaba ya poco adelantado, fué completamente abandonado en diferentes puntos, y como las provisiones que llegaban de Francia eran sumamente escasas, las privaciones se juntaban á la guerra, para acabar de desolar el país y abatir á nuestros soldados.

Cuando el gobernador llamó en su ayuda á los canadianos, acudieron á su llamamiento audazmente, abandonaron sus familias y la mayor parte de su cosecha, y se alimentaron de maiz y de legumbres.

En 1757, era tan grande la escasez, que los habitantes de la ciudad fueron puestos á la ración de cuatro onzas de pan por dia. Habiendo faltado la cosecha en el año siguiente, hubo parroquias en las que faltó la semilla para la siembra. Disminuyerónse las raciones de las casas religiosas y de los hospitales; los soldados se dispersaron por las campiñas creyendo encontrar en ellas los alimentos que les faltaban en la ciudad, y el intendente hizo comprar toneles de bacalao y mil docientos caballos para matar el hambre, reemplazando así la falta de harina. En el mes de Abril del mismo año, la racion de los habitantes de Quebec era de dos onzas de pan por dia, y ocho de tocino ó de bacalao.

Para colmo de miseria, el gobernador y el general vivian separados el uno del otro por cierta desconfianza y enemistad, y el intendente Bigot, encargado del manejo de las compras y de los caudales, empleaba en satisfacer sus voluptuosos caprichos el dinero que hasta en sus mas mínimas sumas debia emplearse religiosamente al socorro de tantos sufrimientos.

Nada faltaba á nuestros soldados para enervar sus brazos, desalentarles completamente, y hacerles odiosa una lucha, en la que estaban entregados sin socorro á un enemigo tan formidable. Pero sosteníales su patriotismo; marchaban con valor al encuentro de las tropas americanas, y se cubrian de gloria.

En la batalla de la Monongahela doscientos

treinta y cinco canadianos, bajo las órdenes de Beuajeu, derrotaron una fuerza seis veces mayor, mandada por Braddock: quedaron en el campo de batalla ochocientos ingleses. Entre ellos habia el general y sesenta y tres oficiales.

Washington, que reunió los restos de aquella columna, escribió: "Hemos sido vergozosamente derrotados por un puñado de franceses que trataban de inquietarnos en nuestra marcha. Poco tiempo antes de la accion, creiamos que nuestras fuerzas igualaban á todas las del Canadá: sin embargo, y contra toda probabilidad, hemos sido completamente derrotados, y se ha perdido todo."

En el mes de Marzo de 1756, M. de Levy se apoderó con algunos centenares de hombres, de un fortin considerable, conocido con el nombre de fuerte de Bull, empalizado y lleno de troneras.

En el mes de Agosto del mismo año, M. de Montcalm hizo capitular el castillo de Oswega, defendido por diez y ocho cañones, quince morteros, y mil ochocientos soldados.

El año siguiente, el mismo Montcalm obligó tambien á capitular la ciudadela de W. Henry, con dos mil cuatrocientos soldados, y derribó las murallas del campo atrincherado de la misma fortaleza.

El 8 de Julio de 1758, el general Abercromby atacó con un ejército de diez y seis mil hombres el fuerte de Carillon, donde se habia atrin-

cherado Montcalm con tres mil seiscientos soldados. Todas las fuerzas y todo el orgullo de Abercromby no pudieron ganar unas cuantas palizadas, que fueron incendiadas mas de una vez durante la accion por el fuego de sus baterías. Despues de un combate de seis horas, se retiró, dejando sobre el campo ciento veintiseis oficiales muertos ó heridos, y dos mil soldados.

Esos combates admirables, esas victorias increibles, no hacian mas que acrecer la firme resolucion que habia formado el gobierno inglés de robarnos el Canadá. Antes ó despues debiamos sucumbir en una lucha cuya desigualdad aumentaba aún en medio de nuestras victorias. La menor pérdida que esperimentábamos, nos causaba un deplorable vacío en nuestras filas, mientras que las pérdidas mas numerosas de los ingleses se veian pronto reparadas con nuevas fuerzas.

A fines del año de 1758, el gobernador escribió al ministerio, que los enemigos se proponian sitiar Quebec en el año siguiente; al anunciarle esta noticia, que desgraciadamente era harto verídica, pintábale muy tristemente nuestra situacion.

"Tenemos, decia él, diez mil hombres únicamente, que puedan oponerse á los enemigos, y no podemos contar con los habitantes. Están estenuados por las marchas continuas; sus tierras no están cultivadas mas que á medias y sus casas mèdio arruinadas. Están sin cesar en

campaña y abandonando siempre á sus esposas é hijos, que se quedan sin pan con que aplacar su hambre. En este año no tendremos consecha, porque faltan cultivadores.

Pintado este doloroso cuadro, el gobernador pedia soldados y víveres. El comisario de guerra decia al ministro en un parte: "Actualmente tiene la Inglaterra mas tropas en movimiento, que habitantes el Canadá, comprendidos los ancianos, las mugeres y los niños. ¡Cómo poder resistir!

M. de Montcalm por su parte escribia, que á menos de una fortuna inesperada, los ingleses se apoderarian del Canadá en el año de 1759. M. de Bongainville pártió para Francia con el fin de esponer verbalmente al ministerio los peligros que amenazaban el Canadá, y hacerles ver la necesidad de procurarle un pronto socorro. Todas estas providencias fueron inútiles. La Francia no mandó ningun apoyo, y así como lo habia predicho M. de Vandreuil, los ingleses si tiaron Quebec en el año siguiente.

Una escuadra de veinte navíos de línea y veinte fragatas, remontó el rio hasta la isla de Orleans, y treinta mil hombres se colocaron enfrente de la ciudad.

El jóven y valiente general Wolfe, á quien se habia confiado especialmente el ataque de Quebec, decia al partir para su espedicion: "Si Montcalm resiste aún á nuestros ataques, pasará por un hábil oficial: y, ó bien nuestros generales se-

rán peores de lo que acostumbran, ó la colonia contará con recursos que le ignoramos."

Los recursos eran empero poco considerables. Reuniendo los habitantes de las campiñas á los de la ciudad, llegóse á formar un cuerpo de trece mil hombres. Era sin embargo mas de lo que esperaba Montcalm. "No se contaba, dice un testigo ocular, con un ejército tan numeroso, pues no se creia reunir un número tan grande de canadianos. Se habia tratado de reunir solo los hombres que se hallaban en estado de poder soportar las fatigas de la guerra, pero reinaba en el pueblo un entusiasmo tan grande, que se presentaron en el campo viejos octojenarios y niños de doce años los cuales no quisieron aprovecharse de la escepcion en que por su edad se les habia colocado. Jamas súbditos ningunos merecieron mas dignamente el aprecio de su soberano, ya por su constancia en el trabajo, ya por la paciencia con que lucharon contra las penas y las miserias que fueron tan estremas: estaban espuestos en el ejército á toda clase de contratiempos."

Todavía por esta vez la fortuna les fué favorable. Wolfe bombardeó é incendió con una crueldad indigna de su noble carácter, las calles de Quebec, y asoló los campos. Pero fué inútil todo, y sus navíos, cañones y ejército, solo sirvieron como testigos de la inutilidad de sus esfuerzos. Era tan grande el orgullo de este

general, que de resultas de su derrota en Montmorency cayó gravemente enfermo.

Sus tenientes lograron sin embargo infundirle algun valor; y le convencieron de la inutilidad del plan de campaña que habia adoptado, aconsejándole que remontara la orilla derecha del rio San Lorenzo, y de allí entrara otra vez en la orilla izquierda para tomar las llanuras de Abraham.

Siguió este consejo, y el 7 de Setiembre sus navíos, cargados de tropas, fueron á anclar al Cabo Rojo. El dia 13, en una noche oscura, esas mismas tropas bajaron con el reflujo de la marea toda la orilla. Algunas horas despues, se formaron en batalla en las llanuras de Abraham. Por una deplorable fatalidad, Montcalm acababa de retirar un batallon que hasta entonces habia permanecido allí, y que hubiera podido impedir el desembarque. Encontrábase en aquel momento en el pueblo de Beauport, con seis mil hombres, y recibió un parte de M. de Vaudreuil anunciándole el nuevo movimiento de los ingleses. Creyó que no era mas que un cuerpo insignificante, púsose á la cabeza de un corto número de hombres, partió precipitadamente, y á las ocho se encontró cara á cará con los ingleses. Sus oficiales le aconsejaron que no tan pronto entrara en accion, y el gobernador le rogó tambien que esperara hasta haber reunido todas sus fuerzas; pero arrastrado por su carácter impetuoso y sin dar á sus tropas el tiempo necesario

para descansar, se puso en marcha. No habian andado aún cuarenta pasos, cuando una descarga cerrada de los enemigos llevó el desórden á sus filas. Wolfe, que les habia dejado acercar, tomó la ofensiva, y cayó en aquel mismo instante herido en el puño y en el pecho. Lleváronle á alguna distancia del campo de batalla mientras sus soldados, ejecutando las evoluciones que él habia mandado, cargaban á la bayoneta. Uno de sus oficiales que estaba á su lado, gritó:—Ya huyen!—Quiénes? preguntó el moribundo general.—Los franceses.—Tan pronto? Entonces muero contento.

Y espiró.

Mientras Montcalm trataba de reunir sus soldados, recibió dos heridas; una tercera le tumbó del caballo. Lleváronle á la ciudad, y todavia vivió el tiempo suficiente para saber la derrota de nuestro ejército.

Yo he visitado ese funesto campo de batalla con M. Garneau, el jóven y sábio historiador del Canadá, que me enseñaba los puntos principales, esplicándome al mismo tiempo los diversos movimientos que se habian ejecutado. Cuando desde este campo contemplaba el largo curso del rio San Lorenzo, las risueñas orillas y el inmenso espacio que desde el Cabo Rojo se ofrece á la vista, sentíame profundamente conmovido al considerar que todo nos habia pertenecido, y que ahora lo hemos perdido ya para siempre.

Montcalm fué enterrado en el convento de las

Ursulinas; su cabeza se guarda en una urna. En el paseo de Quebec se eleva un obelisco, en el cual están grabados su nombre y el de Wolfe. El gobernador Dalhouise fué quien tuvo la generosa idea de consagrar un mismo monumento á la memoria de esos dos valientes soldados, que vivieron ocupando un mismo destino, y murieron el uno al frente del otro, heridos por la misma muerte.

Despues de la pérdida de Montcalm, Quebec capituló. El Canadá no se habia sin embargo conquistado aún. M. de Vaudreuil se reunió en Montreal con las tropas mandadas por M. de Levy. Si el ministerio hubiera querido apoyar á ese oficial, que merece por su valor un lugar en nuestros anales, los ingleses hubieran podido ser arrojados del punto de que se habian apoderado. Pero mientras que la Inglaterra recibia con entusiasmo las noticias de la toma de Quebec, y hacia animosa nuevos esfuerzos para consumar su obra, la Francia mandaba cuatro cientos hombres al Canadá.

Despues que M. de Levy hubo pasado el invierno en Montreal, partió de allí á principios de la primavera para atacar Quebec, con siete mil hombres, y se apoderó del Cabo Rojo. El 28 de Abril destrozó el ejército del general Murray, y empezó el sitio de la poblacion en que éste se habia atrincherado despues de su derrota, y desde cuyo punto espedia partes por todos lados pidiendo socorros. Estos llegaron en

número suficiente, para que M. de Levy que tenia algo escasas las municiones, no se arriesgara tan audazmente. Retiróse al lago Champlain, donde teniamos aún algunos centenares de hombres, y recorrió el país exhortando y animando á todos sus habitantes.

Sin embargo, tres ejércitos ingleses dirijiánse sobre Montreal; tres ejércitos contra los cuales esa poblacion no podia oponer mas que unas débiles murallas de dos ó tres piés de espesor, y unos tres mil combatientes, que no tenian víveres mas que para quince dias.

Fué preciso entregarse, á pesar de querer M. de Levy retirarse á la isla de Santa Elena (1) con el objeto de defenderse hasta el último trance. El 8 de Septiembre capituló Montreal, y el mismo dia los ingleses enarbolaron allí su bandera.

Despues de la pérdida del Canadá, el ministerio francés no pudo dar mas que una satisfaccion al público. Formó un proceso criminal contra M. de Vaudreuil, y condenó al indigno intendente Bigot á destierro perpetuo. M. de Levy fué nombrado gobernador de la provincia de Artois, y luego mariscal de Francia. M. de Bougainville, que durante los mas graves dias de peligro para el Canadá, fué el comisionado para ir á Paris y solicitar del ministerio socorros pa-

(1) En el rio San Lorenzo, frente de Montreal.

ra la colonia, es el sabio marino distinguido por su viaje al rededor del mundo. De regreso á Quebec, mientras combatia bajo la bandera francesa, hubiera podido ver pasar sobre uno de los navíos de Wolfe, á otro oficial inglés destinado como él á tan grandes aventuras; Cook, el célebre Cook. Los dos mas célebres marinos del siglo XVIII se hallaban á un mismo tiempo bajo las murallas de Quebec.

M. de Garneau tuvo la bondad de acompañarme con su escelente conciudadano M. Faribault á un campo de batalla que me recordaba mejores sucesos que aquellos de la llanura de Abraham. A lo largo de la costa en que, en perjuicio suyo, hizo su primer desembarque Wolfe, existe hoy el pueblo de Beaufort, alegre poblacion que de cercado en cercado, de jardin en jardin, y por medio de una larga línea de casas de campo, se estiende hasta la cascada de Montmorency.

Esta cascada es tan ancha, tan grande, que desde la punta de su hoya de roca, cae de un solo chorro á la profundidad de doscientos cincuenta piés: no me ha parecido empero tan grandiosa como yo me la habia figurado. Quizás los recuerdos de las cascadas de Suiza y de Noruega disminuian á mis ojos su elevacion, ó quizas la descripcion de algunos escritores, en la que se exageraba su belleza, me la presentaban menos imponente de lo que es en realidad. Pero aquello de que hablan muy poco los viajeros

y que mas me sorprendió, fué el admirable cuadro que rodea aquella grande cantidad de olas impetuosas. Vénse por una parte colosales abetos inclinando sus ramas sombrías hácia las espumosas aguas, y por la otra, el aspecto mágico de la bahía y del rio, de la isla de Orleans, y de las montañas, que á lo lejos se pierden por el Norte como una reunion de lejanas nubes. Para el que lleva consigo un recuerdo de la Francia, el aspecto de esos lugares es mas interesante. Allí, al ruido de aquellas mugidoras aguas, nuestros soldados destruyeron todavía una vez á los ingleses. Para un último triunfo no podian desear un teatro mas grandioso.

Despues del dibujo que acabo de trazaros de la historia de Quebec, siquiera para que tuviera un carácter regular, á falta de otro mérito, debiera continuarla. Pero os confieso que á mi modo de ver la historia del Canadá no ofrece mas que dos épocas interesantes; la del descubrimiento y esploracion de este país, y la de la lucha contra el coloso inglés. Mas tarde, la poesía de unos viajes como el de un Cartier y el de un Champlain, las peligrosas aventuras de nuestros misioneros, y las diversas peripécias de una guerra que muy á menudo tiene toda la magestad de una epopeya antigua, y esa poesía de las primeras capillas haciendo vibrar sus campanas en medio de un bosque, desaparece ante el prosáico debate de las cuestiones materiales, y se sepulta entre los polvorosos legajos de losabo-

gados, y los decretos de una chancillería. ¿No os parece que los gobiernos constitucionales, con sus torrentes de palabras, son muy fastidiosos, y no os parece tambien que en este tiempo de perpétuos descubrimientos, nacerá algun hombre de ingenio que inventará otra forma de administracion mas tranquila y mas agradable?

El heróico Canadá cayó al derrumbarse bajo el peso del régimen bureocrático, como verdadera poblacion de mercaderes. No creo que os divirtiera mucho contandoos de qué modo se discute aquí sobre los impuestos y sobre la responsabilidad de los ministros; cuántos oradores se disputan el derecho de esponer sus ideas luminosas hablando de la fundacion de una escuela, ó de la construccion de un ferro-carril; quién se envanece de tomar en la tribuna, quién se vé acusado de haberse vendido á la administracion. Los mismos sistemas crean las mismas aberraciones, y sin salir de vuestro salon, podeis verese cuadro de las modernas locuras humanas, en una escala mayor.

Unicamente os diré que despues de la dominacion inglesa, Quebec ha adquirido, así como Montreal, un desarrollo muy grande. En 1763 solo se contaban en esa ciudad siete mil habitantes. Hoy, segun la última estadística, contiene cuarenta y cinco mil seiscientos, de los cuales veintisiete mil son canadianos-franceses, y el resto ingleses, escoceses é irlandeses. De esos cuarenta y cinco mil seiscientos individuos,

treinta y seis mil cuatrocientos pertenecen á la religion católica. Los demas se dividen en unas diez ó doce sectas diferentes, tales como la episcopal, la anabaptista, los metodistas de Wesley, y otras por el mismo estilo.

Como veis segun estos datos, la poblacion francesa y católica es la que lleva la mayoría. Quebec, por su posicion en la estremidad del país, ha conservado mejor que Montreal las costumbres y tradiciones de Francia. Su carácter se destingue por su política francesa, de la cual mas de un escritor inglés ha hablado elojiándola mucho, y por su inclinacion á las bellas letras, que fueron nuestra gloria, y que son aún la luz que brilla entre las sombras de nuestra política.

Los establecimientos de educacion datan de la fundacion de nuestra colonia. La imprenta solo se estableció en el Canadá muy tarde. ¡Cosa estraña! La primera obra que se imprimió aquí, no fué como en Europa, ni un devocionario, ni un libro de leyes ó de leyendas; fué un periódico. Evidentemente estaba el Canadá destinado á esperimentar como nosotros los tempestuosos tormentos del amor de los periódicos, y los esperimentó. La pequeña poblacion de Trois-Rivieres, tiene su periódico; la no menos pequeña de San Juan, tambien; la ciudad de Montreal tiene ocho; Quebec otros tantos, sin contar con la *Abeja* del pequeño seminario, redactada é impresa al lado del salon de estudio, y publicada en dias fijos por los discípulos de segunda clase y de retórica.

Quebec tiene mas que Montreal algunos poetas, un historiador de gran mérito, M. Garneau, un bibliógrafo, que se dedica sobre todo á la bibliografía de las regiones americanas, M. Faribault, y una sociedad literaria que ha formado un gabinete de historia natural, un museo canadiano, y una biblioteca.

El gran seminario, fundado por M. Laval, y menos rico que el de Montreal, ha formado tambien una coleccion de mineralogía, un hermoso gabinete de instrumentos de física, y una biblioteca de mil doscientos volúmenes, lo que no es un pequeño tesoro en un país donde los gastos de comision y de transporte, y los derechos de aduanas hacen muy caros los libros.

Principalmente, si no esclusivamente, es entre la poblacion francesa donde es notable la predileccion al estudio y á las bellas letras. Los ingleses, que consideran esas agradables ocupaciones del espíritu, como frívolas, ó como un estéril pasatiempo, se dedican á los asuntos prácticos, trátanles con su acostumbrada habilidad, y poco á poco van apoderándose del comercio de Quebec.

Este comercio ha adquirido en sus últimos años una importancia notable. Hasta ahora, cierta especie de monopólio le sujetaba enteramente al de Inglaterra; pero ha sufrido últimamente una reforma que le permitirá ejercerle libremente con todas las demas naciones de Europa, y no duda que sacará grandes ventajas.

Nuestros géneros que en otro tiempo no llegaban al Canadá sino mandados por Liverpool, podrán ahora ir directamente á Quebec; los canadianos se alegran ya con la esperanza de ver en el rio San Lorenzo la bandera de la Francia.

Desgraciadamente el clima pone aquí muchas trabas á ese rigoroso ardor de negocios, industria y viajes náuticos, que es uno de los rasgos de nuestra época. Desde últimos de Noviembre hasta el mes de Abril, el rio está helado, é imposibilitada la navegacion. Durante cerca de medio año, no puede el Canadá recibir noticias directas de Europa. Sus relaciones con las demas naciones se continúan por tierra, por los Estados-Unidos. Por una gran parte de sus habitantes esos meses son un ocio forzoso. Mientras el indio camina con pié ligero sobre la nieve con sus alpargatas, y todos los caminos están surcados por los trineos, la rada de Quebec está cubierta de una legion de patinadores, de elegantes trineos, de barquitos colorados sobre dos hojas de hierro, los cuales hinchando de viento sus tres velas, corren sobre el hielo con la misma velocidad que sobre las olas.

En aquel tiempo las familias se reunen por la noche junto al hogar y al rededor de la mesa, y el círculo doméstico se engrandece siempre para dar cabida á un vecino ó á un estranjero; Cowper nos ha descrito perfectamente estas escenas en sus cantos.

Muy á menudo he oido hablar de esas felices

veladas de invierno en el Canadá, y el cuadro que de ellas me hacian recordábame aquellas de Suecia; pero no las he necesitado para llevarme un agradable recuerdo de la afectuosa hospitalidad de los habitantes de Quebec.

## VII.

## SAN JACINTO.

El telégrafo eléctrico.—Movimiento industrial en el Canadá.—El colegio de San Jacinto.—Los aldeanos.—Sus costumbres y su bienestar.—Naturaleza del suelo y del clima del Canadá.—Movimiento revolucionario.—Ideas de anexion á los Estados-Unidos.—Inútiles proyectos.

---

Los descubrimientos de la industria son admirables. Si alguna vez en mi ignorancia me he permitido hablar de ellos con muy poca reverencia, he resuelto ya enmendarme, é inclinarme siempre con respeto ante esa nueva manifestacion de la intiligencia humana. Si vuestra curiosidad os hace desear saber por qué medios

he abierto los ojos, y cómo he logrado reconocer mi injusticia, voy á decíroslo. Esperaba cartas de mi querida pátria, que un amigo debia pasar á recojer al correo y mandármelas á Montreal. Cada dia veia en mi imaginacion las esperadas cartas, y desde que habia llegado el correo, esperaba á todas horas con impaciencia: preguntaba al cartero, que me respondia siempre con un movimiento de cabeza negativo, y continuaba su camino sin curarse de mi impaciencia. Es probable que alguna vez hayais esperado una carta deseada, y ya sabeis cuán largo es el tiempo que media de un correo á otro, y cuántas ideas nosformamos mas ó menos desagradables mientras pasa ese tiempo. Despues que hube importunado diferentes veces á los empleados del correo, sospechado de su exactitud, y creo que hasta de su probidad, convencíme de que el mejor remedio para saber si habian cumplido con mi encargo, era escribir á Nueva-York. Pero de aquí á esa ciudad hay doscientas leguas; tres dias para ir, tres para volver, total seis dias; puede uno morirse seis veces de impaciencia. Un honrado habitante de Montreal, compadecido de mi impaciencia, señalándome con el dedo una hebra de hilo de hierro, me enseñó un medio mas rápido para llevar uno su correspondencia. He ido al despacho del telégrafo eléctrico, que está abierto para los particulares como para el gobierno, y por un peso, he mandado mi aviso

por medio de este postillon aéreo, que un niño ponia en movimiento ante mí, pasando la mano por un resorte mágico. El maravilloso telégrafo ha ido á buscar á mi amigo á su fonda de Nueva-York, y tres horas despues, con igual inteligencia ha vuelto en busca mia, para decirme que me habian mandado mis cartas, pero que habiéndose olvidado de franquearlas, habíanse sin duda quedado en la frontera. Una nueva señal telegráfica bastó para reclamarlas á Burlington, y al dia siguiente por la mañana llegaron por el vapor. Hé aquí una de esas invenciones por medio de las cuales la física realiza los ensueños de la poesía; una de esas maravillas que hubieran hecho velar al sultan de los cuentos árabes, y salvado sin duda, en la noche milésima segunda, la cabeza de la ingeniosa Scheherazad.

El telégrafo eléctrico atraviesa hoy el alto y bajo Canadá, y se junta con el que recorre todos los Estados-Unidos, desde Boston á Nueva-Orleans. Los americanos, no contentos de haberle hecho andar ese camino de mil doscientas leguas, tratan de continuarle hasta California, y como son gente que no abandonan un proyecto, por jigantesco que sea, creo que se acerca el tiempo en que, desde Quebec, desde la estremidad septentrional del continente americano, se podrá lanzar por el espacio, á tres mil leguas de distancia, su pensamiento por la mañana, y hablar en pocas horas con los habitantes del Océano Pacífico como si fueran sus vecinos.

El Canadá, que acaba de nacer con las creaciones de la industria, ha ya, siguiendo el ejemplo que le muestran los Estados-Unidos, construido canales y plantado sus carriles en diferentes puntos.

Uno de los caminos de hierro me tomó, del otro lado del San Lorenzo, ha atravesado sin detenerse el rio Richelieu, y me ha conducido al pueblo de San Jacinto. Hace poco que el país que hemos atravesado se hallaba inculto é inhabitado. El camino de hierro, ese potente motor de los pueblos modernos, ha traido acá trabajadores y cultivadores. Por ambos lados del camino, vénse actualmente árboles jigantescos, cortados por el hacha del leñador; los campos que antes no producian mas que yerbas y plantas silvestres, han sido ya labrados, y junto á los bosques por tan largo tiempo abandonados, vénse ahora los *log houses* de los colonos. Cada uno de ellos ha construido su modesta cabaña, á su modo, segun su gusto y sus medios, en el terreno que le han concedido. Al ver lo que se ha hecho en tan poco tiempo, cree uno que dentro de algunos años la vasta llanura que se estiende desde el rio Richelieu hasta el rio Yamaska, estará llena de habitaciones.

A orillas de este rio, se eleva el pueblo de San Jacinto, que es uno de los mas bonitos y considerables del bajo Canadá. Es cabeza de partido de un señorío de veintitres leguas de estension, perteneciente á un amable jóven, que

ha hecho diferentes viajes á Europa, y que ha venido de allá muy instruido. Al entrar en su casa, figurábame encontrarme en una casa de Paris, al verme rodeado de tantas obras artísticas. Lo que si se parece muy poco á nuestro país, es la perspectiva que se descubre desde las ventanas; vénse las orillas agrestes del Yamaska y la inmensa llanura, silenciosa y rodeada de bosques sombríos, cortada únicamente por las cimas de las azuladas montañas de Belœil, que se pierden por el Norte como un Océano sin fin.

M. de S. tiene por vecino á un propieterio rico é instruido, en cuya casa pasé una agradable noche, oyendo á sus dos hijos, frescos y colorados como las fresas silvestres, cantar, acompañándose al piano, melodías canadianas y sensillas canciones salvajes.

Entre esas dos aristocráticas habitaciones, hay un colegio importante, fundado en 1814 por el antiguo cura de la parroquia, que le dotó con doscientos mil francos. Hay en él doscientos cincuenta discípulos, que concluyen allí no solamente los estudios clásicos, sino que pueden tambien seguir en él un curso completo de teología. El director del establecimiento hizo tambien un viaje á Paris, y habla con entusiasmo de las instituciones que visitó, y de los hombres ilustres que conoció allí. Este es el privilegio de los hombres de talento, oir, á una inmensa distancia, hablar de ellos por cualquiera que ha

tenido la dicha de tratarlos. Aunque tuve la satisfaccion de encontrar en la biblioteca del colegio algunas de mis obras, conocí prontamente que el mejor medio de ganarse la buena voluntad de los buenos hermanos de San Jacinto, era hablarles de M. de Montalambert. En el convento de los domínicos de Varsóvia, el nombre del elocnente orador fué mi mejor recomendacion.

Despues de haber visitado las habitaciones campestres de las cercanías de Quebec, quise ver tambien el hogar del aldeano. Os gustaria á fé mia gozar en estos lugares la tranquilidad y sencillez que do quiera respiro.

El aldeano del Canadá ha conservado, mas que los habitantes de la ciudad, las tradiciones y costumbres de otros tiempos. En vano las modas caprichosas se presentan á sus ojos cuando va á vender sus cosechas á Montreal; en vano los periódicos le invitan á seguir sus discusiones ó á ocuparse de las producciones literarias que traen de lejanos paises; en medio de las nuevas modas de chalecos y levitas, él conserva siempre su gruesa chupa, cortada con el mismo modelo que sirvió á sus padres, y le parece el trage mejor. A todo lo que le ponen en manifiesto los periódicos, á todas las frases inventadas por los sistemas constitucionales ó las poesías románticas, responde siempre lo mismo: ¡qué me importa todo eso!

Con efecto, ¿que le importa qué lord Engin sea

ó no un grande hombre; que la Alemania democrática maldiga al czar de todas las Rusias, ni que los libreros de Nueva-York anuncien pomposamente la traduccion de una nueva novela de Eugenio Sué?. Para ser feliz no necesita tomar parte en los debates políticos que agitan el mundo, ni fatigar su vista con libros que le confunden con sus millares de problemas, que nada le importan. ¿No posee una porcion de terreno, que, pagado el diezmo al cura, y la renta al señor, le pertenece enteramente? ¿No posee una tierna esposa, y robustos hijos que crecen para ayudarle en sus trabajos?

Menos instruido que su vecino el inglés, no estudia como él nuevos descubrimientos, ni intenta ponerlos en práctica; pero pudiera muy bien decir como Byron, si hubiese tenido la desgracia de leer á este poeta:

The tree of knowledgue is not the tre of life (1).

Labra su patrimonio como sus padres, sin cuidarse de los ingeniosos métodos escritos por algunos respetables miembros de sociedades de agricultura, que no sabrian cómo cojer una azada ó cómo dirijir un arado. Sus campos le dan trigo, cebada, patatas y cáñamo; su huerta ciruelas, nueces, y manzanas, que con justa razon merecen el nombre de *famosas*. Si no posee

(1) El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

gran cantidad de leña, tiene á pocos pasos de su casa un gran bosque donde puede ir á cargar á buen precio. Junto á su casa se eleva el arce canadiano del cual solo haciéndole una incision, mana una agua refrescante, y dá un azúcar que para muchas familias reemplaza el de las colonias.

Su muger é hijas tejen y cosen sus camisas y vestidos de lana. Con tantos recursos, no debe perder tiempo pensando en el número de pesos que pudiera guardar en su armario. La tierra, esa buena nodriza, le dá cuanto necesita. En otro tiempo, tenia una costumbre que le costaba algunos schelines; gustábale detenerse en el *bar-room* y saborear el rom y el whiskey. La sábia doctrina de las sociedades de temperancia, propagada por los curas, ha hecho tantos progresos en esta comarca, que en la mayor parte de esas campiñas se han abolido completamente las bebidas espirituosas, y poblaciones hay en que los posaderos no tienen mas que algunas botellas de vino para los enfermos.

El aldeano del Canadá ha reemplazado con el té todas las bebidas alcohólicas, y en cambio, se alimenta bien; hace tres comidas por dia, y en las mismas horas que nuestros antepasados; en cada una de ellas come carne, escepto los dias de vigilia que de ningun modo quisiera infrinjir.

Su casa es ordinariamente pequeña y de madera, cubierta interiormente con una capa de yeso; pero pudiera muy bien escribir sobre su puerta:

"Parva domus magna quies (1)."

Ordinariamente en la casa no hay mas que una sola habitacion, pero es bastante grande para contener el lecho conyugal, la cuna de sus hijos, el vecino que en los dias de fiesta va á jugar con ellos, y hasta el viajero, que puede reclamar allí un asilo sin temor que le desechen.

Enseñado desde su niñez á respetar la religion y los sacerdotes, el aldeano del Canadá no ha aprendido aún á discutir las doctrinas del catecismo. Llena fielmente sus deberes de católico, oye piadosamente las palabras que le dirijen desde lo alto del púlpito, consulta á su cura en las circunstancias en que necesita de sus consejos, y le paga concienzudamente el diezmo.

Este, que se compone de una cuarta parte de lo que le produce su cosecha, puede dar al curato como unos dos mil quinientos francos por lo menos. En muchos pueblos, sube hasta cuatro y seis mil. Es verdad que aquí las parroquias son muy considerables, y á veces abrazan una gran estension de terreno tan grande, que es muy penible para el cura.

Tal es la situacion de los aldeanos del Canadá. No negaremos que hay algunas escepciones, pero yo hablo de la generalidad, y no creo engañarme.

---

(1) Casa pequeña llena de satisfacciones.

¿Por qué un país que tiene tantos recursos no está mas habitado? ¿Por qué no atrae una parte de ese inmenso número de emigrados que se dirije sin cesar á los Estados-Unidos, donde ya no es fácil encontrar un empleo ó comprar una porcion de terreno? Hé aquí una cuestion que no me es posible resolver. No ignoro que nadie conoce como el americano el arte de engañar al público. El es el padre del *puff* (1) y ha elevado á este monstruo á una altura que no ofrece ejemplo ninguno en otra parte. Por medio del *puff* presentado en todas formas, anunciado en todos los periódicos, impreso en todos los libros, grabado sobre acero, estendido por todas partes por ajentes oficiosos y oficiales, ha revuelto la cabeza á tantos de nuestros habitantes de la Alsacia, y á tantos millares de familias alemanas; se ha valido del *puff* para hacerles abandonar sus campos y su pueblo, é ir mas allá del Océano á labrar las tierras de América; ayudado de su activo *puff*, puebla hoy las playas de California, y espera valerse del *puff* para llevar á cabo algun otro objeto que se proponga. El pueblo canadiano ignora aún de resorte maravilloso. No sabe, como el americano, proclamar todas las mañanas por medio de sus periódicos, que su país es el mejor del mundo, el asilo de la liber-

(1) Esta palabra significa engañar al público por medio de falsas exajeraciones y mentiras.

tad, el templo de la fortuna. El dorado que tanto soñaron y cantaron los antiguos viajeros.

Los americanos, que codician el Canadá, pero que de ningun modo le elogiarán antes que esté anexado á su confederacion, dicen que sus inviernos son largos y crudos. Es verdad. Dicen tambien que hay allí una gran cantidad de tierras improductivas, y llanuras de las cuales se ha hablado mucho, pero que en realidad no son mas que pantános cubiertos de malezas. Es verdad tambien. Añaden luego que el Canadá no está, como los Estados-Unidos, surcado por todas partes por caminos, canales y ferro-carriles, y que á una corta distancia de sus rios, los medios de comunicacion y explotacion son costosos y dificiles. Todavía es verdad.

Pero este clima no es mas riguroso que el de una gran parte de la Suiza, ni peor que el de las regiones montañosas de la Francia, ó que el de las provincias septentrionales de Alemania. Ademas de esto, es muy sano. Ni se conoce el *vómito* de las playas de México, ni la fiebre amarilla que plaga el Estado de Nueva Orleans. Si tiene terrenos que ni siquiera debe intentarse cultivarlos tiene en cambio otros que están actualmente cubiertos de frondosos bosques, que fueran muy fáciles de descuajar; la corona concede esos terrenos al infimo precio de un franco veinticinco céntimos por fanega, pagaderos en cinco años. Empiece el hacha de los leñadores á destruirlos, anime el trabajo las inmensas y desiertas llanu-

ras que se estienden al rededor de Montreal y de Quebec, sean surcados por el arado, y pronto se verán de un punto á otro esas vías de comunicacion de las cuales tanto se enorgullecen los americanos, caminos que lleven de un pueblo á otro, canales que junten unos rios con otros, y caminos de hierro que trasporten del Norte al Sur los productos y mercancías. Por la naturaleza del suelo, por el precio bajo de los materiales, se construyen aquí caminos de hierro á un precio tan bajo como en los Estados-Unidos. El que pasa hoy por San Jacinto, y que debe prolongarse hasta Portland, viene á costar unos quinientos mil francos por legua; en Francia nos cuesta un millon.

Yo creo que el porvenir del Canadá promete mucho. Su fértil suelo acabará por atraerse colonias de labradores; ademas le habita una poblacion honrada, entre la cual es muy agradable vivir. Si los emigrados franceses dirijieran sus pasos hácia estos terrenos, en ellos encontrarian, como en los Estados Unidos, medios de subsistencia, y ademas su idioma, los vivos recuerdos de Francia, la lejana imágen de su patria.

Sin embargo, desagradables discusiones se han suscitado en este país. Los habitantes de las poblaciones nada han perdido aún de su feliz tranquilidad: pero los que habitan en las ciudades se quejan de la falta de comercio y de la marcha que llevan los negocios. Este estado

de inquietud débese en gran parte á una causa accidental, y en parte tambien al mismo carácter de los canadianos. Voy á esplicarme. Hace algunos años que el Canadá, por medio del gobierno que le salió garante, hizo un empréstito de treinta y cinco millones de francos, que fueron muy sábiamente empleados en diferentes trabajos de utilidad pública. Esa suma, repartida en un país en que no abunda mucho el numerario, dió un súbito impulso á diversos ramos del comercio, é inflamó el espíritu de los especuladores. Por la misma razon que se veía circular mas dinero del que hasta entonces, se creyó una prosperidad duradera, lo que no era mas que un hecho pasagero. El precio de los terrenos subió con rapidéz. Abriéronse nuevos almacenes, y se construyeron nuevas casas. Luego á tanto movimiento sucedió una reaccion. Concluidos los trabajos, consumidos los treinta y cinco millones, el embarazo fué grande é inevitable. Aquellos que tomaron por realidad lo que no era mas que una fortuna aparte, y las desproporcionadas empresas por las verdaderas necesidades y recursos del país, debieron expiar necesariamente sus errores; los que en Montreal construyeron casas que no pedia aún el escaso aumento de poblacion, las vieron continuamente vacías, y los que habian pujado los terrenos, conocieron que se habian precipitado.

A un ardor desmesurado siguió una desconfianza estrema; ya sabemos que la desconfianza es

una enfermedad muy contagiosa, que cunde rápidamente en todas las clases de la sociedad; penetra en las casas del propietario y del comerciante, cierra la bolsa del censatario, las carteras de la banca, y llega á herir al artesano, que vive con lo que gana, y al decaer el comercio, grita mas que los otros, porque escasea el trabajo y con él disminuyen los salarios.

Mientras esa especie de crísis rentística se manifestaba en el Canadá, los Estados-Unidos continuaban con su carácter admirable su rápida ascension. Los clamores de su triunfo que resonaban desde lo alto de sus nuevos wagones, debian naturalmente herir el corazon de sus vecinos.

Véamos ahora la segunda causa de la agitacion canadiana.

Si el pueblo del Candá ha conservado las cualidades de su naturaleza francesa, tambien ha guardado sus defectos. Es de un carácter impresionable y vivo, dispuesto á entusiasmarse muy fácilmente, y á dejarse abatir con la misma prontitud. No ha podido ver la fortuna de los Estados-Unidos, sin exajerarla, sin envidiarla, y ha creido que le bastaria anexarse á la confederacion de la América septentrinal para ver brotar los pesos por todas partes. A eso han seguido algunos gritos en favor de la anexion, que han sido repetidos por otros; un número no pequeño de periódicos ha disertado sobre los bienes que eso les causaria, y en las reuniones ha resonado el mismo tema.

Un gran número de los que abogan para llevarla á cabo, creen muy formalmente poderlo conseguir. Pero entre los que mas gritan sobre esto, y quieren conseguirlo por todos los medios, hay mas de uno que no vé en esto mas que un móvil de agitacion, y al salir de la reunion donde ha desplegado todas sus ideas anexionistas, reconoce y confiesa que sus esperanzas no tienen fundamento alguno.

En efecto, ¿cómo pudiera creerse qué la Inglaterra consintiera gustosa, no solo en perder la posesion del Canadá, sino en que se juntara con su rival en los mares, con su enemiga, con su odiosa hija la república de los Estados-Unidos? Dicen que el Canadá nada produce á la Inglaterra, y hasta que le ocasiona gastos considerables. Si esto es verdad, valuando solo un país por el número de escudos que pagan al tesoro, no lo es menos tambien que el Canadá contribuye en mucho á enriquecer el comercio de la Gran Bretaña, y cada año es para ella un punto importante de colonizacion. Suponiendo aún que ningun interés material la ate á este país, por un sentimiento de orgullo nacional quisiera guardarle; abandonarle, fuera dar al mundo entero una prueba de su impotencia, aun cuando no ocasionara ningun perjuicio á su sistema colonial.

Si á pesar de todas esas razones, acojía favorablemente las proposiciones de los anexionistas, si accedia á sus deseos, debieran arreglarse

algunas cuestiones rentísticas que no dejan de ser de alguna importancia: por una parte la deuda de los treinta y cinco millones, contraida por el Canadá; por la otra todos los gastos que ha hecho la Inglaterra en la fortificacion de Quebec y otras ciudades, y de los cuales quisiera sin duda que se le hiciera un reembolso. ¿Aman bastante el Canadá los Estados-Unidos para admitirle con la condicion de cubrir su déficit? Trabajo me cuesta creerlo. Si aceptando su parte en los gastos del gobierno federal, se halla el Canadá cargado además con una deuda de cincuenta millones, no puedo convencerme de que su divorcio con la Inglaterra y su casamiento con los Estados-Unidos le colocára en muy buena posicion.

Solo un suceso imprevisto, una insurreccion victoriosa ó una guerra, pudiera sacudir la dominacion inglesa del Canadá. Ni un hombre sensato lo ignora; pero la anexion no deja sin embargo de ser muy deseada. Los que la han creado, y los que la adoptan, emplean, para propagar esa nueva combinacion política, todos los argumentos hijos de los revolucionarios del país; háblase de las dilapidaciones de los fondos públicos, de los crecidos sueldos de los empleados, del constante olvido de las miserias del pueblo, y de la necesidad de una reforma radical en la administracion del país.

Efectivamente, pueden hacerse economías en el presupuesto del Canadá, y considerables re-

formas en su legislacion, que presenta una estraña mezcla de antiguas costumbres francesas, unidas á ciertas partes del código inglés: antiguas órdenes de los gobernadores, ausiliadas por los abogados, subsisten como leyes, al lado de una série de nuevos reglamentos que revocan todas las disposiciones que en ellas se espresan. Pero, para hacer esas reformas, ¿es necesario acaso que se recurra á la autoridad republicana de los Estados-Unidos? ¿No pueden hacerse poco á poco y valiéndose de reclamaciones legales, por medio de los votos del pueblo, y por los votos del parlamento?

Los partidarios de la anexion, se apoyan en otra cosa, y á primera vista parece que tienen razon. Acusan al ministerio británico de haber querido paralizar la fuerza, y destruir el ascendiente de la poblacion francesa, reuniendo en el mes de Febrero de 1841, bajo una misma legislatura y un mismo gobernador, las provincias del alto y bajo Canadá. Antes, el bajo Canadá tenia su gobierno especial, y un parlamento compuesto de ochenta y ocho representantes. En virtud del bill de 1841, el número de sus condados fué reducido de cuarenta á treinta y seis, y actualmente solo tiene cuarenta y dos diputados. El alto Canadá tiene el mismo número. Como esa provincia está enteramente habitada por ingleses y es altamente partidaria de la autoridad inglesa, resulta de la reunion legislativa de las dos provincias, que las elecciones francesas

de Quebec y de Montreal, deben ser neutralizadas, sino dominadas, por las de Kingston y de Toronto; y las dos razas rivales que están en continua lucha en los negocios, se encuentran siempre cara á cara en el campo de batalla del parlamento.

Se ha pedido ya esa union, y muchas personas creen que la Inglaterra se determinará por fin á acceder á ella. Si efectivamente quiere llevarse á cabo, creo que los franceses, bien que sus votos serán de poco valor, deben sin embargo oponerse firmemente á la anexion.

Es de temer que si el Canadá se anexa á la república, perderá completamente cuanto le queda de nacionalidad francesa. Por mas que quieran los canadianos resistir á la influencia de los Estados-Unidos, sus costumbres primitivas se confundirán con el flujo de las operaciones mercantiles, su idioma será reemplazado por otro. Acabarán por ser americanos; se perderán en el torbellino industrial de la América, como las aguas del rio San Lorenzo, se pierden entre las olas del Océano.

Su culto, que la Inglaterra ha respetado, se verá escarnecido, hostigado y atacado por esos inventores de nuevas doctrinas, por esos predicadores fogosos que braman en sus *meettings* americanos contra lo que ellos llaman idolatría papal, y por todas esas sectas que bajo tantos nombres diferentes pululan en los Estados-Unidos. La religion católica es en el Canadá la clave

de la bóveda, el lazo mas firme de la nacionalidad francesa. Ella fué la que formó esta colonia, ella la esclareció con sus doctrinas, y la ennobleció con sus instituciones. Ella tambien es la que reune en una misma fé, por los mismos recuerdos, á hombres divididos por la política, y ademas les une á una parte de la nueva poblacion que forman los emigrados de Irlanda. A la Iglesia canadiana sobre todo, pueden aplicársele aquellas sublimes palabras de Montalembert: "La Iglesia es mas que una esposa, es una madre."

Con ella creo en la perpetuidad de la nacionalidad canadiana. Sin ella, se acabarán todos los vestigios que la Francia de los siglos pasados dejó en estos lejanos países.

## VIII.

## DE MONTREAL AL NIAGARA.

El rio San Lorenzo.—La China.—Atraccion de la vida salvaje.—Los viajeros canadianos.—Los bateleros del Ottawa.—Descenso rápido del rio San Lorenzo.—Las Mil-Islas.—Kingston.—Oswego.—Las cascadas de Geneseé.—Rochester.

---

He dejado ya con sentimiento la alegre ciudad de Montreal y sus simpáticos habitantes, muchos de los cuales en poco tiempo se hicieron mis amigos. Las amistades que uno se crea en países estranjeros tienen un encanto singular, y encierran al mismo tiempo una singular tristeza. Es una fortuna inesperada; es una flor delicada que no esperábamos encontrar, y que cojemos con alegría en la soledad de nuestro camino.

Pero en el fondo de su córola embalsamada, esas flores conservan una gota de hiel que pronto altera sus perfumes, y cuanto mas seductor es el cáliz ante el que uno se detiene, tanto mas amarga es su última esencia; cuanto mas agradables son para nosotros esas amistades, tanto mas sentimos dejarlas. Cuando uno debe ir mas allá de los montes, mas allá de los mares, á una distancia de millares de leguas, el adios que damos al que nos ha tendido su amistosa mano en un país que dejamos para no volver á visitarle ¿no es un eterno adios? ¡Uno se promete volver á verse, así se espera al menos; pero, es tan ancho el Océano y tan corta la vida! ¡Son tan inciertos ademas nuestros proyectos!

El dia antes de mi partida, una docena de montrealeses se reunieron con uno de mis compatriotas para obsequiarme con una comida, y mientras bebian á mi salud las dos últimas botellas del vino de Champaña, desterradas en las bodegas del *Very* de la ciudad, mirábales yo silencioso, uno despues del otro, sin que ninguno de ellos adivinára el objeto que me hacia meditar tan profundamente. Pensaba que entre todos los convidados que tan cordialmente me habian recibido, ofreciéndome tan sinceramente su corazon y su hogar, no habia uno solo á quien debiera volver á encontrar en el mundo. Pensaba en los amigos que en otros paises he tenido, en los que me han hecho querer las frias regiones de Alemania y las áridas playas del Nor-

te. Tambien debia volver á verlos, y sin embargo, á ninguno he visto. Quizás algunos de ellos han muerto ya, y el recuerdo que desde Montreal les dirijo, no llegará á ellos, cubiertos ya por las ramas de las encinas, ó por una capa de nieve, á orillas del Elster ó de la mar glacial.

Empero es muy agradable, al entrar en un país nuevo, inspirar un sentimiento benévolo hacer vibrar en él una cuerda simpática.. ¡Envanézcase en buen hora el americano, al regresar á su casa, de los hábiles cálculos que habrá apuntado en su libro de memorias! Aquel que durante su viaje no ha contado mas dinero que el que le cobran en las fondas y en las administraciones de los ferro-carriles, es mas feliz que él, é inscribe en su memoria algunos nombres que jamás se borrarán de ella.

Ya ha llegado la nueva hora de las despedidas; el vapor surca ya las aguas, y héme aquí otra vez viajando sobre las olas de San Lorenzo; y viajando, no segun la buena voluntad de la máquina, sino segun la voluntad del poderoso rio. Al salir de Montreal es cuando su aspecto es verdaderamente imponente. Mas arriba de Montreal, preséntase de mil distintas formas. Unas veces se le vé mecerse perezosamente en su cauce, caminando tan lentamente, que apenas puede uno creer que sigue su curso; otras, vésele cavarse una ancha rada en la costa del Canadá ó en la de América; ya encerrado entre,

colinas, rodeado de rocas, salta al través de esas barreras que irritan su orgullo, muge como un torrente, y cae en cascadas en las profundas hoyas donde puede estender á sus anchuras la grandeza de sus olas. Los buques no pueden remontarse hasta esos difíciles lugares, que se conocen con el nombre de "*Rápidas*" Para que pudieran seguir su rumbo, han debido hacerse canales á lo largo de esos peligrosos puentes. Uno hay que tiene doce horas de longitud, cerca del pueblo de Cornwall, en el lugar al que en otro tiempo dieron los franceses el nombre de Punta Malipa: hay otro cerca del lago de S. Luis que tiene el nombre de Beaucharnais; otro aún, que desde Montreal va á reunirse otra vez al rio junto al pueblo llamado de la China. Este pueblo, que se estiende como un cordon á lo largo de la orilla izquierda del rio, frente de la iglesia iroquesa de Caugnawhaga, fué fundado por uno de nuestros antiguos gobernadores, el cual, segun las suposiciones geográficas del siglo XVII, se imaginaba que por esa línea del Norte debia irse directamente al Asia; su pueblo le parecia el primer punto de partida hácia los Estados del Gran-Mogol, y por eso le llamó la China.

Actualmente reside en él el gobernador de la compañía comercial de la bahía del Hudson, que tambien ha soñado y buscado el famoso paso del norueste, y ha acabado por contentarse haciendo muy vulgares, pero buenos beneficios con

el comercio de peleterías. Desde este punto espide á Lóndres las mercaderías que los animosos bateleros trasportan con sus lijeras lanchas por los lagos Huron y Superior, á los diferentes puntos donde los cambian con los productos de la caza de los indios. En otro tiempo era esa nuestra principal negociacion en este país. Desde los primeros tiempos de nuestra conquista, formóse una cohorte de aventureros, llamada de los viajeros. A centenares de leguas de distancia, por los lagos, por los rios y por los mas impracticables senderos, esos hombres iban, á cuenta de algunos comerciantes á seducir á las tríbus de indios con los productos europeos y con el funesto aguardiente, y en cambio traian cargas de pieles. Muchas veces duraban sus viajes un año. A su regreso no tenian mas que un cuidado, el de jugar como los pacotilleros de Nuevo-México, y disipar en un momento el fruto de sus largos trabajos; hecho esto, volvian á preparar de nuevo sus lanchas y empezaban otra espedicion.

Una cosa hay muy notable y es, que el hombre civilizado adopta mas fácilmente las costumbres de los salvajes, que éstos las costumbres de la civilizacion. No quisiera yo añadir un pobre párrafo á una de las elocuentes paradojas de Rousseau. Pero cuando uno sale del círculo social, de ese círculo de convenciones, donde nuestra existencia dá vueltas como una aguja de relox sobre su cuadrante, y cuando se roza

uno con esa fiera y varonil libertad de aquellos cuyos cuerpos y almas no se han visto encadenados en la red de nuestras modas y de nuestras preocupaciones, parece que por una inclinacion por un instinto hereditario, se siente uno atraido por la vida primitiva del hombre.

En las costumbres nómadas de los habitantes del desierto, en el camellero árabe y en el beduino, que no tiene otro bien que su lanza y su caballo, vemos cierta poesía que nos conmueve y seduce como un recuerdo de los antiguos pueblos, como una imágen viva de la humanidad en su infancia.

Hay en las Montañas Pedregosas europeos que al partir con el fusil al hombro, no piensan mas que en hacer una escursion en regiones poco frecuentadas por los viajeros; y despues de haberse revestido con la piel de búfalo, calzado las babuchas, tendido lazos al castor, y hecho coser en su hogar unas tajadas de bisonte, no pueden dejar esa vida aventurera é independiente, para volver á su patria y sucumbir á las exigencias que reinan en los salones de nuestras sociedades. Un jóven oficial inglés, M. Ruxton, que acaba de morir desgraciadamente, ha escrito dos hermosos volúmenes sobre las costumbres de los pacotilleros de Nuevo-Mexico. Despues de haber errado largo tiempo con ellos por los desiertos del Arkansas, entre las nieves de las montañas; despues de haber tomado parte en sus cazas y en sus juegos, quiso volver á Eu-

ropa, y al volver á entrar en el mundo civilizado sintióse presa de una tristeza incesante, atormentado por los deseos de volver á los peligros del bosque, á la inmensa soledad de las llanuras.

Los viajeros canadianos se volvieron tambien en muy poco tiempo medio salvajes. Adoptaban sus costumbres y su traje, y se despojaban de su culto, como de un pesado fardo. Llegaron á un desarreglo tal, que fué preciso poner un dique á su inmoderacion. Los misioneros, de los cuales hubieran podido ser los auxiliares y á los que no hacian mas que agravar sus trabajos, obtuvieron del gobierno una órden, prohibiendo el tráfico con los indios sin tener un permiso especial. Esos permisos que constituian un prvilegio, acordáronse al principio solamente á hombres cuyos caracteres ofrecieran las necesarias garantias. Mas tarde, fueron acordadas á militares y viudas de oficiales, que no pudiendo usarlas ellas mismas, vendíanlas á comerciantes, los cuales tomaban á su servicio á los viajadores, como les llamaban muy justamente. Por fin, y como medida de seguridad, se establecieron en los estremos de los lagos algunos apostaderos de soldados, para reprimir las licencias de esos vagamundos viajeros, y protejer los cambios.

La compañía de la bahía de Hudson regularizó y vulgarizó ese comercio, tan estraño y aventurero antiguamente, y le ha estendido mas allá

de los antiguos apostaderos franceses, hasta las regiones glaciales, donde no se encuentran mas habitaciones que las de los empleados. Ocupa todos los años un gran número de bateleros canadianos, y les paga con largueza; en cambio no pueden esos como sus abuelos, entregarse á sus caprichos, sino que deben cumplir con su rigorosa obligacion. Enbárcanse ordinariamente cuando se deshielan las aguas, que es sobre el mes de Mayo, en unas lanchas hechas de corteza de árbol y de tan frágil apariencia, que parece imposible puedan resistir siquiera á la impetuosidad de las olas. Cárganlas con tabaco, utensilos de hierro, y otras mil cosas, y van de rio en rio, de lago en lago, á siete ú ochocientas leguas de distancia. En cada cascada, en cada "*Rápida*" se ven obligados á descargar sus mercaderías y llevarlas sobre sus hombros mas allá del pasaje; luego cargan del mismo modo con la embarcacion, y la transportan al través de las malezas ó de los terrenos pantanosos. Sus abuelos conservaron en medio de su disolucion una piadosa práctica, que de generacion en generacion se ha perpetuado en el corazon de esa raza intrépida. Entrando en el rio Ottawa, volvian la cabeza y saludaban el campanario de Santa Anna que se eleva en la punta de la isla de Montreal. Allí es donde empieza su viaje, y Santa Anna es su patrona. Mas de uno de ellos, el dia antes de su partida ha dejado su pueblo para ir á arrodillarse en esa Iglesia, y quemar

un cirio ante la imágen de la buena madre de la Vírgen, á la cual encomiendan su lancha, á su muger é hijos.

En los mas lejanos paises no olvida nunca á su protectora, á quien desde su infancia venera. Un capitan inglés ha contado que sobre las costas del Océano Pacífico, uno de sus marineros, que era canadiano, le rogó que le adelantára algunos schelines sobre su sueldo, pues era el dia de Santa Anna, y queria consagrarla una ofrenda.

Sobre este mismo rio de San Lorenzo, surcado por los vapores, por las pesadas embarcaciones de trasporte, y por las ligeras lánchas de corteza, vénse por la primavera flotar inmensos haces de leña robados á los profundos bosques del norte, liados allí y preparados por los leñadores. Los canadianos construyen mástiles, despliegan velas, y ya ayudados de un buen viento, ya valiéndose de sus largos remos, bajan atrevidos las Rápidas, y conducen á Quebec sus enormes abetos, animándose en su trabajo con sus melodías populares. Uno de ellos entona el canto canadiano

Una límpida fuente &c.

y los otros repiten los dos últimos versos acompañándolos con los movimientos de sus remos. Seguramente ningun rio ha oido tantos juramentos de amor como el San Lorenzo: ni un batelero del Canadá le ha remontado ó descendido sin

repetir en cada uno de los movimientos de sus remos el conocido refran:

Tiempo hace que te adoro
Jamás te olvidaré.

Entre estas sencillas palabras y el carácter imponente de estos lugares existe un armonio so acorde. En nuestros rios de Europa, podemos hablar de amor riendo entre sus floridas orillas y las verdes cepas que las adornan como los cortinajes de un salon. Pero aquí, en esta grande y severa naturaleza, junto á e sas inmensas llanuros casi desiertas, en el silencio de esos vastos bosques, á orillas de este rio jigantesco que va tan magestuoso á llevar sus ondas al Océano, los pensamientos que brotan en nuestra mente son tambien graves como cuanto nos rodea. Si en esta soledad abrimos nuestra alma á un ensueño de amor, es preciso que este ensueño sea altamente sério; y si existe en el mundo para nosotros un ser á quien podamos dirijir estas palabras "te amo," es preciso que le añadamos la promesa del canto canadiano:

Jamás te olvidaré.

En medio de la austera emocion que he sentido á la vista de este gr an rio y de sus largas orillas, he nota do apenas algunas de las poblaciones que de tarde en tarde se elevan á derecha é izquierda: Mariatown, Moulinette, Prescott, Oydensburgh y Brockville. Por animados y floridas que estén estas reuniones de casas, las veo con cierta impaciencia ; paréceme que no es

este su lugar, y que no debieran profanar con su animacion la calma religiosa y la augusta grandeza de estos sitios.

Pero, hé aquí que llego á un punto verdaderamente notable. Figuraos ver un vasto parque inglés con su abundancia de árboles, sus colinas, su variedad de terreno, sus cunas de verdura, y reemplazad luego su césped con un cristal de agua azul y transparente; ¿podrá esto representaros perfectamente el cuadro que deseo contempleis? No, no es posible. Sobre un espacio de doce leguas de longitud y dos ó tres de latitud, por cualquier lado que tendais la vista, no veis mas que islas de todas formas; las unas elevan orgullosamente sobre el agua su cabeza piramidal; otras se inclinan al nivel del rio, como para recibir el beso que le dá con sus aguas al pasar; éstas, cubiertas de abetos, aquellas desnudas de todo, como un campo que aguarda la mano del labrador que debe enriquecerle; ya una roca árida, salvaje, como las que se ven en el pintoresco archipiélago de Fero e, ya un grupo de árboles solitarios, ó una maceta de flores, y por todas partes el rio caminando y girando lentamente, enlazando con igual amor las mas grandes y las mas pequeñas de estas islas perdiéndose á lo lejos, retrocediendo sobre sus pasos como un patriarca que visita sus dominios, como el dios Proteo visitando sus rebaños. Pero no son esas como las islas de Grecia, que ofrecen sus mantos de luz y sus odoríferos frutos;

no son como las islas poéticas que han inspirado los cantos de Homero, y coronado de flores la cabeza de Anacreonte; no son como las islas voluptuosas que crearon la inmortal belleza de Pafos, el *Alma mater* de Lucrecia, y embriagaron los sentidos de Safo, hasta la hora de su muerte. No; no son como Rhodas cuya vista ofuscó mis ojos, ni como Chipre, que quisiera volver á ver, ni como Lemnos. Es menos admirable y mas tranquilo. Parece que una hada, enemiga del hombre, titana del Norte, en uno de sus juegos con los Arrieles, ha sembrado el espejo de estas olas con tantas islas, tantos bosques misteriosos, y tantas verdes alfombras, para inspirar con su vista agradables ideas á los que visitan estos lugares. ¿Podemos dejar de pensar ante un espectáculo semejante?

Al atravesar el lago de las Mil-Islas, estaba acostado en mi litera y pensaba ¿no diriais en qué? Pensaba en otra Icaria, en otro proyecto que me recordaba el del virtuoso Cabet. Estoy seguro que no esperábais oirme hablar de Cabet. Paciencia. Ya sabeis que nada tengo de comunista. No es mi ánimo desenvolver el plan de una de esas amables sociedades que, segun dicen, dêben regenerar la antigua humanidad. Unicamente pensaba mi espíritu retrógrado, que allí pudiera formarse una buena colonia de amigos, teniendo cada cual su isla, su Pathamos, para acogerse allí durante el destierro, y salir de ellas con su apocalipsis. Como la mayor parte de esta

islas no tienen nombre, cada uno pudiera bautizarlas segun sus afecciones ó sus recuerdos. En las noches de verano, pudiera cada uno ir en una lijera góndola y con el Tasso en la mano á respirar la frescura del lago bajo las sombras de su vecino. En invierno. se recorreria de una parte á otra con trineos ó patines, sin temor de verse uno maltratado por un omnibus, ó de esponerse á los peligros de un motin, ó de oir al rededor de nuestras islas filosóficas á una docena de modernos apóstoles predicar la panacea del socialismo. ¿Qué os parece mi sueño? Bien sé que algunos de mis lectores lo primero que me preguntarán, será de qué viviéramos entre esas rocas áridas, y en medio de esos árboles. Yo responderé á todo esto que pensando en semejantes estas dificultades, nunca haremos ningun proyecto realizable.

El lago de las Mil-Islas forma la rada de Kingston. En otro tiempo teniamos en ese lugar un fuerte, que primeramente llevó el nombre indio de Cataraqui; mas tarde, tomó el de uno de nuestros gobernadores, Frontenac. Los ingleses, que nada hacen á medias, construyeron en el mismo lugar una vasta ciudadela guarnecida de cañones, y guardada por dos batallones. Al pié de la ciudadela se eleva la ciudad de Kingston, que contiene quince mil almas. Sin embargo, es muy triste, y parece que todos los dias deplora aquellos tiempos en que el gobierno y el parlamento habitaban en su seno.

No habia allí mas que un establecimiento interesante; el penitenciario. A pesar de todos mis esfuerzos y de los pasos que dió un escocés, al que fuí recomendado, no me fué posible entrar. Para pasar la puerta de hierro era preciso llevar un permiso especial de los miembros de la comision de vigilancia, y toda la comision se hallaba ausente en aquel momento.

Despues de haber recorrido sus calles casi desiertas, donde se pasa sin transicion de una hermosa casa de ladrillos, á una casucha de madera, despues de haber atravesado muchas veces el colosal edificio que desde lejos puede tomare por un palacio, y que solo sirve de mercado, no he tenido otra satisfaccion mas que sentarme junto al mar, como una gaviota cansada, y contemplar la bahía, las fortalezas, la isla de Wolfe que se eleva frente de la ciudad, y esperar el vapor *Dama det lago*, que debia conducirme á Rochester. Llegó por fin el vapor, y quisiera en honor de la Escocia, en honor del digno poeta Walter Scott, que le cambiarán el nombre, porque no canta baladas y recibe muy mal á sus huéspedes. Cuídase solo de acumular en sus dos costados, sacos, cajas, toneles y mercaderías. Al ofrecer á los pasagaros *stateronis*, les engaña dándoles unos cuartitos que parecen neverías, y no les dan para cenar mas que manteca rancia. Los vapores canadianos tienen nombres menos poéticos, pero son mas hospitalarios.

A causa del malestar que sentia en esa especie de nicho, que figuraba en el vapor como salon, y viéndome obligado para estar mejor á pasearme por el puente, pude observar perfectamente la hermosura del Ontario, este inmenso lago cuyas lagunas se precipitan en el San Lorenzo. Por una parte no veia mas que la línea azul del Estado de Nueva-York, y por la otra, agua sin fin como si estuviéramos en alta mar. Afortunadamente habia una calma completa. En un dia de mal tiempo, hubiera podido sentirme allí atacado como en el canal de la Mancha, por el terrible máreo.

Despues de varias paradas en diferentes embarcaderos, y de una estacion de algunas horas en la naciente aún, pero ya floreciente ciudad comercial de Oswego, entramos por la noche en el rio Genesée, el cual serpentea entre dos colinas abundantes en abetos, y nos ofreció un espectáculo muy bello; de lo alto de una montaña caen mugiendo dos hermosas cascadas.

Hace unos cuarenta años que un inglés, recorriendo las entonces desiertas orillas del Genesée, no se dejó seducir ni por el placer de admirarlas, ni por la inocente tentacion de dibujarlas en su album, ni por el deseo de dedicarlas un soneto. Era un hombre mas positivo, el cual se dijo que una caida semejante no habia sido puesta allí para la estéril satisfaccion de los artistas ó de los poetas, y sí para la fecunda concepcion de los especuladores. Com-

truyó junto allí una habitacion, y estableció un molino.

Sobre el terreno en que se elevaba su solitaria habitacion, se estienden ahora las largas y anchas calles de Rochester, una de las ciudades que nacen en América como los hongos en el bosque, y que crecen en pocos años como jigantes. En 1825 no tenia Rochester mas que cinco mil habitantes, gracial al canal Erie que la atraviesa y á la vecindad del Ontario, y á la del valle de Genesée, uno de los distritos mas fértiles de los Estados-Unidos, ha crecido rápidamente: actualmente cuenta unas cuarenta mil almas.

En cuanto á las cascadas medidas por el intelijente inglés; ahora sirven para hacer andar los cilindros de las fábricas y las ruedas de los molinos. Los americanos, que todo lo calculan, han calculado tambien, que esas cascadas tienen la fuerza de mil novecientas máquinas de la fuerza cada una de cien caballos, y os prometo que son gente que no dejan inmóvil la menor de sus máquinas. Cada cascada está rodeada de una doble línea de establecimientos industriales; cada hilo de agua tiene su objeto. Si en la línea que la naturaleza le habia trazado, no satisfaria los intereses de su dueño, se la obliga á tomar otro camino, y á entrar en el canal. Acaba ya la primitiva hermosura de este sitio pintoresco. Pero nada importa esto con tal que la compañía que ha comprometido sus capitales

en la abertura de una esclusa, en la construccion de una máquina hidráulica, lleve todas las mañanas al mercado de Rochester, tantos sacos de harina, ó tantos kilógranos de lana hilada. En verdad creo que se acerca el dia en que la maravillosa obra de Dios desaparecerá ante las obras de los hombres; en que el mundo perderá el último retazo de su vestido virginal, ó en que la tierra mitológica de la antigüedad, la tierra religiosa de la edad media, no será mas que una tierra comercial, un inmenso *bazar*, ó un inmenso horno.

En Rochester he encontrado otra vez á los americanos tales como les dejé hace seis semanas; el tiempo no les ha mudado y creo que son incorregibles. Los mismos rostros, la misma rudeza y la misma falta de limpieza. Es un fastidio verse obligado á comer con ellos; pero mañana por la tarde estaré ya en el Niágara.

## IX.

## EN EL NIAGARA.

La Caida americana y la Herradura.—La cascada.—Orillas del rio.—La Table rock.—El puente suspendido.—La casa de un colono alemán.—Leyenda de James Abbott.

---

No intentaré describiros el cuadro que he visto; en vano usara en el ensayo las plumas de oro que han inventado los americanos. Solo Lamartine con su melodioso lenguaje, y Byron con su soberana poesia, pudieran pintar esa escena que hubiera exaltado su génio, pero que destruye mi débil pluma.

Hay lugares que deben á la distancia en que están, una parte de su belleza. Las descripciones de los viajeros, los grabados y los cuadros,

les dan un aspecto sin igual. Deseando verlos, nos dirigimos allá con una idea exaltada, y al llegar, nuestras esperanzas se ven engañadas por las exageradas descripciones que nos habian hecho. Al ir á visitar el Niágara, temia unos de esos desengaños, y poco faltó para que mi temor me hiciera renunciar á la larga vuelta que debia dar para llegar mas allá del Lago Erie. Pero, cuando me hallaba ya á algunos centenares de pasos de la fonda del Aguila; cuando al doblar un bosque sombrío, me encontré de repente frente de la cascada, tanto me sorprendí, que permanecí como clavado en el suelo; la emocion que sentí fué tan profunda, que solo pude arrojar un grito de admiracion, al mismo tiempo que mis ojos se arrasaron de lágrimas.

Algunos dirán tal vez que eso fué efecto de mis nervios. Podrá ser que no se engañen, pero ante una obra tan grande de la naturaleza, solo una vez he esperimentado otra emocion igual. Fué cuando desde la última playa de Spitzberg contemplaba las últimas playas del mundo, las eternas barreras de los hielos del polo. Allí se presentaba á mi imaginacion la idea de la soledad humana, y me conmovia hasta el fondo del alma; en el Niágara, se ofrecia á mis ojos el espectáculo mas grandioso, el mas deslumbrante, el único en su género que puede verse en el mundo, y su vista me deslumbraba enteramente.

Yo no sé cuanto tiempo permanecí allí inmó-

vil, mudo. Llovía á mares, pero ni sentia el agua que me empapaba, ni el viento que amenazaba arrancarme de las espaldas la capa con que procuraba cubrirme. No oia mas que el ruido de la cascada, ese trueno de las aguas, como le llaman los indios; no veia mas que sus anchas olas cayendo á un precipicio desde lo alto de su interrumpido cauce. Cuando volví á la fonda, fuí á sentarme junto á la lumbre como por instinto, y sin ver nada de cuanto me rodeaba. No pensaba mas que en el Niágara, no veia otra cosa mas que su caida.

Al dia siguiente volví y pude ya contemplar con calma lo que tanto me agitó el dia anterior.

Ahora podré quizas daros un bosquejo topográfico de esta maravilla de la creacion, pero de ningun modo espereis de mi pobre pluma un cuadro digno de tan grande obra.

El Niágara está formado por la gran cantidad de agua que desde el lago Erie, va, pasando por un estrecho canal, y á la distancia de treinta y seis millas, á echarse dentro del lago Ontario. Desde la cima escarpada de una loma de ciento sesenta pies de altura, se precipita sobre un grupo de piedras, en dos vastas caidas separadas por la isla de Iris; llámase á una de ellas la *Caida americana* (American Fall), y á la otra la Herradura. Este nombre está perfectamente adoptado á la idea que representa; quisiera empero, que se le diera otro mas poético.

La Caida americana fuera por sí sola uno de

los mas bellos espectáculos que existen en la superficie del globo; sin embargo solo se le considera como un fenómeno secundario, cuando se vé en toda su estension el inmenso círculo de la Herradura. Los americanos, que por lo general ninguna atencion prestan á las escenas de la naturaleza, pero que nada descuidan de lo que puede favorecer su industria, han hecho todo lo que puede dar mas atractivos al espectáculo del Niágara.

Hay ferro-carriles y vapores que van á Búfalo y á Lewiston en busca de los pasageros para llevarlos al Niágara. El camino está lleno de carruages, y por todas partes se elevan magníficas fondas. Desde lo alto de la montaña, los viajeros bajan al rio por una rápida pendiente, sentados en unos sillones colocados sobre carriles y sostenidos por fuertes cables; á orillas del rio una barca les espera y les conduce hasta frente de la Herradura. Este es el magnífico punto de vista, y el que deseamos volver á ver cuando lo acabamos de dejar. Desde allí se contempla en toda su anchura y elevacion la Caida americana, la isla de Iris, el círculo de la cascada canadiana con sus profundas olas, verdes como la esmeralda, y llenas de espuma blanca como la nieve. Tan impetuosa es su corriente, que las olas, al caer en el abismo, se alzan en torbellinos de vapor á mayor altura del punto que las contenia. A mas de cien mil pasos de distancia distínguese en la cima de la montaña ese torbellino flo-

tante como una nube de plata. De dia ese polvo de perlas, herido por los rayos del sol, forma un brillante Arco Iris; de noche, vése á veces la vaporosa banda colocada por los rayos de la luna, brillar en medio de la oscuridad como un puente de luz, como el puente de la mitología escandinava.

De cada lado de las cascadas se estienden murallas de rocas y bosques salvajes, cuyos sombríos colores añaden un nuevo efecto al cuadro que circundan. Aún cuando sepa uno que esos lugares están habitados, se esperimenta allí el sentimiento de una soledad imponente, de una solemne Tebáida. En ese profundo círculo cerrado por las aguas, coronado por los bosques, no se ven mas séres vivientes que las gaviotas que dan continuas vueltas sobre el sumidero, y cuyas blancas alas desaparecen á menudo bajo los pliegues de la blanca espuma. Si crepera en la metempsícosis, lo que, sea dicho de paso, me gustaria un tanto, pensaria que esos pájaros encierran las almas de los poetas, á los cuales ha sido dado gozar en su nueva existencia de uno de los esplendores de Dios, en los esplendores de la naturaleza.

Mas allá del rio, sobre la costa del Canadá, está la *Table rock*, mesa redonda y lisa que sobresale sesenta piés sobre el abismo. Aquellos que no temen ser presas del vértigo, pueden adelantarse hasta el estremo de ese promonto-

rio, y desde allí dirijir la vista al precipicio, que silba, muge, y hierve como una caldera.

Desde esa punta maravillosa se baja por un estrecho sendero al pié del torrente. Pero parece que una celosa deidad impide que se le acerquen, con los chorros que lanza contra los profanos curiosos que se aproximan á su santuario. Sin embargo, ningun riesgo se corre allí, mas que el de salir empapado completamente; desafiando este inconveniente, se llega bajo una cortina de agua, bajo una prision de límpidas aguas. ¡Qué prision! Jamas las hadas y náyades han construido una semejante para los caballeros á quienes cautivan en sus palacios de cristal. Para pasar algunos instantes allí, para gozar del encanto fabuloso de una aventura semejante, puede atravesarse el Océano, y hacer seiscientas millas de wagon en wagon, y en medio de los sombríos americanos.

Al volver á la cima de la roca, encontré un aldeano canadiano, el cual con su rústico carruaje, cubierto con una piel de búfalo, me condujo á lo largo de la costa como á una legua de distancia, hasta un puente de hilo de hierro, construido de una orilla á otra. Despues de haber admirado la obra de la naturaleza, debí admirar tambien la del génio humano. Es quizás la obra mas atrevida que he visto, y aunque los números es una cosa muy empalagosa cuando se mezclan con una descripcion, debo no obstante recurrir á los números para daros una

exacta idea del puente. Este, formado de un solo arco, tiene setecientos cincnenta y nueve piés de longitud, y se eleva á doscientos treinta sobre el precipicio. Los mas pesados carruajes pueden atravesarlo con toda seguridad, si bien es cierto que tiembla al peso de un niño, como una barca al soplo del viento; me fué preciso agarrarme con las dos manos para contemplar del medio de ese edificio aéreo, la cascada y el boqueron anchuroso, porque el carruaje que en aquel momento le atravesaba, le hacia oscilar como un lijero artesonado, y parecíame que iba rodar por el abismo. Del otro lado del puente pasa el ferro-carril de Lewiston, que se roza con la cresta de la montaña, el borde del precipicio, y á pocos pasos de allí aparece una risueña campiña, campos fértiles, cercados llenos de frutales, ganados paciendo, casitas cuya limpieza anuncia la abundancia de los que en ellos viven, una escena en fin, de verdadera alegría.

Ese suelo produce cuanto pueden producir las tierras en Francia: trigo, cebada, y legumbres. Está habitado en gran parte por colonos alemanes, los cuales con su trabajo inteligente se procuran allí una fortuna. Hay lotes de terreno que se les ha vendido por algunos centenares de pesos, y en pocos años doblan el valor de lo que les han costado.

Un domingo entré en una de esas habitaciones germanas. El propietario de la casa estaba sentado junto á la chimenea, con la pipa en la

boca. Dos hermosos y robustos jóvenes jugaban á las damas al lado de una rubia muchacha que les contemplaba sonriendo. En un rincon de la habitacion habia una vieja, que era la abuela de la familia, leyendo, ayudada de sus largos anteojos, la Biblia. Respiraba el interior de la habitacion, por su limpieza y sencillez, y junto á aquel círculo doméstico, tales apariencias de bienestar y de calma moral, y un efecto tan seductor, tan *hemmlig*, como dicen los suecos que me detuve un momento en el umbral con cierto respeto, como temiendo perturbar la armonía de aquel cuadro.

El padre, al verme, se levantó y salió á mi encuentro, esperando silencioso que le esplicara el objeto de mi visita. Dirijíle la palabra en aleman, y espliquéle que siendo viajero y curioso, deseaba visitar una casa de campo alemana en América. A la primera palabra que pronuncié hizo con un gesto una señal á su hija, que fué por una silla, y la llevó sonriendo al lado de la lumbre. Preguntéle de qué provincia era, y me respondió que de Sajonia, de Gorlitz: "¡Oh! esclamé; de aquel hermoso pueblo que hay junto á Leipzig! ¡Cuántas veces he ido allá por el Rosenthal!" Al oir estas palabras, la vieja que parecia no haber notado antes mi presencia, y continuaba leyendo, quitóse los anteojos y mirándome fijamente, dijo: "¡Cómo! *¿sie sind in Gorlitz gewsen?* (¿Habeis estado en Gorlitz?") Y cruzando los brazos sobre su pecho, derramó

una lágrima. *¡Oh cara pátria!* ¡No eres una palabra vacía, no, por lejos que se esté de tí, y aun cuando se esfuerse uno en olvidarte, jamas tu imájen se borra de nuestra memoria, y un incidente inesperado, un solo nombre, basta para que nuestro corazon se estremezca, y para que el llanto corra por nuestras mejillas!

Despues que la anciana hubo manifestado su emocion, siguió leyendo, como si se hubiese arrepentido de ella. Quizás leía el *Super flumina Babylonis*, tal vez el capítulo que esplica cómo el ángel del cielo volvió á Tobías á su familia: ¡Santa y piadosa lectura! ¡Ningun otro libro ha penetrado en las profundas tristezas del alma humana como la Biblia, y ningun otro tampoco puede consolarnos como él cuando sufrimos!

Permanecí conversando solo con el dueño de la casa, que me esplicó sus trabajos, los buenos resultados que le habian dado, del modo que cortaba la leña que iba á vender á los habitantes del Niágara, cómo cosechaba el trigo y engordaba el ganado que llevaba á los mercados de Búffalo, y cómo poco á poco iba aumentando el capital que legaria á sus hijos.

Preguntéle si sentia deseos de volver á Alemania. "Sí, sin duda, me respondió; no olvidamos desde aquí á nuestro país, y habeis podido convenceros de ello con la emocion que ha esperimentado mi madre oyendo hablar de Gorlitz. Muchas veces al conducir mi carro he soñado en la alegría que me causaria volver á ver las en-

cinas de nuestras campiñas, y el campanario de mi pueblo. Pero ya no encontraria ahora mi antigua Alemania. Las noticias que de un año á esta parte nos dan de ella los periódicos, me causan una verdadera tristeza. Luego, interrumpiéndose y mirándome fijamente, añadió: ¿Sois vos acaso uno de aquellos que creen que nada debe conservarse de lo que en otros tiempos existia, aomo inútil y caduco, y que son de parecer que deben demolerse todas las antiguas instituciones y todos los tronos?—No á fé mia, contesté; no debo echarme en cara ninguna simpatía hácia las revoluciones democráticas.—Tanto que mejor. Aquí tenemos nosotros una república, y no me qaejo de ella, bien que no deja de tener sus graves defectos; empero las que quieren crear allá, me asustan. Yo no debiera leer ya ni una sola de esas hojas que se imprimen actualmente en los mas isignificantes pueblos de Alemania, porque cada vez que las leo, tengo materia para murmurar de ellas con mis hijos, quienes, mas sábios que yo, no se mezclan en la política."

Fuéme preciso abreviar mi visita á esa amable familia, y resistir, no sin sentimiento, á sus vivas instancias para que les acompañara en la cena. Debia partir, y antes queria visitar algunos otros alrededores del Niágara, y la isla de Iris, donde muy difícil era en otro tiempo llegar, pero á la que se va ahora por un puente bastante cómodo. Casi en la punta de esa lengua de

tierra hay una sencilla *loghouse*, que contemplé melancólicamente, y voy á esplicaros por qué. Pero, no vayáis á creer que trato de esplicaros una novela; no es mas que un hecho histórico.

En 1829 llegó al pueblo del Niágara un jóven estranjero, con la intencion de pasar allí algunos dias. Estos se pasaron y con ellos las semanas y los meses; iba todas las mañanas á sentarse frente de las cascadas, contemplándolas silenciosamente; por la tarde volvia y cada dia aumentaban las horas que pasaba en su contemplacion solitaria.

Llamábase James Abbott. Nadie sabia de dónde venia, ni quién era. Sin embargo, al ver sus finos modales y su dulce fisonomia, causaba cierta emocion, y los que habian conversado con él, decian que era muy instruido y que habia viajado mucho. Nada tenia de misántropo, pero evitaba toda reunion, huia de los caminos frecuentados, y habitaba solo en su casita, solo pasaba las horas en la cresta de la montaña, y solo se paseaba por el bosque,

Pidió la autorizacion para construirse una cabaña sobre una pequeña isla inhabitada, llamada la isla de las Tres-Hermanas. Ignoro por qué razon se le negó lo que habia pedido. Entonces se estableció en la isla del Iris, sin que ningun criado le sirviera; él mismo preparaba sus comidas, que eran de verdadero anacoreta; harina hervida y agua: tales eran sus alimentos. Su moralidad era muy austera. Ni una sola mi-

rada dirijia á las jóvenes; ni un canto, ni una fiesta le llamaban la atencion. ¿Habia encontrado acaso en el fondo de la copa de los goces de la vida alguna amargura, puesto que no queria volver á llevarla á sus lábios? ¿Pesaba acaso sobre su corazon una pena tan grande, que le hacia insensible á los placeres del mundo, ó una pasion que le hacia mirar como vulgares todas las demas inclinaciones? Nadie lo ha sabido.

En el mes de Junio de 1831 salió una mañana para ir á bañarse en el rio, segun su costumbre, y al dia siguiente unos pescadores llevaron á la orilla su inanimado cuerpo, que fué arrastrado por la corriente á quince millas de distancia. Unos ingleses que se encontraban en el Niágara en aquel tiompo, reuniéronse para acompañarle á su última morada, y abrirle una tumba en la misma loma que parecia amar tanto, y enfrente de la cascada que tantas horas habia pasado contemplando. Entonces se supo que era inglés, é hijo de un clérigo protestante. En cuanto al secreto que guardó en lo mas profundo de su alma, en cuanto á la causa de su tristeza, nadie pudo saber lo mas mínimo. ¡Pobre James Abbott! Cuando murió no tenia mas que veintiocho años. Quizás el tierno poeta de Irlanda T. More, escribió para él esta elejía.

"¡Pobre lacerado corazon adios! Ha llegado ya tu hora de descanso, y pronto estarás en tu eterno refugio: ¡adios, pobre lacerado corazon! Tal vez el dolor que sentirás al dejar la vida, será

menos agudo que los que has sentido durante tu existencia.

¡Pobre lacerado corazon, adios! La agonía ha pasado ya, la última de las agonías. Ya no sentirás mas tan agudos dolores. ¡Pobre lacerado corazon! Solo te falta morir como el nadador, que despues de sus valerosos esfuerzos, espira sobre la helada orilla. Por fin dormirás en paz. ¡Adios, pobre lacerado corazon, adios!

## X.

## DE BUFFALO A NUEVA-YORK.

Los antiguos nombres en América.—Observaciones de viaje.—Silencio en los wagones.—Respeto á las mugeres.—Caza al marido.—Sencillez de la construccion de los caminos de hierro.—Sectas religiosas.—Los kuakeros tembladores.—Juana Southcott, nuevo Mesías.—Proceso de brujería.—Hist ória de Cristóbal Gardner.—Descuajo de la tierra.—Sufrimientos de los colonos.

Si os dignais pensar en mí, os figurareis quizás que estoy en algun oscuro distrito del Norte, oyendo por todas partes resonar á mis oidos nombres indios, tales como, Chittenango ó Canajoharée, y mientras formais esta hipótesis, no hago mas que recorrer media docena de ciuda-

des de las mas célebres del mundo: Batavia, Viena, Génebra, Syracusa, Utica, Roma y Amsterdam. Sí, hé aquí las ciudades que veo en un solo dia y sin detenerme en mi camino. Díganme despues de esto si el pueblo se ocupa ó no de estudios; él, que quiere encontrar un recuerdo de la antigüedad y de la edad media, las espléndidas regiones del Asia, y las clásicas regiones de la Grecia y de la Italia, hasta en cada uno de los bautismos de sus nuevos pueblos. En verdad en verdad que este es el pueblo mas singular que existe; un pueblo que une las mas altas pretensiones á la mas triste severidad. Se burla continuamente de la vanidad europea, cuando él es el mas vanidoso que existe. El pavo que estiende su cola va dando continuamente vueltas, orgulloso de sí mismo; el pájaro carpintero de los bosques del Brasil, á cada picotazo que da á los árboles mas corpulentos, pasa inmediatamente al otro lado del tronco creyendo haberle atravesado con su débil pico; el americano puede compararse á estos pájaros cuando piensa en su propia grandeza.

Si entrais en conversacion con él, procurad no negarle ninguna de las cualidades que se atribuye; ni literatura, ni poesía, ni artes; no hiciérais mas que irritarle, y creyera al mismo tiempo que no sabeis comprenderle. Está convencido de que posee todos los dones del cielo y de la tierra, y de que á menos de estar dominado por las mas estúpidas prevenciones ó por la mas ciega igno-

rancia, no se le puede negar la preeminencia en todas las cosas, y sobre todas las naciones del mundo. Un hecho histórico es lo único que le vence un poco. Respecto á los nobles y antiguos estados de Europa, es, lo que era á la nobleza un banquero cuya arrogancia rentística hirió un dia á una amable y gran señora del barrio de S. German: "Bien puede elevarse sobre su cartera, decia mirando uno de los retratos de sus abuelos, pero nunca se elevará con un' blason de éstos." Los Estados-Unidos no tienen en efecto ningun blason santificado en las cruzadas ilustrado por rasgos caballerescos, ennoblecido por una larga descendencia. Su historia no pasa del siglo XVII. Su mas antigua ciudad no cuenta mas existencia que desde el año 1612. Pero el americano que sabe todo esto, ha sabido encontrar un ingenioso medio de remediar este claro, y es, hacer llegar hasta él la antigüedad, la tierra santa, Troya, Atenas y Jericó, por medio de los nombres que dá á sus nuevos establecimientos. En la construccion de sus iglesias, escuelas y mercados, copia los planos de los edificios góticos, las columnas corintias y las dóricas; si le hablais de antigüedad, os dirá que la posee; y si ha leido á Corneille, es probable que os recitará enfáticamente aquel verso:

"Rome n'est plus dans Rome, elle est toute ou je suis."

Para que llegue á este punto el americano, debeis antes dominarle, digamoslo así, porque

son tantas las ideas que le asaltan, tantas las que bullen en su mente, que, temiendo que sus rivales recojan una sola de ellas, no menea la lengua mas que para saborear su tabaco, y no abre los dientes mas que para escupir. Yo creia que mi acento estranjero y mis solecismos y barbarismos le causaban, pero como le he visto sumirse en la misma taciturnidad con sus propios conciudadanos, he acabado por convencerme de que si se le ha concedido la lengua, ha sido para que hiciera de ella el uso mas estricto.

Entro ya en el ancho omnibus del camino de hierro, y escojo el lugar que mas me gusta, sin cuidarme de mi vecino que guarda conmigo las mismas atenciones; lo único que procuro, es poner mi capa y mi saco de noche en salvo de su continuo escupir, y tomadas ya todas estas precauciones, abro un libro, leo, y luego contemplo el paisage.

Los americanos nada leen y nada observan; solo meditan en silencio alguna especulacion; esta es la única diferencia que existe entre ellos y sus baules. Sentados uno junto al otro sobre el banco, tendidos sus piés sobre el que tienen enfrente, van de este modo como unos troncos, hasta la parada donde intentan detenerse. Una sola cosa puede arrancarles á su inmovilidad, y es el oir anunciar que el tren debe detenerse media hora por medio, cuando vibra la campana en la puerta de la fonda.

Al oir estos gratos sonidos, parece que la trompeta del juicio final está llamando á los muertos en el valle de Josafat. Los americanos se precipitan uno sobre otro para ser los primeros en salir de los wagones, corren al comedor, devoran con toda la rapidez que permite la quijada humana, beben de un sorbo un vaso de brandy ó de vino de porto, y luego vuelven á caer en su letargo.

De Búffalo á Albany, sobre un espacio de mas de cien leguas, puedo afirmar, sin exagerar, que no he oido pronunciar una sola palabra. Parecian los viajeros una poblacion salida del penitenciario, creyéndose sometida aún bajo el rudo régimen de su impuesto silencio.

Hasta las mugeres, que en todas partes tienen el don de animar el espíritu del hombre, de sorprenderle en medio de sus mas graves reflexiones, y de llamar su atencion, por rebelde que sea, segun el grado á que se proponen llamarla, hasta las mugeres, repito, parece que están aquí paralizadas por el círculo que las domina. Semejantes á los pájaros de los climas tropicales, que antes de una tempestad sienten debilitadas las fuerzas de sus alas por el calor de que está impregnada la atmósfera, así su pensamiento sucumbe bajo la pesada atmósfera del moral americano.

Este pueblo se envanece del respeto que tributa á sus mugeres, y culpa en alto grado, respecto á esto, las costumbres europeas. Es ver-

dad que una muger, por jóven y hermosa que sea, puede ponerse en camino sola, viajar por todos los vapores, y entrar sola en todas las fondas de los Estados-Unidos, sin temor de que la ofendan en lo mas mínimo. Tambien es cierto que en cualquiera parte les reservan los mejores lugares, y que no se sientan á la mesa sin que ellas estén sentadas: que en todos los vapores, grandes y pequeños, hay un salon espreso para ellas, y que en los carruajes públicos y en los wagones, nadie les disputará el asiento que ellas prefieran; pero todo este respeto no es para mí mas que un vecino muy cercano de la indiferencia. Una vez que el americano ha instalado á su esposa ó hija, en el lugar que le está señalado, ó que la ha acompañado al estremo de la mesa, donde separa rudamente al que ocu- un asinto que ella desea ocupar, creyendo haber cumplido ya con todas sus obligaciones, no vuelve á cuidarse de ella. Va al puente á fumar su cigarro ó á beber al *barroom*, donde cae en sus reflexiones, y deja á su muger en la mas completa soledad.

No sé si me engaño, pero creo que nuestras señoras de Francia no serian muy partidarias de un respeto semejante; y que aun cuando se espongan á veces á deber luchar con una galantería un poco mas galante de lo regular, mejor se inclinarán á la lucha que al abandono.

Puesto que he empezado á tocar tan delicada cuestion, permitidme que me estienda mas so-

bre esto. En América, así como en Inglaterra y Alemania, gozan las mugeres de la mas ámplia libertad antes de casarse. Las jóvenes andan solas por las calles de la ciudad, entran solas en los almacenes, y vuelven de noche solas á sus casas. Ni camarista ni dueña las acompañan para cuidarlas. Si prolonga un poco sus visitas, si conversa largo tiempo con una persona que se ha encontrado al paso, si está tendiendo una red á un marido en proyecto, nadie la dice una palabra, nadie reprueba sus acciones. Los padres ningun dote dan á sus hijos al llevarlos al altar, y ellos mismos deben de cuidar de tomar un rumbo seguro, al entrar en el espinoso camino de la vida conyugal. Ese *sin dote* de Moliere, hace nacer muy tempranas solicitudes matrimoniales en el corazon de las americanas. El gran qué de todas ellas, es procurarse un esposo que acepte y compense con sus propios recursos ese terrible *sin dote;* esta imperiosa necesidad da en estos casos valor á la mas novicia. Nuestro inteligente escritor M. C. de Bernard, que ha escrito tan lindas novelas sobre la *caza á los amantes*, pudiera componer aquí una muy fecunda en incidentes curiosos sobre la caza á los maridos.

Una vez que las hábiles cazadoras han logrado hacer presa en las grutas de los contadores ó en las playas de los salones, y han cazado uno de esos pájaros salvajes llamados maridos, entonces pierde toda su independencia y toda su libre existencia de doncella. Prendida en las redes

que ella misma ha tejido, lleva en el cuello la cadena de su señor, y debe esperar todos los dias en el palomar al fugitivo palomo. A juzgar por los libros que he leido, y por algunas anécdotas que me han contado, no creo yo, á pesar de lo que digan los americanos, que en los grandes centros de poblacion de los Estados-Unidos, y sobre todo en Nueva-York y Nueva-Orleans, haya mas rigidez de costumbres que en nuestras ciudades de Europa. Pero todo se encubre con el mas profundo misterio; todos los pecados conyugales se ocultan bajo el mas espeso velo. Aquí la opinion pública condena sin remision á todo hombre que tiene relaciones ilícitas con una muger casada. Desde que se descubre su tierna historia, se le señala como un ser de una especie venenosa, y se le destierra de la sociedad como á un negro ó como á un pária. Y así debe ser. El americano no reside en su casa, no hace mas que acampar en ella, porque ó es negociante ó empleado. Su despacho ó su mostrador están siempre lejos de su casa; allí va por la mañana y no sale hasta por en la noche; ya llevo dicho que es de una naturaleza estremadamente nómada. Cuando nadie lo espera, se embarca de repente con la maleta debajo del brazo; y se embarca por muchas semanas ó por muchos meses. Mientras se entrega á sus especulaciones en el almacen, ó que corre en pos de su fugitiva fortuna sobre los lagos del Norte ó sobre los mares del Sur, no quiere

pensar en la muger que deja sola en su casa. Para libertarse de toda inquietud, forma una alianza con toda la corporacion de los maridos por medio de un tratado de seguros generales; hace con ella un *wehgericht*, que castiga con la deshonra á cualesquiera que por medio de una confesion ilegal, se atreva á alterar la tranquilidad de su asilo conyugal.

Las mugeres del Norte de los Estados-Unidos son sin embargo bastante lindas para dispertar las mas peligrosas tentaciones. Es preciso confesar, empero, que no tienen la gracia sin igual de la verdadera prusiana, ni la tierna y melancólica espresion de las alemanas, ni los grandes y dulces ojos de las *flickor* de Suecia; tampoco tienen esa encantadora mezcla de coquetería francesa y poesía septentrional, que distingue á las reinas de las casas de Petersburgo ó de Moscou, ni los rayos ardientes que brillan en los ojos de las hermosas gaditanas. Generalmente tienen el talle elegante, la fisonomía regular y fresco el rostro. Parécense á unas flores algo amortiguadas y frias. Pero son una clase de flores que un Lineo de la vegetacion humana no pudiera dejar de colocar en su clasificacion, y cuando veo una mas atractiva y risueña que las demas, la compadezco: ¿y sabeis porqué? por que ha nacido bajo el sol de América y probablemente se casará con un americano; es decir, porque verá todos los dias á un americano cal-

cular y comer. Semejante pensamiento me repugna.

Hé aquí donde me arrastra la costumbre que me habeis dejado tomar de hablar con vosotras con el corazon en la mano. Queria hablaros del camino de Búffalo y me arriesgo en el mas espinoso de los *railroads*, en el de las atracciones de las mugeres y los peligros del hogar doméstico. Me apresuro á dejar este delicado punto, para volver á entrar en el descanso de mi wagon, donde solo debo temer la esplosion de una caldera, ó el choque con otro tren.

Estos ferro-carriles son los testigos ambulantes del génio esencialmente positivo y práctico de los americanos, que reducen todas sus empresas al mas estricto cálculo de útilidad. No vemos en ellos esos grandes trabajos artísticos con que se honran nuestros ingenieros, ni los grandes edificios que adornan nuestras estaciones, ni esa multitud de empleados con su gorro engalonado y casacas con bordados en el cuello, ni esos encantadores carruajes en que el tapicero ha colocado sus mas hermosos bordados. Un largo wagon lleno de bancos muy duros, se destina aquí á todos, á los ricos y á los pobres, á las grandes señoras y á las criadas. Estoy en un país donde el principio de la igualdad es desconocido en lo interior de los salones, pero domina en todo lo esterior de la vida. Hace algun tiempo, que, caminando algunos miembros del congreso entre una inmensa multitud, dijo uno de

ellos dirijiéndose á los que le rodeaban: "Hacednos lugar, amigos; nosotros somos los representantes del pueblo." Y un yankee tomándole por un brazo, le dijo empujándole hacia atrás: "Vosotros sois quienes deben hacer lugar, porque nosotros somos el mismo pueblo."

El wagon en que estoy, que está construido del modo mas sencillo, rueda sobre un camino llano que no habrá causado muchos gastos para nivelarle. Si se le presenta al paso un rio, lo atraviesa sobre un tosco puente de madera; si quiere impedirle el paso una colina, penetra en ella por una abertura donde el albañil no ha trabajado un solo instante. En cada ciudad entra bajo un rústico cobertizo; en cada estacion un ajente, que no lleva mas distintivo que una placa de laton en su sombrero, dá la vuelta al omnibus, recibe el precio de los asientos, se mete e dinero en el bolsillo, y se acabó. En cuanto á los equipajes, ni les colocan sobre una balanza ni les inscriben en ningun registro. Un empleado les colóca en un carro, escribiendo únicamente con yeso, en cada uno de los bultos, el lugar donde deben ir. La ley obliga á dar á cada viajero un *tiket* (tarjeta), pero si les pedis esta debil señal de garantía, se sorprenden y parecen ofenderse. Es un modo bastante original que tienen las administraciones públicas de tratar los intereses individuales, en un país que tiene el privilegio de reunir en su seno, de todos los puntos del globo ademas de los que crea él mismo, á

tan gran cantidad de pícaros. En el correo por ejemplo, se pega á la pared una lista por órden alfabético que contiene los nombres de todas las cartas que no llevan direccion ninguna. Cualquiera tiene el derecho de reclamar una que quizás vos estareis esperando con la mayor impaciencia. Ni le preguntan quien és, ni qué derecho tiene para reclamarla. Basta que la desee, para que se la entreguen inmediatamente. En los ferro-carriles se observa el mismo órden con los baules: cualquiera desconocido puede tomar el vuestro, y vaciarlo antes que os apercibais de que ha desaparecido. Lo único que hace la administracion, es inscribir con grandes letras en las paredes de todas las estaciones estas palabras:

*Beware of pick pockets* (cuidado con los ladrones), y hecho esto, cree ya haber cumplido con su deber.

El precio de transporte en estos ferro-carriles, es bastante módico; ordinariamente no suele pagarse mas de cuarenta céntimos por legua, y no se paga nada por el equipaje; pero no caminan con tanta rapidez como los de Inglaterra, ni tanto como los de Francia siquiera. Por término medio, andan seis leguas por hora; los postillones rusos andan casi tanto con sus ligeros carros y sus caballos de largas clines.

Detiénense con mucha frecuencia, y en algunas de las estaciones son muy largos los altos que se hacen, lo que no me disgustaba, no tanto

por ver las ciudades como por ver los paisajes. Las ciudades de los Estados-Unidos son de una uniformidad sin igual. El que ha visto una, por poco que quiera cansar su imaginacion, puede figurarse como son todas las demas; la única diferencia qne hay de unas á otras, es la estension que ocupan y el número de habitantes que encierran; todas están basadas sobre el mismo modelo, y animadas por un mismo espíritu de especulacion. Nueva-York es el tipo de ellas, y todas las demas se construyen siguiendo el mismo estilo de la metrópoli. Empiezan por un almacen, y á este le sigue una posada; luego viene la casa de correos, y cuando á lo largo de un canal, hay un centenar de casas alineadas, podeis tener por seguro que no faltarán entre ellas dos bancos y varias capillas. Ningun país, que yo sepa al menos, está dividido en tantas sectas religiosas; cada una de ellas quiere tener su templo y su predicador, que ella misma elije y mantiene. El gobierno en nada se mezcla con ninguno de esos cultos, y en nada contribuye á su sostenimiento. Ya podeis conocer cuán poca será la autoridad moral de un clérigo, que depende enteramente del voto y de la contribucion voluntaria de algunas familias, que no están ligadas con él por ningun principio de unidad fija, y que se creen todas facultadas para interpretar la Bíblia á su modo, y comentar sus comentarios. La obligacion de cada uno de esos clérigos, es, demostrar que su cisma es la única doctrina ver-

dadera, que ella sola comprende el justo sentido de la escritura santa, y que adoran á Dios tal como Dios quiere ser adorado. Así es que, cada uno cumple con celo su obligación, sin dejar de clamar contra los otros dogmas, ó de gemir por los errores que sufren los demas. Mientras se exaltan así, animados por su creencia, llega á veces uno de sus feligreses, ú otro misionero, que le prueban que ha comprendido mal tal ó cual pasaje del Génesis ó del libro de los profetas, y el cual, á causa de esa nueva interpretacion, descarria algunas de sus ovejas, y poco á poco forma otra secta.

No trataré de enumerar las diferentes comunidades que pretenden, cada una por su parte, poseer el veritable sentido del Evangélio, y mucho menos esplicar en qué difieren sus principios. Fuera necesario escribir gruesos volúmenes para contar su oríjen y hacer comprender sus divisiones, y cada año fuera preciso añadir un apéndice á esta história, porque cada año la fecunda América crea nuevos apóstoles.

En el camino que atravieso, hay la corporacion de los *shakers* ó tembladores, que cuenta en los Estados-Unidos unos cuatro mil prosélitos. Su principal ejercicio religioso consiste en bailar y dar miles de vueltas con una especie de frenesí, como los sacerdotes turcos, hasta que caen tomados del vértigo.

En este mismo camino y cerca la ciudad de Ginebra, cuyo nombre recuerda á mil quinientas

leguas el del feroz Calvino, una muger del pueblo, Juana Southcott, se anunció hace algunos años, no como una nueva profetisa, sino como el nuevo Mesías, como el Salvador del mundo, ni mas ni menos. Yo no podré esplicar en que libro habria ella leido que el Mesías debia aparecer en el seno de la América, con papalina y jugon. Pero dejando á parte el como hizo ese descubrimiento, el caso es que proclamó atrevidamente su celeste mision, y tuvo sus adeptos. Para probar su supremo poder, declaró que en cierto dia y hora, saldria de una de las orillas del lago, y caminaria sobre su superficie como si fuera una verde alfombra. En el dia señalado fué en carruaje á la orilla indicada, seguida de sus discípulos, los cuales se regocijaban con asistir á su triunfo. Dió dos pasos dentro del lago y al ver que sus piés se hundian en el agua como los de un simple mortal, volvió hácia sus discipulos y les dijo: ¿Estais realmente convencidos de que pudiera hacer el milagro que os he dicho? "Respondiron todos que no lo dudaban." "Siendo así, añadió ella, vuestra fé es bastante grande, y es inútil que os de una prueba de lo que ya creeis." Y se alejó.

Cuando se oyen relatar semejantes locuras, cuando uno vé hasta que punto llegan las extravagancias del libre exámen, no se puede menos de unirse con doble fuerza á la firme unidad, á la invariable columna del catolicismo.

No hace sin embargo mucho tiempo que los

americanos han admitido esas tolerancias religiosas. En el siglo último en varias comarcas, de la Nueva Inglaterra, los consejos comunales dirijidos por el ministro de la parróquia perseguian á los cuakeros, y todo aquello que presentaba la menor apariencia de papismo, todo, hasta el sublime libro de la *Imitacion* de Cristo. Entonces se creia aun en las brujerías. Despues de haber hecho azotar públicamente á cualquiera que estuviese acusado de ejercer maleficios, si se veia acusado aun de entregarse á la mágia se le condenaba á muerte. En 1679, en Massechussets, una pobre anciana fué acusada de brujería; mientras la pobre mujer se esforzaba en probar que jamás habia tenido el menor comercio con Satanás: "Está endurecida por el crímen, dijo uno de los jueces, nada quiere confesar." Con un modo tan estraño de interpretar sus negaciones, fué condenada á la horca. El ministro, en el seno del tribunal hizo un largo sermon, en el cual, tomando por testo la epístola en que San Pablo habla de la mision de los gefes del pueblo y apoyandose sobre todo en este pasaje: *Non sine causa gladium portat* (el príncipe no lleva en vano la espada) demostró que los magistrados debian ser los instrumentos del Dios vengador, que debian castigar á sus enemigos, y sobre todo á los brujos. Los oyentes advirtieron que la anciana muger se habia vivamente conmovido al oir ese discurso. "Sin duda, dijeron ellos, porque las sábias palabras del predicador hicie-

ron penetrar hasta el fondo de su corazon las espinas de los remordimientos, y que estaba ya en posesion del infierno." Nadie tuvo la bondad de imaginarse que debia palídecer y gemir, al oir pronunciar contra ella una sentencia tan cruel é inmerecida. Determinada ya su suerte, su jucio sin apelacion, pidió la infeliz como última gracia que mandaran á bnscar á su hija y se hizo lo que deseaba. Esa hija respondió, que puesto que á su madre le habia complacido venderse al diablo, no debia implorar ya ningun so corro humano. "¡Oh, Dios mio! esclamó la infeliz madre, al oir la repuesta de su hija, ven que mi sangre y mi carne se declaran contra mí, es para mí un dolor mas amargo que la muerte."

Este recuerdo de lo pasado me hace pensar en otra história de persecucion, una história muy triste esplicada en pocas páginas en las *Memorias de Madame Margarita Smith*, que amediados del siglo XVII vivió en los estados de la Nueva Inglaterra. Os la cantaré tal como la he aprendido, sin añardirla una sola palabra. Un segundo Chateaubriant la haria dignamente figurar como una nueva Atála.

Llegó un dia á un pueblo situado á algunas leguas de Boston, un gentíl hombre inglés, llamado Cristóbal Gardner, acompañado de una linda y jóven señorita á quien llamaba su prima, y muy amenudo Ana. Aun cuando los modales y el lenguaje de sir Cristóbal, descubrian en él á

un hombre distinguido viajaba sin lujo, y sin mas criados que una jóven que estaba al servicio de su prima. Como no habia posada ninguna en el pueblo donde se habia detenido, pidió hospitalidad en casa de un honrado aldeano, instaló allí á su prima, y partió aquella misma noche sin decir donde iba, ni cuando volveria. Pasaron muchas semanas sin que se oyera hablar de él. La jóven estranjera, que por sus gracias y dulzura se habia pronto grangeado el cariño de sus huéspedes, vivia en un continuo retiro, y parecia no tener mas que una idea, la de volver á ver pronto á su misteroso compañero. Todas las mañanas iba con su doncella al camino que el habia tomado, miraba á lo lejos, prestando atencion al menor ruido, y como si á cada momento le pareciera oir el trote de un caballo. Por la tarde volvia al mismo camino, se sentaba pensativa al pié de un árbol, y al anochecer regresaba á su habitacion, consolándose con esta agradable idea. No viene, pero quizás le veré mañana."

Llegó por fin el dia tan deseado. La jóven tuvo la dicha de ver aquel á quien con tanta impaciencia esperaba. Pero él llegó triste y pensativo. Permaneció algunos instantes tan solo con su prima, y volvió á partir; la jóven le acompañó á una larga distancia del pueblo, y cuando volvió á su casa, su palidez y sus ojos descubrieron qne habia sufrido mucho, que habia llorado mucho.

Bien pronto se supo que el gentilhombre habia sido perseguido en Boston como papista, y aquel mismo dia Ana se escapó dejando sobre la mesa de su cuarto una cruz de oro, dos vestidos de seda, y algunas monedas. Sin duda dejó estos objetos para remunerar á los huéspedes por la hospitalidad que la habian acordado. Pero en la precipitacion de su fuga olvidó en un armario los fragmentos de algunas cartas que descubrian los dolosos sucesos de su vida. Pertenecia á una noble familia del Norte de Inglaterra. Criada junto á su primo, concibió desde su mas tierna edad una inclinacion hácia él, que con el tiempo se cambió en un verdadero amor; él por su parte la amaba tambien con ardor. Cuando hubo llegado la jóven á la edad de casarse, sus padres quisieron imponerle un esposo escojido por ellos. La infeliz, rogó y lloró, y luego fingió resignarse á la suerte que la destinaban. Cristóbal, creyendo que la habia perdido ya para siempre, y entregándose á su desesperacion, dejó la Inglaterra y entró en la órden de San Juan de Jerusalem.

Despues de diferentes aventuras que le sucedieron, y sobre las cuales solo se recojieron algunos fragmentos, despues de diversas espediciones y combates en Hungria, en uno de los cuales fué hecho prisionero, Cristóbal, logrando escaparse, fué encargado por sus superiores de una mision á América. Ana, que le amaba y no habia cesado de serle fiel, supo que debia hallar-

se en Boston, y partió para reunirsele. Habia ella logrado vencer la obstinacion de sus padres, y era libre, pero él no lo era ya. Habia hecho voto de celibato, y el juramento religioso debia destruir para siempre en su corazon sus juramentos de amor. Sin embargo, cuando vió junto á sí, entregada al cándido abandono de su ternura, á la que un dia habia maldecido, aquella cuyo nombre habia jurado no pronunciar jamás, y cuya imágen le perseguia á pesar de los muchos esfuerzos que hacia para olvidarla, vió brillar en su corazon un rayo de esperanza. Díjose que quizas el rigor de su suerte no era irremediable, que pudiera apelar á la conmiseracion de la Iglesia, y libertarse de sus votos, Con este objeto partió al Canadá, deseando descubrir su situación al obispo de Montreal, Durante su ausencia era cuando Ana, iba todos los dias al camino que habia tomado, esperando continuamente su regreso. ¡Qué espera! Su vida dependia de la noticia que él debia traerla. Cuando él regresó su conciencia le obligó á confesarla los infructuosos resultados de su viaje. Podia aun apelar al gefe supremo de la Iglesia, y antes de todo, tenia un deber que llenar; el de llevar á su país á la harto confiada jóven. Fué á Boston para preparar allí su embarque en un buque inglés, y fué detenido en una de las calles por un fanático populacho, al cual le habian señalado como un ajente papista. Nadie sabe lo que fué de él, ni lo que fué de Ana. Si los dos

amantes vivieron ó murieron separados uno del otro, ó si el caballero de San Juan obtuvo de la corte de Roma la gracia á que aspiraba, nadie lo ha descubierto. En el país donde los dos infelices habian llevado el peso de su infortunio, nadie ha vuelto á oir hablar de ellos siquiera. ¡Cuántos dolores encierra esta pequeña leyenda amorosa!

Entre las prendas de corazon que la jóven habia llevado consigo mas allá de los mares, y que olvidó en la precipitacion de su fuga, se encontraron envueltas en un papel unas cuantas hojas de rosa, muy descoloridas, con esta inscripcion; "A Ana, á quien su primo dirije la primera rosa que brotó este año en el jardin de San Omero: Junio de 1630. Tambien se encontraron algunos versos latinos escritos á ella desde el mismo lugar, y una balada inglesa, que esplica mas los tormentos morales del infeliz religioso, que todo lo que pueden inventar los novelistas. Héla aqui, no tal como pudiérais leerla en el original, sino tal como puedo traducirla.

VERSOS ESCRITOS POR SIR CRISTOBAL, PRISIONERO DE LOS TURCOS EN MOLDAVIA, ESPERANDO DE ELLOS LA MUERTE.

"Antes que desaparezca el sol detrás de las azuladas cimas de los montes de Krapacks, quiero dar mi último adios á esta vida sembrada de miserias, á la celda y á las cadenas.

"Negras y frias son las sombras de esta cár-

cel, pero son aun mucho mas negras las sombras de la tristeza que devora mi corazon.

"Desde el dia en que llevándo me mi corcel fuera de los bosques de Woskworth, iba á cambiar de nombre y á separarme de mi sangre, me he parecido á un ser envilecido y condenado á la destruccion.

"Desde el dia en que hechando todavía una mirada hácia atrás, ví á la luz del crepúsculo dibujarse á lo lejos una elevada torre, y en la ventana una blanca mano que me daba su adios,

"soy semejante á aquel que en medio del desierto descubre la verde isla del descanso; y que en vano aspira á alcanzarla debajo de la celeste bóveda ó surcando el ancho mar:

"De este modo, desde el desierto de mi destino contemplo lo pasado, y una espesa nube se estiende sobre el cuadrante de mi vida.

"He caminado errante de playa en playa. Me he postrado ante mas de una urna venerada, é inclinado mi frente sobre el suelo pedregoso donde brillan las antorchas de Belén.

"He consagrado mi espada de caballero al Santo Sepulcro, á la Iglesia, á Cristo, y á su divina Madre.

"¡Inútil voto! ¡Inútil combate! ¡Todo me parece inútil! ¡Mi alma solo existe en lo pasado, y la vida presente solo me parece un sueño!

"En vano me he impuesto una larga y dura penitencia; en vano he rogado y ayunado, y

en vano he ceñido el cilicio y he vestido el tosco saco de clin:

"¡Los ojos de la memoria no pueden cegar, ni ensordecer sus oidos! ¡Ya luchando con la memoria, ya cediendo á su dominio, siempre vivo con lo pasado!

"Y el amor y las esperanzas de otro tiempo dominan sin cesar mi espíritu; por donde quiera veo flotar unas trenzas de cabellos rúbios, y brillar unos ojos azules.

"¡Ay de mi! Esos cabellos caen en rizos sobre otro seno que el mio, y esos ojos miran á otro que á mí.

"Oigo á veces en mi imaginacion la voz del maestre que me grita: ¡Ministro infiel! ¡Caballero perjuro! rechaza tus pensamientos culpables; debes morir por la tierra y por la naturaleza.

"La Iglesia de Dios es tu espôsa. Tus votos deben ahogar en tu corazon cuanto existe de humano en él.

"¡Inútiles advertencias! ¡Mi corazon no dejará de sufrir mientras palpite! El mismo golpe mortal que aniquilará al ministro, destruirá tambien al amante.

"¡Oh! ¡Vírgen de los consuelos! ¡Oh ángeles de luz, santos y mártires, rogad por un débil pecador! ¡Sostened á un débil mortal!

"Concluyan su obra los pagános, y líbreme la muerte de mis cadenas, antes que el sol desaparezca detrás de las cimas de los montes de Krapacks."

La historia del caballero de San-Juan me ha distraido de mi wagon, y del país que atraviesa. Vuelvo á él.

La comarca que debemos atravesar viniendo de Búffalo, no es nada montañosa. Presenta á pesar de eso una gran cantidad de sitios muy variados y pintorescos. Unas veces costea el canal Erie, esa rica artéria del comercio de Nueva-York, que se estiende sobre un espacio de trescientas veinticinco millas; se une al Hudson en el lago cuyo nombre lleva, y por el Océano Atlántico á las inmensas aguas del Nòrte; otras se pasa junto á las orillas de un hermoso lago, donde brilla á lo lejos la blanca vela de las lanchas pescadoras; ya atraviesa un espeso bosque sembrado de matorrales, lleno de abetos inclinados por la fuerza del viento, ó rotos por la tempestad. No son como los bosques vírgenes de la América del Sur, con sus árboles gigantescos, sus enredaderas formando telas, y su riqueza de vegetacion. Durante un número incalculable de años, han sido destruidos por el brazo destructor del hombre, y han perecido. Antes, el indio solo, y con pié furtivo, penetraba en ellos yendo á cazar ó á perseguir á sus enemigos. Ahora están casi todos rodeados de una barrera y entregados á la esploracion. En sus orillas se eleva de cuando en cuando una cabaña, una habitacion solitaria; un *loghouse,* primera semilla quizás de una futura ciudad.

Contemplaba yo al pasar esas casitas de los

colonos, algunas de las cuales tienen ya un jardin, sus cereados llenos de frutales, y sus praderas donde pace el ganado. ¡Qué de secretas angustias habian ocultado esos lugares! ¡Cuántas lágrimas se habrán derramado aquí, me decia á mí mismo, desde el dia en que la familia que vino á habitar cada una de esas casitas, empezó á descuajar estas tierras, hasta aquel en que se construyó una habitacion! ¡Cuántas veces la pobre muger alemana desde esta tierra inculta, bajo este suelo estranjero, debe haber tendido la vista hácia su hogar paterno, y hechado menos las floridas orillas del Rhin, y las verdes colinas de Wurtemberg!

¡Difícil es conocer todos los sufrimientos que pesan sobre los emigrados á quienes el deseo de hacer fortuna, una circunstancia fatal, ó la miseria traen acá, desde los lejanos estados de Europa! ¡Yo les he visto algunas veces en Alsácia llorar desesperados al separarse de sus parientes ó amigos, llevando consigo, como un recuerdo de su pátria, sus muebles mas sencillos. Otras mil les he visto á centenares en los súcios entrepuentes de los buques que les llevan mas allá del Océano, y jamas esas dolorosas escenas se borrarán de mi mente! Llegados á Nueva-York, desconociendo el país y el idioma, caen en manos de una legion de pícaros, que enseñándoles sus despachos les esperan al paso, les seducen con promesas, les llevan á infames posadas, les venden billetes de trans-

porte para un ferro-carril que no existe, ó para un canal imaginario, y solo les sueltan cuando no tienen ya un peso que poderles robar. Hay alguno de esos infelices estranjeros que escapan á esas miserias y peligros; los hay que se encuentran á su llegada á América una direccion segura, un apoyo honroso, y se establecen seguros y prosperan. Pero las crónicas no cuentan cuántos de ellos sucumben cada año á la miseria y abandono.

En las ciudades de Europa, la policía vijilaria las tabernas donde de buena fé se dejan arrastrar, y que no son mas que madrigueras de pícaros; la justicia les tomaria bajo su proteccion; pero aquí la policía es esencialmente pasiva, y la justicia necesita, para condenar á un culpable, el acorde unánime de los jurados.

Si un solo miembro de ese tribunal popular, compuesto de vecinos y artesanos, rehusa adherirse á la sentencia de sus colegas, el acusado queda absuelto.

Yo he sido víctima un dia de esos vendedores de *tikets*, que huelen como los perros de caza la pista de los europeos. Pagué al salir de Nueva-York ocho pesos por un billete que debia conducirme á Montreal, y que me dejó á la mitad entero. Por seis pesos debia andarle todo el camino. Cuando volví á Nueva-York ví á mi vendedor sentado tranquilamente en su despacho, y esperando poder engañar á otros ignorantes y confiados. Pregunté si tenia el dere-

cho de acusarle como estafador. "¿De qué os serviría? me respondieron. Si le denunciais ante un tribunal, dirá que habeis hecho con él un trato voluntario, que no os ha obligado á tomar su billete, que si la venta le produjo un beneficio, éste fué legítimo, y que si con su billete no habeis podido llegar hasta Montreal, ha sido culpa vuestra ó de los ajentes canadianos, contra los cuales podeis reclamar. Es muy probable que ese hombre pagará exactamente su alquiler y su contribucion. Es ciudadano americano; toma parte en la eleccion de los miembros del consejo, en la de los magistrados y empleados públicos, es en fin, un hombre honrado . . ."

Por la noche, el ferro-carril de Búffalo me ha llevado hasta uno de los magníficos vapores que todos los dias bajan á Nueva-York. El cielo está puro y agradable es el aire que se respira. La luna con sus débiles rayos, no hiere mas que las olas surcadas por el vapor. Las orillas del rio no parecen á mis ojos mas que unas líneas vaporosas. No se oye ningun ruido, no se distingue ninguna ajitacion, ninguna otra luz mas que el astro nocturno, brillando sobre nosotros como un faro que guia nuestra marcha, y la de las llamas de las chimeneas voloteando á impulso de la ligera brisa, y cayendo en las olas como estrellas de fuego. En pié, sobre el puente del vapor, contemplo silenciosamente el estenso rio Hudson y sus costas, que parecen inhabitadas; paréceme verle en el tiempo en que el intrépido

navegante holandés le remontó por primera vez con su aventurera chalupa, en un tiempo en que el trabajo del hombre no habia alterado aún la primitiva imájen de estos lugares, ni destruido el carácter de su augusta soledad. Esta impresion es una de las mas grandes que he sentido.

## XI.

# NUEVA-YORK.

---

Impresion nocturna.—Recuerdo de Suecia.—Inmenso progreso de Nueva-York.—La nueva religion.—El Broadway.—Actividad general.—Los *dollars* hacen otros pequeños.—Periódicos y literatura.—El dinero en toda ocasion.—Lo que vale un hombre.—Catalina Johuson contra James Reynolds.—El dia de acciones de gracias.—Bancarrotas gloriosas.—Nueva-York, refugio peligroso.—Cortesía de la policía con los ciudadanos americanos.—Robos y estafas.

---

La primera vez que entré en Nueva-York, era de noche. Acababa de pasar treinta y cinco dias sobre un buque que en el Havre me hacia las mejores promesas del mundo, y que me habia

tratado muy mal estando á bordo. Al poner los piés sobre la dichosa isla de Mahattan, debo confesar que no sentia en mí mas que un deseo, un deseo muy vulgar, el deseo de saborear despues de la infame bebida corrompida que á bordo nos sirvieron continuamente, un verdadero vaso de agua pura, y luego el de acostarme. Apenas acababa de satisfácer este último deseo, cuando oí vibrar la campana de una Iglesia vecina. Esta vibracion me recordaba la que otras veces habia oido en Stockholmo, y que me habia chocado por su melancólica armonía de repente, por el mágico poder que la semejanza de sonidos ejerce sobre el espíritu: me puse á pensar en la romántica capital de Suecia. Mi imaginacion me representaba el pintoresco cuadro de sus edificios góticos, y de sus casas modernas, su puerto sobre el lago Mélar, sus falúas conducidas por los dalacarnienses, y su "Diurgarden" cantado por Bellemaun. Tanto se apoderaron de mí esas risueñas imájenes, que toda la noche soñé en ellas, y mi sueño me transportó á las alturas del Mosebacka, al salon en que el venerable Wallin nos leia entonces sus versos, y á aquel donde el buen rey Cárlos-Juan se dignó recibirme, sin cuidarse de mi calidad de viajero.

En ninguna ciudad del mundo podia un sueño semejante ser una completa ilusion, porque en Nueva-York no hay ni reyes, ni poesía, ni monumentos góticos. Al dia siguiente desperté

al ruido de los carretones y de los omnibus, que rodaban debajo de mis ventanas, y al de una multitud numerosa y activa que corria apresurada á sus negocios. Por una parte veia estenderse delante de mí la larga perspectiva de las tiendas de Broadway; por la otra, mis ojos se fijaban sobre los millares de buques de todas clases que cubren el rio del Norte. Adios á los dulces ensueños de mis antiguas peregrinaciones; á las leyendas que iba á buscar á orillas del Báltico, á los recuerdos de gloria mezclados allá en tantos puntos, á los monumentos mitológicos que nos cuentan las creencias de los pasados siglos, á las costumbres tradicionales que se han perpetuado en el hogar escandinavo, á las virtudes hospitalarias que le animan, y á los cantos populares que le alegran. Adios, querido país, á quien podia dirijir al dejarlo, estos versos de Goldsmith:

"Bless 'd be that spot where chcerful guest retire
to pause from toil, and trim their evening fire;
Bless 'd that abode, where want and pain repair
and every stranger finds á ready chair (1).

Estoy ya en la ciudad de los intereses pecu-

---

(1) Bendito sea el lugar donde el huésped viene alegre á descansar de sus fatigas, y á preparar el fuego de la noche. Bendita la morada donde satisface uno sus necesidades y descansa de sus penas, y donde cada estrangero encuentra un lugar preparado.

niarios y de las ideas del positivismo; en la ciudad que arroja lejos de sí, como cosas muy frívolas, toda crónica caballeresca, todo ensueño ideal, y que solo admite el trabajo positivo y el riguroso ejercicio de las ideas prácticas.

En verdad que para un gran número de hombres distinguidos, quizás no hay un objeto de estudio mas interesante que el de los progresos de esta metrópoli americana, que hace dos siglos, no tenia mas de mil habitantes y cuenta hoy cuatrocientos mil. La naturaleza le ha dado una situacion maravillosa, una isla que se eleva como un navío anclado entre las olas del Atlántico y el magnífico rio Hudson. Esta isla, de catorce millas de longitud, está actualmente en casi toda su estension, cubierta de edificios, talleres y tiendas, y rodeada de un círculo de muelles, en los cuales se negocia con el mundo entero.

La gran calle del Broadovay va de uno de sus estremos al otro, y por las calles transversales que la cortan de distancia en distancia, se vé por un lado, los buques que se dirijen hácia el Océano Pacífico, y por otra, aquellos que van á los mas lejanos lugares del Norte. Por su mar y por su rio, la isla de Mahattan toca á las cuatro partes del globo, y de esas cuatro partes del globo, el comercio y la industria vienen á poblar su rada, á encender sus hornillas, á llenar sus tiendas. Cada año crece esta poblacion en proporciones estraordinarias. No hace mucho

tiempo aún, debia luchar con la fuerza atractiva de Nueva-Orleans, de Boston y de Filadelfia; ahora no reconoce mas rival que Liverpool. Llámase la ciudad del Imperio (Empire City), y bien merece este nombre. Verdaderamente es la ciudad de un nuevo imperio, cuyo desarrollo es imposible calcular.

Para un hombre que está acostumbrado á observar, este espectáculo de prosperidad es digno de sus estudios, cuando está en estado de juzgar las causas de este mismo desarrollo, y de juzgar al mismo tiempo su porvenir. Es hermoso contemplar á esta América del Norte, abandonada, hace ciento cincuenta años á unas cuantas tribus de miserables indios, y descuajada ahora, habitada por colonias de emigrados que llegan á ella sin cesar de todas las comarcas de Europa. Bello es ver esas magestuosas flotas, navegando sobre sus ondas, que antiguamente solo veian en su seno ligeras lanchas de corteza, y observar en estos lugares el movimiento continuo del trabajo del hombre y los mágicos resultados que puede dar todo esto. Ahora comprendo muy bien el interes con que mi sábio amigo M. Miguel Chevalier visitaba hace quince años los puertos, las fábricas, los astilleros de los Estados-Unidos, y el que sentiria actualmente si viera todo esto en su nuevo progreso.

Pero yo, pobre viajero, que en toda mi vida

he podido hacer una suma bien hecha; yo que ignoro hasta en sus primeros principios las ciencias mecánicas, yo que prefiero, es preciso confesarlo, el aire fresco de la mañana al resuello de un locomotor, y un rústico sendero bordado de ogiacantas á un camino de hierro adornado con sus dos carriles, claro está que no puedo apreciar el movimiento industrial de los Estados-Unidos, los grandes trabajos que han concluido ya, y los que tienen en proyecto. Y puesto que he empezado mi confesion, es preciso ya acabar de confesarse, aun cuando en vez de la absolucion á la cual quizás mi humildad me dá algun derecho, oiga pronunciar sobre mi cabeza una sentencia que me destierre del Eliseo de los amantes de la fortuna como un profano.

Diré, pues, que me habia formado otra idea de América. Aun despues de haber leido los escritos de M. Miguel Chevalier, el libro de M. de Tocqueville, y el de Miss Martineau, guardaba ciertas ilusiones fantásticas sobre sus grandes ríos, sus grandes bosques, sus tradiciones de indios, y de sus silenciosas savánas. Al pensar en Nueva-York desde lejos, veia elevarse esta ciudad como una isla encantada entre las olas del Océano y las aguas azuladas del Hudson, con el prestigio pintoresco de un mundo adornado con los encantos de la juventud. El prestigio ha desaparecido, y mi loca poesía se ha ahogado entre los torbellinos de vapor.

Yo no veo aquí mas que una vasta metrópoli,

la cual por todas sus puertas y ventanas anuncia una nueva era y proclama un nuevo dogma.

Cuando Moisés estaba en el Sinaï, recojiendo la palabra de Dios, y leyendo sus leyes sobre las tablas de mármol, los israelitas, impacientes de esperarle, se pusieron á fabricar un ídolo y adoraron el becerro de oro.

Mientras que la antigua Europa buscaba en la tempestad de las rovoluciones las nuevas leyes, que no siempre eran las de Dios, á despecho del axioma: *Vox populi, vox Dei*, la república de los Estados-Unidos hizo como los israelitas, se apasionó por el becerro de oro, y se postró ante él. Ningun Moisés podrá arrancarle á su culto idólatra. Al contrario de ésto, pretende que solo ella marcha por la verdadera senda, y que nosotros no hemos hecho hasta hora otra cosa que marchar por el camino errado. Hasta valiéndose para eso de los términos escritos en los libros santos, nos dice: "Adorad lo que habeis quemado, y quemad lo que habeis adorado." No tiene mas que una religion verdadera, la religion del bienestar material.

Su templo es el banco, su ley los registros en partida doble, y su sol el oro de California. Los que practicarán dignamente esta religion, tendrán el placer infinito de contemplar el esplendor de una caja de *dollars*, y los que renegarán de ella, vivirán en la pobreza.

Formulando de este modo el dogma de los Estados-Unidos y de la moderna Cartago, no

pretendo probar que la digna república destierre de su suelo toda otra apariencia de doctrina, ó todo otro símbolo religioso. Al contrario, respecto á esto, es de una sin igual prodigalidad. Crea sectas cuya sola enumeracion es muy larga, paga clérigos y misioneros, y funda Iglesias. En Nueva-York hay doscientas veintidos Iglesias, y unas veinte sectas diferentes, desde la de los episcopales, que es la mejor dotada, hasta la de los secuaces de Swedenbosg, que no posee actualmente mas que dos capillas. Pero los fieles no dan mas que una hora al culto, no consagran mas que este tiempo á escuchar á su pastor, y todo el resto de la semana, desde por la mañana hasta por la noche, lo consagran al culto por escelencia, al culto del dinero. Cualquiera que hable aquí de dinero, puede estar seguro de que tendrá quien le escuche. Todo lo demas se admite con cierta indiferencia, y resuena como una palabra vacía de sentido en medio de una numerosa multitud.

Nueva-York es la Jerusalem de este evangélio, y todas las otras ciudades se conforman con sus doctrinas, y tratan de seguirla como mejor pueden.

El Broadway, que atraviesa esta ciudad, es una de las calles mas largas y animadas que existen en el mundo. Pero no creáis ver en ella nada que se parezca al aristocrático aspecto de la *Nevosky perspective* de Petersburgo, ni al alegre espectáculo que presentan nuestros *Boulevards*,

ni á la severa grandeza de los *Tilleuls* de Berlin, ni á la *Ostergade* de Copenhague. ¡Nada de eso! Esas cosas no son mas que la vanidad del antiguo mundo, lugares donde solo se ostenta la mas grande ociosidad. Aquí todos van y vienen, á pié, en omnibus, en coche ó en un carro, con un asunto en la cabeza, con un negocio que arreglar. Aquí no se camina, se corre, se precipita cada uno sobre los demás, les empuja, y sin cuidarse del riesgo, pasa debajo de la andamiada de una casa que se está construyendo, sobre las tablas mal juntas que cubren un sótano, y entre los caballos y los carruajes. Ningun obstáculo detiene ese perpetuo hormigueo; por todas partes recuerda uno la sentencia de Gorgibus: "A nada debe ceder el cuidado de poseer."

En cuanto á los encantos de ese delicioso *far mente*, de los paseos deliciosos, de la beatitud parisiense llamada ociosidad, no existe en Nueva-York un solo honrado ciudadano que tenga ni siquiera el pensamiento de entregarse á ella un momento. Para que aquí se conozca una monstruosidad semejante, es preciso que los estranjeros la traigan. Durante el tiempo que he pasado en Nueva-York, yo creo que he sido el único ocioso á quien se ha visto pasear desde la plaza del parque al hotél Delmonico, parándose delante de las librerías ó delante de las paradas de los revendedores de periódicos, bajar hasta la verde alfombra de la batería, á orillas del rio, y dar vueltas por el agua como el *gansaron* de Moliére.

Pero, no, me engaño. Desde medio dia hasta las dos, en los parajes mas concurridos del Broadway, vése aparecer un gran número de mugeres jóvenes, que parecen dominadas tambien por el demonio de la ociosidad y del capricho, que van de tienda en tienda, contemplando la hermosura de un nuevo raso, y haciendo largos comentarios sobre la forma de un gorro. Pero al verlas cargadas con todo lo que el cuerpo de una muger puede cargar de seda y tercio pelo, chales y encajes, collares y joyas, hacen creer que no se pasean únicamente por placer, sino que ostentan sus adornos para dar á conocer por medio de ellos la fortuna de su casa, ó quizás para anunciar con su abundancia de penachos ó de diamantes, cada una de las victorias conseguidas sobre el enemigo en los campos de la especulacion.

La especulacion es el campo de batalla de los americanos, y las mugeres son sus heraldos de armas. A cada instante se entrega aquel no solamente en la larga línea del Broadway sino tambien en la populosa Walstreet, en la Waters-treet, y en fin, en todos los barrios de la ciudad, á los terribles asaltos del ágio y el descuento. Mas de un atrevido combatiente vé disminuir su cartera y sangrar su caja, mientras que su feliz antagonista regresa á su casa, donde su muger, estremeciéndose de gozo á la vista de sus coronas de *bank-notes*. (billetes de banco), entona como un *valkirie* el canto varonil de la victoria.

Debiendo una vez cierta tribu de indios recibir una suma de cien mil pesos, por unos terrenos que la magnánima república habia tenido á bien comprarle, los comisarios del gobierno propusieron á los antiguos dueños de los terrenos, colocar medio millon en el banco de Filadelfia, diciéndoles que cada año podrian cobrar los intereses, sin ver disminuirséles el capital. Los buenos de los indios hicieron mil cálculos y no pudieron esplicarse cómo podia hacerse lo que les proponian. Por fin, uno de ellos, mas ingenioso que los demas, les dijo que sin duda el banco de Filadelfia debia ser un establecimiento donde los dollars reproducirían otros, como los pájaros de los bosques.

Los americanos rieron mucho de la sencillez del indio. Sin embargo, deben ellos estar tambien convencidos de que efectivamente deben producir otros pequeños, pues les cuidan con tierna solicitud y amor.

Para comprender todo el ardor con que los cuidan, es preciso recordar que en su virtuosa democrácia no tienen otra señal de distincion; ni nacimiento, ni títulos nobiliarios, ni talento artístico ó literario. Todo debe pesarse aquí en el pesillo del platero. Si hablais de los viajes que ha hecho un capitan, ilustrándose con un descubrimiento, si citais los lugares notables que ha visto y las observaciones que ha hecho, os interrumpirán preguntandoos qué sueldo tenia. Si un pintor se ha distinguido en la esposi-

cion, y al mismo tiempo que los mayores elogios, ha recibido una medalla de oro como precio concedido á su talento, no le hacen caso á los elogios, y lo único que preguntan es el precio de la medalla. Cuando se cuenta á un americano que Mauway daba á lord Byron seiscientas guineas por un canto de *Child-Harold*, abre los ojos, y esclama con poético entusiasmo que hubiera querido componer el *Child-Harold*. Pero si les decís luego que Beranger vive en una modesta casita de Passy, y que no disfruta mas que de una renta muy módica, se rié de la gloria de Beranger, y dice que mas le hubiera valido entrar en el comercio.

Sabido esto, ya conoceréis que aquí la literatura no puede desarrollarse de un modo muy notable. Cooper, Washington Irwing y el sábio historiador Prescott, han indudablemente adquirido mas gloria en Europa que en los Estados-Unidos. Allí no se vé mas que el mérito de las obras, y aquí se advierte muy formalmente, que con todos sus escritos no han logrado hacer fortuna.

Sin embargo, cuando se entra en las librerías de Nueva-York y cuando se cuenta la gran cantidad de periódicos que se publican en América, pudiera creerse que no hay en el globo un pueblo mas literario. Pero los libreros de acá no hacen mas que reimprimir en tamaño compacto y al precio mas cómodo, los elegantes in octavo de Inglaterra, ó traducir las novelas de nuestros

folletines. Alejandro Dumas alimenta aquí mas prensas, papeleros y encuadernadores que en Francia. En cuanto á los dos mil cuatrocientos periódicos de que tanto se envanecen los Estados-Unidos, como una señal de sus luces, á menos que se les haya tenido en las manos y leido atentamente, no creo que sea posible formarse una idea de una publicacion tan grande de diatribas personales, crónicas groseras, anécdotas pueriles, y una confusion tan grande de noticias políticas y comerciales, mezcladas de ditriambos en verso, reclamaciones de comerciantes, y anegadas en un océano de anuncios. Nada de lo que se vé en Francia puede dar una idea de lo que son estos anuncios. Son un inventario cuotidiano de todas las mercancías imaginables mezcladas; en un inmenso arsenal; son el registro de todas las invenciones y de todas las industrias, desde el tabernero hasta el negociante. Voy á traduciros una literalmente, para probaros hasta donde se estienden las ingeniosas combinaciones de los americanos. "A las esposas y maridos desgraciados. (*To unhappy wives and husbands*)." El firmante que, tiene una grande esperiencia en los negocios de divorcio, ofrece sus servicios á las personas que deseen librarse de los lazos del matrimonio, y ponerse en estado de contraer otra union. Responderá inmediatamente á las comunicaciones confidenciales, que se le dirijirán "*francas de porte.*"

¡Qué progreso! M. Foy ha tomado bajo su

patrocinio á los celibatarios, pero sigue aún la ráncia escuela de los romanceros. Una vez concluido el matrimonio, se abrazan, y ya está el negocio concluido. Hé aquí un sábio americano que sabe muy bien que las cosas no se pasan de este modo en el mundo real, que se compadece de aquellos á quienes la última página de las novelas ha engañado, puesto que les ofrece su esperiencia. Notad bien esta palabra *esperiencia*. El buen hombre se ha quizás divorciado algunas veces, y sabe lo que en semejantes casos debe hacerse; de modo que su filantropía le obliga á responder inmediatamente á los que le dirijirán *francas de porte* sus elejías matrimoniales. No solamente rómperá sus odiosos lazos, sino que les ayudará á formar otros nnevos. ¡Oh, y qué hábiles son los americanos, y cuán atrasados estamos nosotros, que creemos ser muy intelijentes.

Despues de haber tributado este justo homenaje á los anuncios, debo añadir, que escepto *l' Abeille de Nueva-Orleans* y el *Courrier des Etats-Unis*, no conozco un solo periódico americano, incluso el mejor de todos ellos, que es el que escribe el distinguido poeta Mr. Bryant, que pueda, por sus materiales, compararse á los mas insignificantes que se publican en nuestras provincias. Como las ciudades son aquí muy considerables, cada una de ellas publica diez ó doce, y cada pueblo dos ó tres, y resulta de esto, que ninguno de ellos llega á tener bastantes suscritores para poder ofre-

cer una justa renumeracion á uno solo de los escritores de talento. Los unos están sostenidos por tal ó cual partido, del cual son el órgano, y los otros solo viven de sus anuncios.

En resumidas cuentas, la profesion de los escritores, de los sábios ó como dicen los alemanes de *privat gelehrte* no se conoce aquí, y si es que ella existe, solo existe sumida en la humildad y en los sufrimientos. La única profesion deseada y honrosa es aquí la del industrial y del negociante. Ella abre el difícil sendero de la fortuna, y la fortuna es la primera, si no la única ambicion del americano.

En los Estados-Unidos, se emplea en la conversacion habitual, en los libros y en los periódicos, una espresion que merece ser citada como un rasgo de sus costumbres, y que trataré de poner en claro por medio de una comparacion. Cuando en Francia hablamos de la situacion material de un individuo, decimos: posee tantas tierras á tal capital. ¡Posee! es decir es dueño de, aquello; de lo cual puede hacer lo que quiera y disponer á su antojo. Esto esplica que la propiedad se coloca en lugar secundario, y que el hombre la domina. En el lenguaje de los Estados-Unidos no solo figura el hombre en el rango inferior, sino que se vé absorvido y anulado en el número de sus propiedades. Aquí os dicen: Fulano vale un millon. Poco importa que sea un hombre instruido ó que sea un ignorante, lindo ó feo, elegante ó vulgar. Vale un millon

este es el hecho y si mañana le viera destruido por una bancarrota, no valdria quizás mas que quinientos mil francos, ó menos, ó nada.

Asi como en Francia no tenemos mas que una medida uniforme para las distancias y los pesos á causa de nuestro sistema decimal, aqui no existe mas que un modo de apreciar el dinero. En Rusia, los rangos de la gerarquía social están proporcionados á diferentes grados militares; aquí, cada posicion social está colocada segun tal ó cual cantidad de dinero. Si los americanos, que se envanecen de hacer un asíduo estudio de la Bíblia, piensan alguna vez en la divina escala de Jacob, supongo que muchos de ellos deben representársela como un edificio mágico, donde al nivel del suelo, el genio de la industria no hace mas que recojer schellings, un poco mas alto escudos, y mas alto, las queridas piezas de oro que se conocen con el nombre de águilas.

Derrotas y victorias, penas y recompensas, todo está reglamentado á una tarifa, calculado sobre una suma de dinero. Un crímen se paga con una multa, una promesa solemne se deshace con dollars. ¿Quereis una prueba? puedo daros varias.

Abro un diario de Nueva-York, y veo que un maquinista está acusado de un ligero crímen, de haber causado por sus descuidos la esplosion del vapor *la Louisiane*, que no ha hecho morir mas que doscientas personas; pone ocho mil pesos en garantía, y se pasea esperando su juicio

como todo honrado ciudadano, por las calles de Nueva-Orleans.

Abro un diario de Syracusa del 26 de Noviembre, que ha caido en mis manos por casualidad, y en su segunda columna leo esta curiosa anécdota: "*Rompimiento de compromiso.* El negocio de Catalina Johnson contra James W. Reinolds por rompimiento de promesas de casamiento, ha sido juzgado en Pittsbourg, el viérnes último. Las dos partes ocupan en la sociedad una posicion respetable. Ha sido probado que el amante valia (*was worht*) tres mil pesos, y el jurado le ha obligado á dar á la querellante, á título de daños y perjuicios, la suma de cien pesos."

¡Cuántas cosas notables encierran estas pocas líneas! En ellas vemos á un individuo que sedujo á una muger por medio de una promesa de casamiento, que por medio de esta promesa la ha arrastrado Dios sabe hasta qué punto, y luego dice: ¡Basta ya, no quiero casarme! La infeliz engañada no se arranca los cabellos en su desesperacion, no va á arrojarse al lago, ni recurre á los recuerdos ó al honor de su infiel amante. Ella no ignora que en los Estados-Unidos las cosas pasan de otro modo, de un modo menos romántico. Acusa ante un tribunal al que la ha miserablemente engañado, como á un deudor contra el cual tiene el derecho de reclamar un abono legal. Uno y otro comparecen juntos ante el jurado, y entrambos, dice la crónica, ocupan en la sociedad una posicion respetable. No

dicen lo que vale la muger, pero dicen que el hombre vale tres mil pesos. Por su desgracia, parece que ha abusado demasiado de su elocuencia y de sus juramentos. El jurado, despues de un sério exámen de la cuestion, y de un vivo debate, (*warm contest*) le condena á dar á la querellante la suma de cien pesos. Despues de esta sentencia, el amante vale cien pesos menos, y la querida cien pesos mas. Hé aquí el modo con que en los Estados-Unidos se castiga el crímen y se recompensa la virtud.

Pero no solo con la raza humana ejerce el jurado su justicia. Su mision se eleva hasta la Providencia. Cuando la cosecha ha sido bastante regular, cuando cada campo ha producido lo que poco mas ó menos se esperaba de él, cuando no ha reinado una grande epidemia entre los ganados, cuando no ha habido muchos naufragios, en una palabra, cuando Dios ha tratado bien á su hija americana, le sacrifican reconocidos veinticuatro horas de trabajo. El gobernador, intérprete de la justicia del pueblo, espide la órden de que tal dia se cerrarán todas las tiendas y quedará interrumpido el movimiento comercial. Así sacrifican á Dios el dinero que hubieran podido ganar en aquel dia. En uno de estos dias solemnes me he encontrado yo en Nueva-York. Todos los almacenes estaban cerrados, todos los dependientes ausentes. La ciudad entera celebraba los favores del Señor con el mas profundo silencio, con el silencio

de un domingo, que es cuanto se puede decir. Por la mañana, el vapor inglés trajo la noticia de que los algodones habian aumentado *tres céntimos* por libra en el mercado de Liverpool. Un periodista tomó la pluma, hizo un cálculo, y encontró que esta alza de precio daba á los Estados-Unidos, por el año de 1848, el beneficio inesperado de algunos millones de pesos; y hecha ya la suma, aplaudió la idea del gobernador que quiso consagrar aquella parte del dia al Ser Supremo.

¡Oh Dios de bondad! haz que en el año próximo aumente el algodon de seis céntimos por libra, y te dedicarán dos dias de acciones de gracias.

Si el amor del dinero se revelara solo por algunas manifestaciones singulares, pudiera uno reirse de ellas, pero no condenarlas. Desgraciadamente los americanos van mas allá: su amor al dinero penetra hasta el fondo del corazon del pueblo, corrompe sus sentimientos, y pervierte hasta los primeros principios de moral y lealtad. Considera legítimos unos hechos que nosotros reprobamos justamente, y se envanecen con lo que nos avergonzaria á nosotros.

En Francia, un acto de improbidad en el comercio, se vé señalado y acusado por la opinion pública. Una bancarrota, es una mancha que no se lava antes que pasen tres generaciones. En los Estados-Unidos, no hay otra sentencia que la que pesa sobre aquel que hace malos nego-

cios; no hay mas triunfo que el que produce un buen éxito, aun cuando para conseguirle se valgan de cualquiera medio. En los Estados-Unidos se habla de una bancarrota como de un simple accidente, y muchas veces como una ingeniosa invencion. Os enseñan una casa espléndida y os dicen: El hombre que cubrió de billetes de banco el terreno que quiso comprar para construir este edificio; que ha mandado dibujar esta fachada, y cincelar estas columnas; el que para adornar convenientemente su casa encargó en Paris las mas ricas alfombras y los mas bellos muebles, ha hecho tres veces bancarrota, pero es un hombre muy intelijente; ha sabido arreglar muy bien sus negocios, y ahora es muy rico. Lo que pensarán sus acreedores al medir con los ojos la estencion de su gran casa, no lo sé; pero quizás admiran su habilidad, y se echan en cara el no haber sabido hacer lo que él.

Si una bancarrota no basta para salvar á un comerciante que está en crísis, para cubrir sus locuras y acrecer su capital, recurre á un medio muy enérgico, y es el de pegar fuego á su casa. Espone á sus vecinos á ser víctimas de las llamas, es cierto; pero él tiene asegurada su casa por una suma mucho mayor que su capital, y sus registros y las pruebas de su déficit perecen en las llamas. Ya se sabe que en ninguna parte, ni aun en Constantinopla, son los incendios tan frecuentes como en las ciudades de América; y

es positivo que la mayor parte de ellos están atizados por aquellos mismos que al dia siguiente gritan desesperados, lamentándose de su catástrofe. La policía no le forma mas que una pequeña sumaria, y ordinariamente el jurado les absuelve; de tal modo se practica en América esta hermosa invencion, que se oye decir con la mayor sangre fria: los negocios van mal, y hay muchos que han tenido pérdidas insoportables; en este mes los bomberos tendrán mucho que hacer.

Y esto no es todo. Me atrevo á afirmar que en ninguna capital de Europa, en ninguna *white-chapel* de Lóndres ó de Paris, la miseria ó la avaricia inventan crímenes tan monstruosos como los que se cometen diariamente en los Estados-Unidos, y cuyos pormenores nos cuentan los periódicos todos, con todos sus detalles. Nueva-York es el refugio de una gran cantidad de aventureros, á quienes la policía del antiguo mundo cometió la crueldad de estorbarles en su ndustria; es el Botani-Bay voluntario del crímen y de la vagancia de Europa. Como se entra sin pasaporte; como se puede, al poner el pié sobre esta tierra de libertad, cambiar sin ninguna dificultad un nombre muy usado y conocido por otro vírgen; y como es muy fácil obtener el título de ciudadano americano, y gozar de todos los privilegios adherentes á este título, resulta de esta benéfica organizacion, que todo individuo que no pudiera pasearse muy li-

bremente por las calles de nuestras capitales, puede aquí ir por do quiera, y ejercer con toda libertad su industria. En ninguna parte existe, comparativamente con la poblacion de Nueva-York, un número tan grande de pícaros como en esta ciudad. El estranjero está espuesto á verse engañado á cada paso ó robado del modo mas audaz. Lo mejor que puede hacer es callarse, y no recordar lo que le ha pasado mas que como una leccion. Si trata de reclamar, es muy probable que no le escucharán. Si persiste, si tiene el valor de recurrir á los tribunales, quizás estos aplicarán á su herida un remedio que se la hará mucho mas sensible. Aquí, jueces y comisarios están elejidos por el pueblo, y ellos tienen muchas consideraciones para él, que les dá los títulos y los sueldos. En cuanto á los estranjeros, nada les deben: el estranjero no ha votado por ellos en las últimas elecciones, ni votará en las próximas. A sus ojos el estrangero robado es una especie de náufrago, sobre el cual el americano tiene el derecho de *salvamento*. Esto no es una calumnia, y pudiera apoyarlo con una gran cantidad de hechos auténticos; este no es mas que uno de los lados de la inmoralidad de Nueva-York. ¡Qué cuadro tan espantoso pudiera pintar el que hubiera observado con sus propios ojos el interior de esos antros de rapiña, donde un huésped hambriento alberga á su llegada á todos los inocentes emigrados, y el que hubiera penetrado en esos barrios malditos,

en esas cortes de los milagros de la metrópoli comercial! He oido contar escenas y citar hechos que hacen estremecer.

¿Despues de esta lijera pintura, creereis que parece que no sea Nueva-York una ciudad muy agradable? Y sin embargo, lo es, no al llegar, sino despues que se pasa algun tiempo en ella. Hay aquí todo el carácter de una grande ciudad y luego en su romántica situacion, en los magníficos puntos de vista que la rodean, en sus inmensos recursos, en sus activas relaciones con el mundo entero, se encierra el encanto de un sabor fuerte y estraño, que acaba por seducir á los mas rebeldes, y hacerles pegarse á esta poderosa Cartago. Por mi parte confieso que despues de haberla maldecido, he acabado como todos por ceder á la fuerza de su singular magnetismo. Despues de haberla dejado por un mes, he vuelto á entrar en ella con placer, he vuelto á ver con alegria el Broadway, y he saludado desde lejos el hotel Delmónico, el único bueno que he encontrado en los Estados-Unidos.

## XII.

# FILADELFIA.

Tres hombres notables.—Tres úpos distintos.—Estévan Girard.—Su vida y su colegio.—El penitenciario.—Las pretensiones de Filadelfia.

¿Queréis que volvamos otra hoja del album de los Estados-Unidos? Véamos Filadelfia: tiene dos rios para ayudarla en su comercio, el Schulkyll que se reune al Delaware, y el Delaware, vasto y profundo, que á ciento veinte millas se reune al Océano: está en una vasta y fértil llanura; sus anchas calles están alineadas simétricamente, y construidas en ángulo recto;

en el centro, un perpétuo movimiento de carros de transporte, omnibus, muchos negociantes, y una poblacion de doscientas treinta mil almas; en diferentes puntos, una reproduccion exacta del cuadro de Nueva-York; en otras partes, una fisonomía distinta, que trataré de indicaros.

Tres hombres han perpetuado su nombre en esta ciudad, y representan sus tres diferentes caracteres. Son éstos hombres G. Penn, Franklin, y Girard.

El primero que al mismo tiempo que profesaba los austeros principios de la secta de los cuákeros, ejercia en Inglaterra el oficio de cortesano, obtuvo de Cárlos II la concesion de este distrito, cubierto entonces de bosques, y que él designaba en aquella época con el nombre de Sylvania. A voluntad del rey le añadió el nombre de Penn, fundó Filadelfia, y le dió desde su orijen el tipo cuákero que ha conservado siempre.

Franklin, que muy jóven vino á establecerse á esta ciudad, donde hizo su fortuna y concluyó su carrera; é introdujo en ella el gusto á los estudios, que hasta ahora ha conservado, y que la distinguen del prosaismo de Nueva-York.

Girard en fin, el héroe glorioso de las legiones comerciales, el Nabá de la Calcuta americana, el rey de los especuladores Girard ejerció un grande influjo en las empresas rentísticas de Filadelfia, las animó con sus éxitos asombrosos, y las apoyó con su crédito.

Este hombre, á quien se puede considerar co-

mo la imájen mas completa del carácter americano, por su amor al dinero, por sus frias y severas costumbres, por la rapidez y audacia de sus cálculos, este hombre que, por su asombrosa manifestacion de los principios del órden y de la economía, tantas veces formuladas por Franklin, este hombre, que fué un testimonio vivo de la sabiduría de Richard, este hombre era francés, no de la Normadía, ni de la áspera y laboriosa Auvernia, ni de la testaruda Picardía, ni del industrioso y varonil Franco-Condado, era hijo de una de sus alégres provincias, era de las orillas del Gironda.

Fugitivo de la casa paterna como otro Robinson, alimentando ese ardiente deseo de aventuras, que hace notables á los hombres, se embarcó á la edad de doce años como grumete, en un buque que iba á las Indias Occidentales. Semejante á los rios cuyo nacimiento se oculta bajo las nubes de las montañas, fué desconocido el orígen de su rio de dollars, que durante medio siglo brilló con sus doradas ondas en la ciudad de Filadelfia.

Lo único que se sabe es, que de su humilde oficio de grumete, Girard se elevó al de patron de buque, y que en calidad de tal llegó á Nueva York, en el año de 1775. Desde allí se retiró á New-Jersey, y aprovechándose de las lecciones que habia recibido en las Indias, se puso á fabricar cigarros. Como esta industria no satisfacia sus esperanzas, ó pareciéndole quizás har-

to pequeño el teatro de sus especulaciones, en 1779 fué á Filadelfia, donde se le vió en una especie de barraca, vendiendo cables y herramientas. En esa época, nada anunciaba aún su brillante destino de banquero, y los marineros y aldeanos que iban á comprarle algunos pedazos de cables ó algunos clavos viejos, no creian tener delante de sí á uno de los mas grandes hombres futuros de la América, es decir, á uno de los mas ricos.

El tiempo, ha dicho el evangelista del mostrador, el buen Franklin, el tiempo es el dinero; y Girard, siguiendo al pié de la letra esta máxima, no perdia ni una hora, ni un minuto. Antes de abrir su tienda de ferretería, habia hecho un rudo comercio en los alrededores de Filadelfia. Con una lancha se iba á lo largo del Delaware, llevando á los aldeanos diversas mercaderías comunes, y recibiendo en cambio sus productos. Pasarónse de este modo veinte años, durante los cuales trabajó como una hormiga, viviendo muy oscuramente, recojiendo cuanto encontraba á su paso, y no haciendo resonar sus escudos, mas que cuando lo creia necesario para enganchar á alguno en sus redes. En la oscuridad en que vivia, preparaba sus alas, y no eran esas las de Icaro. Una vez que las hubo hecho, pudo sin temor desafiar el sol de la fortuna. En 1812, fundó un banco, y puso en el un capital de ocho millones de francos. Un año mas tarde, debiendo el gobierno negociar un empréstito de cinco

millones de pesos, Girard fué quien los procuró.

Desde entonces el nombre del bordelés se halla mezclado en la mayor parte de las empresas comerciales de Filadelfia. Al mismo tiempo que entraba en diversas asociaciones, se entregaba por cuenta suya á un vasto comercio; tenia capitales en un gran número de especulaciones, buques navegando en diferentes rumbos, y era hombre que no entraba jamás en una especulacion sin saber lo que se hacia. Concentrado en sí mismo, á nadie confiaba sus proyectos, y solo con mucho trabajo queria saber aquellos en que deseaban asociarle. En una palabra, no comprendia mas idioma que el de los negocios, todo lo demas era para él insignificante, y probablemente el que hubiera querido hablarle del cielo azul, y de los sitios pintorescos de su país natal, hubiera sido muy mal recibido por él. Ninguna armonía poética podia distraer su espíritu completamente absorto en la region de los números; ningun sueño de descanso bullia en su imaginacion. No tenia mas que una pasion, el trabajo; no tenia mas que un goce, el de contemplar las sumas de sus registros, y contar las fanegas de tierra que compraba en todas partes.

Si alguna vez su corazon palpitó en medio de sus goces materiales, ó bajo la impresion de un sentimiento mas tierno, no lo dice la historia. Si alguna vez, alguna inocente muger, logró hacer brillar por él un rayo cariñoso, y esperó inspirarle una pasion mas noble, debió ser digna de

lástima, porque pronto le hubiera visto sumirse otra vez bajo las únicas é imperiosas ideas que debian dominar su vida entera, trabajo y dinero.

Al salir de su despacho, iba Girard á una de sus casas de campo á visitar sus jardines, á examinar sus bosques, á descansar de sus cálculos, tomando la hazada ó la horquilla para cultivar sus plantas, ó dar de comer á sus animales. Envanecíase de tener en sus propiedades los mejores frutos de la comarca, pero no los cultivaba ni para que adornaran su mesa, ni para comerlos: los cultivaba para mandarlos al mercado para venderlos. A pesar de sus costumbres, no era sin embargo ni un Skylok ni un Harpagon. Muchas veces abria su mano generosa para sostener una empresa de utilidad pública ó consolar un infortunio. Habia alguna semejanza entre él y el americano, que generalmente gasta muy liberalmente el dinero que persigue siempre con ardor.

En fin, Girard fué rico, inmensamente rico. Poseía vastos terrenos en la Luisiana, otros en la Pensylvania, no sé cuántas casas en las calles de Filadelfia, buques, acciones en todas las compañías de vapores y ferro-carriles, es decir unos sesenta millones. El, pobre hijo del mediodía, logró por medio de su industria y de su trabajo poseer el Eldorado, cuando un dia la muerte quiso tomarle por su cuenta y embarcarle en su lancha para hacerle viajar por otros paises.

¡Pobre afortunado Girard! Quisiera saber qué penas pesaron sobre tu alma, cuando viste lle-

gado el momento en que debias despedirte para siempre de las riquezas que con tanto afán recogiste, de esos tesoros que contemplabas con tanto orgullo; quisiera saber si entonces tu espíritu, envuelto continuamente en las redes de las especulaciones, consagró un recuerdo tardío á tu pais natal; quisiera saber si te dijiste en aquella hora suprema, que mas te hubiera valido gozar de los perfumes de la tierra, de la claridad, de un cielo puro, de los santos goces del corazon, que imponerte perpetuamente tanta soledad para reunir una cosecha que en un momento debia escaparse de tus manos para siempre. Quisiera saber si entonces no sufriste amargamente, y si no consideraste como una locura, lo que antes te hacia mirar como tales todas las demas cosas.

No, Girard llevaba una cuenta exacta de sus compromisos, y mucho tiempo antes de morir habia arreglado su testamento.

Este testamento es un testigo curioso de un espíritu cuya tenacidad nada puede romper. A pesar de la misma muerte, la obra de Girard continuará hasta mas allá de su tumba, y sus cálculos le sobrevivirán muchos años. Tales son los deseos del hombre; cuando sus alas van á plegarse, es cuando mas estiende su vuelo. El poeta, canta á la luz de la vacilante lámpara el canto del cisne, el viajero habla de las lejanas regiones que queria recorrer; el rentista escribe sobre el papel los números que deben inmortalizar su memoria.

Girard ha dejado en su testamento un gran número de disposiciones, y no hay una sola entre ellas, que no sea como la continuacion del cálculo que le ocupó durante toda su vida. A sus mas cercanos parientes, no les dejó mas que muy módicas sumas. "Yo mismo, decia él, he adquirido mi fortuna con mi trabajo; es preciso que traten de seguir mi ejemplo." Legó cien mil francos á cada una de dos sobrinas que tenia. Esas sumas debian colocarse en un lugar seguro, y capitalizarse hasta la mayor edad de las legatarias. Dejó una gran parte de sus dominios á las dos ciudades de Nueva Orleans y de Filadelfia, con la condicion de que sus tierras se administraran regularmente durante diez años despues de su muerte, pasados los cuales los magistrados estaban facultados para disponer de ellas.

Legó una suma de mil quinientos pesos á cada uno de los capitanes de buque que hubieran hecho por lo menos dos viajes á su servicio, con la condicion de que cada capitan llevara á puerto el último buque que se le hubiera confiado, y que no hubiese faltado á ninguna de las instrucciones que hubiese recibido. Ni aun despues de su muerte queria ser engañado.

Dotó diversos establecimientos de beneficencia con una gran parte de su fortuna; esto último bastará por sí solo para honrar para siempre su memoria. Pero quiso tambien elevarse una pirámide; esta pirámide es un colegio que

debe llevar su nombre, y en el cual se admitirán á trescientos huérfanos, que serán mantenidos, enseñados &c. Al legar para este establecimiento un vasto terreno en las afueras de la ciudad, y quince millones, se complació en trazar el plan del edificio que debia construirse, y en establecer las principales bases reglamentarias de su institucion. En primer lugar, quiso que los huérfanos admitidos en su colegio recibieran en él una educacion esencialmente práctica. Las lenguas clásicas eran consideradas por él como un lujo supérfluo. Sin embargo, dejó escrito que si alguno de sus discípulos demostraba mucha disposicion al estudio de esos idiomas, bien que de nada servian para los negocios, no prohibía que se dedicaran á ellos. Pero ante todo exigió que se les enseñara todo lo que puede formar buenos negociantes, industriales y agricultores.

Esto es muy acertado, y debiéramos desear en Francia muchos Girard para que nos legaran instituciones basadas sobre el mismo principio. Gracias al cielo y al presupuesto, tenemos bastantes colegios donde se comenta á Horácio y á Sófocles, y donde pasamos los mejores años de nuestra vida siguiendo una larga y estéril rutina.

En segundo lugar prohibió formalmente la entrada en su colegio, *á todo eclesiástico misionero ó ministro, de cualquiera culto que fuese.* "Al formular esta prohibicion, decia en su testamento,

no deseo atacar de ningun modo á los clérigos. Pero como hay entre nosotros tantas doctrinas religiosas diferentes, deseo preservar á los discípulos de mi colegio de las escitaciones que pudieran producir en ellos esas diversas doctrinas. Deseo que los profesores se concreten á enseñarles los principios de la mas pura moral, el amor de la verdad, de la sobriedad, y de la industria, y que mas tarde, cuando lleguen á la edad de la razon, escojan ellos mismos su culto."

Aunque nuestra querida Francia no sea ya el religioso país de otros tiempos, una ley semejante hubiera escitado sin embargo generosas repulsiones, y estoy firmemente persuadido de que existe en él un gran número de familias pobres, que no quisieran confiar sus hijos á una institucion donde se prohibiera la enseñanza de la religion. En América, la escesiva tolerancia en materia de religion conduce muy facilmente á la indiferencia. La prohibicion de Girard no dispertó la menor dificultad en su aplicacion, y quizás tampoco ninguna sorpresa.

Despues de su muerte, se empezó á construir su colegio bajo el mismo plano que él habia trazado, y nada se ahorró, ni mármoles, ni lujo. En el centro de un inmenso cercado se eleva un edificio de mármol, que parece copiado de la Iglesia de la Magdalena da Paris. Hay allí los salones de estudio con mesas de caoba y atriles cubiertos de paño; hay tambien el salon de los inspectores. Sobre el pórtico, se eleva una es-

tátua de Girard, ante la cual, el conserje que me acompañaba se inclinó como un sacristán ante un altar. La escalera es de mármol, y el suelo está por todas partes cubierto de tapices.

De cada lado de este magnífico monumento, hay otros dos mas pequeños, de mármol tambien y guardando iguales proporciones. Esas cinco construcciones costaron un millon novecientos treinta y tres mil ochocientos veintiun pesos. Le quedan al colegio trescientas cincuenta mil libras de renta. No pude dejar de manifestar al director del establecimiento, la admiracion que me causaba la vista de tanta esplendidez de arquitectura, para un establecimiento que solo debe servir para una escuela de segundo órden, como las hay á centenares en Alemania con el nombre de *Realshulen*.

Se ha querido honrar de esta manera la memoria de Girard, me respondió. A mí me pareció que la hubieran honrado del mismo modo cuidando bien de su real dotacion, para poder socorrer á un mayor número de discípulos.

Diez millones de francos, que viene á formar la dotacion de Girard, dan, si no me engaño, unos quinientos mil de renta, que añadidos á los trescientos cincuenta mil, son ochocientos cincuenta mil, empleados á dar lecciones de francés y español, y lecciones elementales de matemáticas y física, á trescientos niños. Con una renta igual, se educaria en Francia la reciente generacion de varios de nuestros departamentos.

Al salir de allí me enseñaron una miserable cabaña de madera, habitada por la madre de uno de los discípulos de Girard, que es una pobre viuda que gana su vida vendiendo frutas y legumbres. Mientras lucha ella con la indigencia, su hijo viste como el hijo de un rico, se sienta á una buena mesa, duerme en una buena cama. y habita un magnífico palacio. Ningun ministro del altar dispertará y alimentará en su corazon el recuerdo de su hogar natal, el amor que debe conservar hácia la humilde muger que le ha dado el ser. Sus profesores no harán mas que seguir la órden que se les ha impuesto; conténtanse con aglomerar en su memoria sumas y palabras, y nada tienen que ver con su alma. Cuando ese muchacho saldrá de su magnífica morada, se sentirá humillado al pasar junto á la habitacion de su madre; se sentirá avergonzado al considerar que es hijo de una vendedora de frutas. ¡Oh vanidad del hombre! ¡Oh Girard! ¡Habeis creido quizás hacer una obra muy grande! Quién sabe cuántos malos pensamientos germinarán bajo las brillantes bóvedas de vuestra institucion, y quién sabe tambien cuantas infelices madres os acusarán un dia de haberles robado el respeto y el cariño de sus hijos.

A poca distancia de este establecimiento, del cual se envanecen los habitantes de Filadelfia, y que me ha hecho reflexionar muy profundamente, hay el penitenciario, que deseaba muy vivamente visitar.

Gracias á la amabilidad de un americano, á quien fuí recomendado, pude obtener el permiso de verle en todos sus detalles y fuera de las horas que está abierto para el público. Es un vasto edificio, rodeado de una muralla muy alta, y flanqueada por torres cuadradas. Tantas veces se ha descrito, que no trataré yo de hacer de él una nueva descripcion.

Está construido de tal modo, que desde una rotunda que se eleva en su recinto, los guardianes pueden ver todo lo que pasa en las galerías ocupadas por los prisioneros. En las galerías inferiores, hay los hombres, en las superiores, las mugeres. Cada uno tiene una celda bastante ancha y bien ventilada, en la cual hay una cama, una mesa, una silla, algunas sentencias religiosas colgadas de las paredes, y una Biblia. Su habitacion solitaria, da por una parte á una especie de patio de algunos piés cuadrados, cuya puerta se les abre una hora todos los dias; por la otra, un corredor, que se les cierra por una puerta de hierro y una de madera, al través de la cual el vigilante puede contemplarles á todas horas sin ser visto. Las mugeres no tienen jardin, sino dos cuartos. Está dispuesto todo de manera, que ninguno de los prisioneros puede ver á otro de sus compañeros de infortunio. El mas absoluto silencio y la mas completa reclusion le están impuestos. Al entrar en el penitenciario, deja detras de sí el mundo de los vivientes, deja hasta su nombre; toma un número

y queda trazado en guarismo. Muerto para su familia, muerto para aquellos que quizás se interesaban aún por su culpable existencia, no puede recibir ni una prueba de cariño, ni un solo recuerdo. Durante todo el tiempo que sufre su prision, está borrado su nombre del número de los vivientes. Cada dia un hornillo ambulante le lleva su alimento; cada domingo le invitan á escuchar desde su celda el sermon que le dirije un ministro del Señor, á quien no puede ver, ni de quien puede ser visto. Ninguna mirada compasiva se fija sobre él; ninguna mano amiga puede tocar su mano; su celda es una tumba, donde la justicia humana le sepulta vivo.

Detúveme en diversas celdas vacías, y me pareció que estaban construidas bajo los principios mas higiénicos. Mientras mi guía me esplicaba con una elocuencia admirable la hábil construccion, buscaba yo algunos vestigios de los que las habian habitado, y en una de las celdas esperimenté una emocion grande: en ella habia pasado cinco años una muger, la cual ocupó todo este tiempo en adornar su habitacion con las obras mas ingeniosas, bordados de seda, tapices de lana, y flores artificiales; la desnudez de las paredes desapareció bajo sus decoraciones; un pedestal que habia en su recámara, estaba lleno de ramilletes, como si hubiera encerrado aquello una invisible imájen que ocupara sin cesar su pensamiento. ¡Pobre muger! ¿Quién era? ¿Qué habia hecho? No quise siquiera pregun-

tarlo á los guardas; estos son mudos como las paredes, mudos como las piedras de un sepulcro. Quizás habia vivido allí un alma ardiente, arrastrada por un momento de delirio, por una exaltada pasion á un crímen. Todas aquellas flores y bordados encerraban para mí un pensamiento tierno y poético. Probablemente al trabajar, se esforzaba en borrar de su mente sus tétricas ideas, y procuraba reproducir con aquellos colores una imájen de los campos ó de los bosques, donde habia jugado durante su inocente infancia, donde tal vez habia amado, ó donde el génioe de la perdicion habia tomado posesion de su alma. Llegó para ella el dia en que la mano de los hombres le permitió franquear el umbral de su prision, y habia dejado allí su obra de muchos años de paciencia, como un piadoso legado para la que la reemplazara.

A pesar de las precauciones higiénicas que se emplean para los prisioneros, á pesar de cuanto me dijo mi oficioso guia sobre la escelente administracion del establecimiento, salí de él conservando la misma opinion que me habia formado antes de visitarle. Creo yo, que de todos los géneros de castigos inventados por las sociedades humanas, para castigar la infraccion de sus leyes, es el mas friamente bárbaro. Sí, creo que los tormentos de la edad media, los plomos de Venecia, eran menos terribles que ese sepulcro en que aquí se sepulta á los vivientes. En aquellos tiempos, los verdugos no atacaban mas que los cuerpos, no laceraban mas que las carnes

aquí entregan las almas al mas atroz suplicio; roban á los prisioneros el uso de los tres órganos con que se alimenta el pensamiento; el oido, la vista, y la palabra. Mientras que cada dia el mundo se mueve á su alderredor, mientras que las estaciones se suceden, vive solo, ignorado del mundo entero; solo entre cuatro paredes, solo en el luto de su corazon, en la sombría ajitacion de sus pensamientos. ¡Oh, como las horas, los dias y las noches deben ser largos en esa separacion de la vida humana, en ese ataúd donde las artérias laten, donde el espíritu conserva su accion, sin poderse comunicar á ningun ser humano! Recuerdo lo que el poeta aleman Schubart cuenta de sus sufrimientos, cuando le encerraron solo en un calabozo bárbaro. Despues de haber aguzado todos los medios que le sugeria su imaginacion para olvidar lo largo que le era el tiempo, se puso á contar uno á uno todos los hilos de su gerjon; cuando habia concluido, empezaba de nuevo la operacion. Diserten en buena hora los legistas sobre el mejor modo que pudiera emplearse para reprimir el crímen; combinen las sociedades filantrópicas los medios para convertir al criminal en virtuoso; si nada imaginan empero mejor que el sistema penitenciario, no deben por cierto enorgullecerse de su obra, pues creo que este sistema solo sirve para transformar á sus víctimas en locos ó idiotas.

Filadelfia se enorgullece de haber sido quien reveló al mundo los beneficios de este régimen,

y la grave ciudad de G. Penn tiene ademas otras muchas pretensiones. Envanécese tambien de ser una ciudad poética. Quizás por esto ha sembrado de árboles todos sus cuarteles, y dado á sus calles nombres idílicos: tales como del Cerezo, del Olivo, del Nogal, y del Manzano. Yo creo que para la nomenclatura de sus calles emplearon toda una obra de botánica; y parece que todas las ninfas de los bosques y de los jardines, fueron convocadas para asistir al bautismo de ellas. Filadelfia pretende tambien ser una ciudad estudiosa y literaria, y el hecho es que por su académia filosófica, por su museo de antigüedades y por su biblioteca de cuarenta mil volúmenes, puede justificar este título, en un país donde hay tan pocas instituciones científicas y literarias. Pretende tambien ser una de las ciudades mas religiosas y mas filantrópicas de los Estados-Unidos. Desgraciadamente algunos rígidos observadores hacen constar que, á pesar de su gran cantidad de sectas, la desmoralizacion es tan grande en Filadelfia como en Nueva-York, y que á pesar tambien de sus establecimientos de beneficencia, encierra en su seno, proporcionalmente, mas miserias que Lóndres y Paris.

Lo que mas esencialmente distingue á Fladelfia de las demas ciudades de los Estados-Unidos, es que se ve n en ella muchas gentes que despues de haber vivido algunos años entregadas

á sus especulaciones, realizan sus capitales, renuncian á los negocios, y se retiran á las silenciosas calles de las orillas del Schulkyll. El cómo emplean su tiempo, es lo que no podré deciros; lo que sí puedo asegurar es, que he conocido algunos que ni siquiera compran un libro, y lo único que hacen, es comprar como el negociante holandés, algunos cuadros con que adornan sus salones. Uno conocí particularmente, jóven aún y rico, que habia pasado algunos años en Paris. Durante todo el tiempo que pasé con él, no hizo otra cosa que hablarme de las diversiones del Ranelagh, de las escelentes tortillas, y de los magníficos *pitels polets* del café inglés. Decia que al acabar de arreglar sus negocios queria volver á Francia, pero ni se proponia ver nuestros monumentos, ni visitar uno solo de nuestros museos. Para él toda la Francia se encerraba en Paris, y todo Paris en las fondas de los Boulevards y los bailes de los Campos-Elíseos.

Esta ciudad de los Amigos, pues tal es el nombre que Penn la dió, me ha hecho caer diferentes veces en graves reflexiones. Al recorrer sus desiertas calles, al ver sus tristes habitantes, muchas veces me he preguntado cuál era el verdadero significado de la palabra misantropía, porque me parecia que esta fea enfermedad se habia apoderado de mí. Pero, ¿es ser misántropo no alegrarse con los americanos, que solo se alegran unos con otros?

## XIII.

# WASHINGTON.

Fundacion de la ciudad.—Su plan primitivo.—Su aspecto.—Longitud y denommacion de las calles.—Estado de los negros.—Cuestion sobre la esclavitud.—Sesiones del congreso.—Lucha de los partidos.—Wihgs, democrátas, locofoco.—El capitolio.—Corte de justicia.—Parlamento.—Biblioteca.—Movimiento aristocrático de los Estados-Unidos.—Edificios públicos de Washington.—El Patent-office.—Las reliquias americanas.—Tertulia del presidente.—Estraña reunion.—Una noche en una posada.

Por fin he llegado á ver en los Estados-Unidos una ciudad que no se parece á las otras, y no es culpa de los americanos, creedme, si esta capital no es una exacta copia en madera y ladrillos de los *squares* regulares, de las calles simétricas y de las anchas fachadas que son para el yankee el tipo ideal de una ciudad hermosa.

Cuando en 1791 hizo Washington que el congreso aceptara el proyecto de crear una ciudad centraldonde se instalara el gobierno, y despues que para edificarla se hubo escogido el alegre territorio que está situado entre la orilla izquierda del Potomac, y la orilla derecha del Anascotia, cuando en fin, el congreso, para rendir un justo homenaje al fundador de la Union, hubo resuelto dar á la nueva metrópoli el nombre ilustre de Washington. Dios sabe qué hermosos planes se trazaron para hacer de esta capital política una de las nuevas maravillas del globo. Acúsannos á nosotros de hacer muchos castillos en el aire, y de errár amenudo en los espacios imaginarios, pero al lado de los americanos, nada somos. Lo que hay de alineaciones, plazas y cuarteles, y las esperanzas de poblacion futura que debe tener esta ciudad, y la construccion de las calles que deberán hacerse y que ocupan la imaginacion de los especuladores de Nueva-York, es difícil esplicarlo. Lo que se ha vendido, revendido con prima y arrendamiento, de unos terrenos que debian cubrirse en algunos años de tiendas y casas espléndidas, pero que han quedado en estado de bosque ó de pantáno, sábenlo solo aquellos que han entrado ciegamente en la trampa que se tendió á su credulidad, y que han sido desollados como corderos, por los especuladores.

En una palabra, la ciudad, condecorada con el nombre del gran general americano, la ciudad

residencia del gobierno de la primera república de los tiempos antiguos y modernos, debia ser por sus dimensiones, por la disposicion y la grandeza de sus edificios, la mas magnífica ciudad del universo.

Por una maravillosa casualidad, el lugar que escogieron lleva el nombre de Roma, y un pequeño arroyo que le circunda, se llama el Tiber. Cuán mágicas son estas dos palabras! No parece sino que la reina del mundo antiguo vino aquí con todos sus laureles, con su séquito de senadores y sus siglos de gloria, para unirse con la obra del congreso americano.

Para dar á la ciudad de Washington un carácter mas imponente, resolvieron formar de ella, por medio de una parte del territorio tomada de los estados de Maryland y de la Virginia, el centro de un Estado distinto, es decir, una ciudad parecida á la santa ciudad papal, con los estados de la Iglesia. En el seno de esos dos territorios, tiráronse vastas líneas que debian ser ocupadas por Washington. En el centro debia elevarse el palacio de la representacion federal, el Capitólio, y desde este punto gigantesco, las calles y las plazas se dibujaban sobre el papel en inmensas dimensiones. Acabados ya todos los cálculos de trigonometría y de arquitectura, divididos los terrenos en porciones, contados y enumerados los cuarteles, procedióse á la venta de los terrenos, que se creia que el ardor patriótico se afanaria en comprar. Y ¡cosa estraña!

Sucedió que el patriotismo, que no descubria allí ningun buen éxito comercial, ni movimiento de vapores, ni empresas industriales, permaneció indiferente. Vendiéronse solo algunos lotes del terreno, sin órden regular, y los que los compraron, construyeron en ellos sus casas, sin cuidarse del plan de falanje macedoniana que debian formar al rededor del estandarte sagrado, al rededor del Capitólio. Resultó de esta fatal indiferencia de los espíritus hácia una organizacion tan felizmente concebida, de ese capricho deplorable de los individuos, que el Capitólio se eleva solitario sobre su colina, en un estremo de la ciudad; y á una legua del lugar que él ocupa, están los infelices propietarios, que parecen no acordarse siquiera, desde sus casas, de la indiferencia y abandono en que yace el arca santa.

No es Washington enteramente, como dijo con bastante rudeza T. Moore, un embrion de capital, donde se ven plazas en medio de los pantanos, y obeliscos en medio de los árboles:

"This embyo capital, where fancy sees
Squares in mosasses, obelisks in trees."

Mejor debe llamársela, como la llamó un diplomático: la ciudad de las magníficas distancias. El estranjero que llega acá con cartas de recomendacion que desea entregar en persona, debe estar dotado por la Providencia de buenas piernas, ó recurrir al *cab*, tirado por dos magní-

ficos caballos, y conducido por un negro inteli-
jente, que le secunde en sus pesquisas. De to-
das las dificultades que nos presenta la vida so-
cial, una de las mas árduas, es conservar en su
memoria el número de las casas donde tiene uno
el honor de ser presentado. Muchas veces he
pensado que si tenia á mi servicio todos los cria-
dos que un Nabá de la India, ó un gran señor
ruso, emplearia á uno de ellos para que me re-
cordara á todos instantes, los números de que
tuviera necesidad. En América, un criado se-
mejante fuera doblemente necesario. Tienen
los americanos una aficion tal á los números,
que temiendo no hacer de ellos el uso debido,
los aplican todos los dias á aquello que mas pue-
de recordarles su agradable imájen. En varias
ciudades de los Estados-Unidos, las calles no
tienen nombre ninguno, y están condecoradas
con un guarismo. Muchas veces, para hacer
mas agradable su nombre-número, le añaden un
pormenor, que exije el empleo de una brújula.
Deseando en Filadelfia ver á dos personas, me
mandó con mucha sangre fria aquel á quien ha-
bia preguntado por las calles en que vivian, al
Oeste del Schulkill, y al sud-sud-este del De-
laware. En Washington, al preguntar por la ha-
bitacion de uno de mis compatriotas: ¡Oh! me
respondió el bookkeeper con aire de satisfaccion,
es muy fácil dar con la casa; es la quinta ó sesta
casa, entre la vigésima y la vigésima prima ca-
lle. "Con semejante respuesta, poneos en ca-

mino, é id á buscar en el espacio la calle vigésima prima en medio de los complacientes ciudadanos de los Estados-Unidos, los cuales, despues que les habeis acosado con el sombrero en la mano, diciéndoles: *¿Sir, if you please, where is the twentieth street?* (Caballero, me hace V. el favor de decirme ¿dónde está la calle vigésima prima?) os miran como si fuerais un raro animal. y se alejan de vosotros respondiéndoos muy bruscamente: *I do not know.* (No lo sé.) Los que pretenden ser un poco amables y civilizados, condenan semejante respuesta, y os responden: *Tharther* (mas allá) y continúan su camino, orgullosos de haberse portado tan caballerosamente.

El empleo de un negro es de rigor en Washington. Aquí, todos los criados de hotel, todos los cocheros, y todos los cargadores, son negros. Los estados septentrionales de la república americana, libertan á los hijos del Africa de la esclavitud que sufren en los estados del Sur. Pero en castigo de su mancha original, de su malhadado color negro que no le es posible de ningun modo cambiar, condénanle al servicio doméstico, y le tienen como á un pária, encadenado á un estado de abyeccion del cuál no se le permite salir.

En Rusia, en ese horrible país, donde, segun dicen los virtuosos amigos de la libertad, todas las mas santas leyes de la naturaleza están sometidas al capricho de un dáspota, donde están ultrajados todos los derechos del hombre, en Rusia

un siervo, uno de esos infelices sobre los cuales tantas piadosas lamentaciones han escrito los filósofos del siglo XIX, puede adquirir su entera y absoluta independencia, puede tener una buena casa, caballos, carruajes y criados. En los Estados-Unidos, en este país de la igualdad absoluta, en este país de la confraternidad universal, que llama á todos los hombres al divino repartimiento de la libertad, el negro es esclavo en las orillas del Mississipí, y criado en todo lo restante de la república. Por muchos que sean sus esfuerzos, jamas logrará salir de esas dos condiciones; aun cuando fuera un modelo de virtud y devocion, aun cuando tuviera para ellos una cualidad mucho mas laudable que todo esto, es decir, aun cuando fuera rico como un Girard, no pudiera el negro romper los diques que le separan del blanco. Si el emperador Faustino I viniera con la corona y cetro que mandó hacer en Paris, y con su negra emperatriz, y con su cortejo de príncipes y altezas, no le fuera dado entrar en un vulgar omnibus, ni sentarse en la mas humilde posada, ni ocupar en un teatro uno de los primeros asientos.

Si los largos trabajos os inspiran miedo, como al bueno de La-Fontaine, no creais que voy á escribir un largo tratado sobre la cuestion de esclavitud, que tantos libros ha llenado ya, que ha ocupado á muchos *santos* ingleses, y fatigado á tantísimos diplomáticos. En vez de aventurarme en los ásperos senderos, ó en las rutinas de

una cuestion semejante, os aconsejaré, si es que quereis formaros una idea justa de la esclavitud en los Estados-Unidos, que leais el elocuente libro de M. de Beaumont, el cual, bajo el lijero velo de una novela, encierra los mas altos y profundos estudios, semejante á esos rios, que, bajo su azulada superficie, ocultan los bancos de coral y los abismos.

Para discutir con buena opinion sobre esta materia si es que debiera dar mi opinion, no sé si debiera colocarme en la línea de los abolicionistas, ó si debiera adoptar la de los contra-abolicionistas. Lo único que sé, es, que en todos los grandes debates que han tenido lugar en Europa sobre la esclavitud de los negros, los ingleses figuran á mi modo de ver como unos verdaderos hipócritas.

Para completar mi profesion de fé, ¡me imajino que los negros, digan lo que quieran, son mas dichosos en su país natal, bajo el sol de la Africa, que es su hogar hereditario, que en las colonias; y mil veces mas felices en la paternal esclavitud de las colonias, que en la ignominiosa libertad que se les concede en una parte de la América.

Concluyo aquí mi parentésis, y subo á un buen carruaje, cuya portezuela me abre un negro sonriendo, y enseñándome su hermosa dentadura, mas blanca que las defensas de un elefante jóven, y mirándome atento con sus ojos, mas negros que el carbon de las minas de Romchampt.

Durante dos dias, me ha paseado Domingo al través de no sé cuántas anchas calles, provistas detres casas, y por plazas en proyecto y avenidas desiertas, cosas que en su conjunto forman una gran parte de la ciudad de Washington. Causábame un grande placer recorrer esas colinas, esas llanuras que deben representar una larga hilera de edificios, pero que en el año de gracia 1849, no me han presentado mas que el aspecto de una campiña, cortada de cuando en cuando por algunas casas. Es preciso haber pasado algunas semanas en las ciudades comerciales de los Estados-Unidos, para gozar el bienestar de una de ellas que no esté atestada de carros, carretones, toneles y cajas de mercancías: en una ciudad que por todas partes os ofrece un ancho horizonte, donde sopla el aire fresco de los Alleghanis, y donde hay un espacio y descanso.

¡Descanso! ¿Hé podido escribir esta palabra? Borradla, os lo ruego, pues en América no debe aplicarse nunca este feo substantivo. ¡Descanso! Olvidaba que estoy en la ciudad del congreso, y cabalmente en el tiempo en que el congreso acaba de reunirse. Es la época del movimiento, del trabajo, de la cosecha de Washington, que vive de su parlamento como Baden de sus jugadores. Todas las fondas están llenas de diputados y de pretendientes, pues la profesion de pretender se ejerce con tanta largueza bajo el austero régimen de la democrácia, como bajo el digno sistema monárquico, y si nó

dígalo nuestra república de Febrero. Todos los *barrooms* están inundados por una muchedumbre inmensa, ávida de beber un vaso de brandy, y de leer un periódico. Los *landlords* no saben qué hacerse, y los negros están desempeñando verdaderamente su oficio de negros. Todos los hombres políticos están alerta. Hace seis dias que la cámara de representantes aglomera escrutinio sobre escrutinio, para elegir un presidente, sin llegar á un resultado. Los wigh tienen su candidato, los demócratas el suyo, y cada partido juega un juego tan cerrado que no es posible llegar á un término. Sin embargo, los wighs son los mas numerosos, pero los demócratas tienen el partido locofoco.

Ya me parece que os veo preguntándome qué significan estas tres denominaciones, y voy á procurar satisfaceros. Los *wighs*, que bajo el aristocrático régimen inglés representan, comparativamente á los *torys*, la opinion adelantada, en la demagogia americana representan los liberales moderados, ó por mejor decir, los conservadores, ó como diriamos en Francia M. Thiers ó M. Odilon Barrot. Compónese este partido de la aristocrácia rentística de las grandes ciudades, y tienen por órgano á los principales diarios. Los demócratas dan algunos pasos mas hácia las instituciones populares. Los *locofoco* son los verdaderos, los puros, los incorruptibles radicales, adversarios de todo privilegio, enemigos declarados de toda tiranía. Ya sabeis ahora lo que

significan estas tres frases. Quizás quereis saber tambien el orígen de esta estraña palabra: locofoco. Lo esplicaré. Débese á una superchería, que voy á contaros.

Hace algunos años que no sé en qué ciudad, los demócratas habian alquilado una gran sala para deliberar en ella sobre una próxima eleccion. Los radicales deseaban lograr la misma sala, y no habiendo podido obtenerla, recorrieron á una estratajema, que prueba la ventaja que en todos los paises lleva este partido sobre los demas. Mientras por la noche discutian los demócratas, entre ellos, el mérito de diversos candidatos sometidos á sus sufragios, una reunion de radicales penetró en la asamblea, y á una señal convenida, apagaron á un tiempo todas las luces. Sorprendidos los demócratas, y atemorizados quizás con tan repentina invasion, salieron apresuradamente de la fúnebre sala. Desde el instante mismo en que hubieron salido, los radicales cerraron las puertas, y sacando luego de sus bolsillos unos fósforos, llamados aquí locofoco, encendieron las bujías, y tomaron posesion del recinto que les habia sido robado por sus adversarios. La noticia de una maniobra tan ingeniosa se estendió inmediatamente por los Estados-Unidos, y para perpetuar su memoria, dieron á los radicales el nombre de locofoco.

Pero esta vez, por una de esas combinaciones monstruosas y de las que tan amenudo se echa

mano en nuestras luchas parlamentarias, esta vez, digo, los locofoco se han unido con los demócratas, y aun cuando sean éstos poco numerosos, bastan los dos partidos para equilibrarse con los wighs. Todas las mañanas, se dicen en Washington: Hoy tendrémos sin duda un *speaker*, y cada noche la eleccion del speaker se deja para el dia siguiente. Probablemente los habitantes de la ciudad no son de un patriotismo bastante desinteresado para desear una pronta solucion á las diversas combinaciones políticas. Cuanto mas larga es la sesion, mas abundante es la cosecha. Una vez que los diputados han marchado, los posaderos miran con ojo triste sus cuartos vacíos, y los mercaderes ven desiertas sus tiendas. La multitud de empleados, estranjeros y curiosos atraidos por el congreso, desaparece como la corriente de un rio, y no le quedan á la ciudad mas que los miembros del cuerpo diplomático, y los empleados del gobierno. Las otras ciudades que calculan solamente que cada diputado recibe ocho pesos diarios, empiezan ya á descontentarse del largo debate que ha sucitado la eleccion del presidente. En cada parte telegráfico que les anuncia la pérdida de una sesion, los periodistas dirijen sus acusaciones á la asamblea. Los unos acusan á los wighs de una ambicion intolerable, los otros condenan á los demócratas y á los locofoco. "Dicen unos: Os vereis obligados á ceder; y los otros les responden: No cederemos; y los dos parti-

dos, con la mano en la cadera se observan como dos adversarios dispuestos á conservar su terreno. Se ha visto uno de esos conflictos durar seis semanas; por ahora, esta es la primera: ¡Paciencia! Ya las palabras un poco groseras han empezado á resonar en la asamblea, las provocaciones han tenido ya lugar, y se están preparando los desafios; y cuando se ha decidido uno de estos, no se hace como en Francia, que los adversarios se dirijen un pistoletazo á cierta distancia: aquí se usa la carabina, y hasta que se derrama la sangre.

Pero está dando ya medio dia, y va á empezar la sesion octava; vamos con la multitud: asistamos con ella á ese heróico torneo de los tiempos modernos. Subámos al Capitólio.

Este edificio es verdaderamente digno de una gran nacion; es el mejor que he visto en los Estados-Unidos. Está situado sobre una colina, desde la cual se estiende la mirada sobre los bosques de Maryland, y de la Virginia, sobre las aguas del Potomac, y sobre una magnífica llanura. La verde alfombra que le rodea y las estátuas que le adornan, forman con su vasta y alta fachada, con sus columnas y sus capiteles, un gracioso é imponente punto de vista. Lástima es que para que recibiera la luz por lo alto, le hayan adornado de una cúpula, que se parece á un salero puesto al revés.

En la entrada del palacio parlamentario, se elevan algunas estátuas alegóricas; la de la Jus-

ticia, la de la Paz, y la de la Concordia; virtudes tradicionales, á las cuales se envanecen de consagrar un pidestal que á nada les obliga; anuncio pomposo de unos pueblos que no dejan de violar por eso los prospectos de su obra. No necesitaban nuestros padres de estos símbolos de mármol, para conservar su amor á la pátria, y los principios de honor y de equidad.

La mas notable de estas obras de escultura, es un grupo de mármol que representa á Cristóbal Colon, en pié, en traje caballeresco, y teniendo en la mano derecha el globo del Nuevo-Mundo; á su lado hay una muger que le contempla sorprendida, es la América en persona, á quien el intrépido navegante acaba de descubrir mas allá del Océano. Yo creo que los americanos no se ofenderán, si hago sobre esto una observacion, que pudiera parecerse á una chanzoneta, y que sin embargo es muy grave. La actitud que conserva Colon es tal, que se parece á un jugador en el momento de arrojar la bola; y frente de él, á alguna distancia, está la estátua de Washington, que parece que está colocado allí con el objeto de recibirla. Muchas veces la casualidad produce efectos estraordinarios. Al ver esas dos estátuas en la actitud que acabo de describiros, parece en efecto, que el globo del Nuevo-Mundo cogido por el inmortal almirante español, ha caido en manos de Washington, y de sus succesores, que han tomado ya posesion de la Luisiana y de la Florida, que han descantilla-

do ya á México, y que algun dia se apoderarán de la isla de Cuba.

El Capitolio está ocupado á un mismo tiempo por la corte suprema de los Estados-Unidos, por el senado, y por la cámara de representantes.

Los miembros de esta corte, son los únicos que están nombrados perpetuamente, y que en sus sesiones usan un traje particular, no cómo el imponente que usa nuestro venerable tribunal de casacion, sino un largo y negro que les dá cierta apariencia de gravedad. Hé visto á los jueces de la alta corte de Nueva-York, sentarse á los bancos, vestidos con levita ó casaca negra, y no podia imaginarme que representaban la magestad de un tribunal. Los americanos se burlan de la pompa de los tribunales judiciales de Francia y de Inglaterra, y creo que no tienen razon. No es el hombre un ser tan friamente razonable, que pueda atenerse á la seca práctica de un principio. Arreglar los movimientos de nuestra imaginacion, es sin duda una tarea muy respetable, y querer suprimir su curso natural, es un absurdo. La imaginacion puede en muchos casos servir de palanca, de auxiliar á la razon, y la pompa esterior de nuestros tribunales de justicia, que obra sobre las miradas, y por las miradas sobre el pensamiento, no son de un vano uso, ni de una estéril manifestacion.

El senado de Washington está vacante hasta que la cámara de diputados ha nombrado un *speaker*. Con esta nominacion, espera el mensa-

je del presidente de la república, redactado, impreso y anunciado por los periódicos, presto á correr hácia los Estados de la Union, y en alas del telégrafo eléctrico, desde el momento en que los wighs y los demócratas se habrán puesto de acuerdo.

Y sin embargo, ni unos ni otros parecen estar dispuestos á hacer la menor cesion. Van de galería en galería, se detienen en los corredores, entran en la sala de sus reuniones, continúan sus discusiones en el semicírculo, se sientan un instante en su lugar, para volver á levantarse y mezclarse de nuevo con los grupos. El digno régimen constitucional, produce, segun parece, el mismo efecto en todas partes, y desempeña en todas el mismo papel, como un actor ordinario. En el Capitolio de Washington he presenciado lo mismo que en nuestro palacio Borbón. Pero, no, los diputados de los Estados-Unidos se distinguen de los nuestros por ciertas costumbres particulares. Mientras duran las sesiones, mascan tabaco muy satisfechos, y, disimuladme la espresion, escupen con una destreza sin igual, á quince pasos de distancia. Ademas, desde su banco, porque no tienen tribuna, hacen discursos, cuyo exórdio empieza el lúnes, y cuya perorata puede prolongarse hasta el fin de la semana.

Despues de haber asistido á tres escrutinios, que no han dado mayores resultados que los precedentes, he ido á visitar la biblioteca y las

diferentes salas del congreso. Todo está dispuesto con un gran lujo, y una noble elegancia. El pueblo soberano de la confederacion se ha dado un trato puramente real en el palacio de sus representantes. La biblioteca se compone de cuarenta mil volúmenes, muy bien colocados y ricamente encuadernados. Enorgullécese de contener algunas magníficas obras que le han sido dadas por nuestro gobierno. Hubiera querido ver un mayor número de ellas. Es verdaderamente honroso á nuestro país el que reparta sus riquezas intelectuales á las demas naciones; añadiré todavía que es una mision que debe llenar. M. de Salvandy lo habia comprendido dignamente, y los establecimientos científicos de diferentes comarcas no olvidan que deben á su inteligente ministerio, un generoso testimonio de simpatías.

En una de las salas que dan á la biblioteca hay varios cuadros muy grandes, destinados á perpetuar algunos de los principales hechos de la história de América.

Hay el desembarque de Colón en las playas del Nuevo Mundo, la llegada á Plymouth de los puritanos ingleses, á quienes llaman los padres peregrinos, el tratado de Guillermo Penn con los indios, el bautismo de Pocohonta, la jóven liberatriz del valiente Smith, cuyas admirables aventuras ha descrito tan dramaticamente M. Miguel Chevalier (1). Tambien hay la decla-

(1) Cartas sobre la América del Norte.

racion de la independencia, la sumision del general inglés Burgoyne (1777), y la de lord Comwallis (1781).

La intencion de los cuadros es muy laudable, la pintura muy mediana. Las artes no han podido aún estender su vuelo en el torbellino industrial que les rodea en el seno de la tierra americana. Mas tarde ¿quién sabe? Quizás se formará en este país una oligarquia, que, como la de Venecia, de Florencia y de Génova, querrá tambien tener sus Ticiano, sus Veronese, sus Miguel-Angel. Esta palabra oligarquía hiciera estremecer al pueblo de los Estados-Unidos si la oyera; el que no cree mas que en el progreso contínuo, en el desarrollo sin límites de la democrácia. Pero, el tiempo, que mina el trono de oro y de seda, puede muy bien roer el pedestal de hierro del foro plebeyo. La naturaleza del hombre no estriba en aspirar á la riqueza por la estéril satisfaccion de contar dinero, y de acumular billetes de banco. La lluvia de oro que fascinó á Danao, caia sobre un mullido lecho. El cuerno de la abundancia, está coronado de flores. Con el oro que la fortuna arroja desde lo alto de su carro, esparce los deseos que este mismo oro debe satisfacer. Y ¿no nacen ya bajo el manto de la democrácia americana, ciertas tendencias aristocráticas? ¿y el rico negociante americano, no mira ya con desden desde la altura que ocupa, al miserable tendero que vejeta las puertas de su casa? Los periódicos, sin ad-

vertir la senda herética en que se encaminan ¿no anuncian ya los casamientos de las *high life* (personas elevadas), como pudieran hacerlo el *Times* y el *Cour-magazine* de la magnífica ciudad de Lóndres? ¿No se oye ya en Filadelfia, á las antiguas familias de Pensylvania, esclamar con desprecio al hablar de los nuevos colonos: *What is it? Peuple of yesterday*, (Y quiénes són? El pueblo de ayer)? ¡Oh! haced lo que querais, señores apóstoles de la igualdad, pero nunca llegareis á derrocar las leyes de la desigualdad y variedad que el mismo Dios ha colocado en la creacion. No podreis jamas cambiar al cedro en arbusto, ni obligar al buitre á anidar en medio de una zarza como una curruca; ni arrancaréis de la naturaleza humana esta raiz viva, esta raiz imperecedera del elemento aristocrático que forma en su pura esencia un digno vuelo del pensamiento, una noble aspiracion del alma. Aun cuando debais condenaros al ostracismo, proscribir en vuestra república todo deseo de distincion, este mismo deseo se mofaria de vosotros bajo los harapos, y se pavonaria en el mismo tonel de Diógenes, que me ha parecido siempre un orgulloso aristócrata.

Dia vendrá en que á pesar de vuestras sábias precauciones, vereis elevarse entre vosotros ricas familias que no temerán declarar la justa repugnancia que les causarán vuestras costumbres groseras, que se honrarán gozando de sus bienes segun su libre voluntad, y que amarán en

fin las artes y las letras, y cuyo culto animarán con todo su poder.

Esperando que llegue la república de los Estados-Unidos á este estado de mejoras, como no puede producir aún en materia de artes ninguna obra original, hace muy bien de recurrir á los modelos estranjeros, y copiar tan pronto un monumento de la edad media, como una columnata antigua; y es preciso confesar que no deja de hacerlo en abundancia.

Jamas el órden dórico, el jónico, y el corintio, ocuparon en Grecia tantos brazos como ocupan desde hace algunos años en la austera república de los Estados-Unidos. ¡Jamas el culto de los dioses y de los césares hizo erigir en Roma tantas columnas, y tantos chapiteles. ¡Columnas! ¡mas columnas! ¡y todavía mas columnas y siempre columnas! les son necesarias en cada pueblo, en cada lugar, en las entradas de los monumentos públicos, en las puertas del banquero y en la tienda del comerciante. Columnas de mármol, columnas de piedra, de yeso ó de madera, no importa, con tal que sean columnas, cada cual las manda hacer segun sus posibles.

En Washington existen algunos edificios, colocados en distintos lugares, como cuerpos de estado mayor, esperando los batallones de casas que deben reunírseles. No hay uno de ellos que no deba ser una imájen exacta de alguna memorable construccion de la antigüedad. El Tesoro representa el templo ateniense de Minerva, el

*Pattent-Office* es un nuevo Partenon. No me sorprenderia oir declarar á los americanos, que al imitar á los griegos, les han adelantado.

Entre los diferentes edificios consagrados al servicio de la administracion, el mas digno de visitarse es el *Pattent-Office.* Su nombre no anuncia todo lo que encierra. Es á un mismo tiempo el museo histórico, industrial y etnográfico de los Estados-Unidos. En una parte se ven modelos de máquinas, á las que se discernió un privilegio de invencion; en otra parte se ven las colecciones de zoología y de ornitología que el capitan Wilkes recogió en su espedicion á las islas de la Occeanía, mas allá se ven unos retratos de gefes salvajes, hechos por órden del ministerio de negocios indios. En fin, en algunas divisiones que existen en esta reunion heterogénea, os enseñan las reliquias nacionales, el original del acta de independencia, el baston de espina de Franklin, las charreteras, uniforme y sable de Washigton, y los platos y tenedores de hierro que le sirvieron en sus campañas. En la pequeña ciudad de Alejandría, que está á una corta distancia de esta capital, se conserva aun el vestido de niño con que Washington fué bautizado, un corta plumas que le dió su madre cuando tenia doce años, y un boton de su levita. Yo respeto mucho todo lo que se refiere á la memoria de los grandes hombres. Una nacion se glorifica glorificando el nombre de sus legisladores y generales.

Pero, ¿por qué los puritanos de América se mofan de las reliquias católicas? Nuestros santos han hecho en este mundo mucho mas bien que sus héroes. Si los soldados de la guerra de la independencia han libertado á este país de la dominacion británica, un gran número de nuestros santos fueron en regiones salvajes, donde estában rodeados de peligros mortales, los primeros campeones de la civilizacion. Yo he mirado con respeto el baston de Franklin. ¿Qué diria un protestante americano, si le enseñaban el ramo de árbol en el cual durante su largo camino, se apoyaba uno de nuestros santos al penetrar en los sombríos bosques de las Galias, para erigir en ellos una capilla, y establecer una comunidad? Yo creo que por no desmentir su doctrina, arrojaría lejos de sí esa señal de la idolatría papal.

No puede venirse á Washington, sin desear ver el leon de los leones, el presidente de la próspera república. Es una satisfaccion muy fácil de procurársela. El presidente habita frente de la calle vigésima prima, en medio de un alegre cercado, en una casa de un aspecto muy elegante á la cual sus paredes de mármol le han hecho dar el nombre de la casa blanca, (White house). No se vé en la puerta ningun centinela, ningun lacayo engalonado hace volver atrás á un pobre plebeyo por ir vestido con chaqueta. La casa del presidente se abre una vez por semana á todos los visitadores altos ó

bajos, amos ó criados, sin distincion de fortuna, puesto que aquí todos los hombres son hermanos, y gozan todos de los mismos derechos políticos. Cualquier pícaro que pase por su casa el viérnes por la noche, y no sepa qué hacer, puede decirse al ver alumbrados los salones: el presidente recibe, voy á verle. Ni siquiera debe cepillar su sombrero, ni sacudirse el polvo de sus zapatos; él es un ciudadano de la república, y el presidente es el encargado del poder.

Como yo no estaba investido de la alta dignidad de ciudadano americano, y debia tener el honor de ser presentado al gefe de la república, por una hermosa señora de Washington, crei que debia sacar de mi baul mi frac negro y mi mas blanca corbata, y no tardé en apercibirme que todas estas precauciones eran inútiles, y debieron parecer muy estraordinarias en un salon donde encontré á muchos vestidos con levitas de todos colores, chaquetas de todas las modas conocidas, y poquísimas casacas.

Ningun criado estaba al umbral de la puerta, ninguno tampoco en la antecámara. Entramos en el salon, donde el presidente estaba en pié, para cumplir con la ruda obligacion que le impone la república, sin respeto á su edad y á la dignidad de sus servicios militares.

La amable estranjera que me hizo el obsequio de aceptar mi brazo, se adelantó hácia el presidente, que la tendió la mano, diciéndole: *¿How do you do?* (¿Cómo está usted?) Eaton-

ces ella, volviéndose hácia mí, me tendió la mano, y me dijo: *¿How do you do?* Luego entró una turba de visitadores, se acercó al presidente, que debió hacer un *shake hands* con cada uno de ellos, diciéndoles: *¿How do you do?* Este amable saludo se prolongaba hasta lo infinito, y mi amable compañera, creyendo sin duda que aquello debia empezar ya á cansarme, me presentó á la hija del presidente, la cual me dijo tambien: *¿How do you do?* Concluido esto, empezamos á pasearnos por un salon con una multitud de individuos, que se paseaban en silencio como en procesion, de dos en dos: las mugeres eran tales como se ven solo en las comedias de Enrique Monnier; los hombres, de un género que no os gustaria por cierto verlos entrar en vuestras antecámaras.

Para que abra una vez por semana su palacio de mármol á esa plebe, para que salude cortesmente á esas señoras vulgares, para que *shake hands* con algunos centenares de individuos poco aseados, la república no dá al presidente mas que ciento veinticinco mil francos al año. Poco pagado está. Cuando reflexiono que es un viejo, un valiente y digno oficial, á quien la demagógia obliga á semejante condescendencia, siento renacer en mi corazon una nueva aversion contra la demagógia.

¡Que diferencia de escena la del dia siguiente por la noche! Me encontraba en una posada solitaria esperando el convoy del camino de hierro

de Cumberland. Uno de mis compatriotas, viéndome solo y entregado á las meditaciones que nos inspira uno de esos dias nebulosos que Santa Genoveva distingue con el nombre de dias graves, quiso, por un sentimiento de conmiseracion cristiana, acompañarme á mi descanso nocturno. Y este compatriota es un poeta, un verdadero poeta, y pasamos la noche hablando de los barrios de nuestro querido Paris, de nuestros queridos salones, comunicándonos nuestras esperanzas y nuestros desengaños, las elegías que habiamos escrito, y los sonetos que hemos dedicado á las bellas de la dulce sonrisa, ó de las dulces palabras: *dulce ritentem, dulce loquentem.*

Una media docena de americanos que encontramos al paso, y á los que habiamos dejado en el barroom entregados al recreo de las botellas, se figuraron probablemente, al ver que nos retirábamos tan temprano á nuestro cuarto, que debiamos tratar algun importante asunto de comercio. Lejos estaban de suponer que, despues que hube ya oido contar todos los recuerdos de mi amigo, le decia al acostarme: querido V., leedme otra vez esas estrofas dedicadas á Clara, y que tanto me han gustado.

## XIV.

## MONTAÑAS Y RIOS.

Paisaje de invierno.—Hasper-Ferry.—La sombría figura de los americanos y su bienestar material.—El stage.—Los vapores del Oeste.—El Monongahela.—Washington y el castillo.—Duquesne.—Pittsbourg.

Si por una casualidad cae en vuestras manos una descripcion de los Estados-Unidos, hecha por un americano, que os pinte con todo su entusiasmo nacional unas montañas cuya cima se pierde entre las nubes, no creais nunca que tienen alguna semejanza con las que habeis visto en nuestro hermoso Jura, á orillas del lago de Ginebra, ó en el valle de Chamounix, porque la

América del Norte es, en su mayor parte, una tierra llana atravesada por colinas, y algunas cadenas de montañas, que á los ojos de aquellos que no han visto otras, pudieran muy bien parecer masas jigantescas.

Acabo de recorrer una de esas regiones. El ferro-carril de Baltimore á Cumberland sigue la orilla de un rio espumoso, el Pataposco, que serpentea entre dos líneas de pintorescas colinas. La tierra está cubierta de nieve; los árboles, con su seco tronco y deshojadas ramas, parécense á unos esqueletos despojados por la fria mano del invierno. De cuando en cuando, se vé aún el verde ramaje de algunos sauces llorones, símbolo melancólico de las tristezas imperecederas; elegía viviente de los pasados goces de la primavera.

"¡O Willow! Willow!

Pero ninguna Desdemona canta aquí desconsolada el romance del sauce, y ningun palacio veneciano eleva en estos lugares su romántica fachada. Solo se ven de tarde en tarde algunas pequeñas cabañas de madera, donde la familia del colono está sentada al rededor del hogar; no se oye mas que el ruido que hace el rio al correr entre las rocas, y el de los árboles agitados por el viento, y el ruido de la máquina del vapor, cuyos ecos repiten á lo lejos su lúgubre silbido.

De este valle pasamos al de Potomac, mas grande é imponente. A derecha é izquierda se

estienden cadenas de cerros ondulosos y escarpados, de un efecto verdaderamente pintoresco: frente de nosotros, en un azulado horizonte, vemos los Alleghanis, que por diferentes brazos tocan el Canadá.

La pequeña ciudad de Harper-Ferry, que se eleva en medio de este valle, al pié de una muralla de rocas, merece ocupar la imaginacion del poeta y el lápiz del artísta. Jefferson la citaba como uno de los mas lindos paisajes que pueden verse en el mundo. Pero el honorable presidente no debia haber visto seguramente, fuera de la tierra americana, mas que el cerro de Montmartre y los alrededores de Lóndres. Su opinion es poco verdadera. Lo mas acertado que pudiera decirse al hablar de Harper-Ferry, es que por su aspecto poético, esta ciudad es un punto de vista muy notable, comparado con todas las demas ciudades de los Estados-Unidos. Me ha recordado la ciudad tirolesa de Landeck, y el valle del Potomac, me ha representado mas de una vez las campiñas del Tirol, ménos las casitas agrestes que allí se ven, y ménos los alegres pueblecitos de la encantadora pátria de Hofer.

Largas horas he pasado contemplando una naturaleza que no ha sido aun alterada por la mano del hombre, comparando esta imájen con las que habia visto en otras épocas, y que están grabadas en mi memoria.

La fria apatía de los americanos tiene sin em-

bargo su *lado* bueno, y es que no os estorba en el silencio á que os entregais. Así como no usan con vosotros de ninguna amabilidad, tampoco esperan ninguna de vosotros; y podeis pérmanecer acurrucados en el fondo de un wagon y entregar vuestra imaginacion á todos los [illegible] que ella engendre, sin temor de [illegible] caprichos tros compañeros de viaje [illegible] que uno de vuesla vez para dirijir[illegible]e os interrumpa una so-

De cuan[illegible]os una preguta.

obse[illegible]uo en cuando vuelvo la cabeza para [illegible]ervar mas atentamente las costumbres nómadas de mis compañeros de wagon: ya he hablado una vez del aspecto que presenta semejante punto de vista. Sin embargo, la vista de las figuras que me rodean, esos tristes rostros parecidos á una reunion de acreedores al dia siguiente de una bancarrota, hacen renacer en mí algunas reflexiones, que ya me han asaltado otra vez, y puesto que debo esplicaros todas las ideas que acorren mi imajinacion respecto de la América, voy á esplicarme otra vez.

Hace algunas semanas que una noche, en Rochester, tuve el honor de conversar largamente con un americano que habia vivido muy largo tiempo en Francia. Os diré, entre paréntesis, que los americanos que han visitado el continente de Europa, están mucho mas domesticados que los demas, y son mas humanos que todos ellos. Este de quien os hablo, á pesar de que calzó todo el año zapatos de charol, y usó guantes para ir á pasar las noches en la Chaussée-d'

Antin, ó el barrio Saint-Honoré, no se habia despojado enteramente de su piel, ni habia salido completamente de su cáscara, y estaba aún persuadido de que si Paris es una ciudad muy amable, la confederacion de los Estados-Unidos es la tierra por escelencia.

"¡Qué diferencia existe, me decia entusiasmado, entre vuestro pueblo y el nuestro! Vuestros trabajadores están muy mal pagados; vuestros aldeanos se mantienen, en la generalidad, con mal pan y patatas. Aquí, no hay uno solo de nuestros trabajadores que no gane siete ú ocho francos diarios, y nuestros aldeanos comen carne todos el año: y al hablar de la carne, abríanse sus lábios, y volvian á cerrarse como para saborear de memoria la salsa de un beefsteak. Hacen tres comidas por dia, añadió con mas entusiasmo, sazonadas con mantequilla fresca, legumbres y té ó café. Ademas, como habeis podido observarle, todos visten decentemente y tienen el bolsillo provisto de plata. Este es el resultado del trabajo del suelo americano, este es el bien material de nuestras poblaciones."

Sin querer objetarle que ese bienestar no era universal, y que en Nueva-York, en Filadelfia y en todas las grandes poblaciones de la América habia mucha miseria, le respondí. ¿De qué proviene, pues, que con vuestro bienestar, con vuestras tres comidas diarias, con vuestros buenos vestidos y vuestra provision de dinero, tienen vuestros compatriotas una cara tan sombría

y parecen desgraciados? ¿En qué consiste que al recorrer vuestro país, ya viajando en vapor, ya en ferro-carril, no he podido ver una sola vez, entre los millares de individuos que he encontrado, ni uno solo que estuviera alegre y animado? ¿Cuál es la causa que nos los hace ver siempre por las calles, corriendo como si fueran á salvar su casa de un incendio, ó navegando por los rios como unos colaterales á quienes un notario acaba de leer un testamento que los deshereda? ¿Por qué en medio de todo ese bienestar material, no oigo resonar ni un solo grito de alegría, ni un solo canto?

En la Alemania, en esa Alemania que todos los años os manda tantas legiones de pobres emigrados, en la Suecia, mas pobre aún, no viajaréis sin que os sorprenda á cada momento oir por el camino, en medio de los pueblos y de las ciudades, un melodioso concierto. En Francia, esos aldeanos de cuya suerte os compadeceis, tienen risueño el semblante y os hablan con cierta alegría; esos trabajadores mal pagados, no necesitan mas que algunas horas de descanso y una botella de vino para ser tan dichosos..... iba á decir como unos reyes, pero me arrepiento, para decir como unos demócratas, que como quien juega con un dado improvisan una revolucion.

"¿Qué quereis? me respondió el yankee, nuestra naturaleza es causa de que seamos tristes y pensativos."—"Vamos, sed sincero, añadí yo, y

confesad que si existe en la naturaleza del hombre y en las necesidades de su condicion, el buscar su bienestar material, éste no constituye mas que parte de una dicha de la cual lleva en su alma el fecundo manantial. Querer que el hombre olvidara en lo ideal las necesidades de la vida física, fuera un sueño insensato; pero no lo seria menos querer cerrarle las puertas del pensamiento, suponer que debe aplicarse á una industria como una máquina, ó labrar como un buey para deleitarse despues en el pasto. Vosotros os formais una idolatría del bienestar material, sin advertir que creais una religion al estilo de Vitellius, y que cometeis hácia Dios cuyo nombre pretendeis honrar, y hácia la naturaleza humana, de la cual pretendeis merecer el reconocimiento, el mas grande de los sacrilegios, porque separais de la obra del Señor lo que encierra de mejor y toda su dulzura; los libres arranques del espíritu, los desahogos del corazon, las armonías de la tierra. Convertís al hombre en un animal de oro."

Hé aquí el tema que discutía con el fabricante americano, que ni me convirtió ni se dejó convertir. Al hallarme en otro ferro-carril, en medio de otra reunion de individuos, no menos tristes que los que acababa de dejar, pensaba en los diversos sistemas para encontrar la dicha, y me decia: "No, no; la dicha no consiste en la satisfaccion esclusiva de los deseos materiales. Antes de aceptar el sistema americano, prefiero

la miserable cabaña y el rayo de sol que por su estrecha ventana penetra hasta el corazon. Prefiero la Tebaida con sus salvajes raices y sus santas aspiraciones.

Para castigarme, sin duda, de un sueño tan desordenado, y para obligarme mas á apreciar el *confortable* de la vida física, dejome el ferro-carril en Cumberland, y me entregó al *stage*. Sin duda ignoraréis lo que significa en este pais la palabra stage Es una caja de madera colocada sobre cuatro ruedas, destinada á transportar á los viajeros por los caminos que no han sido aún favorecidos porel ferro-carril. Pero, qué caja, y qué camino! Eramos nueve, apretados unos contra otros como sardinas en barril, cayendo en los hoyos, saltando sobre las piedras, como si nos hubieran impuesto la danza de San Guyo. Añadid á todo esto las delicias de siete americanos que me acompañaban, escupiendo y mascando tabaco, y que para estar con mas comodidad se quitaban las botas. Una pobre jóven que estaba acurrucada en uno de los rincones de la caja, se desmayó á poco rato. Yo pasé toda la noche empujando hácia una parte y otra, á un cuerpo súcio y pesado que caia sin cesar sobre mí, y procurando libertarme de dos piernas que parecia que se habian propuesto machucar las mias.

Si segun los dogmas de la espiacion, puede una ruda penitencia lavarnos de nuestros pecados, despues de esas veinticuatro horas de stage, debo tener el alma tan limpia como la de un re-

cien nacido; y si alguna vez encuentro á un *fakir* indio que se esté devanando los sesos por encontrar un nuevo suplicio con que honrar á la diosa Siwa, le encargaré que vaya á América, á tomar el carruaje de Cumberland.

Felizmente puedo desde aquí dirijirme á Nueva-Orleans, por una larga línea de vapores, libertándome con ellos de los largos tormentos de los stages, y de la pesada atmósfera de los ferro-carriles. En Brownswille, pequeña poblacion de mil quinientas almas, entré á bordo de un vapor que por el Monongahela debia conducirme á Pittsbourg. Esos vapores, que navegan por el Oeste, no están construidos como los del Hudson, y no dejan, sin embargo, de ser tan bonitos. La máquina de alta presion, ocupa con la carga el puente inferior. En el primero, tienen una galería de ciento cincuenta á doscientos piés de longitud, que sirve al mismo tiempo de salon y de comedor. En uno de los estremos hay el salon para las señoras; en el otro, el *barrom;* á derecha é izquierda, las literas, que dan por una parte á la galería, y por otra á un balcon esterior, semejante á los que adornan las casas suizas. En lo alto hay un terrado, desde el cual puede uno contemplar, paseándose, la corriente del rio. En el centro de este terrado hay un pabellon, ocupado por los maquinistas y el piloto, el cual, desde su torre de vidrio, gobierna como un mágico, y por medio de una campana, á los que aplican el fuego, y dirije, detiene ó espolea la

marcha de su corcel con alas de hierro, mucho mas admirable que el hipogrifo de Ariosto.

Esta especie de casa flotante, es muy elegante; la galería está cubierta por un tapiz verde; tiene muchas vidrieras, por donde penetra una gran claridad, y hay tres ó cuatro chimeneas que están continuamente dando humo; las literas tienen tambien sus hermosos tapices; únicamente, por una costumbre muy generalizada entre los americanos, falta allí la palangana y el jarro para lavarse; en la galería se vé tan solo una bacía y algunos trapos, que deben servir á todo el mundo; el peine y el cepillo para el pelo, pasan aquí sin dificultad de una mano á otra.

El Monongahela, cuyo nombre indio me gusta mucho, es un rio que viene de los montañosos distritos de Morgentown y que va, por una ligera pendiente, á unirse al Alleghani, para formar mas tarde parte del Ohio.

Si, como debemos creerlo, todas las obras de la creacion tienen su destino particular, ¿no es una dulce existencia la de un rio que al salir de su bóveda de rocas, baja por colinas, atraviesa bosques, pasa hermosos valles, anda errante y serpenteando entre orillas floridas, refleja en sus ondas los verdes árboles de los cerros y el dulce rostro de algun Herman ó de alguna Dorotea, y que, despues de todas las fantasías de su viva juventud, se casa con otro rio mucho mas caudaloso, que le lleva al Océano?

Pero, ¿de qué me sirve describiros la peregri-

nacion de los rios? ¿Nuestra suerte no es casi como la suya? ¿No caminamos como ellos, durante nuestra juventud, de dia en dia, de orilla en orilla, ya alumbrados por un rayo de sol ó un rayo de amor, ya oscurecidos por una nube, hasta que entramos en la vida séria, que dá fin á todos nuestros ensueños, sumergiéndonos en el Océano de los años?

El vapor del Monongahela, me transportó muy rápidamente á Pittsbourg, á este suelo que nos pertenecia en otro tiempo, á este suelo que los *viajeros* canadianos, semejantes á un Colon, descubrian en medio de su ignorancia, durante sus aventureros paseos; á este suelo que esploraban los misioneros con la cruz en la mano, y del que cada oficial, á la cabeza de una docena de soldados, tomaba posesion en nombre del rey.

En el siglo XVII, teniamos en el continente americano, una estension de terreno ocho ó nueve veces mayor que el de Francia; un imperio inculto, es verdad, pero fértil, que se estendia desde Quebec, hasta el golfo de México, que por los grandes lagos del Norte y del Oeste, nos daban una via de comunicacion no interrumpida, desde el rio San Lorenzo, hasta la desembocadura del Mississipí; de modo que al desembarcar de Francia, ya en Quebec, ya en Nueva-Orleans, podiamos dar la vuelta de nuestros dominios en buque de vela.

Para guardar este magnífico reino, uno de los

mas vastos y hermosos que jamas haya podido contemplar el ojo de un conquistador, para preservar á nuestra reciente colonia de los ataques de los indios, y de la celosa hostilidad de los ingleses que se establecieron delante de nosotros, en los estados de la Nueva-Inglaterra, en la Pensylvania y en la Virginia, construiamos fuertes en los puntos principales.

Washington, en una mision que se le encargó á la edad de veintiun años, cerca de un comandante francés M. de Saint-Pierre, observó el lugar donde está Pittsbourg, conoció toda su importancia, y determinó á la compañía de negociantes ingleses y virginianos, formada bajo el título de compañía del Ohio, á construir allí un reducto. Los trabajadores acababan de reunirse en este lugar, apoyados por un batallon mandado por Washington, cuando fueron repentinamente atacados por un ejército de soldados franceses, que construyeron ellos mismos el fuerte proyectado por sus enemigos, y le dieron, en honor del gobernador del Canadá, el nombre de fuerte Duquesne.

Washington mismo le atacó mas tarde, y despues de un combate de diez horas, fué vencido. En 1775, el general Braddork se adelantó á la cabeza de dos mil hombres para arrojar á los franceses de sus posesiones del Ohio; sus tropas fueron derrotadas, y él mismo, despues que vió muertos uno tras de otro tres caballos, fué herido mortalmente. Tres años mas tarde, para

vengar esta derrota, el general Torbes marchó á atacar el fuerte Duquesne, con nueve mil soldados. ¿Qué podiamos hacer contra un número tal de enemigos? ¡Ay! en vano nuestra colonia de América hacia prodigios de valor; nuestros capitanes se portaban como héroes; los aldeanos que arrancaban á las labores del campo para agregarles á las filas, sufrian sin quejarse las mas duras privaciones, y desafiaban atrevidos los mas crueles peligros. En esta parte de la historia de Francia se encierra todo un mundo de glorias desconocidas, hechos admirables, una epopeya maravillosa que tiene sus Aquiles, y que espera aún sus Homeros. Mientras que algunos centenares de hombres sostenian con tanta intrepidez el honor de su bandera, y regaban con su sangre las llanuras de la Nueva Francia, el gobierno francés, que hubiera debido dirijir sin cesar los ojos hácia ellos, les dejaba en el mas completo abandono. El ministerio, al cual no pedian mas que algunos buques y algunas municiones, respondia que el Canadá costaba harto caro, y Luis XV se dormia en medio de sus fiestas voluptuosas, y los millones de la Francia se perdian en las manos de una cortesana. ¡Vergüenza para esa época! Vergüenza para aquellos que desheredaron á la Francia de esta region del globo, conquistada por nuestros soldados, ilustrada por nuestro valor, bendecida por nuestros ministros, santificada por nuestros mártires! Su traicion no debe borrarse jamas

del libro de la historia, y hasta en su tumba deben verse perseguidos por las maldiciones de aquellos que al pisar estos lugares, en vez de encontrarse con sus conciudadanos, se ven rodeados por una raza estranjera!

El fuerte Duquesne fué tomado por el general Torbes, que lo primero que hizo fué darle el nombre de fuerte Pitt; de ahí nace el que tiene ahora de Pittsbourg.

Actualmente nada queda aquí, ningun vestigio de la primera obra que hizo en este lugar una inquieta colonia, ni nada tampoco del fuerte Duquesne, ni del fuerte Pitt. En la orilla en que estaba hace cien años la fortaleza, que era su único edificio, se eleva hoy una de las ciudades mas activas y florecientes de los Estados-Unidos; una ciudad que tiene á poca distancia suya, minas de carbon de piedra, este potente móvil de la industria, que yo os prometo que no le dejan en el abandono. No se ven mas que almacenes que se parecen á los toneles de los Danaidas, tan pronto se llenan como se vacían; hornillas encendidas continuamente, fábricas de vidrio y de hierro, y utensilios de toda clase; de la otra parte del rio, dos ciudades no menos laboriosas, se unen á la principal por varios puentes; en el Monongahela, las escuadras de vapores remontan hasta las nubes sus torbellinos de negro humo.

Aquí trabé amistad con un anciano comerciante, el cual me dijo que cuando llegó á Pittsbourg,

no habia mas que tres casas de ladrillos, y unas treinta de madera. En 1831, M. Miguel Chevalier, en sus cartas sobre la América del Norte, dijo: que la poblacion de Pittsbourg, junta con las de Birmingham y de Alleghany, que se unen á ella como unos arrabales, no tenian mas que treinta mil habitantes. Actualmente cuenta unos ciento cincuenta mil, y sabe Dios lo que será dentro de veinte años. Este no es mas que uno de los pasos del jigante del pueblo americano, pueblo increible, genio fabuloso. Parece que tiene el poder de realizar por la potencia de su trabajo, las maravillas de los cuentos de las hadas; pero ningun pájaro azul suspira debajo de sus ventanas, y ninguna Titania le mece durante los sueños de una noche de verano.

## XV.

# EL OESTE.

Los bateleros canadianos, primeros esploradores de esta region.—Daniel Boom, primer colono de Kentucky.—Su vida y su muerte.—Recientes progresos de los Estados del Oeste—Las *barges* (lanchones) de 1815. Las ciudades actuales.

---

Si los progresos de los distritos de la América del Norte que fueron los primeros que se poblaron, la Virginia, el Estado de Nueva-York, la Pensylvania y el Massachussets, causan al europeo un espectáculo increible, el trabajo que se opera en este momento en los Estados del Oeste septentrional y del Oeste meridional, no

es menos admirable. Esta inmensa comarca, que de una de las cadenas de las montañas Alleghanis, se estiende hasta el lago Michigan y el Lago Superior, toca á las posesiones de Inglaterra, y de allí va al Golfo de Mexico; esta comarca, diez veces mayor que la Francia, y que pudiera contener fácilmente ciento treinta millones de habitantes, apenas era conocida de los geógrafos hace cuarenta años.

Es verdad que los franceses habian esplorado las orillas del Ohio y del Mississipí. Los atrevidos bateleros canadianos, llamados los *viajeros*, bajaban estos rios con sus canoas hechas de corteza; los misioneros católicos, animados de un religioso entusiasmo, penetraban, á riesgo de sus vidas, en medio de las tribus salvajes; los gobernadores de nuestra colonia habian emprendido la obra de anudar por medio de una cadena de fortalezas, San Lorenzo al Mississipí, Quebec á Nueva-Orleans. Pero el interior del país en que se elevan hoy ciudades tan magníficas, no era mas que un desierto inesplorable, un océano de bosques, guardados por hordas salvajes.

La historia de los primeros trabajadores que trataron de fijar su morada en estas espantosas regiones, puede fijaé en el número de las páginas mas admirables de los anales de la civilizacion. ¿Quereis un ejemplo? el intrépido Daniel Boom va á contaros, en persona, los goces y dolores de su aventurera empresa. ¿Quién era

Daniel Boom? Se ignora. Ni él mismo se ha curado de decírnoslo. Parece que para él no empezó la vida sino en el momento de su emigración, y esta vida pudiera tomarse como unos apuntes de una novela de Cooper.

"En el mes de Mayo de 1769, dice Boom, renuncié á mi felicidad doméstica. Dejé mi familia y mi tranquila habitacion de la Carolina del Norte, para ir con John Finlay, Juan Stuart, José Holde, Jaime Monay y Guillermo Cool, á la comarca de Kentucky.

"El 7 de Junio, desde la alto de una colina, descubrimos esta llanura. Despues que hubimos instalado en ella nuestro campamento, y construido una barraca para ponernos al abrigo de la intémperie, empezamos á cazar y esplorar el país. Habia en estos bosques gran cantidad de animales salvajes y numerosas manadas de búfalos. Estuvimos cazando hasta el mes de Diciembre con un éxito asombroso.

"El 22 del mismo mes, habia hecho una agradable escursion con Juan Stuart, pero esa jornada debia sernos fatal. Habiamos atravesado un estenso bosque, en el cual tuvimos ocasion de observar la variedad de los árboles, flores y frutos que la naturaleza ha sembrado en estos lugares. Por la noche, estando á orillas del rio Kentucky, se precipitó de repente sobre nosotros una tribu de indios, que estaban emboscados, y despues de habernos despojado de armas y vestidos, nos hizo prisioneros. Permanecimos

siete dias en su poder, sin encontrar una ocasion para escaparnos. Por fin, una noche, en que todos dormian tendidos al pié de una hoguera, disperté á mis compañeros, y nos dirijimos corriendo hácia nuestro campamento; pero habia sido saqueado, y habian desaparecido los que lo habitaban.

"Algun tiempo despues, mi hermano, que habia dejado la Carolina con el mismo objeto que yo, me encontró por casualidad en el bosque. Al gozo que me causó su encuentro, sucedieron en breve terribles sucesos. Un americano que le acompañaba, fué devorado por los lobos, y mi amigo Juan Stuart, asesinado por los salvajes. Encontrabámonos en una posicion bien triste, á algunos centenares de millas de nuestras familias, en medio de los bosques, y espuestos á la voracidad de los animales, y á las flechas de los salvajes. No perdimos sin embargo, el valor; construimos una especie de cabaña, é ibamos á la caza todos los dias. El 1.° de Mayo de 1770, mi hermano regresó á nuestro país, con el objeto de ir á proveer de miniciones.

Al ver la situacion en que va á quedar el intrépido Boom, deberéis sin duda compadeceros de ese nuevo Robinson, abandonado en medio de un bosque desierto, sin que le acompañara el fiel Domingo. Pero Boom no se dejaba abatir por la tristeza; cuando alguna idea harto fúnebre asaltaba su imaginacion, distraíse contemplando las bellezas de la naturaleza.

"Un dia, dice, mientras me entregaba á las reflexiones que hacia nacer en mí la variedad de la naturaleza en estos lugares, determiné hacer una escursion por la comarca. Al ponerse el sol cesó todo ruido, y el silencio que le sucedió no se veia interrumpido siquiera por el murmullo de una sola hoja de los árboles. Habia subido á la cima de una colina, desde cuyo punto contemplaba estasiado el espacio inmenso que se estendia á mi vista. Cerca de mí pasaba el Ohio, cuyo magestuoso curso señalaba los límites occidentales de Kentucky, y á lo lejos, veia grupos de montañas rodeadas de nubes. Todo estaba tranquilo. Encendí una hoguera cerca de una fuente, y comí un pedazo de venado, producto de mi caza de aquel dia. Llegó la noche. Me acosté sobre la tierra, y dormí profundamente: al dia siguiente proseguí mi camino al salir el sol: esploré los terrenos durante algunos dias, y volví á mi cabaña, que estaba tal como la habia dejado. Ninguna ciudad hubiera podido hacerme esperimentar con todos sus edificios y sus riquezas, la dicha de que gocé en mi solitaria contemplacion de la naturaleza."

Despues de haber pasado tres años en los goces de la soledad, Daniel Boon, que no habia olvidado su hogar domestico, como es de suponer, volvió á la Carolina del Norte, vendió su propiedad, y partió con su muger é hijos y cinco familias, para fijarse en los lugares que habia

esplorado. Por el camino, vióse la caravana emigrante atacada por los indios. El hijo mayor de Daniel fué muerto, y junto con él quedaron otros cinco en el campo de batalla. Robáronse los equipajes de los viajeros, y su ganado fué dispersado. Solamente cuatro años despues logró Daniel, gracias á su constancia, realizar sus planes de colonizacion. Para ponerse al abrigo de los salvajes, elevó palizadas al rededor de su morada, y construyó un fuerte. A cada instante, se veia sin embargo amenazado, sitiado por los indios, y ¡ay! de aquellos de sus compañeros que se atrevieran á aventurarse al través de los campos; los unos eran hechos prisioneros; los otros caian atravesados por las flechas. El mismo Daniel, á pesar de su esperiencia, dejándose un dia arrastrar demasiado por su amor á la caza, cayó en poder de una horda de indios, que le llevó á sus lejanas habitaciones.

Permaneció cautivo durante tres meses, y como tenia mucha astucia, y era buen cazador y buen obrero, supo granjearse en breve la estimacion de sus antiguos enemigos. Ofrecieron á estos en rescate una suma considerable, pero se negaron á admitirla, y no quisieron darle la libertad.

Daniel, al mismo tiempo que se reunia alegremente con ellos para ir á la caza, en la que dice él mismo, muchas veces procuraba disimular su destreza por no herir el amor propio de sus amos Daniel, no pensaba mas que en el modo de po-

derse escapar. Una noche, oyendo con atencion la conversacion de dos gefes, supo que estos se preparaban para hacer una espedicion en sus dominios, y entonces, á riesgo de ser cojido y degollado, se escapó. Corrió á su fortaleza de Boonborough, andando en tres dias ciento sesenta millas, y no haciendo en los tres dias mas que una sola comida.

Los indios, á quienes su fuga desconcertó todos los proyectos, se reunieron algunas semanas despues, y en número de cuatrocientos cincuenta sitiaron la fortaleza. Gracias á la habilidad de Daniel, la colonia naciente estaba en estado de poderse defender, y los salvajes se vieron obligados á retirarse. Si bien al principio acojieron éstos á los europeos amigablemente, no dejaron de conocer bien pronto los peligros á que les conduciria cada dia el incremento que iba tomando la raza estranjera, y defendian palmo á palmo sus bosques y llanuras.

En otro combate Daniel Boon perdió á su hermano; en otro aún perdió á su hijo menor.

Hé aquí del modo como debieron conquistarse estas tierras tan considerables hoy, hace solo medio siglo; ellas han dado ya al congreso el orador mas elocuente de América, M. Clay.

Una vez que la colonia de Boonborough fué bastante fuerte para poder entregarse sin temor á sus trabajos de cultura, creereis sin duda que Doniel, satisfecho de su obra, acabó tranquilamente su vida en su hogar. No fué así; Daniel

no tenia la mayor inclinacion á la vida comun. Cuando vió que las tierras de Kentucky estaban descuajadas y labradas, cuando vió que ya se habian acabado las aventuras y los peligros, le pareció que Kentucky era tan monótono como la Carolina. Entonces se retiró á los inhabitados bosques de la Luisiana, y tuvo la gloria de morir como habia vivido, con el fusil en la mano, y al pié de un árbol centenario.

Para daros una idea mas exacta de lo que era el Oeste de los Estados-Unidos, hace unos cuarenta años, permitidme que os cite aún algunos hechos. En 1819 dice M. Bradfort (*Notes on the northwest*) á orillas del Illinois, y en un espacio de doscientas cuarenta millas, no se contaban mas que tres familias. En 1827 una sola casa en el lugar donde se eleva hoy la ciudad, cabeza de partido de uno de los distritos del Estado; esta ciudad es Galena, que tiene varias iglesias, dos imprentas, diversas manufacturas, y una poblacion de cinco mil almas.

Hácia el fin del último siglo, el Oeste, con todos sus grandes rios y su suelo fecundo, era para el pueblo una region perdida. Por una parte los españoles, á quienes abandonamos tan estúpidamente la Luisiana, ponian trabas á la navegacion del Mississipí; por la otra, se creia que la cadena de montañas de Alleghanis eran impracticables. En una palabra, el vapor, esa palanca de Arquímedes, no habia hecho aún sus milagros, y las oleadas de emigrantes europeos

no habia venido aún á abrirse un camino, con el hacha en la mano, en las playas americanas.

Fulton, el inmortal Fulton, al atravesar un dia por un camino muy desigual y en un mal carruaje, los Alleghanis, escitó la risa de sus compañeros de viaje, por haberles dicho que llegaría un tiempo en que, por medio del vapor, se circularia con mas rapidez en aquellas montañas que en las llanuras con un buen carruaje, y este tiempo ha llegado. El ferro-carril de Baltimore, que se detiene ahora en Cumberland, no tardará mucho en llegar hasta el Monongahela y hasta Brownsville.

En estas hermosas y anchas playas, visitadas diariamente ahora por tantos viajeros, no se veia entonces mas que las canoas de corteza inventadas por los indios, adoptadas y perfeccionadas por los franceses. A ellas sucedieron los *bages* y las barcas sin quilla. Las *barges*, construidas de modo que puedan llevar una carga bastante considerable, eran guiadas por hombres que se parecian á los bandidos; hombres que á causa de su vida nómada, habian tomado las costumbres mas desordenadas, hacian temblar á los habitantes de las pobres cabañas donde se detenian, y se escapaban de las pesquisas de la justicia entrando en sus embarcaciones, ó pasando de un Estado á otro. Al peligro que ofrecia su compañía, debia añadirse el que se corria de ser atacado por los indios.

Despues de haber bajado el Ohio en uno de

esos magníficos vapores que van en cuarenta horas de Pittsbourg á Cincinnati, era para mi una cosa estremadamente curiosa leer un programa de la navegacion de estos mismos lugares, publicado en 1794. Este programa anunciaba pomposamente que se acababa de establecer una línea de buques entre Pittsbourg y Cincinnati: "Estos buques, decia el programa, saldrán en dia fijo, y harán el viaje de un punto á otro en un mes. Tienen una galería cubierta á prueba de bala, y ademas, para resistir á todo ataque, serán provistos de cañones, fusiles y municiones."

En 1817 veinte *barges* de cien toneladas, que hacian un viaje por año, bastaban al comercio de Nueva-Orleans y á las poblaciones de las orillas del Mississipí. Actualmente en los rios y lagos del Oeste, hay mas de seiscientos vapores que hacen contínuos viajes; millares de individuos emigrados se dirijen todos los años hácia este lado. A orillas de todos los rios de esta comarca, abandonada hace tan pocos años, elévanse ya algunas poblaciones grandes, al rededor de las cuales deberá reunirse con el tiempo una poblacion inmensa.

La ciudad mas antigua que aquí se vé, es *Saint-Louis*, cuyo nombre indica su órígen francés. Esta ciudad fué fundada en 1763, por un agente de la compañía que hacia el comercio de pieles, y por dos jóvenes criollos de Nueva-Or-

eans: MM. Chonteau. Ahora tiene cuarenta mil habitantes, y doscientos vapores.

Luego viene Wheeling, Portsmouth y Louisville, que no cuenta menos de treinta y ocho mil almas; Nemphis y Natches, fundada por nuestro valiente d'Iberville; Baton-Rouge, cabeza de partido del actual Estado de la Louisiana, la mas admirable de todas estas poblaciones modernas; Cincinnati, una de las reinas del Oeste, Cincinnati, que en 1789 se componia solamente de dos *loghouses*, que en 1795 contenia quinientos habitantes, y que en 1849, tiene ya cien mil.

Cuando se vé lo que se ha hecho á orillas del Mississipí y del Ohio en medio siglo, y cuando se observa sobre el mapa el terreno que se estiende desierto aún de cada lado de estos dos rios, es imposible calcular el número de poblaciones que contendrá, los millones de almas que le habitarán, y los caminos de hierro que le atravesarád. El Norte de la Europa fué por la edad media la *Vagina gentium*. El Oeste de los Estados-Unidos será con el tiempo el *Receptaculum gentium*, el ancho asilo de todos aquellos que la ambicion de fortuna, la política ó la miseria, arrojarán de los confines del antiguo mundo.

## XVI.

# EL OHIO Y EL MISSISSIPI.

La union del Monongahela y del Alleghani.—El espléndido *John Hancock*.—Autoridad de los inspectores de los vapores.—Peligros de la navegacion por los rios.—El Ohio—El Mississipí.—Imágen de la Antigua América.—Interior del vapor.—Señoras y *gentleman*.—Carácter solemne do las orillas del Mississipí.—Diversas zonas agrícolas.—Industria del algodon—Fábricas de Lowell.

En el ángulo meridional de Pittsbourg, en ellugar donde se elevaba antiguamente el fuerte Duquesne, se juntan el Monongahela y el Alleghani, y en su curso parécense á dos viajeros que al seguir un mismo camino, están resueltos

á conservar su carácter distinto, sin concederse el uno al otro una sola parte de su naturaleza. Uno de estos dos rios guarda toda la limpieza de su lecho de rocas; el otro el tinte terroso tomado al atravesar las llanuras. Luego, entrambos, despues de su último esfuerzo de individualidad, se confunden con el Ohio, á quien los franceses habian dado el sobrenombre de *rio hermoso*. ¡Rio hermoso! éslo en efecto, no por el color de sus aguas, continuamente rojas, sino por sus pintorescas colinas y por los bosques que se estienden por sus dos orillas. En un espacio de cien leguas, vése á derecha é izquierda una especie de muralla de algunos piés de altura, ya cortada en ondulosas lomas, ya en agudas pirámides, cubierta en toda su estension de frondosos árboles y verdes alfombras. De distancia en distancia, encuéntranse algunas poblaciones agrestes, al pié de las colinas ó sobre las lomas, y en las orillas algunas barcas grandes sirven de embarcaderos, donde nos detenemos para proveer de leña. Esta es la parte mas poblada del Estado del Ohio, que solo fué constituida en 1803, y que se estiende desde el grado 38 hasta el 42 de latitud. Aun cuando marcha por la vía de la prosperidad, no debemos olvidar que no hace mas que nacer. La única poblacion algo importante que se encuentra antes de llegar á Cincinnati, es Wheeling. Para el que no visita estos lugares con un objeto comercial, poco recreativa encontrará la ciudad de Cincinnati á pe-

sar de ser la metrópoli del Oeste. Una de las curiosidades de esta ciudad, que algunos americanos me encargaron en estremo ir á ver, y que no teve ningun deseo de conocer, es el matadero de esos estimables animales que han descubierto la criadilla. Medio millon de comedores de bellotas perecen todos los años en el matadero de Cincinnati. En un instante son descuartizados, colocados en los barriles, y espedidos á los Estados del Norte ó del Sur.

De aquí á Nueva-Orleans hay mil quinientas ocho leguas de distancia; quinientas treinta y ocho hasta la desembocadura del Ohio, y novecientas setenta sobre el Mississipí. Es un viaje de ocho dias.

Iba á embarcarme en el John Hancock, que acaba de anunciar pomposamente su salida. *The splendid and fast running John Hancock!* El rápido y espléndido! no se puede desear ya mas. Mientras en el salon del hotel estaba apuntando en mi cartera este nombre histórico con sus epítetos, dos americanos empezaron á hablar de él. Decia el uno:—"Os prometo que es un vapor que está ya fuera de servicio.—"Bá! replicaba el otro, es un vapor que ha hecho mas de un viaje, sin contar los quedebe hacer aún.—Estoy seguro de que el inspector, que acaba devisitarle, ha condenado elestado de sus calderas. —Y qué nos importa laopinion de un inspector, que quizás no entiendenada en el asunto, y que puede muy bien estar interesado en probar que

es malo? Ningun inspector puede impedir al *John Hancok* que parta.—Así será, pero despues del voto del inspector, las compañías de seguros se negarán á asegurarlo, y sin seguro no tendrá flete. Nadie le impedirá viajar en lastre, solamente con algunos pasageros, que ya sabeis que no son los que dan mas provecho.—Váyase al diablo el inspector acompañado de todas sus visitas y votos sobre la materia, dijo el segundo interlocutor, que probablemente tendría algunos fondos colocados en el *John Hancoch*.

Como yo no me interasaba por la prosperidad de este vapor equívoco, fuí á tomar pasaje á bordo del *Western World*, que se anunciaba igualmente con el título de *Splendid and fas running*.

¿Pero qué os parece esta conversacion? Pinta perfectamente y de un solo rasgo las costumbres americanas. Para ellos no hay traba ninguna que se oponga á sus empresas comerciales. No existe ninguna ley que pueda impedir á un vapor averiado su viaje, cuando peligran las vidas de todos los que vayan en él. Peor que esto aún, no examinan á los que deben dirijir un buque jigantesco en los parajes mas peligrosos. Generalmente, el capitan es un sócio de la compañía, que pone el buque á la mar, un comerciante que pasa de su mostrador sedentario, á su mostrador ambulante; y el injeniero, el piloto y maquinista son aquello que Dios quiere.

¡De ahí provienen tantas esplosiones de vapores! de eso nacen todas las muchas catástrofes

que se ven en los Estados-Unidos, y en los rios del Oeste muchos mas que en los otros. La navegacion de estos rios, dejando aparte los riesgos que cada vapor encierra en sí mismo, es muy peligroso. En verano, es el Ohio tan bajo, que en ciertos lugares llega á tener solamente cuatro ó cinco piés de profundidad. Para poder navegar por él durante la falta de aguas, solo pueden hacerlo por medio de largos vapores con máquinas de alta presion; primer peligro. Durante la primavera, crece de repente y en veinticuatro horas, hasta veinte piés; se desborda por ambos lados, y es entonces muy fácil perderse al tratar de seguir sus continuas vueltas; segundo peligro. Si se encuentran dos vapores bogando en la misma direccion, animados uno y otro por una *noble* emulacion, atizados por la ambicion del capitan, se avanzan como dos corceles celosos en una arena comun, procurando correr cada uno mas aprisa que su rival, y ver quién tendrá mas robustos los brazos y mas inflamable el carbon, para demostrar la fuerza de su vapor. Los imprudentes pasajeros les atizan ellos mismos á la lucha, escitan á los capitanes, y hacen mil apuestas con los pasajeros del vapor contrario. El resultado ordinario de esta carrera olímpica, suele ser que una de las calderas, calentadas mas de lo regular, revienta, y hace volar por el aire los miembros del capitan y de los pasajeros. Este *steeple charse* acuático, es uno de los mas graves peligros de la navega-

cion por el Oeste, y á pesar de los muchísimos casos que se presentan semejantes al que acabo de escribir, muy amenudo deben deplorarse algunos de ellos.

El Mississipí es en todo su curso mucho mas profundo que el Ohio, pero tambien inunda en la primavera las llanuras, y en su impetuosa invasion llévase mucha tierra con los árboles que en ella se elevaban imponentes por su magnitud. Estos árboles cargados de arena gruesa y de lodo en su base, bajan hasta su profundo lecho de arena, y muchos de ellos enclavándose en ella, levantan su tronco colosal y sus enormes ramas; llaman á estos *snags*. Si un buque pasa por encima de él, el *snag* le abre como si fuera un pastel, y el buque va sin remision á pique. Parece que el antiguo rey de los bosques americanos lanza él mismo esos escollos en medio del agua, para vengarse de aquellos que van á turbar la tranquilidad de su imperio.

Desde algun tiempo á esta parte, se ha remediado un tanto este peligro, cortando todos los árboles que estaban á orillas del rio, y podian ser llevados por una inundacion, y arrancando al mismo tiempo de su lecho un millar de *snags* que esperaban sordamente en él á sus víctimas. Desgraciadamente no se ha completado este trabajo, y muy amenudo aún, los buques se ven horadados por los *snags* que existen todavía en el fondo de las aguas. Ya sea por esta causa, ya por la imprudencia con que están conducidos,

perecen en esta region del Oeste de treinta á cuarenta buques por año. Por término medio se calcula que aquí la existencia de cada vapor es de cuatro años. Durante este tiempo debe haber producido el capital é intereses. Si vive mas tiempo, es una fortuna inesperada.

Pero el americano no se cuida nunca ni de esas dificultades, ni de esos peligros. Le es preciso viajar por sus negocios, y viaja á todo riesgo.

Sin duda habreis oido hablar alguna vez de la espantosa esplosion del *Louisiania*, que hace un mes hizo volar con los pedazos de sus calderas centenares de cadáveres en el muelle de Nueva-Orleans. El dia siguiente, ni un solo vapor llevaba un pasajero de menos. Los que estaban dispuestos á marchar, partieron como si jamas se hubiese oido hablar de desgracias semejantes.

*¡Go ahead!* Adelante! Esta es la palabra de los americanos. Si se sabe que á trescientas leguas hay un nuevo terreno que esplotar, si hay probabilidades de vender mercaderías en el Norte ó en el Sur, *¡go ahead!* La estacion es mala, los caminos están cubiertos de nieve, el viaje largo y peligroso, no importa, *¡go ahead!* El buque en que van á embarcarse tiene mala fama, está mal construido, y mal dirijido, arriesgan sucumbir con él en el primer mal paso; no importa tampoco, *¡go ahead!* Las fatigas y los peligros no son nada; el movimiento es lo primero. Me debiera admirar esa intrepidez, pero

hijo de las ráncias preocupaciones europeas, siento recordar que la seduccion de la fortuna puede inspirar el mismo valor que los sentimientos caballerescos de gloria, religion y amor.

¿Quién creyera al ver el Ohio, que tiene sentimientos tan feroces, y que como un monstruo antiguo necesita sin cesar una nueva presa? Tan manso es, que ni una arruga se muestra en su semblante, y apenas puede uno distinguir su corriente. Arrastra consigo tierra, plantas y troncos de árbol, sin alterar su movimiento, como si no hiciera mas que cumplir con la obligacion que se le ha impuesto, y los rios que recibe en su seno de distancia en distancia, le engrandecen, sin cambiar en nada su pacífica apariencia. Unicamente cerca de Louisville encuentra una muralla de rocas, contra las cuales rompe su corriente; allí hierve, muge, y los vapores no se atreven á seguirle en su cólera, se le ha construido un canal paralelo á este difícil paso, de tres millas de longitud, al cual los americanos, con su orgullo nacional llaman un *stupendous labor*. ¡Admirable trabajo en efecto! En solo cuatro años ha producido con su peaje mas dinero de lo que costó su construccion. Pero este trabajo no es mas que una zanja abierta en tierra blanda, sostenida por ambas orillas de una palizada; tan estrecha y mezquina es la zanja, que el comercio reclama otra nueva, porque las embarcaciones solo pueden pasar una á una, y

mientras pagan un derecho muy elevado, pierden un tiempo considerable.

Mas allá de este rápido descenso del rio y de la gran rada adornada por una parte con las casas de Jeffersonville, y por la otra por los anchos muelles y las simétricas calles de Louisville, el Ohio vuelve á seguir su tranquilo curso entre dos llanuras, cubiertas de bosques, y se reune al Mississipí, cerca un lugarillo al que han dado el gran nombre de Caíro. La union de estos dos rios es un magnífico espectáculo; el uno ha hecho antes de su union trescientas cincuenta leguas desde Pittsbourg, acrecido en su curso por la rennion de otros doce rios; el otro, al que llaman el *Padre de las aguas*, empieza su curso en un pequeño lago del Norte, á dos mil cuatrocientas noventa y seis millas del golfo de México, donde va á echarse, despues de haber recorrido un espacio de mas de seiscientas leguas antes de unirse á su noble rival.

Desde este punto, la comarca que se atraviesa toma un carácter imponente, y la que hemos recorrido ya, no dá mas que una pequeña idea de la hermosura de las orillas del Mississipí. Este rio sigue su curso apacible con una magestad suprema. En ciertos lugares, tiene media legua de ancho; en otros, enlaza entre sus dos brazos islas, que cubririan tres veces la anchura del Rhin. Sus orillas están elevadas solamente á una docena de piés sobre las olas, y se estienden por ambos lados en llanuras infinitas.

Todvía se presenta allí una imájen de la América primitiva, tal como debió aparecer á los primeros viajeros en su calma solemne. A lo lejos, hácia el alto Mississipí, hay las inmensas llánuras, los desiertos de este continente, donde pacen los ganados de búfalos, visitados únicamente por los indios y por los atrevidos cazadores. A orillas del rio, los bosques profundos, á quienes el hacha del leñador no ha hecho mas que cortar algunos troncos, se estienden á centenares de leguas, cubriendo con sus ramas el suelo; eternas generaciones de árboles que caen succesivamente sobre su alfombra de hojas, y se succeden con sus nuevos retoños.

Vénse allí los arces, las encinas magestuosas llamadas aquí *hickory*, y que en vez de bellotas, dan unas pequeñas nueces muy agradables; vénse tambien los jigantescos sicomoros, las magnólias y los catalpas, que abundan en nuestros jardines; el árbol llamado algodonero, bien que no produce algodon, levanta sus largas ramas, y parécese á los álamos de la Lombardía. Hay tambien el *canuebrake*, especie de caña que se eleva á la altura de quince piés, y forma unos háces tan apretados y unidos, que cuando un imprudente cazador comete la imprudencia de entrar en sus palizadas, corre el riesgo de no poder salir nunca de ellas. De árbol en árbol, de rama en rama, enlazánse los cordones de la cepa y de la enredadera, que despues de su caprichoso vuelo, vuelven á bajar hácia la tierra co-

mo para impregnar en ella una rábia, y uniendo por fin su cabeza en una raiz vecina, enrédanse entre las flores y hojas que produce aquella.

En nuestro vapor no se oye mas ruido que el que producen tres veces por dia las horas de comida. Unos cincuenta americanos están sentados en la galería, fumando, pensando, y leyendo algunos de ellos los romances que por veinticinco sueldos les han vendido los revendedores que en cada vapor se encuentran, así como en cada fonda. Las mugeres están en su salon, sin hablar, sin trabajar, balanceando como niños su indolencia en sus *rocking-chair*. A las ocho de la mañana, á la una y á las seis de la tarde, nos llaman á la mesa; los maridos van muy graves en busca de sus *ladies*, pues así llaman á sus esposas. Los americanos no han querido aceptar, en medio de su arranque democrático, el título de ciudadano, que se dan nuestros republicanos. Han admitido las denominaciones aristocráticas de Inglaterra, y no han sido escasos en su reparticion. Aquí todos los hombres son *gentleman*, y todas las mugeres *ladies*: "*Where is miz lady?*" (dice á mi lado un hombre vestido con levita hecha giras. Esta *lady*, cuya posicion social he querido observar, es una verdulera de Cincinnati, que va á hacer el mismo comercio á Nueva-Orleans y su marido, á quien llaman *this gentleman* es un zapatero remendon abandonado por sus parroquianos.

A la hora de la comida, todas esas *ladies* de

pantalla, entre las cuales se encuentra quizás por casualidad alguna elegante señora, como una flor perdida en medio de un matorral de plantas rústicas, todas esas ladies entran en la galería conducidas en procesion por sus maridos. Al verlas, todos los hombres se descubren, ninguno se sienta antes que ellas estén sentadas, y ocupan los lugares de preferencia. Cada una de ellas está pronta desde las ocho de la mañana á engullir enormes tajadas de ternera y de beefsteak, y si los hombres usan en la mesa modales ordinarios, nada por cierto tienen que echarles en cara las ladies. ¡Qué espectáculo fuera este para Byron, que no podia siquiera ver comer á una muger! El ilustre poeta en sus *Memorias* habla con muchas simpatías hácia el pueblo americano; si hubiera debido vivir algunas semanas entre el, es muy probable que hubiera dirijido algun canto irónico á esta poblacion de ladies y gentleman.

Despues de la comida, operacion que se hace con toda la grave importancia que dan en América á esta parte del dia, los hombres conducen á sus ladies al salon, las abandonan á los *rocking-chair*, y luego se separan para ir á fumar, sin cuidarse mas de sus queridas mitades. Y se vanaglorian los americanos de su respeto por las mugeres! Un respeto semejante, me parece que es la mas absoluta negacion de los atractivos y de las cualidades de la muger.

La mesa en que se sirve á los pasageros se vé

ocupada luego por los empleados del vapor, y despues por los criados negros, al lado de los cuales ningun criado blanco quisiera sentarse.

Para escaparme al espectáculo que presentan los platos humeantes, logré á pesar de la órden de á bordo, que me arrimaran una mesata á la litera y una silla, por medio de esos argumentos de los cuales ha esplicado Quintiliano en su retórica, la fuerza que tienen; el argumento dollars, y permanezco una parte del dia en mi celda de seis piés, leyendo y escribiendo, ó mirando por el balcon el rio y sus orillas.

Por la noche, cuando la oscuridad añade el prestigio del misterio al aspecto solemne de esta comarca, esperimento un placer inefable en subir al puente y contemplar desde allí cuanto me rodea. Ni un canto, ni un murmullo, ni un movimiento se observa al rededor de este magnífico rio, el cual hasta él mismo parece estar inmóvil en su cauce. Por todas partes reina la mas completa calma que nada interrumpe, la inmensidad que ningun ojo mide, los *lata silentia* de Virgilio, y el poema sublime de la soledad, del cual el hombre no ha visto mas que las primeras páginas, y de la cual solo Dios conoce la profundidad.

Si: todavía un René pudiera venir aqui en busca de un asilo contra las tempestades de su corazon. Quizás ya no encontraria ni un Chactas ni una Atala; pero al menos encontraria, sí, el santuario de un retiro para ponerse al abrigo

del ruido de las ciudades, la verde y espesa alfombra donde descansar de sus fatigas, y lo sombra de los bosques vírgenes para encubrir su melancolía.

Pero el que quiera ver esta naturaleza en suprimitiva grandeza, no tarde á venir. La virginidad ha sido ya manchada por el vicio, profanada por vengonzosos desarreglos. Si el hombre lleva la civilizacion á los desiertos, sucede muy amenudo que el desierto reduce al hombre á la práctica de un instinto brutal. "La soledad, dice la Iglesia, no es buena para el que no vive en Dios," La misma Tebaida que exaltaba el fervor de los antiguos cenobitas, hubiera podido dispetar solamente en otros corazones, inclinaciones desordenadas. Un gran número de los primeros hombres, que se adelantaran al través de los bosques incultos del valle del Mississipi, eran de un temperamento ardiente, y en los azares de su vida aventurera, lejos de todos los lazos sociales, debian naturalmente caer en la depravacion. Una vez el camino abierto, mientras la poblacion naciente de esta vasta comarca construia el edificio de sus instituciones, sin tener la fuerza suficiente para defenderlas, vióse llegar aquí un número inmenso de gentes para quines la ley es una odiosa barrera. que huyen de ella de region en region, hasta que llegados ya al último reducto, iban lejos de la policía á buscar un asilo en medio del desierto.

Cerca de Galena, existen unas minas de plo-

mo donde una gran cantidad de hombres fueron en busca de trabajo: aterrorizaron al pueblo por su desmoralizacion. La hermosa ciudad de los natchez, que se eleva á orillas del Mississipí, sobre uno de los puntos ocupados en otro tiempo por la tribu india cuyo nombre lleva, fué el refugio de una legion de ladrones, de jugadores y bribones de toda especie. Arrojados de allí por los habitantes, se retiraron á Wicksbourg, y continuaron durante algun tiempo su vida de *outaws* (no sujetos á leyes). A falta de tribunales ordinarios, cayó un dia sobre ellos la *Linch-law* (ley de Lych) con todo su rigor. Algunos lograron escaparse, pero la mayor parte fueron ahorcados.

La Linchlaw es un modo de aplicar la justicia ejecutiva al uso especial de América. En otro tiempo habia un aldeano de los estados del Sur, llamado Lynch, el cual, viendo que los funcionarios encargados de velar por la estricta ejecucion de las leyes, no cumplian con su deber, imaginó, para reparar su culpable descuido é indiferencia, formar con sus vecinos un jurado, el cual, sin detenerse en largos debates y formalidades judiciales, en un instante condenaba y mandaba ejecutar al criminal sin remision.

Si ese nuevo zapatero de Mesina, de tan terrible memoria, juzgó siempre con justicia, lo ignoro; lo que sí puedo asegurar es que el ejemplo que dió ha producido terribles consecuencias. La ley de Lynch ha permanecido como

un arma mortal en manos del pueblo. Muy amenudo en nombre de esta ley, se ha visto al populacho amotinarse, ya para adelantarse á la decision de los jueces, ya para revocar la sentencia, si era harto indulgente, ó bien para arrancar al culpable á la prision, para imponerle el último suplicio.

He oido á respetables americanos hablar de la ley de Lynch con mucho respeto, como de un medio de represion útil en ciertos casos, y muchas veces necesaria en los distritos poco habitados aun del Oeste. Pero á no tardar mucho, estos distritos, y en particular el valle del Mississipí, serán ocupados por una poblacion honrada, laboriosa y considerable, y constituida de un modo bastante fuerte para no necesitar ya esta especie de *wehgericht* de los tiempos bárbaros.

El valle del Mississipí es el terreno mas fértil de los Estados-Unidos. Los depósitos que han ido dejando los rios, han formado de siglo en siglo capas de tierra vejetal, que llegan á tener en ciertos puntos hasta cien piés de profundidad, y que son en su superficie tan blandas como la nieve. El cultivo de estos terrenos es fácil y de abundantes cosechas. De modo que de año en año se ven llegar nuevos colonos, los cuales en su principio se acampan á orillas del rio, debajo del arco de tela de su carro, ó bajo una cabaña hecha con ramas de árboles. A este primer acto de instalacion, sucede en breve el trabajo. La encina y el sicomoro caen abatidos

por su hacha, los largos troncos son quemados, y las ramas sirven para la construccion de sus *loghouses*. Una vez concluido este primer trabajo, llamado el *clearing*, empiezan á labrar el terreno, que circundan con una barrera; y cuando ha tomado ya el colono posesion de su dominio, siembra en él maiz, y campea en él sus rebaños. Bien pronto, junto á un *loghouse* se construye otro, y á éste suceden varios. Cuando ya algunos de ellos forman, por decirlo así, las primeras raices de una comunidad, se reunen para abrir en el bosque un camino que llegue hasta la rada, ó hasta la poblacion mas cercana, y luego para construir una capilla; uno de ellos abre una posada, otro una tienda, y otro un taller. Entonces dirijen al congreso una peticion para tener una casa-correo. A esta sigue la imprenta, luego el banco; y el que no habia visto allí mas que tierras incultas y playas desiertas, se sorprende á los pocos años, al encontrar en su lugar una poblacion que lleva un nombre griego ó romano. Hé aquí cómo se han poblado los Estados del Norte y del Este. Así se poblará tambien el Oeste, en un espacio de tiempo que nadie puede determinar, que no será probablemente muy largo, y que quizas será abreviado por las revoluciones europeas.

Actualmente, á orillas del Mississipí existen únicamente algunas escasas poblaciones, pero es una raiz que crece todos los años de un modo admirable.

A medida que nuestro vapor va adelantando, el terreno y el clima nos parecen mas seductores, y creo que se atraerán la mayor parte de los colonos. A mi salida de Cincinnati, caia la nieve en gruesos copos, y las orillas del rio se se conjelaban. Mas allá de Louisville, ya no existe vestigio ninguno de este riguroso invierno. Mas lejos, el cielo es claro y el temperamento tan agradable, que los americanos que hace dos dias se reunian al rededor de la estufa, desiértanla ahora para sentarse al aire libre.

Aquí y allí, brillan como en nuestros primeros dias de primavera, verdes arbustos, vivificados por los rayos del sol, mientras que sobre esas tiernas plantas se elevan semejantes á viejos de barba cana, las grandes encinas, de las cuales cuelgan largos hilos de un musgo ceniciento, llamado musgo español (1).

A la entrada del Tenessee, vemos aparecer los algodonales, terrible cultivo, que despues de haber alimentado nuestra industria, amenaza destruirla. El bosque ha sido descuajado en un largo espacio; la casa del dueño está construida ordinariamente á orillas del rio; las casuchas de los negros están detrás, los algodonales un poco mas lejos, y de este terreno, de estas casuchas, de los Estados de Tenessee, del Missouri, de

(1) Ese musgo se parece, con sus hilos largos y delgados á la crin. En muchas casas se emplea para hacer colchones.

Alabama y de Mississipí, salen todos los años por término medio, dos millones doscientas mil pacas de algodon. Hace veinte años que los Estados-Unidos no consumian mas que una vigésima parte de esta cosecha, y el resto lo mandaban á Europa, que se lo devolvia, mediante un buen beneficio, en telas pintadas. Actualmente emplean en sus fábricas una tercera parte de su algodon. Fabrican telas blancas y pintadas á un precio sumamente módico. La fábrica principal de estos géneros está en Lowel, que en 1820 no era mas que una poblacion de doscientas almas, y que tiene hoy treinta mil. Hay otras en Massachussets, en el Maine, en el Nuevo Hampshire, en la Pensylvania, en la Carolina del Sur y en la del Norte, y en la Georgia. En 1848 se valuaron en trescientos sesenta millones de francos los capitales empleados en esas fábricas. Esportan sus productos al Canadá, á México, al Brasil, á Chile y á otras diferentes comarcas. Los americanos hablan ya con mucha confianza de su porvenir, de la época cercana en que no deberán recurrir ya á la industria de Francia y de Inglaterra. No quiero ocuparme del golpe mortal que llevarian los talleres de Manchester y de Birmingham; pero, ¡ó mi querida Mulhouse! ¿Deberé ver un dia que plegas las alas? La América mas pérfida que la pérfida Albion, ¿no os habrá enviado durante tanto tiempo sus algodones mas que para aprovecharse de vuestros descubrimientos, aprender por

medio de vuestra esperiencia el arte ingenioso de vuestros operarios, y robaros con vuestros propios dibujos toda vuestra prosperidad? Si las playas septentrionales de América os están un dia prohibidas, ¿no os abrireis camino en alguna nueva region del globo? ¡Ay! cuánto temeria por vosotros, si debiera creer lo que de vosotros me decian algunos yankees, apoyando su pié en un liston de la silla, y acompañando cada una de sus sentencias de una bocanada de humo. ¡Ojalá que sus fanfarronadas no sean mas que una vana prediccion! ¡Ojalá podaic demostrarles que á pesar de todos sus esfuerzos, jamas llegaran á tener vuestro esquisito gusto! Y os lo digo en confianza, pero no para que lo repitais: las feas ladies de pantalla, como las que os he descrito en el vapor, son las únicas que compran las indianas que les venden á veinticinco sueldos vara en los Estados-Unidos; las elegantes no pueden pasarse sin vuestras magníficas telas.

En el estado de Luisiana, las cañas de azúcar suceden á los algodonales. Ocupan un número mayor de hombres, y exijen capitales mucho mayores. A pesar del rápido progreso que han hecho, no pueden dar abasto al consumo de los Estados-Unidos. Pero ya se ha aumentado su producto con el que les viene de Tejas, y si algun dia lograban lo que todos desean, que es la anexion de la isla de Cuba, entonces la América septentrional se franquearia del tributo que paga por este artículo á los paises estranjeros.

¡Pueblo admirable! ¡No me canso de decirlo! Ha salido de la cuna pequeño como Poucet, y bien pronto se ha calzado las botas de siete suelas. ¡Pueblo admirable! su laboriosidad confunde mis ideas, y su carácter me hiela el corazon! Si debe complacerse con la admiracion que deben inspirar sus grandes empresas, y sus progresos fabulosos, yo se la doy toda entera. En cuanto á mis simpatías, las conservo ahora mas que nunca, y todas enteras, para la Europa. Mientras surco las ondas del Mississipi, me regocijo con la esperanza de volver á encontrar las trazas del tiempo antiguo en la ciudad que voy á visitar; me alegro de pensar que desembarcaré en la calle del Canal, que atravesaré la calle de *Saint-Louis* y que entraré por la de Chartreis, á una fonda de Nueva-Orleans; todos esos nombres nobles existen aún en la capital de la Luisiana, con los recuerdos que les están anexos. Los americanos no creen que para fortalecer su república sea necesario proscribir á un rincon de sus ciudades los nombres que el régimen monárquico ha dejado en ellas.

## XVII.

# LA LOUISIANA.

Las tribus indígenas.—Primera espedicion europea.—Hernandez de Soto.—La fuente de jouvence.—Esploracion funesta.—Muerte de Soto.—Martirológio de los grandes viajeros.—Alvarado.—Descubrimientos del Mississipí.—El padre Masquette.—Roberto Lasalle.—Tonti, el de la mano de hierro.—Viaje del rio San Lorenzo al golfo de México.—Primera colonia francesa en la Louisiana—Asesinato de Lasalle.—Asesinato de nuestros soldados.—Iberville.—Su hermano Bierville le succedió en el mando de la colonia.—Lamotte Cardillac.—Espedicion de Bienville contra los Natchez.—Combates contra los indios.—Destruccion de los Natchez.—El padre Montigny.—Progresos de la colonia.—Emigracion de los Acadianos.—La Louisiana abandonada á España.—Crueldades de O'Reilly.

Este vasto país al que Lasalle, al plantar en él la bandera de la Francia, dió el nombre de Luisiana, ha entrado en una nueva era. Ha sido dividido en diferentes Estados, que se han unido succesivamente á la república de Washing-

ton, y que bajo el estandarte estrellado de la Union, no aspiran mas que á marchar por la misma senda que los Estados del Norte, y estender su comercio y su industria.

Pero antes de la historia de esta nueva época, de la cual las oficinas de las aduanas y los mostradores de los negociantes serán los principales archivos, la Louisiana tiene otra de un carácter muy diferente; historia de empresas audaces, de luchas penibles, de acciones caballerescas, donde brilla el carácter de nuestros soldados, y el celo de nuestros misioneros. ¡Admirable epopeya! Epopeya que no tuvo por teatro la estrecha llanura de Troya, ó el pequeño rio del Ilisus, y sí los rios inmensos y los imensos bosques. ¡Eneida grandiosa! de la cual los héroes, al llevarse mas allá del Océano los dioses de sus hogares, no encontraban una Dido que se apasionara de sus cuentos, y sí el desierto ó las tribus salvajes.

¿De dónde venian esas diez y ocho tríbus salvajes esparcidas por la Louisiana en el tiempo de la colonizacion? ¿De dónde venia esa memorable nacion de los natchez, que adoraba el sol como los Incas? ¿En qué época, en qué emigracion vinieron acá esos hombres del cútis bronceado, y construyeron su wigwam á orillas del Missipí y del Missouri? ¡Problema oscuro! Sobre él se ha escrito mucho, y mucho se ha disertado, sin poder llegar á una completa solucion.

Sea como fuere ellos estaban allí, en esos lu-

gares cuyas transformaciones admiran á los geólogos, al rededor de ese *delta* del Mississipí, que solo ha podido formarse en un largo número de siglos sobre un suelo donde se encuentran lechos de bosques, sepultados unos sobre otros, huesos de elefantes y otros animales antidiluvianns. Allí estaban los poderosos choctaws, los indomables nobilianos y antropófagos, los attakapas, los chactas con sus venerables *sachems* viviendo todos con el producto de su caza, y no contentos con sus vastos dominios, invadian los de sus vecinos, bailando la danza guerrera de la victoria. Allí estaban desde un tiempo inmemorial, cuando una mañana los indios de Harriga vieron llegar unos buques de un tamaño sorprendente, y unos hombres de estraña apariencia: era la filota de Hernandez de Soto.

Hermano de armas de Pizarro, y uno de los mas nobles y mas valientes, Soto habia adquirido en la conquista del Perú un brillante renombre, y una fortuna considerable. "Cuando mandaba su escuadron, dice Garcilaso de la Vega, se arrojaba sobre sus enemigos con tanta impetuosidad, y abria en sus filas una brecha tal, que diez hombres podrian seguirle en la ensangrentada senda que les abria."

Nombrado por Cárlos V, gobernador de la Isla de Cuba; hubiera podido gozar tranquilamente del fruto de sus largas campañas, abandonando el resto de su vida á la molicie del clima de los trópicos; pero el diploma real que le

llamaba á administrar esa deliciosa region, le daba tambien anticipadamente el título de gobernador de todas las demas tierras que conquistara. En esa época, una ardiente sed de descubrimientos inflamaba todos los espíritus. Cristóbal Colon habia revelado á la admirada Europa la existencia de otro mundo, y desde últimos del siglo XV, á cada instante se oía hablar de una nueva esploracion, y cada año crecia mas el mapa de la edad media. El siglo XVI empezó con el descubrimiento del Brasil, seis años mas tarde, Denis reconoció el rio de San Lorenzo. Siete años despues, Nuñez de Balboa vió, desde las cimas de las montañas del Darien, estenderse á sus piés las olas del Océano Pacífico.

A esto sucedió la espedicion de Hernan Cortes á México, y la de Magallanes, y la de Pizarro, En 1584 Walter Raleigh condujo una colonia á la Virginia. En 1610, Hudson abordó sobre la playa donde se eleva hoy la gran ciudad de Nueva-York. Por el Norte y por el Sur, por el Este y el Oeste, llegaban continuamente al Nuevo Mundo legiones de navegantes á quienes ningun peligro imponia, que habian partido pobres y oscuros de su tierra natal, y volvian á ella llevando en triunfo las producciones de una comarca desconocida; legando á la posteridad el recuerdo de su génio. Felices aquellos que vinieron por estas tierras en esos tiempos de maravillosas odiseas, los que se embarcaban en un puerto de España, de Holanda, ó de Francia,

con el recuerdo de las narraciones de Marco Polo, ó de Maundeville, diciéndose que tal vez iban á llegar al imperio del gran Cathaz, ó al encantado reino de Cipango. Actualmente nada hay ya que descubrir. Por lejos que se vaya al traves del Océano, no se hace mas que seguir la línea trazada por otros navegantes. Ya no existe ningun punto del globo donde la civilizacion no haya alterado el carácter primitivo. Las telas de Manchester cubren la desnudez de los salvajes, y hasta en el fondo de la Polinesia, puede encontrarse en las poblaciones de los insulares, la cerveza inglesa, y los misioneros de las sociedades bíblicas.

En 1512, Ponce de Leon reconoció la Florida. Una tradicion india contaba que habia allí un agua mágica que borraba las arrugas del rostro, y daba á los viejos una nueva juventud. Un tesoro semejante valia muy bien las minas del Perú. Mientras Soto iba á la Florida en busca de esa fuente de Jeuvence, los insulares de la Polinesia pretendian que en una de las islas del Océano Pacífico existia una mucho mas admirable, á la que llamaban Haupokane. Esa, no solo rejuvenecia á las viejos, sino que curaba las heridas, hacia desaparecer toda clase de enfermedades, formaba de una muger muy fea una Helena, y de un Caliban un Adonis. ¡Cuánto es de sentir que no se haya podido encontrar ni uno ni otro de los dos manantiales mágicos! No nos faltaba mas que este descubrimiento, para

completar la dramática y escandalosa crónica de la humanidad. Figuraos las espediciones que los poderosos de la tierra hubieran hecho hácia la Florida, ó mejor aún hácia Haupokane, las batallas sangrientas que hubieran tenido lugar en ese país de bendicion, y los frenéticos deseos que en él se hubieran dispertado. Naturalmente los ricos y los fuertes hubieran tomado precisamente la mejor parte del milagroso manantial; los pobres hubieran tratado de sustraer un dien tan precioso, y los tribunales hubieran debido juzgar mas robos y crímenes por algunas botellas de agua, que por el producto de las minas de plata de México, y de las minas de diamante del Brasil. En cambio hubiérase visto quizás á un hijo cariñoso abandonar su botella, para prolongar los dias de su padre, á un mante entregar el suyo para regenerar las gracias de su querida, la cual se hubiera reido de él al ver que ya encanecia, y á un misántropo inglés romper en un momento de spleen el jarro que debia prolongar su vida. ¡Qué argumento tan inmenso para tiernos poemas y alegres comedias! Qué pérdida para los escritores, la de no haberse encontrado los manantiales! Pero es preciso resignarse á ella.

Soto partió con mil doscientos soldados, trescientos de los cuales armó á costa suya. Varios gentilhombres, distinguidos igualmente por su valor y nobleza, quisieron tomar parte en su es-

pedicion: Don Juan de Guzmán, Pedro Calderon, Vasconcellos de Silva y Muscoso de Alvarado. Llevó ademas veintidos eclesiásticos para predicar el cristianismo entre los pueblos que iba á descubrir, porque en ese tiempo de la fé la idea religiosa caminaba á la par que la guerra. Con el estandarte monárquico, llevaban á las nuevas comarcas la Cruz y el Evangelio. Ahora, lo que mas se calcularia, fuera el mejor modo de introducir en ellos barriles de licores falsificados, y fardos de telas pintadas.

Llegado á la bahía del Espíritu Santo, el intrépido español, para alejar de sí toda idea de retirada, espidió sus navíos para la Habana, y luego penetró hasta el seno de las tribus salvajes, las cuales, pasada su primera sorpresa, corrieron á las armas y atacaron valerosamente á sus enemigos, hostigando en todo el camino al ejército estranjero.

En medio de los lazos que le tendian los caciques en cada tribu, de los combates que se iban succediendo unos á otros, y de los peligros de que estaba rodeado, Soto atravesó la Georgía, el Tenessee, y Kentucky, y bajó á la bahía de la Mobila. Alli debió sostener un choque formidable. Perecieron en él once mil indios; y mas de diez mil mugeres, en el esceso de su desesperacion se arrojaron al fuego, al ver que los españoles se habian apoderado de la ciudad. Desde allí, se dirigió al territorio de los Chichasaws, los cuales, en una noche del mes de Ene-

ro en que soplaba furioso el viento del Norte, lanzaron flechas inflamadas sobre su tienda, y le mataron cuarenta hombres y cincuenta caballos.

Tres años habian pasado desde que Soto dejó su tranquilo gobierno de la Habana, para aventurarse en esa terrible esploracion. Los combates, las fatigas, la fiebre y la falta de provisiones le habian quitado una gran parte de sus soldados. Tocaba ya á orillas del Mississipí, desde donde pensaba bajar al golfo de México y volver de allí á la isla de Cuba. La fiebre se apoderó de él, y sintiendo que se acercaba su fin, legó su mando á Muscoso de Alvarado, recomendó á sus compañeros de armas la union, la disciplina, y sobre todo la perseverancia en su empresa, y murió en los brazos de su limosnero, á la edad de cuarenta y dos años.

Yo he envidiado muchas veces la suerte de los esploradores del siglo XVI, y sin embargo, la mayor parte de esos hombres expiaron su gloria por la mas negra ingratitud que les despedazó el corazon, ó por una muerte cruel. En pocas líneas vereis cuántos nombres están inscritos en los anales de la historia y ¡qué martirio sufrieron!

A la cabeza de ellos, ved á Cristóbal Colon, el inmortal Cristóbal Colon, ultrajado y cargado de hierros. Luego, Nuñez de Balboa y Walter Raleigh, que tantas cosas grandes hicieron uno y otro, murieron decapitados. Hernan Cortés murió en la indijencia. Magallanes, que fué el

primero que penetró en el Océano Pacífico, y Diaz de Solis, que entró en el Rio de la Plata, espiraron entrambos pasados por una flecha de los indios. Pizarro fué muerto por los rebeldes; uno de sus hermanos fué condenado á morir en la cárcel, y otro en el cadalso. Wewazani, que desde el año de 1524 visitó la costa americana; Quartier, que remontó el rio San Lorenzo, y Humfrey Gilberto, que tomó posesion de los Estados del Norte en nombre del rey de Inglaterra, ambos fueron devorados por las olas. Iberville, uno de los gefes mas valientes de nuestra colonia de la Luisiana, murió como Fernando de Soto en la flor de su edad. Ribault, que en 1562 condujo á la Florida una colonia de protestantes franceses, pereció á manos de los españoles. Lasalle, nuestro valiente Lasalle, cayó bajo el hierro asesino de uno de sus soldados; Hudson fué arrojado al mar por su amotinada tripulacion; Baffin exhaló el último suspiro en un combate.

Los españoles sepultaron el cuerpo de Soto en el Mississipí, en la desembócadura del rio Rojo. Parecia que necesitando el implacable rio una víctima entre los temerarios que se atrevieron á franquear sus orillas solitarias, habia escogido la mas noble. No se hizo la fúnebre ceremonia con apariencia ninguna de luto, pues sus compañeros, viéndose continuamente acechados por los indios, creyeron que debian ocultarles la muerte de su gefe, cuyo valor era temi-

do por todas las tribus, y procuraron disimular, por medio de finjidos gritos de alegria, la ansiedad y el dolor que ajitaban sus corazones. A pesar de esa triste y cruel precaucion, los hombres rojos no tardaron en descubrir un suceso que debia infundirles nueva audacia. Para escapar a sus persecuciones, quiso Alvarado en su principio, remontar el rio Rojo hasta Tejas, con la intencion de pasar por tierra á México. Pero, obligado pronto á renunciar á su proyecto, volvió al Mississipí, y mandó construir algunas enbarcaciones. Cuando empezó á descender por el rio, no le quedaban ya mas que trescientos cincuenta soldados y treinta caballos. Una flota india de mil piraguas, conteniendo mas de veinticinco mil guerreros, les siguió durante diez dias, atacándole sin cesar, lanzándole una nube de flechas, retirándose para escaparse á sus tiros de fusil, y volviendo á caer sobre ellos como buitres. Casi todos los españoles estaban heridos; y hubieran perecido todos en su retirada, mucho mas famosa y dramática que la de los diez mil, si un viento favorable no les hubiese conducido al fin al golfo de México.

El Mississipí estaba descubierto, y sin embargo, se pasaron trescientos treinta y seis años ántes que los europeos volvieran á desembarcarse en sus orillas. El honor de reconocerlo y tomar posesion de él, estaba reservado á nuestros colonos del Canadá. La campaña de Soto se habia ya olvidado, ó no era conocida. Por una tradi-

cion india, supieron nuestros compatriotas que existia al Oeste un gran rio, cuyo curso no se dirijia ni al Este ni al Norte, y que, segun las hipótesis de los geógrafos, debia desembocar en el Océano Pacífico, ó en el golfo de México. Talon, intendente de la estensa region que llevaba el nombre de Nueva-Francia, quiso ilustrar su administracion con este descubrimiento. Esta vez, no era una flota mandada por un brilante caballero español, ni era una compañía de gentilhombres, seguida de mil doscientos soldados, la que iba en busca del gran rio, sino un simple negociante de Quebec M. Jolivet, y un recoleto, animado de un religioso pensamiento, el padre Masquette, á los cuales se reunieron cinco bateleros canadianos.

El 13 de Mayo de 1673, los animosos viajeros se embarcaron en dos canoas, con "un poco de trigo de la India, y alguna carne salada, por toda provision." Detuviéronse primeramente en la tribu de la *Tolle-Avoine*, á la cual los religiosos del Canadá predicaban el Evangelio hacia muchos años. "Conté á las tribus de la *Tolle-Avoine*, dice el padre Masquette, que iba á descubrir las naciones lejanas, para poner instruirlas en los misterios de nuestra santa religion. Sorprendiéronse mucho, é hicieron todo lo posible para disuadirme. Contáronme que encontraria naciones que no perdonan jamas á los estrangeros, á los cuales machucan la cabeza sin piedad; que la guerra declarada entre varias

de las tribus, nos esponia al peligro manifiesto de ser asaltados por partidas de guerreros que estaban continuamente en campaña; que el gran rio es muy peligroso, sobre todo, cuando no se le conocia; que estaba lleno de monstruos horribles que devoraban los hombres y las canoas, y que habia un demonio al cual se oía desde muy lejos, el cual cerraba el paso, y abismaba á los que se atrevian á acercársele; y por fin, que era tan escesivo el calor, que nos causaria irremediablemente la muerte."

El padre Masquette respondió á las observaciones de los indios, dándoles las gracias por sus avisos, diciéndoles que él no temia al demonio del rio, y que fueran cuales fuesen los peligros que le amenazaran, esponia voluntariamente su vida, con la esperanza de hacer oír la palabra de Dios á aquellas almas. Continuó su camino por los lagos Huron y Michigan, y por los rios Outogamis y Missouri. El 17 de Junio entró en el Mississipí. ¡Admirable triunfo de la dulzura sobre la fuerza, de la humildad cristiana sobre la pompa guerrera! Los descendientes de esas tribus salvages, que con tanto furor se arrojaban contra los soldados de Soto, acogieron cordialmente al venerable pastor, que se adelantó hácia ellos con su baston en una mano, y la Cruz en la otra; le ofrecieron un ramo de paz, y le dieron guías y provisiones. Masquette y Jolivet descendieron el rio hasta donde se une al rio del Arkansas. Allí no encontraron ya ningun pueblo,

sus alimentos se habian acabado ya; viéronse obligados pues, á retroceder; pero ya habian visto lo suficiente, para asegurarse de la grandeza del Mississipí, y de que su curso se dirijia hácia el mar. A su regreso á Quebec, las campanas le recibieron repiqueteando, y los habitantes de la ciudad, con el obispo á su cabeza, fueron á la iglesia á cantar el *Te Deum*, para dar gracias á Dios del feliz descubrimiento.

Ocho años despues, para que no faltara á la bella historia de la Luisiana ningun rasgo religioso y caballeresco, llegó al Mississipí uno de esos hombres dotados de un corazon ardiente, y de un talento distinguido, á quienes su ambicion aventurera, hace obrar grandes cosas, y á quienes una potencia fatal les inclina á la vez á la gloria y á la desgracia. Este hombre era Roberto Lasalle, simple plebello, educado en un convento de jesuitas, y destinado á ser profesor en uno de los establecimientos de esta órden.

Habiendo concluido Lasalle sus estudios, no pudo resignarse á la idea de sepultar su viva juventud en el recinto de un claustro. Partió para América. Siendo hijo del pueblo, quiso ennoblecerse con una accion gloriosa; siendo pobre, quiso llegar á ser rico. Con las ideas geográficas de aquel tiempo, soñaba una vía de comunicacion directa desde el Canadá, por el Mississipí, á la China. Comunicó su plan á Frontenac, gobernador dal Canadá, el cual le aconsejó que fuera á Paris á solicitar el apoyo del príncipe

de Conté. Lassalle partió, y por medio de una recomendacion del príncipe, obtuvo de Luis XIV una vasta estension de territorio, al rededor del fuerte Cataraqui; ese mismo fuerte, sobre cuyos cimientos se eleva hoy la fortaleza inglesa de Kingston. El diploma real le autorizaba para hacer todos los descubrimientos que creia necesarios, y le obligaba solo á reedificar el fuerte situado sobre sus dominios. A pocos meses se hallaba ya Lassalle á orillas del Ontario, con unos treinta colonos, y un caballero italiano llamado Tonti, y además Goetz de Berlichingen, que habia reemplazado la mano que le habia arrancado un sablazo con una mano de hierro. Bien pronto el fuerte fué reedificado con piedras sólidas, y Lassalle que era hombre reconocido, le dió el primer nombre de su dueño, Frontenac. Luego construyó embarcaciones, y se embarcó para las lejanas regiones.

Recorrió los lagos del Norte, y elevó fortalezas en diferentes puntos. Tan pronto se veía bien recibido por los indios, como amenazado por una liga hostil: con su valor y con su prudencia, evitó todos los peligros. Pero uno existia, al cual su carácter generoso no le permitia pensar, y que debia desolarle. Sus soldados, atemorizados con la duracion de sus espediciones, y no sabiendo cómo librarse de ellas, quisieron deshacerse de él. Apercibióse un dia Lassalle de que uno de ellos le habia preparado un veneno, al construir un fuerte sobre las pla-

yas del rio Illinois, y le dió el nombre de fortaleza de *Crévecœur*.

Siguió sin embargo su marcha. Al derretirse las nieves, entró en el rio donde los indios se arrojaban con su creencia religiosa, gritando: ¡Meschasébé! ¡Meschasébé! Le descendió á pesar de las tríbus que querian oponérsele al paso. El 7 de Abril de 1781, llegó al golfo de México. Desde Quebec hasta allí, habia recorrió do un espacio de mil leguas. Cantó un *Te Deum* en accion de gracias, y tomó posesion del país dándole el nombre de Louisiana.

El mismo fué despues á llevar á Francia la noticia de su conquista, y fué recibido en la corte de Versalles, con toda la distincion que merecia. Pidió otra vez el permiso para volver á orillas del Mississipí. Le dieron cuatro embarcaciones, en las cuales se embarcaron doce jóvenes gentilhombres, doce familias de cultivadores, cincuenta soldados y trabajadores, formando entre todos ciento cincuenta personas. Este fué el último rayo de la fortuna de Lassalle. Desde este momento, su vida no fué mas que una cadena de contrariedades, terminada con un drama espantoso. M. Beaujen, que mandaba su flotilla, en vez de dirijirse al Mississipí, llegó por un fatal error al fondo de la bahia de San Bernardo, sobre las costas de Tejas. Lassalle quiso retroceder, pero Beaujen, que no veía sin grandes celos la autoridad de un plebeyo recientemente ennoblecido, rehusó obe-

decerle, y partió hácia Francia, dejando una embarcacion de provisiones encallada contra las corrientes, y á Lassalle y á sus compañeros, casi sin recursos, sobre una playa donde solo podian encontrar hordas de salvajes.

Sus primeras providencias fueron organizar un medio de defensa contra las tríbus, que vagaban de noche y de dia al rededor de ellos amenazándoles con las flechas. Construyeron a toda prisa un fuerte en el que Lassalle acuarteló un centenar de hombres. Con los demas se fué por tierra en busca del Mississipí. Quedábale aún una embarcacion que naufragó en una tempestad con las municiones de guerra, utensilios de agricultura y diferentes géneros. Por colmo de desgracia, la fiebre y las flechas de los indios diezmaban su gente. En esta horrible posicion, no le quedaba mas recurso que pedir socorros al Canadá; estaba á mil léguas de distancia de aquel punto, y decidióse á ir allí por tierra. Púsose en marcha con su hermano, su sobrino, un venerable religioso y quince hombres. A los nueve dias de estar en camino, dos crímenes regaron con sangre el suelo de los bosques vírjenes; dos crímenes ponian fin á esa valerosa espedicion. Lassalle y su sobrino perecieron traspasados por las balas de sus compañeros.

Los cien hombres que dejó sobre las costas de Tejas, y que luego se establecieron cerca de la embocadura del rio Colorado, en un fuerte al que dieron el nombre de fuerte de San Luis,

fueron igualmente víctimas de la ignominiosa conducta de Beaujen. Unos sucumbieron bajo el tomahawk de los indios, y los otros murieron de hambre en los bosques. Tal fué nuestro primer ensayo de colonizacion en la Louisiana. El hermano de Lassalle y el padre Atanasio, fueron los únicos que pudieron sustraerse al desastre general.

Desde nuestra lejana colonia del Canadá los primeros esploradores del Mississipí que marcharon á la Louisiana, fueron Masquette y Joliet, el primer francés que bajó despues de las regiones del Norte hasta el golfo de México, fué el intrépido y desgraciado Lassalle. Del Canadá vino tambien en 1699 el valiente Iberville: en otra ocasion he tratado ya de esplicaros la historia de la conquista del Canadá, en esa época: era aun bien pobre y débil. Acababa apenas dé establecerse sobre las orillas del rio San Lorenzo, y tenia ya que luchar con la enemistad de los indios, contra los celos de los ingleses, y contra la apatía de nuestro gobierno, que muy á menudo la dejaba sin piedad en el mas completo abandono. Pero en medio de su indijencia conservaba un sentimiento varonil de honor, que la fortalecia en medio de los peligros. Ni las largas marchas al través de los inmensos bosques, ni los combates contra numerosos enemigos, abatian su ardor, desde que podian dar un testimonio de afeccion á sus hermanos, ó de defender su bandera.

En 1685, el fiel Tonti, al saber que Lassalle regresaba á la Louisiana, atravesó los lagos en una lancha de corteza, descendió el Mississipí hasta su desembocadura, deseando volver á ver á su amigo. No encontrándole, y no sabiendo dónde hallarle, entregó á unos indios una carta para él, así como entregamos una targeta de visita al portero de una casa que visitamos, y regresó á Quebec por el mismo camino. ¡Mil leguas anduvo para ir y otras tantas para volver. ¡Vaya una visita!

El padre de Iberville murió en el Canadá, al sevicio del rey. Tenia once hijos, cinco de los cuales murieron como él en el campo de batalla; el mayor de los seis restantes, se habia distinguido ya por su valor en diferentes ocasiones. Iba á fundar la colonia de la Louisiana, y cuatro de sus hermanos debian secundarle. Si en otro tiempo tuvieron los nobles algunos privilegios, es preciso confesar que un gran número de ellos los habian adquirido muy caros. Los habian conquistado con su sangre, y los trasmitian á sus hijos con una tradicion, y una orgullosa divisa. Actualmente, nadie se cuida de esos títulos de gloria conquistados en nombre de la patria y con la punta de la espada. Ahora todo el amor se consagra al bienestar, todos los deseos á la fortuna. Pero entre los que han logrado realizar el sueño de la ambicion moderna, ¿cuántos hay que inspirados por una idea generosa, escriben sobre sus cajas? riqueza obliga.

Bajo los auspicios del conde de Pontchartrain, ministro de la marina, condujo Iberville doscientos colonos á la estremidad del Mississipí. Eso era todo lo que le daba la Francia para tomar posesion de las orillas de un rio, mas largas que las del Sena, del Rhin y del Danubio reunidas. Visitó los alrededores del suelo donde se eleva hoy Nueva-Orleans; dió á uno de esos lagos el nombre de Pontchartrain, y á otro el de Maurepas. Construyó un fuerte en la bahía de Biloxi (á unas treinta leguas de Nueva-Orleans), fijó allí su colonia, y luego visitó algunas tribus indias. Cuando entró en uno de los pueblos de los Natchez, el rayo acababa de devorar su templo; los hombres lanzaban gritos feroces, los sacerdotes pedian sacrificios para apaciguar la cólera de los dioses, y las mugeres arrojaban furiosas á sus hijos dentro de las llamas. Tal fué el primer espectáculo que los Natchez ofrecieron á nuestros compatriotas; espectáculo del cual un ilustre escritor nos ha hecho una poética descripcion. Apenas logró Iberville calmar su frenesí. El territorio que ellos ocupaban le gustó, y trazó en él el plano de una fortaleza á la que dió el nombre de bautismo de Madame de Pontchartrain: Rosalia. Treinta años mas tarde debia verse este fuerte inundado de sangre.

Sentadas que hubo Iberville las bases de su obra, partió para Francia, con el fin de traer un refuerzo necesario, dejando en rehenes y como

gefes de su colonia naciente á dos de sus hermanos: Sauvolle y Bienville. Regresó seguido de otro hermano suyo, y volvió á partir de nuevo. Los ministros no se curaban mucho del reino americano que Lassalle habia reunido al reino de Francia. Solo á fuerza de muchas solicitudes se llegó á obtener de su suprema indiferencia alguna resolucion á favor de un país que hubiera debido llamarles tanto la atencion. Sin embargo, un dia mandaron allí veintitres jóvenes sin dote, que fueron recibidas con mucha alegría y pronto casadas; y como si las muchachas honradas hubiesen sido en Francia unas joyas harto raras, ó demasiado esquisitas para las tierras del Atlántico, mandaron algun tiempo despues á la Louisiana, cómo á otro *Botany-Bay* mugeres perdidas.

Iberville murió de la fiebre en uno de sus viajes. Sauvolle murió del mismo mal en Biloxi. Bienville quedó solo encargado de la direccion de la colonia. Sus dos hermanos le legaron por todo bien el cargo al que acababan de sucumbir, así como en otro tiempo se legaban los benedictinos de siglo en siglo el cuidado de seguir un largo estudio. Bienville consagró todo su corazon é intelijencia á una empresa nacional, consagrada por un recuerdo fraternal. Allí pasó cerca de cuarenta años, luchando con una firmeza sin igual, contra todos los obstáculos que se oponian á sus esfuerzos; ya contra los celos incesantes de los ingleses, ya contra la animosi-

dad de los indios; ya con los elementos, que en un instante destruian todos los trabajos de un año, esparciendo la desolacion en la colonia. Muy á menudo abandonado y algunas veces despreciado, ultrajado por un ministerio, que hubiera debido darle una digna recompensa cuando le dejó mucho tiempo en un puesto subalterno, obedeció sin murmurar á gefes indignos de mandarle, y vió sin desanimarse nacer y desaparecer los diversos modos de administracion á los cuales fué sometida la Louisiana; una vez estuvo sometida al gobierno del Canadá, otra á un gobierno local; mas tarde vino la administracion comercial de Crozat y la de la compañía de Occidente, que creó el famoso banco de Law, el cual dió vida al gran desastre de la calle Quincampoix.

Nosotros no tenemos el genio de la colonizacion, y la historia de nuestras colonias lo prueba demasiado. Cuando la Louisiana fué abandonada á las especulaciones comerciales de Crozat, en 1712, su poblacion se componia de cuatrocientas almas, de las cuales habia dos compañías de cincuenta hombres, setenta y cinco voluntarios canadianos, veintiocho familias blancas y veinte negros. Para rejir esas cuatrocientas almas, mandaba allí la Francia un gobernador, un comisario comendador, un interventor, y dos directores. Bienville quedaba encargado del mando de las tropas.

El gobernador M. Lamott Cordillac, que era

un pobre hidalgo de la Gascuña, que debió á la proteccion de su muger su grado de teniente coronel, no tenia mas que una idea y un objeto, y era encontrar en los terrenos de su gobierno una mina de oro. La agricultura, esa verdadera mina de oro, no le interesaba de ninguna manera; necesitaba buenas y pesadas barras para hacer revivir el esplendor de sus abuelos en su pequeño castillo. Mientras se entregaba á sus pesquisas metalúrgicas, con una avidez é ignorancia que le ponian en ridículo á los ojos de sus subordinados, el fiel y modesto Bienville desenredaba las tramas urdidas por los ingleses para sublevar contra nosotros las tribus indias, construia nuevos fuertes, y castigaba á los Natchez.

Esa tribu, que como una semilla fecunda, dió nacimiento á un gran número de otras, y que se distinguia de entre las demas por su antigua fuerza, y por la autoridad de sus instituciones, estaba destinada á escribir con sangre muchas de las páginas de la historia de la Louisiana.

En 1716, los Natchez degollaron dos franceses y robaron á seis viajeros canadianos; Cardillac, que tenia bastante trabajo yendo en pos de minas imaginarias, y que, segun nos cuentan algunos historiadores, deseaba que su teniente se comprometiera en una lucha peligrosa, encargó á Beinville el castigo de los culpables. Bienville, que solo tenia á su disposicion un corto número de soldados, en vez de atacar directamente á la tribu, recurrió á la maña. Invitó á

los gefes indios á que fueran á visitarle en su campo, en la época en que hacia una de sus anuales correrias. Fueron á visitarle diez y nueve, entre los cuales se encontraban cinco gefes supremos, que llevaban el nombre de Soles.

El mas viejo le ofreció el calumet de la paz, y Bienville lo rehusó. El Natchez levantó los ojos al cielo, rogó al Gran Espíritu que ablandara el corazon del estranjero, y presentó por segunda vez al comandante el calumet de la paz. Entonces Bienville, que habia tomado todas sus precauciones, le dijo, que no podria aceptar el calumet, hasta tanto que le hubiera entregado los asesinos de sus com- patriotas. Los asesinos eran un un Sol y un guerrero famoso. Cuando los Natchez supieron el arresto de sus gefes, quisieron libertarles de sus cadenas y uno de ellos se sacrificó para salvar al Sol. Su cabeza fué enviada á Bienville, que dijo que no era la del asesino. El dia siguiente y los demas dias, siete ú ocho indios se hicieron cortar la cabeza con la esperanza de engañar al que habia guardado prisioneros á sus gefes venerados. Bienville permaneció inflexible. Ultimamente un gran número de indios se le ofrecieron en holocausto, rogándole solo que respetara á los caciques. Bienville, en una de esas rigurosas necesidades que obligan á los caractéres mas generosos á tomar una cruel resolucion, condenó á muerte á uno de los Soles que guardaba prisioneros y que habia tomado

parte en la muerte de los franceses, y luego soltó á los demas.

Veintidos años mas tarde, esos mismos Natchez urdieron una trama para llevar á cabo unas vísperas sicilianas. Varias diferentes naciones se les asociaron. Mandóse á cada uno de los diferentes caciques un manojo, conteniendo igual número de cañas, y debian cada dia quemar una de ellas. La última señalaba el dia en que las tribus debian levantarse á un mismo tiempo, y degollar á todos los franceses. Dicen que la muger de un Natchez, que amaba á uno de nuestros compatriotas, logró hacer desaparecer de la habitacion de su marido algunas cañas del manojo sanguinario, y adelantado de este modo la señal de la muerte, inutilizó de esta manera el plan general.

En todas partes han tenido las mugeres piedad de los proscritos. Una muger de Dalecarlia salvó á Gustavo Wasa de las persecuciones de Cristian II. Una muger protegió la huida de Cárlos Eduardo despues de la batalla de Worcester (1). Una muger de la América del Norte, la jóven y hermosa Pocahonta, arrancó al

(1) Un pescador inglés se habia comprometido á transportar á un fugitivo á la costa de Normandia. Al reconocer al rey, se vió tentado por la recompensa ofrecida al que lo entregara: su muger le dijo: "Sálvale, poco me importa deber mendigar despues el pan de mis hijos."

verdugo el capitan Smiht, el primer colono de la Virginia; una muger de los Natchez salvó de una ruina eminente á nuestra colonia de la Louisiana. Su poder no era mas estenso. Dice la tradicion que ella habia hecho prevenir al comandante del fuerte Rosalia de los peligros que le amenazaban, el cual se burló de ellos.

A la hora indicada, los Natchez entraron en gran número en el fuerte, bajo el pretesto de llevar allí el tributo, al que estaban sometidos. Precipitáronse sobre los indefensos soldados, los asesinaron, y entregaron al comandante á los golpes de las mugeres: luego degollaron cuanto estaba á su paso, hombres, mugeres y niños, y solo dejaron en vida á los negros, que sin duda estaban en el complot.

En el año siguiente, los Natchez, atacados por un oficial inglés a la cabeza de una tribu de Ehactas, perdieron en una batalla ochenta hombres y se salvaron en los bosques. Pero pronto se les vió reunirse cerca del rio Negro, donde se atrincheraron, determinados á sostener una nueva lucha. Una segunda y tercera batalla en la que sueron vencidos todavía no bastó para abatirles. Solamente en 1732 el gobernador les presentó un nuevo combate, donde perecieron todos los gefes, y los restos de la tribu que quedaron sin guias, sin sostén, se retiraron al fondo de los bosques, donde se dispersaron entre otras tribus, y desde aquel momento el nombre de los Natchez quedó borrado para siempre del número de las naciones indias.

Mientras nuestra colonia estaba entregada á la ajitacion de esos sucesos, Bienville hacia un viaje á Francia. A su regreso, vióse obligado á sostener una guerra mas larga y temible que la que acababa de destruir á los Natchez una guerra contra las tríbus de los chickasas, que no duró menos de siete años. Los chickasas tenian fortalezas, que construyeron ayudados por los ingleses. En el ataque á uno de esos atrincheramientos, cuya defensa dirijian algunos ingleses, Bienville perdió dos hombres. No habiendo podido en la noche del combate llevarse los cadáveres, los vió al dia siguiente cortados en pedazos y colgados de las palizadas; los soldados que cayeron prisioneros fueron quemados por los salvajes. Contra esa horda espantosa fortificada por la táctica europea, fué preciso reunir las tropas del Canadá á las de la Louisiana. Al principio, esas tropas sorprendidas por los escesivos calores, diezmadas por la fiebre y privadas de víveres, no pudieron entrar en campaña. En el año siguiente, se reunieron de nuevo. Los chickas, atemorizados depusieron las armas, declararon que sentian vivamente haberse dejado arrastrar por los consejos de los ingleses, juraron vivir desde entonces en buena armonía con nuestra colonia, y como gage de su buena fé, entregaron á Bienville dos ingleses que se hallaban entre ellos.

No todas las tribus indias eran enemigas nuestras. Muchas de entre ellas resistieron al mo-

vimiento de sus vecinos, y á las maquinaciones de los ingleses, y nos guardaron una fidelidad eterna. Algunas de entre ellas habian recibido en su seno misioneros canadianos, los cuales al instruirlos en el dogma del cristianismo, les enseñaban á amar y honrar la Francia. Apenas acababa Sauvolle de instalarse en su campo de Biloxi, cuando recibió la visita de dos relgiosos franceses, el padre Montigny y el padre Davion, que desde Quebec iban á predicar el Evangelio á las tríbus de la Louisiana. Figuraos ver en ese espacio desierto, á Bienville y á Souvolle, acogiendo en su cabañas á los piadosos viageros; una tienda por aquí, otra por allá; utensilios de agricultura estendidos por todas partes, armas sobre el suelo, misioneros sentados al pié de un sicomoro adornado con una flor de lis, y junto á los gefes de esos puñados de soldados y de marineros, que acababan de hacer una espedicion mucho mas larga y difícil que la famosa espedicion de los argonautas deificados por los griegos; contemplad á los colonos acercándose con respeto á los misioneros, á su rededor se estendian las inmensas llanuras del Mississipí, y los profundos bosques; á sus piés brillaban las aguas de la bahia de Biloxi heridas por los rayos del sol; un poco mas lejos, quizás se pudiera ver tambien un indio apoyado sobre su arco, y contemplando sorprendido un espectáculo tan nuevo para él. ¡Qué cuadro tan poético y magestuoso!

El padre Montigny, que se entregaba á la noble tarea de misionero, era descendiente del valiente Gaston de Montigny, quien en la batalla de Bouvines tuvo el honor de llevar el estandarte de la Francia. El padre Davion habia vivido algun tiempo entre la tribu de los tunicas, y tan popularmente habia hecho con ellos, que cuando murió su gefe, querian elevarle á esa dignidad. El padre Davion rehusó el honor que le ofrecieron, y solo insistió para que los salvajes se sometieran á sus instrucciones como ellos no quisieran renunciar á la idolatría. Para probarles un dia el padre Davion la impotencia de sus dióses, pegó fuego á su templo y destruyó las groseras imájenes que adoraban. Cualquiera otro que hubiera cometido una accion semejante, hubiera sido terriblemente castigado; pero como los tunicas querian y respetaban mucho al padre Davion, se contentaron con acompañarle fuera de su territorio. Retiróse entonces entre los yazoos, los cuales mas dóciles que sus vecinos, se convirtieron en poco tiempo al cristianismo. Ayudado de sus neófitos, construyó el padre Davion un púlpito sobre un árbol jigantesco que se elevaba sobre una colina: en aquel árbol fijó su santuario: encerraba los vasos sagrados y las insignias sacerdotales de un altar portátil que se colocaba bajo los vastos arcos de su torre vegetal, cuando queria decir misa. Muy á menudo se retiraba allí á rogar y meditar. Muchos años vivió cooservan-

do hasta el fin de su vida, el mismo celo religioso, y las mismas costumbres austeras.

Los yazoos le consideraban un ser de una naturaleza sobrehumana. No podian comprender cómo el santo apóstol soportaba tantas fatigas, tomando tan pocos alimentos, ni cómo, sin que le hubiesen mandado á buscar, se encontraba tan pronto junto al lecho de los enfermos, ni cómo sabia los delitos que se cometian en la comunidad. Cuando le veian sentado á la sombra de su tabernáculo, murmurando palabras ininteligibles para ellos, creian que revelaba sus faltas al Gran Espíritu. Cuando fijaba en ellos su mirada bondadosa, regocijábanse cómo si un rayo del sol hubiese penetrado hasta el fondo de su corazon. Un dia le encontraron al pié de su altar, cerrados los ojos y cruzadas sus manos; exhaló el último suspiro, al pronunciar la última palabra de su oracion. Mucho tiempo despues de su muerte, las mugeres de los yazoos tenian la costumbre de llevar sus hijos al lugar donde el buen ministro administraba el bautismo, é invocaban piadosamente su bendicion.

En 1741 Bienville dejó la Louisiana para no volver á ella. Su edad y servicios le daban el derecho de aspirar al reposo. Llevaba cuarenta años de sangrientos combates y espediciones de toda especie. ¡Qué valor, y que abnegacion! Si alguna vez los habitantes tuvieran la idea de adornar sus ciudades con algunas estatuas, creo que empezarian por erijir en su mas hermosa

plaza la del hombre á quien deben la cuna de su infancia, la de aquel que con mano fiel y vigorosa sostuvo sus primeros pasos, y que sentó las bases de su porvenir.

Bienville logró obtener, despues de muchas representaciones la órden para que la colonia pasara de Biloxi á Nueva-Orleans, y al menos podia decir al retirarse á Francia, que dejaba su obra á salvo de los principales peligros que amenazaban destruirla en su nacimiento.

Despues de haber locamente soñado sobre las orillas del Mississipi las minas de plata de México, los lousianeses acabaron por encontrar al descuajar los terrenos, una mina menos brillante, pero mucho mas duradera. Con la ayuda de algunos negros que hacian venir de las costas de Africa, se pusieron á cultivar el indigo, el maiz y el tabaco; poco tiempo despues sembraron la caña dulce, y luego los algodonales.

Bienville llegó á la Louisiana con doscientos cincuenta hombres, y al salir dejaba allí seis mil almas, entre las cuales se contaban unos mil quinientos negros y doscientos cincuenta cultivadores alemanes establecidos sobre una parte de la orilla que lleva el nombre de *costa de los alemanes*.

Trece años despues, una dolorosa emigracion aumentó de algunos millares de individuos esta poblacion. En su perpetua lucha contra nuestra colonia del Norte, llegaron á apoderarse los ingleses de los distritos llamados por nosotros

la Acadia, y á los cuales llamaron ellos Nueva-Escocia. Luis XIV les concedió una parte de ese territorio, con la condicion de que fueran respetados los derechos y propiedades de los franceses que estaban allí establecidos, y la Inglaterra por su parte, solo exigió que juraran fidelidad á su nueva soberana. Muy fácil era hablar de un cambio de banderas, pero no era facil que lo entendieran los habitantes de la Acadia; y ni las amenazas, ni las promesas, lograron sobreponerse á la energia de su patriotismo, y á los escrúpulos de su conciencia. En 1754, temiendo los ingleses no poder vencer su obstinacion, y dejar aquel número de enemigos en un país donde contaban ellos con tan pocos medios de defensa, se decidieron á tomar una de esas medidas que nos parecen monstruosas, pero que jamas han detenido á la política inglesa en materia de sus intereses.

Las poblaciones de los acadianos fueron entregadas á las llamas, y á la luz de sus abrasados techos, siete mil hijos de la Francia fueron embarcados como un rebaño en los buques ingleses, y arrojados á las costas de Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, sin mas recursos que la ropa y provisiones que pudieron salvar del incendio.....

Entonces se vieron á los infelices corriendo á la ventura en medio de los bosques, rechazando los servicios de aquellos que hablaban la

lengua de sus verdugos, y descansando únicamente bajo el wigwam de los indios, los cuales, compadecidos de tan grande infortunio, les llevaban el fruto de su caza, y los guiaban en medio de los bosques. Los acadianos sabian que existia una colonia francesa en la Louisiana, y querian ir allí, replegarse otra vez bajo la bandera que les habia abandonado, y permanecer fieles al rey que les habia olvidado en medio de sus grandezas de Versalles; y sin temer la longitud del camino ni los peligros del viaje, iban, inspirados por un sublime amor á la Francia, en busca de una tierra lejana habitada por franceses.

Ya os he dicho que la historia primitiva de la Louisiana era una hermosa y noble historia. Deteneos un instante en este último episódio; concluya vuestro pensamiento este cuadro, del cual solo os he dado un muy ligero bosquejo, y decidme si en los anales de la antigüedad, en la sentencia de destierro dirijida por los lacedemonios contra los mesenienses, y en la cautividad de los judios, hay algo mas lastimoso que este drama de los acadianos, privados de su fé, y mártires de su lealtad.

La mitad de ellos murieron por el camino, sobre el rio y dentro de los pantanos. Los otros, despues de trabajos inmensos, llegaron á la Louisiana, donde fueron acogidos tiernamente. El gobernador les dió instrumentos de agricultura, les señaló un vasto terreno á orillas del

Mississipi, y se estableció allí en el lugar que tiene el nombre de, Costa de los acadianos, una colonia de labradores, cuyos descendientes se distinguen, en el dia aún por la sencillez de sus costumbres, y por el culto que profesan á las antiguas tradiciones francesas.

Sin embargo, los acadianos, que tanto habian sufrido por refugiarse bajo el estandarte de la madre patria, no creian que ese estandarte les. seria robado aun en las llanuras de la Louisiana, como lo habia sido en las de la Nueva-Escocia El tratado de Paris, del año 1763 abandonaba el Canadá á los ingléses y al mismo tiempo, como si el rey de Francia hubiese estado cansado de las vastas regiones que poseia mas allá del Océano, cedia la Louisiana á la España.

Esta noticia hirió como un rayo á nuestros pobres colonos. Si bien es cierto que muy á menudo debieron quejarse de la indiferencia y olvido con que los miraba el gobierno, eran franceses de corazon y permanecian franceses. Ademas, el enemigo no habia penetrado en sus dominios, como en el Canadá; y como no habian perdido ninguna batalla, no podian concebir la razon por la cual les entregaban á una potencia estranjera, como si fueran unas mercancías. Pasado su primer estupor, dieron en su corazon cabida á la esperanza. Dijéronse que quizás la órden emanada de Versalles se revocaria, y aconsejados por algunos hombres dotados de energía, y sobre todo por el abogado general Lafreniere, reuniéronse los principales habitantes de

la colonia, y dirijieron una peticion al rey, que llevaron á Paris dos diputados.

Bienville, que tenia entonces 87 años, se sintió reanido por los deseos de apoyar los pasos de aquellos que querian defender la nacionalidad á la que él habia consagrado toda su vida. Pero todo fué inútil. Los dos comisionados de la colonia, no lograron siquiera hablar al rey. El duque de Choiseul los recibió, les dirijió algunas lisonjeras palabras, y se opuso á sus propósitos.

La España parecia no llevar mucha prisa para tomar posesion de su nuevo imperio. En 1765, solamente fué cuando mandó allí á Antonio de Ulloa, que al mismo tiempo que se presentó con el título de gobernador, rehusó enseñar sus credenciales.

Su negativa infundió una nueva esperanza en el corazon de los franceses. Dejaron á Ulloa que se paseara por allí algun tiempo con las dos compañías de infantería que llevó consigo. Un dia el intrépido Laffreniere dirijió al consejo de la colonia una peticion de los habitantes, que tenia por objeto hacer declarar á Ulloa perturbador del órden público, y citarle como tal para que compareciera ante la justicia. El consejo determinó mandar á Ulloa la órden de presentar los poderes de que estaba revestido, ó dejar el país en el término de un mes.

Por una inconcebible obstinacion no quiso Ulloa presentar el mandato del cual estaba investido, y resolvió partir. El buque en que aca-

baba de embarcarse estaba amarrado en los arrecifes esperando solo un viento favorable para ponerse á la vela. Al salir de una boda, algunos jóvenes cortaron las amarras, y lanzaron gritos de gozo al ver que el buque se alejaba.

Pero su gozo no fué de mucha duracion: poco tiempo se habia pasado cuando se anunció la llegada de otro gobernador; O'Relly llegaba á la cabeza de cuatromil quinientos hombres. Era una fuerza contra la cual nada podia la débil colonia. En vez de combatir, querian espatriarse, y Lafreniere, con otros dos diputados escogidos por el pueblo, espuso á O'Relly los deseos de los colonos, que pedian el término de dos años para efectuar su retiro del territorio. Pero O'Relly manifestó desde su llegada tantos deseos de hacer á los colonos franceses agradable el gobierno español, que todos los ánimos se tranquilizaron: al dia despues de su llegada, la bandera española fué colocada sin resistencia ninguna donde hasta entonces habia flotado la bandera blanca, y luego se instaló el gobernador con toda la pompa de un príncipe. Tenia su trono, sus guardias de corps, y sus audiencias como un soberano.

Una vez que hubo establecido su poder, cuando ya no oyó junto á sí ningun murmullo; cuando los que mas vivamente habian protestado contra la dominacion española se hubieron sometido tranquilamente á sus leyes, entonces O' Relly, que tenia á su disposicion cuatro mil qui-

quinientos hombres, arrestó catorce de los principales habitantes de la ciudad, á cuya cabeza estaban Lafreniere y su yerno Noyaut. Uno de estos fué asesinado en el momento en que quiso arrojarse al encuentro de su muger; otros seis fueron enviados á un calabozo de la Habana. Unicamente dos de ellos fueron puestos en libertad. Quedaban cinco que el gobernador condenó á muerte, en virtud de una ley de Alfonso XI, que castigaba de esta manera toda tentativa de revolucion contra el rey (1).

---

[1] Creemos que el autor se deja arrastrar demasiado por su espíritu de nacionalidad, al hablar de la historia de la Louisiana.

Puesto que hubo, segun él mismo confiesa, quien protestara contra el gobierno español, claro está que O'Relly se encontró con enemigos; no estrañemos pues, M. Marmier que se castigara á los revoltosos, puesto que hablando él mismo de Bienville, ha dicho que: *En una de esás rigurosas ñecesidades que obligan á los caractéres mas generosos, á tomar una cruel resolucion, condenó á muerte á uno de los Soles &c. &c.;* y añadirémos que para lograr su prision, convocó á todos los gefes indios á quienes guardó luego prisioneros lo que creemos poco leal. Al obrar así, no castigó Bienville á revoltosos, sino á indios que *temia* se rebelaran contra él. ¿Qué le parece á M. Marmier de la humanidad del gobernador francés? Si se ha propuesto M. Marmier inculpar al gobierno español de cruel en las colonias, le recordarémos que eche una ojeada sobre Santo Domingo y la Martinica. (*Nota del traductor*)

La ciudad toda entera imploró el perdon de sus conciudadanos, ó al menos que se suspendiera la sentencia y se permitiera apelar á la clemencia real: O'Relly fué inflexible. No, me engaño; cambió el suplicio, y en vez de ahorcar á los condenados, los fusilaron.

De modo que en una de las estremidades de nuestras posesiones americanas, una poblacion de siete mil almas, hombres, mugeres y niños, habia comprado con los mas crueles dolores el derecho de permanecer fiel á la Francia; y en el otro estremo, doce de los habitantes mas nobles y respetados de la Louisiana, expiaron con la prision ó con la muerte esa misma fidelidad.

Mientras se encerraba en los calabozos de la Habana á seis de esos infortunados, y mientras Lafreniere y sus compañeros caian traspasados por las balas de los soldados españoles, Luis XIV quizás se paseaba en Marly con sus queridas, y el duque de Choiseul se pavoneaba en su salon de ministro.

Sin embargo, treinta y dos años mas tarde, habiendo la España, por el tratado de San Ildefonso, vuelto la Louisiana á la Francia, la colonia recibió con entusiasmo al prefecto que habia sido mandado por Napoleon. Pero acaba apenas éste de recuperarla, cuando la cedió á los Estados-Unidos por quince millones de pesos. Temia que los ingleses se apoderaran de ella, y en vez de esponerla á sus armas, hizo de ella una barrera contra su ambicion. "Esa union de territorio, decia él, fortalece para siempre la poten-

cia de los Estados-Unidos, y al cabo de dar á la Inglaterra una enemiga marítima, que tarde ó temprano abajará su orgullo."

El tiempo ha justificado ya esa prediccion. El porvenir, estoy seguro que acabará de justificarla. Pero, ¿no hemos pagado bien cara la satisfaccion de fortalecer la ardiente rival de la Inglaterra? Triste es contemplar las ricas llanuras de la Louisiana, y recordar que tan rico país nos ha pertenecido dos veces, y que dos veces lo hemos abandonado; la primera vez, no sé porqué razon se hizo; la segunda, por quince millones de pesos, que son una décima quinta parte de nuestros presupuestos anuales.

## XVIII.

# NUEVA-ORLEANS.

Lo que nos queda en América.—Libertad de los negros en la Guadalupe y en la Martinica.—Fuerza de absorvencia del génio americano.—La refrigeracion del globo y la de América.—El puerto de Nueva-Orleans.—Admirable situacion comercial.—Progresos desde cuarenta años acá.—Interior de la ciudad.—Arrabales.—Poblacion.—La calle del Canadá.—La Francia y la América á pocos pasos de distancia.—Predominio comercial de la poblacion americana.—El cementerio.—Carácter de los louisianeses.—Los desafios.—Situacion de los negros.—Mercados de esclavos.—La madre y el hijo.—La division de la América por la esclavitud.

Es preciso tomar un partido. Probablemente para nosotros se ha acabado para siempre la herencia que nos habian preparado en el Nuevo-Mundo nuestros antepasados. Hemos poseido (nunca me cansaré de repetirlo) durante dos siglos, en el continente americano, el inmenso espacio que desde el golfo del rio San Lorenzo se

estiende por los lagos del Norte y por las orillas derechas de los rios Ohio y Mississipí, hasta el golfo de México. Hemos tenido en el archipiélago columbiano las ricas y hermosas tierras de Sonto-Domingo, la isla de Trinidad, la de Tabago, la de Granada, la de San Vicente, la de Santa Lucía, la de Monserrate, la de la Dominica, la de San Cristóbal, y la de Antigua.

De todos esos dominios descubiertos ó conquistados y poblados por nuestros antepasados, no nos quedan sobre el continente mas que las playas insalubres de Cayena, en Terra-Nova; la isla de San Pedro y Miquelon, en las Antillas; Guadalupe y la Martinica, que probablemente se nos escurrirán tambien de las manos algun dia. El gobierno provisional, por medio de uno de esos decretos que firmaba con tan lijera mano en sus desvelos filantrópicos, colocó esas dos islas sobre una pendiente fatal, donde ya no nos es posible detenerlas. Para libertar á los negros, arruinó á los blancos; tal fué su principio de fraternidad. Los criollos que habian comprado cada uno de sus esclavos por tres ó cuatro mil francos, debieron darles la libertad, mediante una indemnizacion de cuatrocientos. Es verdad que los terrenos quedan en poder de los dueños pero ya no saben cómo esplotarlos. Los negros, para justificar la magnanimidad de sus bienhechores, quieren gozar de la vida como todo un hombre libre. No trabajan mas que cuando quieren, como quieren, con las condiciones que

ellos imponen, y segun los precios que exijen por las labores á las cuales estaban sometidos hace poco. El cultivo de azúcar se ha hecho casi imposible: los colonos abandonan casi todas sus habitaciones. Durante mi navegacion encontré un buque que llevaba una porcion que emigraban á los Estados-Unidos, donde iban en busca de mejor suerte. Algun dia, los negros no se contentarán con el salario que ganan. Con las ideas de igualdad que les han predicado los apostóles, se llegarán á indignar de su estado de trabajadores mercenarios. Tambien querrán ser dueños de terrenos, y para tenerlos mas pronto, se los apropiarán. Todos los habitantes de Guadalupe y de la Martinica con quienes he conversado sobre este particular, preven que en ambas islas llegará un dia sangriento y terrible para todos sus habitantes. A menos de verificarse allí una enérgica represion, esas colonias se perderán para nosotros como la de Santo Domingo. Pero quizás tendremos la satisfaccion de ver fundarse allí un nuevo reino de negros, y de ver fabricar en Paris una corona y un cetro para otro Faustino I.

El viaje que he hecho desde Quebec hasta aquí, ha sido una especie de viaje hecho al través de las ruinas de la antigua Francia. Por todas partes se ven vestigios de una dominacion que ya no existe; de un imperio mas grande que el de Alejadro, cuyos despojos se han repartido los americanos y los ingleses.

Un consuelo le queda á aquel á quien el recuerdo de lo pasado aflije en esa larga esploracion, y es encontrar como un último reflejo de nuestra antigua potencia, la tradicion de la Francia, viviendo aún en las ciudades y sobre las costas que hemos ocupado en otro tiempo, y encontrar por todas partes masas de poblaciones que han guardado piadosamente bajo otro régimen gubernativo el amor de la pátria lejana, de la cual vinieron sus padres. Hé aquí lo que me encantaba en el Canadá, y lo que mas agradablemente me sorprendió aún en Nueva-Orleans, porque me esperaba encontrar á los habitantes de esta ciudad vitrificados ya con los hornos americanos. Para haceros comprender mejor todas mis aprensiones, debo haceros recordar que entre las muchas cosas que admiran á los viajeros en los Estados-Unidos, la mas admirable de todas es sin duda la fuerza de absorvencia del génio americano. Suponeos á un hábil químico echando dentro de uno de sus crisoles cinco ó seis ingredientes de diferente especie, mezclándoles, pulverizándoles para estraer de ellos la misma substancia, y tendreis una imájen de la química moral é intelectual que ajita sin cesar el país. Lo que llamamos pueblo americano, no es mas que una aglomeracion de emigrados de diversas regiones y diferentes razas. Las primeras vinieron de Inglaterra; las otras de Alemania, de Irlanda, de Francia, de las montañas dé Suiza, de las orilias del Báltico, y en

fin de todas las comarcas de Europa. Esta aglomeracion empezó por pequeños enjambres; actualmente hay ejércitos enteros de artesanos y labradores, y millares de familias que se le reunen todos los años. Al poner los piés sobre el territorio de los Estado-Unidos, llevan á él los viajeros sus predilecciones particulares, sus costumbres nacionales, y tambien sus preocupaciones. En su principio, les disgusta mucho el carácter americano, y sus costumbres les sorprenden muy desagradablemente. Quieren separarse de él, vivir con sus compatriotas, y conservar en esa tierra lejana las costumbres de su país natal; y en su idioma materno declaran enérgicamente que jamas serán americanos. ¡Vanos proyectos! ¡Inútiles protestas!

La atmósfera americana les rodea completamente, y la accion que opera en ellos entibia todos sus recuerdos, disuelve todas sus prevenciones, y descompone su primitivo elemento. Insensiblemente y sin advertir las modificaciones que obran en ellos, cambian de modo de pensar y de existir, adoptan los usos y el idioma de los americanos, y concluyen por absorverse en la masa de la nacion americana, asi como los arroyos de los prados se pierden entre los rios que les llevan á confundirse con el Océano.

Cuántos honrados americanos, despues de haber maldecido las rudas costumbres americanas y echado de menos su *gute*, su *gemuthliche* alemana, han acabado por calarse el sombrero á lo

yankee detras de las orejas, y presentarse tan estirados como ellos con su levita abrochada hasta la barba, desdeñando todas las reglas de la civilizacion europea, y no hablando mas idioma que el de los negocios.

Hé aquí lo que me temia yo encontrar en el seno de la poblacion de Nueva-Orleans, y felizmente me engañé. Desde los primeros dias de mi llegada, me sentí admirado al ver la urbanidad, la viveza, y las costumbres hospitalarias de nuestros criollos del Sur, y me conmoví como me habia conmovido hacia algunos meses, al encontrarme entre los hijos de nuestros antiguos colonos de Quebec y de Montreal.

Muy agradable es pasar dias y semanas en plena campiña, ó sobre las orillas del mar, separados del mundo, en el recogimiento de sí mismo, en medio de las armonias de la naturaleza, frente á las grandes obras de la creacion: yo compadezco profundamente á aquellos que solo se han entregado á semejante retiro por un esceso de misantropía, ó impulsados por los negros vapores del spleen. La nube que turba y oscurece su pensamiento, no les dejará tal vez contemplar el brillante azul del cielo; la puerta de oro que encierra los brillantes ensueños, no se abrirá quizas para su alma atormentada. Si guardan en el fondo de su pecho un sentimiento de odio ó de envidia, no sabrán comprender las suaves melodias de las aguas y de los bosques, eterno canto de amor que se eleva continuamen-

te á Dios, con el canto de la noche y con la embalsamada brisa matutina. La dicha se encuentra en estos lugares, al entrar en ellos inspirados por una idea humilde y apacible, así como entramos en una iglesia para descansar en medio del silencio solemne que en ella reina, ó para sentir allí dilatarse el corazon al escuchar las salmodias de un canto religioso, ó al respirar los perfumes que emanan de un altar.

Pero cuando volvemos á las ciudades, sentimos la necesidad de volver á encontrar la benévola mirada del hombre, y de escuchar sus afectuosas palabras; y escepto algunas raras escepciones de las cuales conservo un buen recuerdo, eso es lo que en vano he buscado en las ciudades de los Estados-Unidos. Si yo he buscado mal, no lo sé; es posible que semejante á un impaciente minero, me haya alejado con harta precipitacion de una capa de roca que ocultaba un rico filon. Lo que si es cierto, es que en el Canadá y en Nueva Orleans, la vena simpática se me ha aparecido al primer golpe, y que al tender mis manos, no se han perdido en el espacio, sino que otras manos amistosas las han estrechado al instante. Si en las observaciones que he hecho sobre las relaciones sociales de los americanos, he sido injusto con ellos, disimulen mis errores. Pero en verdad, despues que he recorrido su país por tan diferentes partes; despues que me he detenido con las mejores intenciones en la mayor parte de sus ciudades, he formado

de él una idea singular, que voy á exponeros por medio de una comparacion. Ya sabeis que Buffon representa nuestro planeta como un globo candente, que habiéndose enfriado gradualmente en sus dos polos reunió todo el calor en su centro. La confederacion americana me parece precisamente como el reverso de este fenómeno; en sus dos estremos, es decir, en las orillas de San Lorenzo, y en la desembocadura del Mississipí, ha conservado todo el calor de su corazon; en su centro, está frio como las frias murallas del cabo Norte.

Gracias á Dios, he dejado ya esa zona refrigerante, y saboreo el placer de vivir en medio de un círculo de comerciantes y hombres de estudios, á quienes ningun negocio impide que me abandonen una parte de su tiempo, para servirme de guias en su ciudad.

Ya puedo á mi vez serviros de cicerone, si es que quereis recibir algunas nociones sobre la metrópoli de los Estados del Sur. Llámanla *Crescent City*, á causa del Mississipí, que corre junto á ella en semicírculo, como una creciente. Por una parte estiende la ciudad sobre un espacio de cinco millas, á lo largo del magnífico rio, su canal y su puerto; por la otra, da á una llanura de una estension de muchas leguas, que invade poco á poco, y por medio de la cual llegara hasta el lago Pontchartrain. Del lado del rio tiene una faja de piedra de la altura de diez á doce piés, á la que dan el nombre de la *levée*.

Es un medio de defensa contra el poderoso Mississipí, que al esparcir la riqueza sobre sus orillas, las aterroriza con sus inundaciones, y es un muelle lleno de tiendas y almacenes de toda especie; es la vasta arteria por la cual afluyen, circulan y se deslizan los géneros comerciales de los dos hemisferios.

He visto, salvo el de Liverpool, los mas grandes puertos del Nuevo y del Antiguo Mundo, despues del maravilloso aspecto del Támesis entre Blackwall y London-Bridge: nada conozco tan animado y pintoresco como la creciente de Nueva-Orleans, cubierta de una legion de vapores jigatescos, de una triple alineacion de buques, de un número infinito de barcas y chalupas, y de porcion de balsas que desde Pittsbourg traen montañas de carbon de tierra y de vapores de remolque, arrastrando tras de sí los pesados buques que vienen de las regiones lejanas. ¡Qué ruido en la *levée!* ¡Qué movimiento hay allí tan contínuo! Hileras de carretones tirados por dos ó tres mulas, conducidos por negros, y cargados con los productos del Sur y del Norte, saltan de vaiven en vaiven, sobre el camino que han atravesado si cesar, al través de los coches, de los omnibus y de los transeuntes. Latigazos, juramentos de los cocheros, gritos coléricos de los pasantes á quienes un carruaje amenaza aplastar, crujidos de ruedas y de ejes, todo esto resuena á un mismo tiempo y en todos los tonos, en esa laboriosa mezcla, mientras que á pocos

pasos de allí, un grupo de mulatas ambulantes ajitan sus castañuelas y hacen vibrar la guitarra delante de un grupo de ociosos, sentados perezosamente bajo el toldo de un café.

La posicion de Nueva-York, como ciudad de comercio, es por cierto admirable, pero la de Nueva-Orleans tiene mas ventajas. Por el canal y el ferro-carril que la une al lago de Pontchartrain, ésta última se comunica directamente con la bahía de la Mobila, y con la costa de la Florida; por diferentes *bayons* (1) de su rio, con el Golfo de México, y por el curso superior del mismo, estiende sus relaciones hasta los estremos del Norte y del Este de América. Al Mississipí se reunen por todas partes pequeños rios, los cuales en su vasta estension, forman un radio de ocho mil leguas de navegacion.

Si Nueva-York, Boston y Baltimore llevan á lo lejos su actividad, Nueva-Orleans es el mercado de América. Allí mandan los propietarios el azúcar y el algodon, y allí va la Europa á buscarlos. En el año último, sus importaciones del interior de los Estados-Unidos, representaron el valor de cien millones de pesos. Es imposible calcular hasta qué suma podrán elevarse esas importaciones cuando recuerda uno el desarrollo que deben tomar los Estados que le mandan

(1) Llaman *bayon* á un canal natural por el cual el rio se reune al mar.

sus productos, y cuando se reflexiona que solo el valle del Mississipí puede contener y alimentar cien millones de habitantes.

En la época en que Napoleon abandonó este terreno á la federacion, su poblacion no pasaba de ocho mil almas; actualmente tiene ciento cincuenta mil. Los observadores dicen todos que con el tiempo, Nueva-Orleans será la primera ciudad comercial de los Estados-Unidos, y una de las primeras del mundo entero. Los progresos que ha hecho en cuarenta años, y el movimiento que se nota en las diferentes regiones americanas, de la cual es el depósito general, hacen probables esos cálculos. Y es preciso advertir que estos progresos se han hecho á pesar de una plaga periódica, terrible, la fiebre amarilla, que en otro tiempo y durante muchos meses, obligaba á la mitad de los habitantes á abandonar su morada, y que aún actualmente en verano, repele un gran número de ricos negociantes. Pero el suelo ha hecho ya mas salubre por los trabajos que en él se han hecho, y por las construcciones que se han erijido; la atmósfera ha evaporado ya sus miasmas pestilenciales, y se han modificado de tal modo los remedios higiénicos, que sobre nueve casos de enfermedad, pueden contarse con seguridad, nueve curas. Antes sucedia precisamente todo lo contrario; tiempo llegará sin duda en que esta plaga, vencida por la intelijencia del hombre, en vez de

ser un desastre regular, no será mas que una desgracia accidental parecida al cólera.

Desde la *levée* se entra á la ciudad, de todos lados, por largas calles cortadas en ángulos rectos, pero que no tienen la monótona conformidad de los cuadrados de ladrillos que presentan las demas ciudades de los Estados-Unidos. A cada paso se encuentran casas cuya estructura recuerda las de Francia ó las de España, pórticos con columnas, fachadas pintadas con bellos colores, y elegantes balcones. Sin embargo, ningun monumento artístico decora esta rica ciudad, á no ser la Iglesia de San Patricio, construida sobre el modelo de la catedral de Nueva-York. Los principales edificios, son los establecimientos de beneficencia, la Bolsa, y los establecimientos donde se prensa el algodon, notables por sus enormes proporciones. Cada uno de esos inmensos edificios recibe anualmente de doscientas á doscientas cincuenta mil pacas de algodon, las cuales primero se colocan debajo de unos cobertizos, luego se llevan bajo un cilindro de vapor, que disminuye su volúmen de una tercera parte ó de una mitad. Para ese almacenaje y ese trabajo de compresion, el empresario percibe medio peso, y alguna vez tres cuartos de peso por paca, lo que al cabo del año hace una suma muy considerable. Conozco un comerciante que dá veinte mil pesos al año por el alquiler de una de esas prensas, y pagados todos sus gastos, saca aún una buena renta.

Sobre esos vastos edificios se eleva una cúpula, sostenida como la del Panteon de Paris, por un círculo de columnas. Es el panteon de los vivientes bastante ricos para pagar tres ó cuatro pesos diarios por su cuarto y comida; es el hotel de San Cárlos, cuya construccion y amueblaje han costado unos cuatro millones. Los cincelados de su base de granito, y de su columnata, pueden ser efectivamente para los americanos adornos superfluos, pero necesitan en cambio anchos espacios aquellos que van de una ciudad á otra y que se instalan á veces en familia en posadas para las comidas que se sirven á hora fija, y los criados que comparecen á la primera vibracion de una campana, permiten al marido correr libremente á sus negocios y dispensan á la muger de los cuidados que ocasiona el vivir en casa propia.

Al rededor de Nueva-Orleans se estienden arrabales populosos y de un aspecto bastante agreste, donde algunos ricos negociantes se han construido allí hermosas habitaciones, en el centro de jardines ricos de flores. Poco á poco, esas hermosas moradas irán estendiéndose sobre el terreno que está actualmente lleno de habitaciones de madera de una sencillez enteramente campestre. De esos arrabales se pasa á una fecunda campiña, en la cual se ven los ricos ingenios de azúcar, con sus casas de madera, para los negros, y sus máquinas de vapor, y grandes cercados biotan y crecen admirablemente los árbo-

les de Europa, y las plantas de los trópicos. La verde encina enlaza sus hojas eternas con la flor de las magnolias; la manzana de oro de las Hespérides, la naranja dulce, y la naranja agria, esparcen allí sus perfumes todo el año; y la rosa brota allí bajo las sombrías ramas del ciprés, como brota un pensamiento de esperanza bajo un velo de luto.

Toda esta parte de la Louisiana llamada costa es de una fertilidad bastante maravillosa. Si bien los rayos del sol la calientan con la fuerza. bastante rocío la humedece para que su vegetacion se desarrolle en todas las estaciones. Yo he visto este pais en invierno, y se me ha parecido como nuestras islas de Hieres, en los bellos dias del mes de Mayo.

La poblacion de Nueva-Orleans se compone de varios elementos distintos. En primer lugar, hay los criollos franceses, los españoles y los americanos; es decir, todos los que han nacido en el pais (1): síguenles los emigrados de las diferentes comarcas, luego los hombres de color,

(1) El nombre de criollo constituye respecto de los recien llegados, el título de indígeno, una especie de aristocracia que gustan de hacer meritoria. No sólo se aplica á los hombres, sino hasta á los animales. "Hé aquí un caballo criollo" dice el chalan: "un pollo criollo" dice la gallinera; y el caballo y el pollo tienen un valor particular por su cualidad de criollos.

y á estos los negros, y por fin un número inmenso de marineros y negociantes, que inundan las grandes fondas y las pequeñas posadas, renovándose contínuamente.

Una calle ancha adornada de árboles, que formarian un lindo paseo si estuviera mejor cuidada, á la que llaman, calle del Canal, divide la ciudad en dos partes; la una esta ocupada por los franceses, la otra por los americanos. El hereditario antagonismo de los galos y anglo-sajones, ha dado el ser á esta division. Reunidos en el mismo pais, por las mismas leyes y los mismos intereses, las dos razas no han podido sin embargo mezclarse. Así como los europeos y asiáticos guardan cada uno su nacionalidad en las diferentes orillas del Bósforo; la guardan tambien estas dos razas en los opuestos lados de la calle del Canal, y al dejar uno para engolfarse en el otro, parece que se entra en un pais enteramente diferente.

Cuando dejais uno de esos lados, en el que solo ois la áspera lengua inglesa, entrais en otro donde se oye tan solo el idioma francés, ó la sonora lengua de Castilla. El barrio americano mas alegre, tiene anchas calles de una construccion mas regular; el barrio europeo ofrece á los ojos del estranjero mas variedad y mas movimiento. El carácter distinto de las dos mitades de la ciudad, se encuentra en el carácter de sus habitantes, y en sus productos materiales. El

barrio americano, guarda, como un hijo fiel de los Estados-Unidos, sus *barroms* con sus botellas de *wiskey;* el francés tiene sus alegres cafés y sus *restaurants.* Si deseais comprar un hermoso mapa marino, ó un libro de viaje inglés, engolfaos en la mitad inglesa; si necesitais un objeto de lujo ó de moda, dirijios á la mitad francesa.

A pesar de esta separacion, no han podido sin embargo los dos pueblos vivir en una proximidad tan inmediata, en un contacto tan frecuente, sin que cada uno de los dos bandos comunicara á su contrario una parte de su carácter. El atrevimiento comercial de los americanos, ha dado mas ardor á sus vecinos, y éstos han, en cambio, modificado y animado las costumbres de los frios habitantes del Norte.

Nueva-Orleans no ofrece el triste aspecto de las demas ciudades de la república; sus babitantes no creen que desde el primer dia del año hasta San Silvestre, deben pasar todos los dias detras de los cristales de su mostrador, como los granos de arena en los arenales. Allí se entregan á diversiones agradables, y pasan muchas horas en alegres convites. Allí se oyen guitarras, cosa desconocida en Nueva-York y en Filadelfia; bandadas de músicos ambulantes por las calles, y por los cafés, y por la noche una numerosa concurrencia asiste al teatro para aplaudir un hermoso *baudeville,* ó la música de Rossini.

Así viven el uno junto al otro, en una pacífica rivalidad, y en una equilibrada fuerza estas dos poblaciones. Pero, si entrambas balanzas tienen un mismo peso, ¿permanecerán siempre conservando el mismo nivel? No me atrevo á creerlo, y no temo por cierto por los americanos. Su número aumenta todos los años, y su fortuna con él. Tienen á su disposicion mayores capitales que los franceses, y son mas audaces en sus empresas. Actualmente obligan ya al europeo que está en relacion con ellos, á aprender su idioma, mientras que no se dignan por su parte pronunciar una sola palabra del nuestro. Yo temo que poco á poco, y con el apoyo que les dan las grandes ciudades de los Estados-Unidos, con el génio especulativo que les distingue, y con su resolucion de carácter, que por nada se detiene, acabarán por conquistar toda la ciudad, se colocarán al frente de todos los negocios, y reducirán á sus pequeños rivales al comercio por menor y en pequeño.

Despues de haber ensayado describiros los dos grandes barrios de Nueva-Orleans, creo que no necesitareis que os esplique á cuál de los dos fuí á pasar. El hotel de San Luis, que me habian recomendado mucho, no existia ya por desgracia, y me vi obligado á buscar asilo en una sombría posada, que contrasta singularmente con los esplendores del palacio de San Cárlos. Pero al menos escapaba así á las rudas mesas redondas americanas, y á los crudos beefsteaks

y tuve todos los goces gastronómicos de un Grimod de la Reyniere, al encontrar la buena sopa casera, y la sencilla tajada de buey cocido con legumbres.

Si bien es cierto que la posada en que me he instalado, se parece por su sombría entrada á una cárcel, y que el cuarto que me han dado como el mejor de la casa, no tiene mas que dos sillas y una mesita que necesita puntales como la de la criada Baucis; si el mosquitero que me han dado para protejer mi sueño, está abierto por todas partes para dar lugar á que los mosquitos me taladren el cuerpo, en cambio, estoy en el centro de nuestra antigua ciudad, entre su pasado y su presente, entre la casa donde vivió Bienville, y el cementerio donde descansan muchos de sus sucesores.

El cementerio, colocado en medio de la ciudad, como los de Constantinopla, en el centro de la calle de San Luis, no lejos de la Bolsa y del *Merchants exchange*, donde hormiguean los ajentes de negocios, está tan completamente lleno, que en breve deberán construir otro. Pero no se necesita que un obrero piadoso como el del *Oldwortality* repare allí con su cincel las sepulturas olvidadas. Esta morada de los muertos está cuidada con mucho esmero, sembrada de arbustos, y adornada en muchas partes con guirnaldas de flores. Vénse en ella tumbas de un gusto muy severo, é inscripciones muy tiernas; dos de ellas me han conmovido muy profundamente;

la primera, es el grito de dolor de una madre: *¡Mi pobre hija!* ¿Qué mas pudiera añadirse á esta dolorosa esclamacion? La segunda es un monumento dedicado á una víctima de esa costumbre fatal que á tantas familias ha sumido en el llanto. *A. N. víctima del honor, á la edad de 24 años.* Poco tiempo hace que en Nueva-Orleans los desafios se sucedian los unos á los otros á cada instante. Y ¡qué desafios! Como segun las costumbres del país el ofendido escogia las armas, para aprovecharse de esta ventaja, respondian á cualquiera palabra un poco desagradable, con una bofetada, y al instante se batian, no con pistolas, sino con carabinas, á treinta ó cuarenta pasos de distancia y ¿debo decirlo? En esos fatales momentos era prudente no mostrarse generoso con sus enemigos. Me han contado que un jóven de un carácter tranquilo pero muy hábil tirador al mismo tiempo, fué provocado muchas veces, y en cada una de ellas se mostró generoso con sus contrarios, sin querer quitar la vida á ninguno de ellos. Uno de sus amigos le dijo: "Si continuais tirando al aire, despues de haber recibido el tiro de vuestro contrario, nunca dejareis de tener desafios. Es preciso ya que en la primera ocasion que se os presente, useis de vuestra habilidad; quizas dependen de vuestra resolucion, vuestro porvenir y vuestra vida." El jóven siguió el consejo de su amigo, tendió á su adversario muerto en el acto, y desde aquel momento fué respetado.

Para desterrar semejantes desórdenes, el Estado de la Louisiana publicó una ley que priva al duelista durante cinco años de su derecho de ciudadano, le prohibe ejercer la abogacía y otros empleos públicos. Esta ley ha disminuido considerablemente el número de desafios. Desgraciadamente, al suprimir esta funesta costumbre, no han subyugado la violencia de carácter de los hombres del Sur, y mas de una disputa, en vez de terminarse conduciendo al terreno á los dos rivales, se termina en el acto, con un cachorrillo ó con una sangría hecha con el *bowie knife*, llamado por los americanos el *Arkansas toothpick* (el monda-dientes del arkansas) un monda-dientes de Gargantua, una hoja de dos filos cortantes, larga de un pié, y ancha de dos ó tres pulgadas.

Tal es el lado malo de la naturaleza criolla, fuerte y leal; ardiente en sus odios como en sus amores; atrevida hasta el esceso, y generosa hasta la prodigalidad; hermosa y varonil naturaleza, que reune al tierno elemento de su orígen europeo y á la civilizacion, la impetuosidad y energía de la sangre meridional.

En el centro de esta poblacion que se me apareció en el mundo de los humanos, como un nuevo poema empezado por Florian y concluido por Byron, otra hay que ocupa á menudo mi pensamiento y mis miradas, y es la de los negros.

A despecho de los decretos de la santa Inglaterra, de las predicaciones de los misioneros y de los tratados diplomáticos de sus ministros,

rije aquí la esclavitud con toda su fuerza primitiva, con mas rigor tal vez que en las colonias; está reglamentada todavía segun las antiguas prescripciones del *Código negro.*

Segun esta ley, el esclavo está enteramente sometido á la voluntad de su amo, que puede corregirle y castigarle, pero no, segun dice el artículo 173 del código civil de la Louisiana, hasta el punto de mutilarlo, ó esponerlo á un peligro de muerte.

Escepto su *peculium*, nada puede poseer, y nada puede legar. Todo lo que haya podido adquirir pertenece á su amo.

No puede ejercer ningun empleo público, ni llenar el cargo de tutor ó curador, ni ser admitido como testigo en ninguna causa civil ó criminal, ni presentarse en ningun caso ante los tribunales como parte querellante ó defensora. (Art. 177).

No puede casarse sin el permiso de su amo. Los hijos nacidos de una madre esclava, casada ó no, caen bajo el yugo de la esclavitud.

Si un amo desea libertar á su esclavo, está obligado á declararlo al juez de su distrito. Esta declaracion se publica durante cuarenta dias. Si pasado este término no ha suscitado ninguna oposicion, el esclavo puede ser libre. Pero el amo responde de su buena conducta.

Tambien responde de los delitos que comete el esclavo que está á su servicio, y está tambien obligado á pagar todos los perjuicios que pudie-

ra ocasionar en otra propiedad. En un caso semejante, sin embargo, cesa toda su responsabilidad entregando al culpable á la persona perjudicada, la cual hace vender el esclavo en el mercado, se cobra la indemnizacion que le corresponde, y entrega lo restante al amo del delincuente.

Por fin, el código louisianés asemeja al esclavo á los animales. Hay casos de restitucion en la venta de los esclavos, dice, como en la venta de los frutos, de los terrenos y de los animales. (Art. 2501), Estos casos respecto de los esclavos son de dos especies, físicos y morales. En primer lugar, se tendrá el derecho de exijir la acumulacion de una venta, si despues de la compra se reconoce que el esclavo está atacado de lepra, que está loco, ó que padece la epilepsía. En segundo lugar, si ha cometido un crímen capital, si es inclinado al robo, ó á la desercion. Para probar este último vicio, bastará con que en un mes, se escape de la casa de su amo tres veces.

Tal es el estado de los negros en la mitad de la república americana y para sujetarles á esta esclavitud, no van á buscarles haciendo muchos gastos sobre las costas de Guinea, al través de los cruceros ingleses, no; la América tiene su criadero de negros. Los Estados de Kentucky, de Maryland y de Virginia, les hacen pulular abundantemente, y les crian como se crian los potros en las llanuras de Normandia. De allí les llevan como cualquiera otro artículo á Nueva

Orleans, entregados á un especulador, ó vendidos en el mercado. Cada dia puede leerse en los periódicos de esta ciudad, anuncios como este

"VENTA DE NEGROS."

"El abajo firmado acaba de llegar de Maryland, ó de Virginia, con un convoy de negros, entre los cuales hay buenos cocineros, escelentes lavanderas y artesanos. Durante la estacion recibirá ademas diferentes convoyes." (Sigue á esto el nombre y habitacion del mercader, con todas sus letras.

Otras veces, á causa de un deceso ó de una bancarrota, el comisario-tasador anuncia él mismo que los negros de tal ó cual propiedad, serán vendidos en almoneda, en una de las salas de la Bolsa. En una lista publica su nombre, su edad, y si hay alguno que posea un talento particular, no olvida el anuncio. Los compradores y los curiosos van allí, y los negros son examinados de los piés á la cabeza, tanteados como los caballos en un feria, y á la menor falta de conformacion, á la mas lijera señal de enfermedad, bien pronto son rebajados de precio. El mercader esperimentado, pasa como un acechador por esta reunion de esclavos silenciosos, separando con una mirada ó con un gesto, lo bueno de lo malo. El negro, fuerte y robusto, tiene en su cambio de cautiverio, la satisfaccion de dar movimiento al mercado. El que ha sido víctima de un accidente,

ó que ha visto disminuir sus miembros bajo la fuerza de la fiebre, sufre la humillacion de verse desdeñado, rechazado, comprado, revendido, y vuelto á vender aún al precio mas ínfimo.

Las gentes del pais dicen que uno se acostumbra pronto á estos debates. El corazon del hombre está hecho de tal manera, que no se endurece segun las emociones que le han afectado peniblemente; un dia está blando y sueve como una perla de rocío; otro dia duro como el hielo. Temiendo que el mio se acostumbrara como los demas á esa venta de séres humanos, despues de haber pasado algunos instantes en el mercado, salí de allí, y no quise volver á él.

Habia allí una infeliz madre, jóven aún, que tenia de la mano á su hijo, del cual probablemente iba á ser separada, pues podia muy bien suceder que el que la comprara á ella, para nada quisiera á su hijo. Por su talle elegante y robusto, por su cara que respirába una salud completa y mas regular que la de las demas negras, llamaba la atencion de los espectadores. Una vez que la hubieron puesto precio, un hombre del campo se le acercó, y le puso bruscamente la mano sobre las espaldas. Todo su cuerpo se estremeció, como si se hubiese sentido animada por la mas profunda cólera, y sus ojos negros despidieron chispas; luego, como si en aquel mismo instante se hubiese acordado de su situacion, inclinó la cabéza silenciosamente, y dejó que el especulador contemplara á su su-

bor sus blancos dientes y negras pasas. Solo de cuando en cuando fijaba los ojos en su hijo, como para atraer sobre él la compasion del mercader. Jamas podré olvidar la impresion de sus miradas, y de su fisonomía tan triste y resignada.

Al alejarme de allí, parecióme que acababa de ver la miseria de Agar y de Ismael; empero ningun ángel debia aparecerse á la pobre muger, para indicarle el manantial de agua fresca en el desierto de Beer Sebah.

La mayor parte de los negros vendidos en los mercados, están destinados á los trabajos del campo; otros entran como criados en casas particulares, y otros son objeto de un fructuoso cálculo. Un negro que no cuesta mas de mil pesos, puede ser alquilado como criado de mano ó cocinero, al precio de doscientos cuarenta hasta doscientos ochenta pesos al año, cuya suma se paga íntegra al amo, sin que el esclavo tenga derecho para percibir un solo real; de modo, que con un capital de seis mil pesos, tiene uno seis capitales vivos que producen una renta bastante agradable. Es cierto que esos capitales, sometidos á las pasiones y enfermedades de nuestra frágil humanidad, pueden no estar siempre colocados, ó huir y herir gravemente el capital que en ellos se ha empleado; y es cierto tambien que estos capitales mueren. Pero ¿qué combinacion no se halla en la tierra espuesta á algunos reveses?

Los negros que mas espuestos están á los su-

frimientos son los del campo. Su trabajo es rudo, y no lo es menos la mano del capatáz que les acompaña al campo provisto de su látigo. Los mas dichosos son los que sirven de criados en las casas particulares. Muchos hay de estos últimos que apenas sienten las cadenas de la esclavitud; se casan alegres, ven á sus hijos crecer junto á los hijos de sus amos, viven por decirlo así en la comunidad de la familia á la que pertenecen, y se pegan á ella de tal modo, que ninguna oferta de libertad les determinaria á separarse de ellos.

A pesar de mis ideas respecto de los negros, ideas que algunos calificarán de sentimentales, reconozco que si la esclavitud es un mal, es en el actual estado de las cosas, un mal inevitable. No es posible tratar de cultivar las ardientes tierras del Sur sin los negros; ni el algodon que exije un trabajo muy asiduo, ni la caña dulce, que en la Louisiana debe renovarse todos los años. Un negro representa, por la suma que ha costado, un interés anual de cuarenta á cuarenta y cinco pesos. Su amo le debe el vestido y el alimento. A este precio, nunca se encontrarian obreros libres. Suponiendo empero que se aumente el precio del algodon y del azúcar, y que puedan emplearse en el cultivo de estas dos plantas, ciertas maniobras que debieran pagarse muy caras, no es posible que pueda libertarse de un solo golpe á tres millones de individuos, cuyas pasiones estallarian sin duda en medio de

la embriaguez de su libertad, y en medio de una sociedad que hasta entonces y durante tanto tiempo les hubiera contenido. En fin, debe pensarse en que los negros son una propiedad adquerida en virtud de las leyes, y que á menos de confiscarla de un solo rasgo, y de arruinar completamente á los que han puesto en ella toda su fortuna, pues no se nccesitarian menos de tres millares para reembolsar integralmente á los que tuvieren derecho de esta propiedad.

Los Estados del Norte tratan muy holgadamente de la idea de la emancipacion. Por la naturaleza de su suelo y de su clima no necesitaban de la esclavitud, y ademas, en sus dominios habia un escaso número de negros. Los Estados del Sur y del Oeste, se hallan como se vé, en una posicion completamente diferente. Añadiré á esto, que los Estados del Norte, no tienen el derecho de envanecerse de la libertad que dieron á los negros, pues como ya lo he dicho antes, solo les han dotado de una libertad ignominiosa, pues les tienen como ilotas, sometidos á los mas bajos quehaceres, y hacen pesar sobre ellos un sello de reprobacion como párias.

Pero la cuestion de la esclavitud pasa sobre la confederacion como una nube cargada de tempestades. Divide la América en dos regiones, y á los escritores, á los miembros del congreso y al pueblo, en dos bandos. Ninguno de los dos

partidos pueden discutir con calma sobre este asunto. Al oir solo el nombre de esclavitud ó abolicion, inflámanse los espíritus desde las orillas del Hudson, hasta las de Mississipí, y los Júpiter de la prensa preparan sus rayos.

Ultimamente se vió en el venerable senado de Washington una escena, que demuestra cuán peligroso es tocar esta materia. Habiendo propuesto uno de los senadores que se admitiera en la asamblea al padre Mateo, el predicador de las sociedades de temperancia, levántóse otro inmediatamente, declarando que se oponia, á tal emocion puesto que el padre Mateo habia dicho en una reunion pública, que profesaba principios abolucionistas. Motivó una viva y violenta discusion, en la cual se dirijian ambas partes amargas, invectivas y rudas amenazas. Uno de los senadores dijo que si podia, espulsaria de los Estados-Unidos á todos los abolicionistas, indígenas ó estranjeros. Otro añadió que los abolicionistas causarian la ruptura de la Union, y no fué esta la primera vez que semejantes palabras han resonado en la asamblea.

¡Ruptura de la Union! Tal es en efecto el peligro que amenaza la república americana. Cuando las dos mitades de esta inmensa comarca habrán adquiridó mas desarrollo, cuando cada una de ellas será bastante fuerte para no necesitar de los socorros de la otra, la conviccion de su poder hará mas delicada su susceptibilidad, y rechazará colérica lo que tolera hoy

con trabajo. Una circunstancia fortuita hará estallar las animosidades harto tiempo comprimidas, y la esclavitud será quizás el hilo por donde se romperá la barra de acero de los Estados-Unidos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# INDICE

DE LAS

## Materias contenidas en este tomo.

# INDICE

DE LAS

## Materias contenidas en este tomo.


Pág.

CAPITULO I.—Partida.—La capilla de Honfleur.—La habitacion de un rey.—Emigrados alemanes.—El entre-puente.—El embajador fugitivo.—Un sermon y una escena de duelo.—Escenas marítimas.—Llegada á Nueva-York..... 7

CAPITULO II.—De Nueva-York á Albany.—El vapor.—Aspecto del Hudson.—Roberto Fulton.—Costumbres americanas.—Fisonomia del yankee..... 43

CAPITULO III.—De Albany á Montreal.—El camino de hierro *igualitario*—Troy.—Un domingo en los Estados-Unidos.—El canal de Whitehall.—Aspecto de la comarca.—Las literas del vapor.—Whitehall.—El lago Champlain. 69

CAPITULO IV.—Montreal.—La Francia en el Canadá.—Recuerdos de lo pasado.—Tradiciones de familia.—Emociones gratas.—El valle y el paisaje.—Principios de la colonia francesa.—Las compañías de comercio y el clero.—Division de terrenos.—Derechos de señorío.—Guerras con los indios y con los ingleses.—Capitulacion de Montreal.—Abandono del Canadá.—Progreso de Montreal.—Poblacion.—Movimiento de los partidos.—Literatura y poesía.—Una cancion á la Fuente Clara..... 63

CAPITULO V.—Los Iroqueses del salto de San luis.—Poesía primitiva.—Antiguos iroqueses.—Su valor y orgullo.—Costumbres actuales.—Pueblo de Caughnawaga.—Marconx el misionero.—Servicio religioso..... 127

CAPITULO VI.—Quebec.—El curso del rio San Lorenzo.—El terrapleu de Durham.—Aspecto de la ciudad.—Singulares contrastes.—M. Duberger y M. By.—Primeros recuerdos históricos.—Jacobo Quartier.—Cuestiones de etimología.—Primeros ensayos de colonizacion.—Guerra y desastres.—Heroismo de la desgracia.—Sitio de Quebec.—Wolf y Montealm.—Derrota de la Francia en el Canadá.—Cercanías de Quebec.—Cascadas de Montmorency.—Literatura.—Comercio..... 139

CAPITULO VII.—San Jacinto.—El telégrafo eléctrico.—Movimiento industrial en el Canadá.—El colegio de San Jacinto.—Los aldeanos.—Sus costumbres y su bienestar.—Naturaleza del suelo y del clima del Canadá.—Movimiento revolucionario.—Ideas de anexion á los Estados-Unidos.—Inútiles proyectos..... 181

CAPITULO VIII.—De Montreal al Niagara.—El rio San Lorenzo.—La China.—Atraccion de la vida salvaje.—Los viajeros canadianos.—Los bateleros del Ottawa.—Descenso rápido del rio San Lorenzo.—Las Mil-Islas.—Kingston.—Oswego.—Las cascadas de Geneseé.—Rochester..... 201

CAPITULO IX.—En el Niagara.—La Caida americana y la Herradura.—La cascada.—Orillas del rio.—La Table rock.—El puente suspendido.—La casa de un colono alemán.—Leyenda de James Abbott..... 219

CAPITULO X.—De Buffalo a Nueva-York.—Los antiguos nombres en América.—Observaciones de viaje.—Si-

lencio en los wagones.—Respeto á las mugeres.—Caza a marido.—Sencillez de la construccion de los caminos de hierro.—Sectas religiosas.—Los kuakeros tembladores.—Juana Southcott, nuevo Mesías.—Proceso de brujería.—História de Cristóbal Gardner.—Descuajo de la tierra.—Sufrimientos de los colonos..... 235

CAPITULO XI.—Nueva-York.—Impresion nocturna.—Recuerdo de Suecia.—Inmenso progreso de Nueva-York.—La nueva religion.—El Broadway.—Actividad general.—Los *dollars* hacen otros pequeños.—Periódicos y literatura.—El dinero en toda ocasion.—Lo que vale un hombre.—Catalina Johnson contra James Reynolds.—El dia de acciones de gracias.—Bancarrotas gloriosas.—Nueva-York, refugio peligroso.—Cortesía de la policía con los ciudadanos americanos.—Robos y estafas..... 261

CAPITULO XII.—Filadelfia.—Tres hombres notables.—Tres tipos distintos.—Estévan Girard.—Su vida y su colegio.—El penitenciario.—Las pretensiones de Filadelfia... 285

CAPITULO XIII.—Washington.—Fundacion de la ciudad.—Su plan primitivo.—Su aspecto.—Longitud y denominacion de las calles.—Estado de los negros.—Cuestion sobre la esclavitud.—Sesiones del congreso.—Lucha de los partidos.—Wihgs, demócratas, locofoco.—El capitolio.—Corte de justicia.—Parlamento.—Biblioteca.—Movimiento aristocrático de los Estados-Unidos.—Edificios públicos de Washington.—El Patent-office.—Las reliquias americanas.—Tertulia del presidente.—Estraña reunion.—Una noche en una posada..... 303

CAPITULO XIV.—Montañas y rios.—Paisaje de invierno.—Hasper-Ferry.—La sombría figura de los americanos y su bienestar material.—El stage.—Los vapores del Oeste.—El Monongahela.—Washington y el castillo.—Duquesne.—Pittsbourg..... 329

CAPITULO XV.—El Oeste.—Los bateleros canadianos, primeros esploradores de esta region.—Daniel Boom, primer colono de Kentucky.—Su vida y su muerte.—Recientes progresos de los Estados del Oeste.—Las *barges* (lanchones) de 1815.—Las ciudades actuales..... 345

CAPITULO XVI.—El Ohió y el Mississipi.—La union del

Monongahela y del Alleghani.—El espléndido *John Hancock* —Autoridad de los inspectores de los vapores.—Peligros de la navegacion por los rios.—El Ohio—El Mississipí.—imágen de la Antigua América.—Interior del vapor.—Señoras y *gentleman*.—Carácter solemne de las orillas del Mississipí.—Diversas zonas agrícolas.—Industria del algodon—Fábricas de Lowell..... 357

CAPITULO XVII.—La Louisiana.—Las tríbus indígenas.—Primera espedicion europea.—Hernandez de Soto.—La fuente de jouvence.—Esploracion funesta.—Muerte de Soto.—Martirológio de los grandes viajeros.—Alvarado.—Descubrimientos del Mississipí.—El padre Marquette.—Roberto Lasalle.—Tonti, el de la mano de hierro.—Viaje del rio San Lorenzo al golfo de México.—Primera colonia francesa en la Louisiana—Asesinato de Lasalle.—Asesinato de nuestros soldados.—Iberville.—Su hermano Bierville le sucedió en el mando de la colonia.—Lamotte Cardillac.—Espedicion de Bienville contra los natchez.—Combates contra los indios.—Destruccion de los Natchez.—El padre Montigny.—Progresos de la colonia.—Emigracion de los Acadianos.—La Louisiana abandonada á España.—Crueldades de O'Reilly..... 379

CAPITULO XVIII.—Nueva-Orleans.—Lo que nos queda en América.—Libertad de los negros en la Guadalupe y en la Martinica.—Fuerza de absorvencia del génio americano.—La refrigeracion del globo y la de América.—El puerto de Nueva-Orleans.—Admirable situacion comercial.—Progresos desde cuarenta años acá.—Interior de la ciudad.—Arrabales.—Poblacion.—La calle del Canal.—La Francia y la América á pocos pasos de distancia.—Predominio comercial de la poblacion americana.—El cementerio.—Carácter de los louisianeses.—Los desafios.—Situacion de los negros.—Mercados de esclavos.—La madre y el hijo:—La division de la América por la esclavitud..... 417

**RETURN TO: CIRCULATION DEPARTMENT**
**198 Main Stacks**

| LOAN PERIOD Home Use | 1 | 2 | 3 |
|---|---|---|---|
| | 4 | 5 | 6 |

**ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS.**
Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.
Books may be renewed by calling 642-3405.

**DUE AS STAMPED BELOW.**

| | | |
|---|---|---|
| JAN 0 8 2001 | | |
| | | |
| | MAR 2 9 2003 | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |

FORM NO. DD6
50M

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
Berkeley, California 94720–6000

YB 20587

M315980

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C041190231